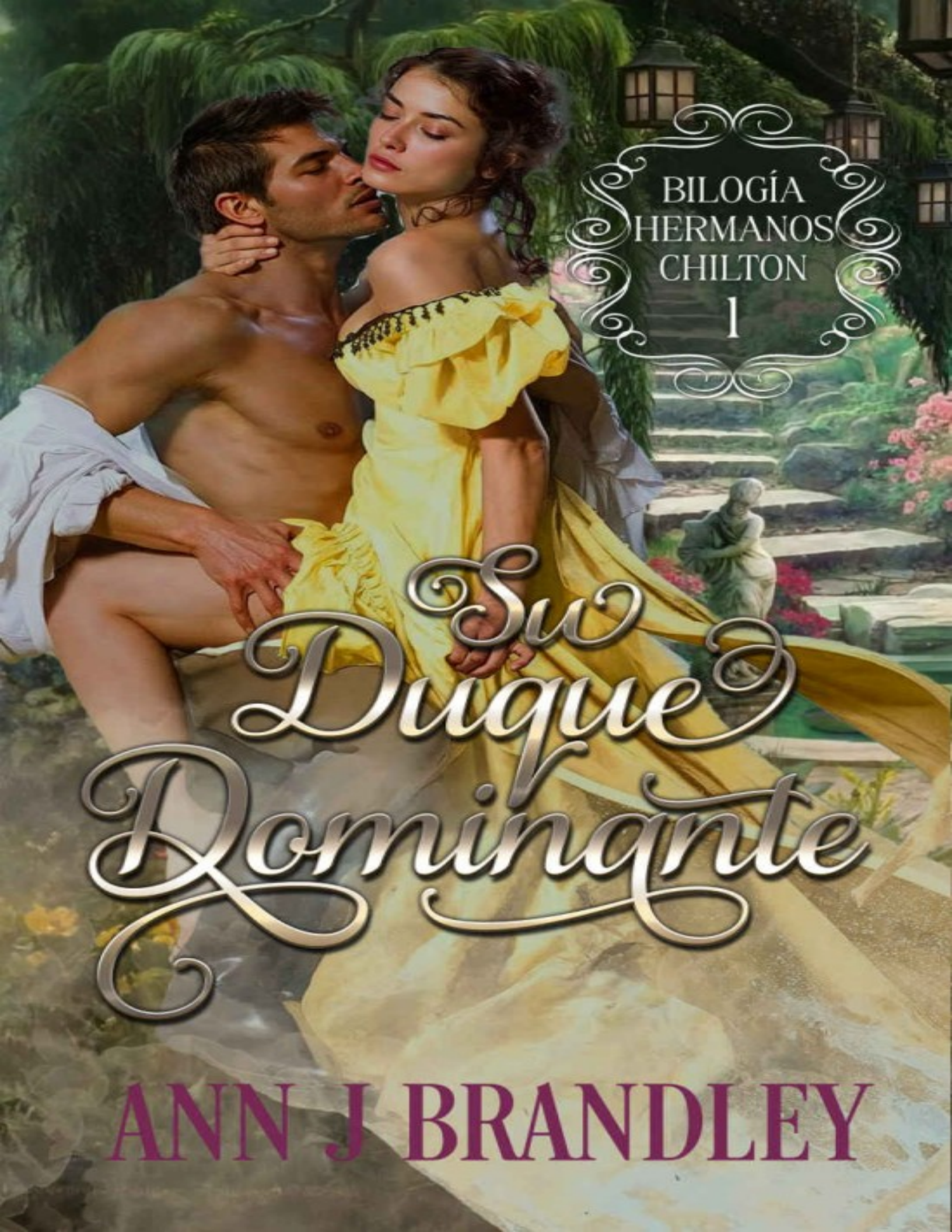

BILOGÍA
HERMANOS
CHILTON
1
Su Duque Dominante
ANN J BRANDLEY

Su Duque Dominante

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2025 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Ella era todo lo que él despreciaba y, sim embargo, no podía dejar de desearla.

Arrogante, insolente, dominante y tremendamente atractivo. Así consideró Caroline a Alex Chilton la primera vez que le vio, cuando este irrumpió furioso en el salón de baile del duque de Wessex, con un lacayo aferrado a cada brazo. Aunque más sorprendida quedó cuando descubrió que en realidad era el heredero perdido del Duque, y que su misión era transformarlo en un inglés de verdad.

Una tarea a la que se veía forzada a realizar si no quería que el actual duque revelara su desesperado secreto, arruinándola para siempre.

Alex Chilton odiaba a los aristócratas y a todas sus estúpidas reglas. Pero no podía dejar de sentirse atraído por la viuda Crawfort. La mujer más hermosa que había visto, pero sus eternas reglas sobre *el buen* comportamiento eran suficientes para volver loco a un hombre.

Aunque la viudita no parece tan estricta cuando le observa a escondidas con deseo y admiración. Una cosa es segura: esa boca exuberante y remilgada necesita relajarse, ¡y él sabe perfectamente cómo hacerlo!

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Segunda parte de la bilogía

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Prólogo

Londres, mayo de 1805

Caroline Granville, de dieciocho años, se detuvo ante las puertas del estudio. Solo las transgresiones más graves exigían su presencia en el dominio privado de su padre, y el incidente de la noche anterior había sido, sin duda, su mayor falta.

Inspiró hondo y abrió ambas hojas con decisión. Detrás del enorme escritorio, su padre la esperaba. El general Patrick Granville era un hombre corpulento, de rostro ancho y manos grandes. Su imponente complexión estaba impecablemente vestida con un abrigo azul liso de excelente corte, que realzaba las canas esparcidas en su cabello oscuro y el tono acerado de sus ojos. Aunque habitualmente

era un hombre afable y con buen humor, en aquel momento tenía el aspecto severo del comandante que todos conocían y respetaban.

Caroline había escogido deliberadamente su vestido favorito, uno de muselina blanca con rayas amarillas que acentuaban el brillo de sus grandes ojos marrones, y recogido sus rizos castaños en un moño sobrio a la altura de la nuca, en un intento por parecer digna. Pero sus esfuerzos fueron en vano: no había rastro de afecto en la mirada de su padre. Cuando él alzó una ceja oscura y señaló con el dedo una silla cercana, sintió cómo su corazón se hundía.

Esta vez, sin duda, había ido demasiado lejos.

Se sentó con rigidez, apretó las manos en el regazo y aguardó. Deseó con todas sus fuerzas que su madre aún viviese para poder pedirle consejo, para saber cómo borrar la desaprobación del rostro paterno y hacerle sonreír de nuevo.

—Ya está hecho.

La frase resonó en la habitación como un trueno. No fue necesario alzar la voz: cuando el general Patrick Granville hablaba, sus palabras llevaban el peso de una sentencia.

Caroline se inclinó hacia delante, impaciente.

—¿Ha aceptado?

—En cierto modo. —Con parsimonia, él alineó un papel sobre el escritorio, colocándolo al ras del secante.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella con creciente impaciencia —. ¿Ha aceptado o no?

—No me hables en ese tono, Caroline. —La amonestación fue fría—. He pasado toda la mañana evitando una catástrofe, y no precisamente gracias a ti ni a tu escapada de anoche.

—Pero…

—Silencio. Vas a casarte.

El nudo de ansiedad que llevaba en el estómago se deshizo, y soltó un suspiro aliviado.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días. Será necesario obtener una licencia especial.

—Por supuesto. —Intentó contener la dicha que amenazaba con desbordarse: todo saldría bien. El escándalo se evitaría, el

renombrado honor de los Granville permanecería intacto, y su padre, al fin, volvería a mirarla con orgullo—. ¿Qué dijo cuando se lo propusiste?

—El conde estaba decepcionado, como era de esperar. Sin embargo…

—¡El conde no! Gabriel. ¿Qué dijo él?

La mirada que su padre le dirigió fue tan intimidante como un golpe de tambor en medio del silencio.

—No dijo nada, porque no estaba allí.

Frunció el ceño, desconcertada.

—Entonces, ¿cómo pudo aceptar el matrimonio?

—No lo hizo. El conde considera que la hija de un simple general no es digna del heredero de su título. —Su voz se tensó—. Me ofreció una suma considerable para que guardara silencio al respecto, pero puedes alegrarte de saber que no acepté nada que no fuese el matrimonio. —Apartó la silla con firmeza—. Te casarás con el hijo menor del conde, Mike. Era lo mejor que podía esperarse dadas las circunstancias.

—¿Mike? ¡Pero si apenas le conozco! Yo amo a Gabriel…

—Gabriel se encuentra de camino a la finca de su padre en Escocia. No regresará antes de la boda.

¿Escocia? Lo miró, con el miedo apoderándose de su pecho.

—No puedo casarme con Mike Crawford, padre. No lo haré.

—Lo harás. —Sus palabras cayeron sobre ella con el peso de una losa—. Me has decepcionado profundamente y has causado un daño casi irreparable al nombre de los Granville, que ha permanecido inmaculado y respetado durante dos siglos. Te casarás con Mike Crawford, y lo harás con buena disposición y una sonrisa en los labios. —Suspiró, y su rostro pareció envejecer de golpe—. Solo me consuela que tu madre no haya vivido para presenciar esto.

—Padre… —Se incorporó a medias, pero él también se levantó, alzándose sobre ella como una estatua de autoridad. Caroline se hundió de nuevo en el asiento.

—Has avergonzado tanto a mí como a todos los Granville que me precedieron. Solo espero que puedas obtener algo de valor de este matrimonio. Ahora, déjame solo. —Se sentó de nuevo y tomó unos papeles, fingiendo que ya no estaba allí.

Con paso lento, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Su buen humor, su inocencia campestre, le habían costado todo: el hombre

que amaba, el respeto de su padre, su libertad.

Ahora no tenía elección. Tenía que casarse con Mike Crawfor

Capítulo 1

Abadía de Wessex, Hampshire, 1816

Todas las esperanzas dependían del éxito de esa noche.

Mientras Caroline Granville Crawford atravesaba el salón de baile de la finca ancestral del duque de Wessex, todas las conversaciones se acallaban a su paso. El silencio duraba lo justo para que ella pasara, antes de que los susurros resurgieran tras ella. Los chismes se extendían por la sala como una ráfaga de viento procedente de los muelles de Londres, cargados con el hedor de los rumores.

—... murió en la cama de su amante...

—... nadie se sorprendió...

—... estéril, pobrecita...

—... supongo que no se le puede culpar...

Caroline mantenía la cabeza alta, su impecable educación se reflejaba en la rectitud de su espalda y en su porte digno. Una sonrisa tranquila se dibujaba en sus labios, como si nadie estuviera hablando de la ignominiosa muerte de Mike Crawford en la cama de su amante, ni del hecho de que su viuda hiciera su primera aparición social en más de un año.

La falda de su brillante vestido dorado se movía suavemente al ritmo de sus pasos pausados mientras se dirigía hacia la pista de baile. Era una pequeña reunión, apenas cuarenta personas, en su mayoría miembros de la alta sociedad local. El duque había organizado una cena íntima con baile para presentar en sociedad a su nieta americana. Era un evento informal, destinado simplemente a que la joven practicara los modales que había aprendido de Caroline durante las últimas semanas. Lo importante, el gran debut de Alis en Londres, vendría después.

Para Caroline, era una prueba que debía superar a toda costa. Su futuro dependía de ello.

Por un instante, mientras observaba a las parejas en la pista de baile, sintió una punzada de arrepentimiento. En otro tiempo, ella también había bailado con tanta alegría, sin preocupaciones. Antes

de ser tan insensata como para creer que estaba enamorada. Antes de casarse y descubrir que no tenía nada que ofrecer a un hombre salvo su excelente educación. Durante los últimos once años se había ganado la reputación de ser un modelo de dignidad y corrección, y nunca volvería a desviarse de ese camino. El precio había sido demasiado alto.

Aun así, su corazón se encogía ante el deseo de bailar y coquetear con un caballero. Más aún: ser abrazada por un hombre, besada, hacer el amor con él. Pero eso no iba a suceder. Caroline Crawford no era una mujer que despertara la pasión en los hombres.

Sacudiéndose aquellos pensamientos desalentadores, volvió la mirada hacia la pista de baile, donde la señorita Alyson Huntly-Chilton, la nieta del duque de Wessex, danzaba con el joven conde de Coucherton.

Alis era lo único que importaba ahora. Con el éxito de Alis vendría el suyo.

Al otro lado de la pista, el anciano duque observaba a su nieta con una sonrisa cariñosa en su rostro de rasgos afilados. A pesar de que Alis acababa de conocer a su abuelo, había un afecto genuino entre los dos que enterneció el corazón de Caroline. Alis era

tan dulce como hermosa, y ambas cualidades la harían muy codiciada en el mercado matrimonial.

Eso, y el hecho de que era la nieta de uno de los nobles más ricos y prestigiosos de Inglaterra.

El duque miró a Caroline y se encontró con su mirada; luego le hizo un sutil gesto de aprobación con la cabeza. Caroline dejó escapar un suspiro de alivio. Alis no había cometido ningún error social; tal vez este descabellado plan funcionaría después de todo. Tal vez el futuro de Caroline estaría asegurado, a pesar de su difícil situación.

Entonces se oyó un estruendo en el pasillo y las puertas del salón de baile se abrieron de golpe.

—¡Quita tus malditas manos de encima!

Un hombre enorme irrumpió en la sala, con el largo cabello oscuro revolviéndose alrededor de su rostro y la mandíbula ensombrecida por la barba de un día. Un lacayo se aferraba a cada brazo, tratando de detener al intruso, pero él los arrastró consigo al salón de baile. A uno de los criados le goteaba sangre por el labio, y el otro había perdido la peluca empolvada.

Caroline se llevó la mano al pecho, que latía con fuerza. Dios mío, ¿iban a ser víctimas de un robo? ¿Estaba loco aquel rufián para irrumpir así en la casa del duque de Wessex? ¿Qué clase de lunático se atrevería a semejante osadía?

—¡Alex! —jadeó Alis, deteniéndose en medio del baile.

Caroline se quedó boquiabierta. ¿Alex? ¿Este era el hermano de Alis, del que ella no podía dejar de hablar?

Él tenía la mirada de un hombre salvaje que parecía arrastrado por el viento. Los criados luchaban por sujetar al estadounidense por los brazos, y con un rugido de rabia se quitó el abrigo de un tirón, haciendo que los lacayos tropezaran hacia atrás. Mientras los desventurados sirvientes chocaban contra Stephens, el mayordomo que se mantenía erguido, Alex Chilton se enfrentó a la multitud en mangas de camisa, con los puños apretados, el magnífico pecho agitado por el esfuerzo y los ojos azules brillando con el fuego de la batalla.

El corazón de Caroline latía con fuerza. ¿Ese era el marqués de Falcox? ¿Ese era el heredero del duque de Wessex?

Alex Chilton contempló la brillante asamblea de mimados nobles ingleses a través de una neblina de rabia y frustración. No tenía gran aprecio por aquellos que desdeñaban el trabajo honrado y vivían del esfuerzo ajeno. Entre la historia de su propia familia y la reciente guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, Alex sentía poco amor por los llamados ingleses superiores.

Un silencio ensordecedor se apoderó de la sala. Incluso la orquesta había dejado de tocar. Buscó entre la multitud el rostro familiar de su hermana, pero no logró encontrarla. ¡Maldita sea! Una joven de cabello oscuro debería destacar fácilmente entre tantos ingleses pálidos y rubios.

Unos pasos suaves y mesurados rompieron el inquietante silencio, y él volvió la cabeza para mirar al anciano que se dirigía hacia el frente de la sala. Era alto, y sus anchos hombros insinuaban que, en otro tiempo, había sido un hombre de complexión fuerte. La edad le había robado el vigor, dejándolo delgado como un palo, pero su cabello blanco como la nieve seguía siendo espeso, y sus ojos oscuros ardían en su rostro de rasgos afilados. Vestía un traje de noche caro y bien cortado, de un negro intenso, y caminaba con el

aire de un hombre que tenía todo bajo control. Alex echó un vistazo a la nariz afilada y a las cejas inclinadas, rasgos que él mismo compartía, y supo de inmediato quién se acercaba.

Su abuelo, Thaddeus Huntly, duque de Wessex.

—Ah, nieto —dijo el duque jovialmente, como si no acabaran de verse por primera vez—. Veo que has podido llegar a tiempo para el baile, después de todo.

¿Así que el anciano iba a hacerse el patriarca cariñoso? Alex le lanzó una mirada despectiva. Había venido hasta allí por una sola razón, y solo por una.

—Mi barco está esperando. ¿Dónde está Alis?

—Veo que has tenido un viaje difícil —continuó Thaddeus con suavidad. Solo el destello de irritación en sus ojos oscuros delataba que estaba afectado por la grosería de su nieto—. Quizá alguien pueda acompañarte a tus aposentos para que puedas refrescarte. —El duque miró hacia la puerta, donde se encontraban los lacayos y el mayordomo.

Alex se volvió con ira hacia el mayordomo que le había negado la entrada a la casa de su abuelo, obligándole a empujarlo para pasar, y a los ineficaces lacayos que habían intentado en vano

impedirle buscar a su hermana. Los tres parecían aterrorizados ante la perspectiva de acercarse a él, lo cual le venía muy bien.

—No voy a pasar la noche en tu casa, viejo —espetó Alex. Indiferente a los gritos de sorpresa que resonaron en el salón de baile, sintió un sombrío placer al ver cómo Thaddeus se estremecía —. Trae a mi hermana. Ahora.

Los rasgos del duque se endurecieron y sus viejos hombros se tensaron con orgullo. Entrecerró los ojos.

—Si quieres ver a tu hermana, joven cachorro —ordenó en tono bajo—, entonces vendrás conmigo al estudio para discutir esto como hombres civilizados.

Alex sostuvo sin pestañear la furiosa mirada de su abuelo.

—Ni lo sueñes.

Thaddeus siguió mirándolo, con el rostro helado. Alex se negó a apartar la vista. Durante un largo momento, los dos hombres permanecieron enzarzados en un combate silencioso.

Justo cuando Alex estaba seguro de que su abuelo iba a llamar a sus secuaces para que lo echaran, una nueva voz rompió el duelo visual.

—Alis —dijo una mujer en voz alta—. Ven a saludar a tu hermano.

Alex se giró al oírla. Detrás de él había una mujer esbelta y elegante. Era bastante alta para ser dama, pero él era un hombre grande y apreciaba a las mujeres que no parecían romperse al tocarlas. Ella lo miró con recelo con sus grandes ojos marrones, que casi coincidían con el tono de sus rizos color caramelo. Su cuerpo era delgado; sus pechos, pequeños pero turgentes; y sus caderas se curvaban suavemente bajo la seda brillante de su vestido dorado.

No le habría importado volver a casa después de un largo viaje para encontrarse con una mujer así, pensó con un repentino impulso de interés masculino.

Aparentemente sin sentirse intimidada por su atento estudio, la belleza le dedicó una sonrisa cortés y luego señaló a la joven de cabello oscuro que estaba junto a ella.

Alex apartó la mirada con esfuerzo, pero luego se quedó observándola. Esa no era la Alis que él recordaba.

Llevaba un vestido blanco puro que resaltaba sus deslumbrantes ojos azules, su piel clara y su cabello negro azabache. El vestido se ceñía a su figura de una manera diseñada

para incomodar a un hermano mayor. Las perlas brillaban en su cuello y en sus rizos recogidos. Alex se quedó boquiabierto ante esa desconocida familiar, incrédulo, hasta que ella le sonrió, mostrando sus hoyuelos, y de repente volvió a ser su Alis.

—Alis —dijo él, y le tendió la mano.

Antes de que pudiera alcanzarlo, la otra mujer volvió a dar un paso adelante, interponiéndose entre los hermanos. Solo unos centímetros separaban el pecho de Alex del suave busto de la dama, y el ligero aroma de su perfume calmó sus nervios de una forma que solo un hombre que ama a las mujeres puede entender.

—Quizá prefiera reunirse con su hermana en privado —dijo en voz tan baja que solo él pudo oírla—, en lugar de avergonzarla aún más delante de sus nuevos conocidos.

Sorprendido por su reprimenda, Alex sintió la tentación de gritar su indignación, sin importarle la multitud. Pero entonces dirigió una mirada a Alis, esa nueva Alis, que parecía tan arreglada y elegante como el resto de las beldades inglesas.

Maldita sea. Probablemente la había avergonzado con su entrada poco convencional. Bien. Podía comportarse como un

caballero por ella, por una noche, por mucho que le repateara jugar a los juegos de la sociedad. A regañadientes, asintió con la cabeza.

La encantadora defensora de Alis miró al duque.

—¿Nos acompaña al estudio, Su Excelencia?

Thaddeus asintió. Luego se volvió hacia la asamblea y sonrió con un encanto que sorprendió a Alex. La voz autoritaria del duque llegó fácilmente a los rincones más alejados de la silenciosa sala:

—Como pueden ver, mi nieto está muy unido a su hermana y está ansioso por reunirse con ella. Su único defecto ha sido no anunciar su llegada, lo que ha confundido a mis lacayos.

Una oleada de risas inciertas recibió este anuncio. La sonrisa del duque no se alteró.

—Estoy seguro de que todos nos disculparán mientras nos retiramos al estudio para un reencuentro privado.

Hizo una seña a la orquesta para que continuara tocando y luego extendió el brazo hacia Alis. La joven dudó, lanzando una mirada anhelante a Alex, pero dejó que su abuelo la condujera fuera de la sala.

—Permítame mostrarle el camino, milord.

Alex miró a Alis con el ceño fruncido, frustrado porque su abuelo se hubiera llevado a su hermana tan fácilmente, pero al oír estas palabras volvió su atención a la encantadora dama de cautelosos ojos marrones. Ella lo observaba con frialdad, como si fuera un bárbaro al que hubieran soltado en palacio.

Supuso que no podía culparla. Era de sobra conocido que Alex Chilton era un tormento cuando se enfadaba, y claramente acababa de hacer honor a su reputación.

Aunque la guapa pacificadora formaba parte de la nobleza inglesa, se sintió inclinado a pensar bien de ella. No solo era físicamente atractiva, sino que, al fin y al cabo, había sido ella quien le había traído a Alis.

Caroline se quedó completamente atónita cuando Alex Chilton pasó de ser un salvaje a un caballero en un abrir y cerrar de ojos.

Él le dedicó una sonrisa irresistible que revelaba los mismos hoyuelos que tenía su hermana y le ofreció el brazo. Sorprendida, ella lo tomó instintivamente. Sus dedos se curvaron alrededor de un músculo cálido y firme.

—¿Cómo se llama? —preguntó él, conduciéndola fuera de la sala.

Cuando las puertas del salón se cerraron tras ellos, los murmullos de la multitud se convirtieron en un rugido. El duque había minimizado el daño con su explicación, y su reputación haría el resto. El debut de Alis no se vería afectado, a pesar de la interrupción casi escandalosa.

El estadounidense la estaba mirando fijamente, y Caroline se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta.

—Soy la señora Caroline Crawford, milord.

Alex frunció el ceño.

—¿Señora Crawford? Era de esperar que una dama tan encantadora como usted ya estuviera casada —gruñó, decepcionado.

Aunque era demasiado tosco para su gusto, Caroline sintió un escalofrío. Que un hombre tan rudo y poderoso la considerara atractiva la hacía sentir muy femenina, de un modo primitivo, y le sorprendió descubrir que le gustaba esa sensación.

—Me halaga, milord —respondió educadamente, con un tono mucho más suave que su pulso errático.

—No soy ningún lord.

—Pero lo es —respondió ella distraídamente. ¡Dios mío, apenas le llegaba al hombro! Nunca se había sentido tan femenina—. Es el marqués de Falcox y el heredero del duque de Wessex.

Él se detuvo en medio del pasillo, y sus hermosos rasgos se endurecieron una vez más.

—Y un cuerno.

Sobresaltada, Caroline retiró la mano de su brazo.

—Es la tercera vez esta noche que le oigo proferir una blasfemia. Le agradecería que controlara su lenguaje en compañía educada, milord.

—Y es la tercera vez que se dirige a mí como "milord"... Caro —respondió él con una sonrisa insolente. El bárbaro había vuelto, y sus tontas fantasías se evaporaron al instante.

Ella se irguió.

—Me llamo Caroline —corrigió con frialdad—. Pero puede llamarme señora Crawford.

—Y yo me llamo señor Alex Chilton —respondió él—. O capitán Chilton, si lo prefiere. No lord Chilton.

—En realidad, el tratamiento correcto sería lord Falcox.

—Señora Crawford, descubrirá que soy correcto en muchos aspectos.

Mientras él la miraba fijamente, se sonrojó. ¡Qué descaro! Pero no iba a dejar que la pusiera nerviosa.

—No me sorprende, mi… eh, capitán Chilton.

—¿Lo ve? No ha sido tan difícil, ¿verdad?

—¿Quiere ver a su hermana o no? —preguntó apretando los dientes.

Con un exagerado movimiento del brazo, él le indicó en silencio que pasara delante.

Qué hombre más odioso. ¿Cómo había podido encontrarlo atractivo?



Alex siguió a la señora Crawford, observando cómo se balanceaba su falda al caminar. Se preguntaba qué relación tenía aquella mujer con su hermana. Y dónde, especuló, estaría el señor Crawford.

Llevaba mucho tiempo en el mar y se habría preocupado si no hubiera sentido la atracción… sobre todo después de haber mirado aquellos grandes ojos marrones. Pero entonces sus palabras gélidas le recordaron cuánto le disgustaban los ingleses.

Había recorrido muchos kilómetros para recoger a su hermana y estaba de muy mal humor. Desde luego, no necesitaba que una dama remilgada y condescendiente le regañara por sus modales. Especialmente una a la que, en otras circunstancias, habría intentado llevar a la cama.

La atracción no deseada empeoró su ya tormentoso estado de ánimo.

Ya era bastante malo que su madre hubiera muerto mientras él estaba en el mar. Luego había regresado apresuradamente a Boston, solo para descubrir que se había perdido el funeral por varios meses. Y había llegado a su límite al enterarse de que Alis se había marchado a Inglaterra para visitar al abuelo que jamás habían conocido.

Esa había sido decisión del anciano, pensó con tristeza mientras se acercaban al estudio.

El duque de Wessex había repudiado al padre de Alex por casarse con una irlandesa, en contra de sus deseos. Y ahora que el hijo mayor del duque había muerto en un accidente de carruaje, de repente el anciano venía en busca de los hijos del hijo al que había traicionado. Bueno, al diablo con su preciado título.

Alex entró en el estudio tras la rígida espalda de la señora Crawford, fijándose en que Thaddeus había adoptado la posición de poder al sentarse detrás del escritorio. Cerró la puerta de un portazo, sonriendo como un pirata al ver que su abuelo y la señora Crawford daban un respingo.

Ella le lanzó una mirada de desaprobación y, por primera vez en semanas, Alex sintió ganas de reír a carcajadas. Si tan solo no estuviera casada. Si tan solo tuviera tiempo…

—¡Alex! —Alis se lanzó a sus brazos y él la abrazó con fuerza, olvidándose de todo lo demás. Ella era toda la familia que le quedaba en el mundo.

Thaddeus carraspeó, y Alex lo miró con ira por encima de los oscuros rizos de su hermana. Ella era toda la familia que estaba dispuesto a reconocer.

—Quizá hemos empezado con mal pie —dijo el duque con rigidez.

—Empezamos con mal pie en el momento en que secuestraste a mi hermana —replicó Alex.

—¿Secuestrada? ¿Estás loco? —La voz del anciano temblaba de orgullosa furia—. Si no fueras mi nieto, ¡te retaría a un duelo por tal acusación!

—Eso no le haría ningún bien a su preciado título, ¿verdad? —se burló Alex.

—Caballeros, por favor, cálmense —dijo la señora Crawford, interponiéndose entre ellos con las manos levantadas en un gesto conciliador.

—No eres digno de llevar el apellido Huntly —espetó el duque—, y mucho menos el título.

—Entonces es una suerte que mi padre tomara el apellido de mi madre. Apuesto a que eso le disgustó mucho, ¿verdad, viejo? —Alex soltó una risa áspera—. Y no quiero su título. Por mí, puede morir con usted.

Thaddeus palideció, pero luego enderezó la espalda y lo miró con tal desprecio que Alex casi sintió respeto por él.

—Si me desprecias tanto, ¿por qué estás aquí? —preguntó el duque con rigidez.

—He conseguido lo que vine a buscar —dijo Alex, sujetando a Alis con fuerza—. Mi barco está esperando para zarpar hacia Boston. Esta noche.

—¡No! —gritaron ambas mujeres.

Caroline dio un paso adelante en señal de protesta y Alis se soltó de los brazos de Alex.

—No me voy a ir, Alex Chilton, y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión —juró la joven.

Alex la miró, atónito.

—¿Cómo que no te vas? ¡Claro que te vas! Los dos volvemos a Boston esta noche.

—Vete tú si quieres —respondió Alis con un movimiento de cabeza—, pero yo me quedo aquí con el abuelo. Me gusta estar aquí.

—¿Cómo que te gusta estar aquí?

—El abuelo me ha tratado muy bien —le informó Alis—. Me ha comprado unos vestidos preciosos y me va a llevar a Londres. Y

Caroline me ha enseñado todos los modales... y a bailar.

—¿De verdad? —Alex lanzó una mirada sombría a Caroline, que lo observó como si fuera un insecto—. Alis, tu hogar está en Boston, conmigo.

—¿Por qué debería volver a Boston, solo para verte zarpar de nuevo? —espetó ella—. Nos dejaste solos, Alex. Cuando murió madre, no tenía a nadie que me ayudara a organizar su funeral. Al menos el abuelo no se va a marchar y dejarme sola, como hiciste tú.

La culpa lo invadió como la marea contra la orilla. ¿Pero no se daba cuenta de que no había tenido otra opción?

—Hice lo que tenía que hacer para manteneros a las dos —susurró.

—No necesitábamos el dinero tanto como te necesitábamos a ti, Alex —dijo Alis en voz baja. Le puso una mano en la mejilla—. Quiero quedarme aquí en Inglaterra un tiempo y conocer al abuelo.

—No seas tonta, Alis. —La desesperación endureció su tono —. Ve a hacer las maletas. Esta noche te vienes conmigo a Boston.

—No, no lo haré. —Alis se dio la vuelta y se acercó al duque. Se plantó frente a Alex, y él se dio cuenta con sorpresa de que su pequeña hermana se había convertido en una mujer—. Tengo

veintidós años, Alex, y no puedes obligarme a hacer lo que tú quieres. Por una vez, voy a hacer lo que yo quiero.

—Y quieres quedarte aquí.

—Sí.

Alex miró el rostro de Alis, tan lleno de determinación, luego al del duque, que se regodeaba en silencio, y al de Caroline, que mostraba una compasión silenciosa.

¿Cuándo había perdido el control de la situación?

Alis tenía razón: no podía obligarla a marcharse. Pero tampoco pensaba dejarla a merced de su abuelo. El anciano ya había traicionado a su propia carne y sangre una vez, y Alex tenía la intención de estar presente cuando Thaddeus mostrara finalmente su verdadera cara.

—Entonces yo también me quedo. —Miró fríamente a su abuelo—. Supongo que habrá sitio para mí en este montón de piedras, ¿no?

—Le diré a Stephens que prepare una habitación —dijo Thaddeus con tono triunfante.

—Bien. —Alex se dio media vuelta y salió de la habitación, dando un portazo tras de sí.



—¡Capitán! —gritó Caroline, corriendo tras el estadounidense. Sus pasos iban tres por cada uno de los suyos. Levantándose un poco la falda por encima de los tobillos, aceleró el paso para alcanzarlo antes de que desapareciera por una esquina del pasillo.

Dobló la misma esquina a paso ligero y chocó de frente contra su amplio y musculoso pecho.

Un breve aroma a mar y a hombre puro le hizo dar vueltas la cabeza. Unas manos fuertes la sujetaron por los brazos, estabilizándola y acercándola unos centímetros más a ese cuerpo poderoso y masculino. Sus pechos se presionaron contra el torso de él, sus piernas se alinearon con las suyas y sus ojos quedaron a la altura de su garganta.

Respiró hondo, y ese delicioso aroma a hombre de mar hizo que su cuerpo se estremeciera de una forma que no experimentaba desde que era una niña.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora Crawford?

Por alguna razón, esa pregunta inocente, formulada con una voz tan grave y masculina, despertó en su mente las ideas más traviesas. Abrió la boca para

soltar lo que estaba pensando, pero el brillo de suficiencia en aquellos ojos, más azules que el cielo, la detuvo.

¡Dios mío, ¿qué estaba haciendo?!

Se soltó de él tan rápido que volvió a tropezar. Él la sujetó con una mano en el brazo, una mano que ella apartó en cuanto recuperó el equilibrio.

Aprovechó el momento para recuperar el control, colocarse un rizo rebelde detrás de la oreja y alisar la falda, sin mirarlo. ¿Qué le pasaba? ¡Llevaba reaccionando como una colegiala deslumbrada desde que había posado los ojos en aquel hombre!

—Su abuelo me ha enviado a buscarle —dijo con voz tranquila, a pesar de la agitación que sentía.

—Estoy seguro de que sí. Sin embargo, puede asegurar al duque que no tengo ninguna intención de robar la plata.

—¡Su Excelencia nunca pensaría tal cosa!

Él soltó una risa burlona y le acarició la mandíbula con un dedo. Caroline cerró la boca de golpe.

—Estoy seguro de que usted también lo cree.

Ella dio un paso atrás, recurriendo a todo su entrenamiento para calmar su pulso acelerado y mantener una actitud imperturbable.

—En realidad, él quería que me asegurara de que tuviera todo lo necesario para pasar la noche.

—¿De verdad? —Él la recorrió de arriba abajo con una mirada cargada de franca aprobación masculina—. Bueno, quizá haya un par de cosas...

Sin habla, sin aliento, sintió que el corazón le latía con fuerza ante semejante descaro. No podía, no debía, sentir excitación. Haciendo acopio de todo su control, respondió fríamente:

—Capitán, creo que me ha malinterpretado.

Él soltó una carcajada áspera.

—No, señora Crawford, la entiendo demasiado bien. Es una lástima.

Con eso, la arrogante bestia se marchó por el pasillo, dejando a Caroline observándolo, con la espalda erguida y el rostro ardiendo.

Capítulo 2

Alex dormía profundamente en la casa de su abuelo, lo cual le irritaba enormemente. Pero después de tantos meses de viaje por mar, supuso que era natural que un hombre durmiese como un niño en una cama tan grande y suave, especialmente una que no se movía.

Mientras bajaba las escaleras a las ocho y media de la mañana siguiente, pensó en la encantadora señora Crawford, que se había mostrado tan escandalizada cuando él coqueteó con ella. Si hubiese pasado la noche envuelto en esos suaves brazos blancos, se habría perdonado el capricho de dormir hasta tarde aquella mañana, pero como había dormido solo en aquella cama inmensa, únicamente sentía fastidio.

Lástima que estuviera casada. Le habría complacido descongelar sus modales ingleses y remilgados con un poco de amor

americano, ardiente y sincero. Tal vez esa noche tuviera mejor suerte y encontrase a alguna joven guapa con quien enredarse entre las sábanas.

Pero por ahora, tenía trabajo. Siguió a un criado hasta el Salón Verde, donde le aguardaba Tim O'Brien.

Tim era hijo y nieto de marinos. Primer oficial del *Trinity*, no aspiraba a más y había dejado claro que estaba contento de permanecer con el capitán Chilton mientras tuviera fuerzas para navegar. Alex recompensaba la habilidad y la lealtad, y Tim O'Brien era un maestro en ambas cosas.

Ahora, en medio de la opulenta estancia, Tim contemplaba los elegantes muebles con la boca entreabierta. Las paredes estaban revestidas de seda verde pálido, y sus pies se hundían en una alfombra del mismo tono, mullida y espesa. Con tal riqueza como telón de fondo, Tim debería haber parecido ridículo con su ropa sencilla, la barba de varios días y el cabello castaño claro que se escapaba bajo la gorra azul oscuro. Pero para Alex, él encarnaba todo lo que le resultaba familiar y confiable en su mundo.

—Buenos días, Tim —dijo al entrar—. Y gracias por venir tan deprisa y por traer mi cofre marinero. Necesitaba

desesperadamente cambiarme de ropa.

—Creo que deberías haber traído tu ropa de noche —respondió Tim, arrugando el rostro surcado de arrugas en una sonrisa socarrona.

—Tenemos que hablar del cambio de planes —continuó Alex, paseándose de un lado a otro, deseando tener una cubierta de madera bajo los pies—. Como indiqué en mi mensaje, ha habido un retraso.

—Espero que no se prolongue demasiado —repuso Tim con seriedad—. Sabes que debemos estar en Calais a finales de mes para recoger ese cargamento de seda. Si no llegamos a tiempo, ese serpiente de Fouliere se lo venderá a otro y nos dejará a nosotros con la multa.

—Tengo toda la intención de estar en Calais antes de que acabe el mes. Solo necesito uno o dos días para hacer entrar en razón a mi hermana.

Tim sonrió.

—Capitán, tengo tres hermanas y eso no se consigue tan rápido.

—Haré que Alis entre en razón —prometió Alex—. Sin embargo, si se muestra obstinada...

—¿Una hermana tuya, obstinada? —Tim puso los ojos en blanco—. Ni lo pienses.

—Si se mantiene obstinada —repitió Alex con una mirada fulminante—, necesitaremos un plan alternativo. Si no entra en razón en dos días, quiero que lleves el *Trinity* a Calais y cierres el trato con Fouliere. Cuando regreses, mi hermana estará lista para partir, aunque tenga que atarla y llevarla yo mismo.

Tim soltó una carcajada breve.

—Entonces será mejor que empieces a practicar tus nudos.

—¿Por qué sigo contando contigo? —gruñó Alex con afectuosa exasperación. Se dirigió a la puerta y la abrió de un empujón—. Vete ya y cuida de mi barco y de mis hombres. —Hizo una señal a un sirviente cercano—. Acompañe al señor O'Brien a la puerta, por favor.

—¿Qué? ¿No me acompañas tú mismo? —Tim se llevó una mano al corazón—. Me has destrozado el alma, capitán.

—No sé dónde está la maldita puerta —murmuró Alex.

Tim se echó a reír.

—Entonces, capitán, hasta dentro de dos días, cuando vuelva con su hermana. —El segundo oficial siguió al lacayo por el pasillo, como un soplo de aire fresco que abandonaba la atmósfera cargada de Wessex.

El estómago de Alex rugió, recordándole cuán hambriento estaba. Miró a su alrededor en busca de algún criado —por lo general, siempre había uno cerca— cuando su atención se vio atraída por un movimiento en las escaleras. Alzó la vista y se encontró con el rostro impasible de su abuelo.

El duque no era hombre que se dejara intimidar, y menos aún por su propio nieto. Ignoró su mirada y descendió los peldaños sin prisa, como si el aire entre ambos no se hubiese tensado de repente.

Aunque era de día, vestía colores sombríos. El abrigo de aquel día era de un tono burdeos tan oscuro que rayaba en el marrón. El pañuelo del cuello estaba atado con pliegues precisos y cada cabello canoso se mantenía en su sitio. El estómago de Alex volvió a rugir, un sonido gutural que resonó en el silencio, haciéndole sentir tan refinado como un mendigo.

Los labios del duque se crisparon.

—Buenos días, nieto. Supongo que tendrás hambre esta mañana.

Alex lo miró con recelo.

—Podría comer algo.

—El salón donde se sirve el desayuno está al final de ese pasillo, a la derecha —indicó Thaddeus, señalando con una mano—. ¿Necesitas que te acompañe?

—Puedo navegar un barco a cualquier rincón del mundo —replicó Alex—. Estoy seguro de que puedo encontrar una sala en una casa, incluso en una tan grande como esta.

—Entonces, si me disculpas, tengo asuntos que atender en la finca. Estaré en mi estudio si me necesitas.

—No lo haré —repuso secamente Alex.

Thaddeus arqueó una ceja, con una expresión que Alex había visto muchas veces en su propio reflejo: diversión condescendiente.

—Si necesitas algo, pídelo a un sirviente. Me gustaría que te sintieras como en tu casa. —El anciano le dedicó una sonrisa

breve antes de desaparecer por el pasillo opuesto.

Alex se dirigió hacia el comedor.

—¿Sentirme como en casa? —murmuró—. Ni lo sueñes.



Caroline estaba sentada sola en el comedor, moviendo los huevos en el plato como si estuviera comiendo.

Aparte de la llegada inesperada del hermano de Alis, la velada anterior había transcurrido de maravilla. Alis era tan brillante y hermosa que estaba destinada a encontrar un excelente partido antes de que terminara la temporada. Y una vez que Alis estuviera prometida, el futuro de Caroline también estaría asegurado.

Cuando el duque le había propuesto su plan por primera vez, Caroline lo había considerado imposible. ¿Convertir a una chica americana en una dama inglesa a tiempo para la temporada? ¿Ver a la chica bien casada con un noble? Sin embargo, Alis había demostrado ser una alumna aplicada. Caroline estaba muy satisfecha con los progresos de la chica, al igual que el duque.

El único que *no estaba* contento era Alex Chilton.

Caroline frunció el ceño. Sabía que el duque estaba secretamente encantado de que su nieto hubiera venido a Inglaterra, pero temía que el hermano de Alis fuera un obstáculo enorme.

Parecía preocuparse sinceramente por su hermana, por lo que ella no podía entender su deseo egoísta de devolver a la chica a las selvas de América. ¿No tenía ni idea de las ventajas que Alis obtendría por el simple hecho de ser la nieta del duque de Wessex? ¿No comprendía la vida de lujo que llevaría casada con un noble inglés?

No todas las mujeres tenían la oportunidad de garantizar su éxito social, y Alis la tenía por derecho de nacimiento. Acompañando a Alis en sociedad, Caroline también encontraría lo único que necesitaba para sobrevivir en el mundo educado: un marido.

En realidad, no quería otro marido. Uno había sido más que suficiente; ¡mira dónde la había llevado ese desastre! Pero como no era heredera, no tenía otras opciones.

El duque había hecho correr la voz de que Caroline era simplemente una buena amiga de la familia, algo cercana a la edad

de su nieta, que había accedido amablemente a acoger a la joven bajo su protección. Nadie sabía la verdad: que Caroline estaba prácticamente en la ruina y sin hogar, gracias a su marido mujeriego. El matrimonio le permitiría mantener el cuerpo y el alma juntos y el honor y la dignidad de su familia intactos. Si su despreciable cuñado no hubiera conseguido arruinar sus posibilidades con sus rumores infundados.

—Un poco temprano para una visita, ¿no le parece, señora Crawford?

La voz grave la sacó de sus cavilaciones. Alex estaba de pie en la puerta del comedor.

—Buenos días, capitán —respondió ella con acritud.

Él le sonrió, mostrando esos hoyuelos ridículamente atractivos mientras se acercaba al aparador donde estaba servido el desayuno. No pudo evitar fijarse de nuevo en lo grande que era, sobre todo porque el salvaje se presentaba ante ella vestido solo con pantalones y camisa. La camisa blanca le quedaba muy bien, resaltando sus anchos hombros y el contorno de sus músculos al caminar. Pero, ¿es que en América no tenían pudor? ¿Dónde estaba su abrigo, su corbata?

Se volvió hacia ella, con el plato lleno de huevos y salchichas, y levantó las cejas al ver que ella lo miraba.

—¿Necesita algo, señora Crawford?

Ella se negó a sentirse avergonzada.

—Simplemente me preguntaba dónde había desaparecido el loco de anoche.

Él se rió y esos hoyuelos volvieron a aparecer, maldito sea. Tenía los dientes blancos y uniformes, y ahora que se había afeitado y aseado, era tan guapo como Alis era encantadora.

Se había peinado el pelo oscuro y, aunque el largo estaba muy pasado de moda, la forma en que se lo había recogido le daba un aire de pirata. Ahora que estaba más presentable, ella podía ver un parecido con el duque en la nariz afilada y las cejas oscuras y inclinadas. Si tan solo sus modales estuvieran a la altura de su aspecto, pensó ella mientras él se sentaba y se lanzaba al desayuno como un hombre que llevaba una semana sin comer.

Hizo una pausa en su devoración compulsiva de la comida.

—No ha respondido a mi pregunta.

—No recuerdo que me haya hecho ninguna pregunta.

—Le pregunté qué hacía aquí a estas horas, señora Crawford. Me parece un poco temprano para visitar a Alis después de la noche que pasó ayer.

—¡No me dará usted lecciones *a mí* sobre las normas sociales! ¿Usted, que va por ahí medio desnudo y se abalanza sobre la comida como un lobo hambriento?

Frunció el ceño al mirar su ropa y luego frunció el ceño a ella.

—No hay nada de malo en cómo voy vestido. Y si usted no hubiera venido a visitarme a una hora tan temprana, tal vez su delicada sensibilidad no se habría sentido ofendida.

—No he venido a visitarlo, —respondió ella con impaciencia—. Soy una invitada del duque.

—¿De verdad? —Se recostó en la silla y arqueó las cejas—. ¿Y qué opina de eso el *señor* Crawford?

Caroline se sonrojó, entendiendo inmediatamente lo que quería decir.

—El señor Crawford falleció hace poco más de un año, capitán —respondió secamente—. Soy viuda.

Su rostro se suavizó con simpatía.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No lo sabía.

—Usted no sabe muchas cosas, capitán —replicó ella con frialdad—. Ya que lo pregunta, le informaré de que su abuelo me pidió que ayudara a Alis a ocupar el lugar que le corresponde en la sociedad. Como él y mi difunto padre eran amigos, naturalmente accedí a ayudarle y acepté su amable invitación de quedarme aquí, en Wessex, para estar más cerca de su hermana. Ahora, ¿tiene alguna otra pregunta, Capitán?

—Sí. ¿Dónde vive habitualmente?

Ella pensó en la preciosa casa de campo que se había visto obligada a vender para pagar la primera de las deudas de su marido.

—No veo por qué eso le incumbe. Es usted muy grosero, milord.

Su expresión se ensombreció al oír el título.

—No soy yo quien tiene que preocuparse por la reputación —dijo con tono sarcástico—. ¿No hay alguna norma inglesa que prohíba a una mujer soltera vivir sola con un hombre que no sea su marido?

—¡Su abuelo tiene casi ochenta y cinco años! —exclamó ella—. Pero para tranquilizar su mente retorcida, le aseguro que estamos

bien acompañados.

—¿Y quién es esa acompañante? ¿Alis? —rió él.

—No, granuja —dijo una nueva voz—. Soy yo.

Alex se sorprendió claramente por la voz femenina envejecida que había interrumpido su conversación. Y cuando vio bien a la señora, la cómica expresión de incredulidad en su rostro hizo que Caroline contuviera una risita.

Tan menuda que apenas le llegaba al pecho a Alex, la señora de cabello blanco vestía a la moda con un vestido a juego con el turbante morado oscuro que llevaba en la cabeza. Un collar de perlas blancas como la nieve ocultaba casi por completo los delicados bordados del vestido, y grandes diamantes brillaban en sus orejas. Ella lo miró con ira, y a Caroline le llamó la atención el parecido entre ambos, hasta en la nariz de los Huntly.

—¿No tenéis modales en Estados Unidos? —preguntó la anciana—. ¿Ni siquiera os levantáis cuando entra una dama?

Alex se puso de pie, con las mejillas enrojecidas.

—Lo siento, señora —dijo con un encanto apresurado—. Me ha pillado por sorpresa.

—¿Quién es este muchacho tan apuesto? —preguntó la anciana a Caroline.

—Es su sobrino nieto, Alex Chilton, de Estados Unidos —respondió Caroline, mordiéndose el interior de la mejilla para no reírse—. Capitán, ella es su tía abuela, lady Agatha Strathwaite, la hermana de su abuelo.

—¿Es tu sobrino? —preguntó lady Agatha

—Es el hijo de William, milady.

—Ah, entonces tú debes de ser Falcox —dijo Lady Agatha con un gesto de asentimiento. Lo miró fijamente, con sus ojos oscuros clavados en él—. Te gustan las mujeres, ¿verdad?

—Ah... sí. —Claramente desconcertado, Alex miró a Caroline, quien se negó a sostener su mirada. Era lo único que podía hacer para mantener la compostura, dividida entre la sorpresa por la atrevida pregunta de Lady Agatha y las ganas de reírse a carcajadas ante la incomodidad de Alex.

—Servirás —declaró Lady Agatha.

—Gracias, señora —respondió él con tono dubitativo.

Ella chasqueó la lengua.

—Puedes llamarme Lady Agatha, como todo el mundo, incluso la querida Caroline, o incluso tía Agatha, ya que somos familia. Y quizá la próxima vez que nos veamos, también vayas vestido adecuadamente.

Volvió a mirar su ropa. Lady Agatha vio su desconcierto y suspiró.

—Vas a tener mucho trabajo con este —le dijo a Caroline—. Es guapo, eso hay que reconocerlo, pero sin duda necesita pulirse.

Caroline se permitió esbozar una sonrisa.

—Por suerte, no es problema mío, milady.

Lady Agatha soltó una carcajada.

—¿No? —Con ese comentario enigmático, salió del comedor.

Alex volvió a sentarse lentamente.

—¿Por qué me ha preguntado si me gustan las mujeres?

—Quizá debería preguntárselo a su abuelo.

—No, señora Crawford. Se lo pregunto a *usted*. —Algo en la forma en que pronunció la última palabra la hizo sonrojarse. Sonaba tan... íntimo.

—Es un tema bastante delicado —respondió ella, evasiva.

Él se recostó en la silla y cruzó los brazos, sonriendo de oreja a oreja.

—Mejor que mejor.

Aquel hombre era un sinvergüenza, sentado allí con aquellos impresionantes ojos azules fijos en ella, exigiéndole que hablara de cosas que ninguna dama debía saber.

—Es una especie de secreto familiar —admitió ella, sintiendo cómo le subía el calor a las mejillas—. De verdad creo que debería preguntárselo a su abuelo.

—No estoy de acuerdo —dijo él en voz baja—. Se está sonrojando, señora Crawford.

—¡Por supuesto que me estoy sonrojando! —espetó ella—. Me está haciendo sentir muy incómoda.

—Bien —dijo él, mostrando sus hoyuelos—. Ahora, ¿cuál era ese profundo y oscuro secreto que estaba a punto de revelar?

—Capitán, por favor. De verdad que no puedo.

—Me gusta cómo lo dice, —murmuró él.

—Capitán, por favor.

—Me gustaría complacerte, Caroline.

Su voz cálida y grave despertó en ella un deseo que no había sentido en años. Reprimió sus emociones rebeldes.

—Mi nombre es señora Crawford, —corrigió, pero su tono no era tan represivo como le hubiera. —Y le agradecería que no intentara seducirme en la mesa del desayuno.

—Mis disculpas, —respondió él—. ¿Dónde le gustaría que la sedujera, entonces?

—A su tío no le gustaban las mujeres, —soltó ella—. ¡Obviamente, nosotros no tenemos ese problema con usted!

Alex se echó a reír cuando lo entendió todo.

—El viejo Thaddeus sí que lo hizo, ¿verdad? ¡Renegó del único hijo que podía darle un heredero!

—Usted *es su* heredero —espetó ella—. Y me ha arruinado el desayuno.

Se levantó para marcharse, pero él la detuvo con un gesto, aún riéndose.

—Siéntese, señora Crawford. Le pido disculpas.

Ella dudó.

—Siéntese —le dijo él de nuevo, con el rostro arrugado por la diversión—. Prometo comportarme.

Ella volvió a sentarse lentamente, observándolo de cerca.

—Le tomaré la palabra, capitán.

—Cambiemos de tema —sugirió él—. He oído que los ingleses no se levantan antes del mediodía, pero parece que todo el mundo ya está despierto.

—En Wessex seguimos los horarios del campo, —le informó ella, dando un mordisco a sus huevos, que ya se habían enfriado—. Solo Alis sigue en la cama, pero como el maestro de baile llega esta tarde, se levantará también pronto.

—Ya veo. —Alex volvió a atacar su desayuno. Luego levantó la vista y la señaló con el tenedor—. Si Lady Agatha es la chaperona, ¿por qué la necesita Alis a usted?

La pregunta la llenó de alarma y el corazón le dio un vuelco. Luego respiró hondo para calmarse. Nadie conocía su verdadera situación. Bueno, casi nadie.

—El duque pensó que Alis necesitaba a alguien más joven que le hiciera compañía —respondió con voz tranquila, logrando de algún modo seguir comiendo plácidamente sus huevos—. Lady Agatha es

una dama de cierta edad, y Su Excelencia pensó que una joven tan vivaz podría ser demasiado para ella.

—Así que la contrató a usted.

Apretó los dientes con irritación. ¿Es que ese hombre nunca estaba satisfecho?

—Le aseguro, capitán, que *no soy* empleada de Su Excelencia. Solo soy una amiga de la familia que le está haciendo un favor.

—¿Y por ese favor, puede quedarse aquí, en esta enorme casa, y vivir a costa de mi abuelo?

El color volvió a subirle a las mejillas. Se puso en pie de un salto y tiró la servilleta sobre la mesa, con todo el cuerpo temblando de furia y miedo. Aquel hombre tan irritante se estaba acercando peligrosamente a la verdad.

Fascinado, Alex dejó el tenedor. Sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillantes de ira contrastaban con el verde pálido de su vestido, que realzaba su belleza.

—Usted, señor, no sabe de lo que está hablando —dijo en un tono bajo y cortante. Pero sus dedos apretaron la servilleta que descansaba sobre la mesa.

—Quizá no, —admitió él, observándola con interés—. Pero algo la tiene muy alterada.

—Buenos días, capitán, —dijo ella con sequedad, y salió de la habitación como si no pudiera soportar su presencia ni un momento más.

Alex miró la silla vacía y la servilleta arrugada. Así que la encantadora señora Crawford era viuda. Eso lo cambiaba todo, ya que ahora era libre de seducirla con la conciencia tranquila. Parecía una mujer que necesitaba un buen revolcón entre las sábanas, y él era el hombre perfecto para ello. Lo que le llevó a pensar en su abuelo.

¿Había algo ilícito entre el duque y la señora Crawford? Ella había actuado de forma muy extraña cuando él se lo había insinuado. ¿Veía al duque como un medio para ganarse la vida? ¿Era ella su amante?

Si había algo entre ellos que no le gustaba, Alis no se quedaría allí ni un día más. Se lanzó sobre el desayuno. Pronto tendría respuestas, de una forma u otra.



Ese hombre era un completo bárbaro, pensó Caroline mientras corría por el pasillo. Y sus comentarios habían sido demasiado íntimos para su comodidad.

Se detuvo en su huida y se presionó las mejillas en llamas con las palmas de las manos.

El estadounidense era demasiado atrevido y hablaba con demasiada facilidad de cosas que no se debían decir. Nunca entendería sus razones para aceptar el trato del duque. Lo desesperada que había estado. Lo atrapada.

Cerró los ojos para alejar los recuerdos, pero estos volvieron de todos modos. Los comerciantes golpeando su puerta al día siguiente de la muerte de su marido. El lascivo lord que se le había acercado en el funeral de Mike para cobrarle una deuda de juego, de la forma que ella quisiera pagársela. La encantadora casa de campo, el único lugar donde había sido feliz durante los diez años de matrimonio, vendida para cubrir las deudas de Mike. Y aún así no era suficiente.

Y luego estaba Gabriel.

Solo su nombre le hizo bajar las manos de la cara y enderezar la espalda. Gabriel *no la* derrotaría.

Sobreviviría, aunque tuviera que pasar por encima de Alex Chilton para lograr sus objetivos. Él no tenía ni idea de cómo comportarse en sociedad y, lo que era peor, no le extrañaría que saboteara deliberadamente las posibilidades de Alis de encontrar un buen partido, sobre todo una vez que se mudaran a Londres para la temporada.

¡Y cómo la miraba! Había oído hablar de marineros lujuriosos, pero anoche... Nadie la había mirado así *jamás*. Era... ¡indecente! Sí, esa era la palabra. *No era* emocionante. No era eso lo que había querido decir en absoluto.

Con un poco de suerte, Alex volvería pronto a Estados Unidos y la dejaría

—los dejaría a todos— en paz.

—Señora Crawford, ¿podría hablar con usted? —dijo el duque desde la puerta de su estudio—. *Ahora*, por favor —repitió, y desapareció en la habitación.

Con una sensación de temor que la acompañaba a cada paso, entró en el estudio.

—Cierre la puerta, por favor —dijo el duque, sentándose detrás de su escritorio. No había alzado la voz. No era necesario. El duque

de Wessex había pasado ochenta y cinco años aprendiendo a mandar a la gente con el mero poder de su presencia.

Y era eficaz, pensó Caroline, tomando la silla que el duque le indicaba con un gesto de la mano. Nadie podía intimidar mejor que el duque de Wessex.

—¿Acaba de llegar del desayuno? —preguntó, echando un vistazo a unos papeles.

—Sí, Su Excelencia.

—Entonces supongo que habrá visto a mi nieto.

Ella juntó las manos con fuerza en el regazo.

—Sí, lo he visto, Su Excelencia.

—Se ha convertido en un joven apuesto.

—Lo cierto es que sí.

El duque se recostó en su silla.

—Hace honor al nombre de los Huntly, aunque él negaría cualquier parentesco si pudiera.

Sin saber adónde iba a parar la conversación, Caroline solo pudo murmurar:

—Sí, Su Excelencia.

—Pero es mi nieto y mi heredero, señora Crawford, lo quiera él o no. Me gustaría tener tiempo para convencerlo de que se quede en Inglaterra y asuma sus responsabilidades.

Aunque esperaba fervientemente que no fuera así, Caroline señaló:

—Ha dicho que no se irá hasta que Alis lo haga. Ella tiene intención de quedarse toda la temporada, lo que debería darle mucho tiempo para conocerse.

El anciano dio unos golpecitos con los dedos sobre el escritorio.

—No creo que Alex vaya a esperar tanto. Esta mañana lo he visto hablando con uno de los hombres de su barco. No me extrañaría que tuviera intención de llevarse a Alyson por la fuerza.

—¡¿Qué?! —Caroline se puso en pie—. Su Excelencia, ¿está seguro?

—No, no estoy seguro, pero existe la posibilidad. —Él la miró con las cejas arqueadas y ella se sentó lentamente mientras él continuaba—: Quiero mucho a mi nieta, señora Crawford, y, como soy un hombre egoísta, me gustaría tenerla conmigo el mayor tiempo posible. Mi mayor deseo es que se case bien y se establezca

aquí, en Inglaterra. Si Alex logra llevársela, dudo que le permita volver hasta mucho después de mi muerte, si es que lo hace.

—Seguro que no sería tan cruel.

—Estoy seguro de que él no lo vería así. Pero está muy enfadado conmigo y me ve como una amenaza para Alyson.

Caroline asintió.

—Creo que tiene razón. Es muy protector con su hermana.

—Yo también, señora Crawford. Quiero lo mejor para mi nieta, pero ahí es donde mi nieto y yo tenemos opiniones diferentes.

Esbozó una pequeña sonrisa sarcástica.

—Entre otras cosas.

—Quizá, con el tiempo... —comenzó ella.

—Con el tiempo, yo estaré en mi tumba, con mis propiedades abandonadas y mi nieta al otro lado del océano. —El duque respiró hondo para calmarse—. Para asegurarme de que nada de eso ocurra, le encargo que vigile a mi nieta, señora Crawford.

Caroline asintió.

—Por supuesto.

—Y de mi nieto.

—¿Qué? —Una vez más, Caroline se levantó de un salto de la silla—. Su Excelencia, una cosa es hacerse cargo de una niña y otra muy distinta intentar vigilar a un hombre adulto.

—Siéntese, señora Crawford.

—No puede pedirme algo así —continuó ella, alzando la voz—. ¡Es imposible!

—*Siéntese!* —tronó él.

Caroline se sentó.

—Quizá me ha entendido mal —dijo el duque en voz baja y amenazante—. Tenemos un acuerdo, señora Crawford.

—Alex Chilton no formaba parte del acuerdo.

—Lo he cambiado. —Con calma, el anciano juntó las manos delante de él, sobre el escritorio.

—¡No puede hacerlo!

Él arqueó las cejas.

—Acabo de hacerlo. Señora Crawford, usted siempre ha mantenido una reputación impecable por su buena educación y

elegancia. Ha honrado el nombre de su familia y estoy seguro de que su padre estaría orgulloso.

Caroline asintió con rigidez.

—Sin embargo... —Hizo una pausa—. Antes de su muerte, su marido contrajo una deuda de juego escandalosa. Y, por alguna razón, su hermano, lord Arndale, no ha pagado estas deudas de honor.

Caroline apretó la mandíbula al oír el nombre de Gabriel Crawford, su cuñado. Sabía perfectamente por qué Gabriel no había pagado las deudas de Mike, y no tenía nada que ver con el honor.

—Así es, Su Excelencia.

El duque continuó:

—Se encuentra en una situación difícil, señora. Sin mi ayuda, no tiene medios para pagar esa cantidad.

—Tengo el collar de perlas de mi madre —susurró, desesperada por recuperar algo de control sobre la situación.

El duque negó con la cabeza.

—Ambos sabemos que el collar apenas supondría una pequeña parte de tal suma.

Sintiéndose atrapada, dijo:

—Es todo lo que tengo, Su Excelencia.

—No es nada, señora. —Juntó los dedos—. Tiene usted un pedigrí familiar respetable y una excelente posición social. Tiene acceso al salón de todas las damas de la alta sociedad y su comportamiento es el de una dama en todos los sentidos. Su reputación es intachable, a pesar de los rumores actuales.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Se refiere a la historia de cómo murió mi marido.

—Exacto. Aunque los chismosos siguen dándole vueltas a este cotilleo, he observado que las acciones de su marido no han perjudicado su reputación. Es bastante notable.

—Me alegra que lo apruebe, Su Excelencia —dijo ella con una sonrisa forzada.

Él pareció incómodo por un instante.

—Sí, bueno, es una historia poco común, y usted ha capeado el temporal de forma excepcional.

¡Una historia poco común, sin duda! Mi marido murió en la cama de su amante. Se rompió el cuello durante uno de sus

impactantes juegos con látigos y cuerdas.

—Una mujer con su fortaleza no debería tener problemas para manejar a mi nieto —continuó el duque—. Por eso quiero que lo vigile lo más posible. También tengo planes para él. Tengo la intención de concertarle un matrimonio con lady Eleanor Edgerton.

—Nunca aceptará —espetó ella.

—Soy consciente de ello, señora Crawford. —Se sonrojó—. Me ayudará a asegurarme de que Alex y Lady Eleanor pasen tiempo juntos mientras estemos en Londres. Una vez que se case con la hija de un par inglés, estará más dispuesto a quedarse aquí, en Inglaterra, y ocuparse de sus responsabilidades.

—No es mi deber...

—¡Su lugar es donde yo diga, señora Crawford! Yo encargaré de presentarles a Lady Eleanor, mientras usted convierte a mi nieto en un inglés como Dios manda.

—Imposible —susurró ella.

—Debe hacerlo posible. —Se puso de pie. La luz del sol entraba por la ventana detrás de él y ensombrecía su rostro, haciéndolo parecer todopoderoso—. Porque si fracasa en esto, si mi nieto regresa a Estados Unidos, nuestro trato quedará anulado.

—Pero, Su Excelencia...

—Anulado, señora Crawford. —Dio un paso adelante y la atrapó con su mirada fría y oscura—. Sin mí, nunca podrá financiar su temporada y su reputación quedará arruinada en cuanto se sepa que tiene dificultades económicas. Y eso sucederá tarde o temprano. Nunca podrá conseguir el matrimonio que tanto necesita. Nos necesitamos mutuamente, señora.

—Pero...

—Que tenga un buen día, señora Crawford.

Las palabras eran una despedida. Se levantó y salió del estudio, recordando cómo, menos de una hora antes, había estado deseando deshacerse de Alex Chilton.

Ahora estaba totalmente atada a ese hombre. ¿Convertir a Alex Chilton en un caballero inglés? ¡Imposible! Se resistiría en todo momento. Sin embargo, si Alex lograba convencer a Alis de que se marchara con él antes de que terminara la temporada, se llevaría el futuro de Caroline con él.

No tenía otra opción. Tenía que hacer que él cumpliera los deseos del duque, por cualquier medio posible.

Capítulo 3

Alex bajó de su habitación poco después de las dos. Llevaba todo el día esperando para hablar con Alis, pero primero ella había estado durmiendo y luego se había puesto a arreglarse.

No estaba acostumbrado a estar ocioso.

Perseguir a la señora Crawford habría sido un pasatiempo divertido, pero la dama no había vuelto a aparecer tras su dramática salida del comedor. No importaba. Sus caminos se volverían a cruzar y tendría otra oportunidad de seducir a la encantadora viuda para llevarla a su cama.

Llevaba más de un año en el mar y no se entretenía con inocentes ni con las esposas de otros hombres. Pero una viuda... Sonrió con malicia.

Como la señora Crawford se había escondido, buscó otros medios para pasar el tiempo. Ya había bajado a los establos para echar un vistazo a los excelentes caballos de Wessex, y luego había hojeado algunos títulos en la biblioteca. Había paseado por los jardines. Dos veces. Había contemplado los jardines. Finalmente, se había ocupado de la correspondencia que había descuidado mientras perseguía por todo el mundo a su hermano errante. Con las cartas en la mano, detuvo a una de las criadas que pasaba por el vestíbulo.

—Disculpe, señorita. ¿Sabe si mi hermana ha bajado ya?

La joven hizo una rápida reverencia.

—Todavía no, señor. Se está vistiendo.

—¿Todavía? ¡Lleva una hora vistiéndose! —Frunció el ceño. ¿Cuánto tiempo tardaba la chica en ponerse un vestido y peinarse?

Por si eso no fuera suficiente para impacientarlo, los sirvientes insistían en dirigirse a él con el maldito título, por más que les hubiera pedido que no lo hicieran. Al final, había desistido.

Al captar la mirada nerviosa de la criada, suavizó deliberadamente su expresión.

—¿Cómo te llamas?

—Alice, señor.

—Alice, ¿podrías decirle a mi hermana que necesito hablar con ella? Estaré en los jardines.

—No será necesario, Alice. Estoy aquí mismo.

Alex levantó la vista y vio a Alis bajando las escaleras. Una vez más, le sorprendió lo mucho que había cambiado. Llevaba un vestido elegante de color rosa pálido y su cabello oscuro estaba cuidadosamente peinado con rizos en cascada. Y bajaba las escaleras. Lentamente. Con elegancia. Recordó, en las raras ocasiones en que había vuelto a casa, cómo solía bajar corriendo las escaleras de su casa en Boston para lanzarse sin aliento a sus brazos.

¿Acaso los ingleses habían sofocado hasta el último ápice de su espíritu? ¿Dónde estaba la chica luchadora que tanto amaba? Cuanto antes la llevara a casa, mejor.

—Te estaba esperando —dijo Alex cuando Alis llegó junto a ellos—. Nunca solías quedarte en la cama hasta el mediodía ni tardabas más de una hora en vestirte.

—Tampoco solía quedarme hasta tarde en una velada en mi honor —respondió Alis con frialdad—. ¿Necesitas enviar esas cartas?

¿Velada? Frunciendo el ceño, bajó la vista hacia las cartas que tenía en la mano. —En realidad, quería enviárselas a Tim O'Brien para que las enviara con el *Trinity*.

—Se las llevaremos un lacayo. —Antes de que pudiera responder, Alis le arrebató las cartas de la mano y se volvió hacia la criada—. Alice, ¿podrías decirle a Stephens que envíe a uno de los lacayos a entregarlas en el barco de mi hermano?

—Por supuesto. —Haciendo una reverencia, Alice tomó las cartas y se marchó apresuradamente.

Alex miró a su hermana con escepticismo. Parecía tan seria. ¿Dónde estaba la pequeña pícara que una vez había intentado esconderse en uno de sus barcos? ¿Dónde estaba la joven risueña y vivaz que había dejado en Boston hacía más de un año?

—¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó Alis educadamente.

Le hablaba como si fuera un conocido vago y no el hermano que prácticamente la había criado. No le gustaba nada. Le recordaba a una inglesa insensible, temerosa de despeinarse. ¿Cómo iba a convencer a esa desconocida para que volviera con él a Boston?

—¿Y bien? —preguntó ella, levantando las cejas con esa condescendencia que parecía ser cosa de familia.

—Vamos al jardín —respondió él—. Me gustaría estar a solas. —Como quieras. —Con la cabeza bien alta, Alis se adelantó.

Alex sintió una pequeña sensación de logro al llegar al jardín, una vez que se dio cuenta de que podría haber llegado allí sin la ayuda de Alis. Parecía que sus habilidades de orientación seguían intactas.

Alis lo guió por el sendero hasta un banco de piedra rodeado de cerezos jóvenes repletos de flores de color rosa pálido. Se volvió y lo miró, con una expresión aún indescifrable.

—¿De qué querías hablarme, Alex? —preguntó—. Mi maestro de baile llegará en menos de una hora.

—Ya sabes bailar, —señaló él.

—Apenas. —Con un gesto altivo, ella respondió con lentitud—: Sé bailar los bailes coloniales. Hoy Monsieur Collineau va a enseñarme el vals.

—¿Coloniales? ¿Has olvidado que *eres* americana?

—Aquí no. Aquí soy la señorita Alyson Huntly-Chilton, nieta del duque de Wessex.

—¿Huntly-Chilton? ¿Qué demonios es eso?

—Alex, ¡por Dios! ¡Ese lenguaje! —Ella resopló con desaprobación, lo que le dio ganas de estrangularla—. Al fin y al cabo, nuestro padre se llamaba Huntly. Solo lo cambió para fastidiar a nuestro abuelo.

—Antes te parecía bien, —espetó Alex—. Alisgie, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué no dejas todas estas tonterías y vuelves a casa, donde debes estar?

Por fin vislumbró a la antigua Alis cuando sus ojos azules brillaron con ira.

—¿A casa, a Boston? ¿Qué hay allí ahora para mí? Mamá se ha ido y tú te irás navegando tan pronto como lleguemos.

—Alis...

—Al menos el abuelo no me abandonará.

—¡Eso no lo sabes! —rugió Alex—. Abandonó a nuestro padre, ¿no? Solo está jugando con esto porque nos necesita. Me necesita a mí. ¡Soy *su* precioso heredero!

—¡El abuelo me quiere! —gritó ella—. ¡Esto no tiene nada que ver contigo, Alex William Chilton!

El corazón de Alex se alegró. *Ahí estaba* la Alisgie que él conocía.

—No te engañes, Alis. Cuando murió su hijo mayor, el viejo no tenía a nadie más para heredar su preciado título. Eso es lo único que le ha importado siempre. Por eso repudió a nuestro padre.

—Eso fue hace más de treinta años —replicó ella—. La gente cambia.

—No ese viejo cascarrabias. Si hay alguien que se aferra a sus costumbres, ese es él.

—No hay quien hable contigo —declaró Alis, levantando las manos—. Desde que tengo uso de razón, tú has dado las órdenes y yo tenía que obedecerlas. ¿Alguna vez has pensado que yo podría querer decidir sobre mi futuro?

—Eras solo una niña.

—Alex, tengo veintidós años. Hace mucho que dejé de ser una niña, —dijo en voz baja.

Si le hubiera gritado esa frase, quizá habría podido ignorarla. Pero su triste solemnidad le hizo detenerse. *¿Había* sido demasiado autoritario últimamente? Alis era ocho años más joven que él y estaba acostumbrado a cuidarla. Pero ella ya no era una niña pequeña.

—Tienes razón.

Ella había abierto los labios para discutir antes de darse cuenta de lo que él había dicho. Cerró la boca y lo miró con curiosidad.

—Tienes razón —repitió él—. Es solo que llevo tanto tiempo a cargo de la familia que no me he dado cuenta de cuándo has crecido.

—No estabas lo suficiente en casa —dijo ella, pero sus palabras no tenían rencor.

—Intentaba mantener a una familia, Alis. Sé que no puedes entenderlo, pero para mí era importante daros lo mejor que podía.

—No, lo entiendo. —Empezó a pasear mientras hablaba, alargando la mano para tocar suavemente una suave flor de cerezo rosa—. Pero lo que tú no entiendes es que no recuerdo a nuestro padre, Alex. Solo tenía tres años cuando murió en el mar. Tú eres lo más parecido a un padre que he tenido nunca. Y te necesitaba.

—Siempre he estado aquí para ti.

—No, no es verdad. —Arrancó la flor del árbol y lo miró a los ojos. Sus ojos estaban tristes—. No necesitaba tanto el dinero que me enviabas como a ti, Alex.

Él suspiró.

—Ya hemos hablado de esto, Alis. No puedo cambiar el pasado.

—Ninguno de los dos puede. Pero ahora las cosas son diferentes. Mamá ya no está y hemos encontrado al abuelo. No tienes por qué trabajar tanto. Lo has hecho muy bien, Alex, pero es hora de cambiar.

—No quiero tener nada que ver con ese viejo—, refunfuñó Alex —. Que se quede con sus modales ingleses estirados, su preciada fortuna y su maldito título.

Alis soltó un suspiro de exasperación.

—¿Se te ha ocurrido, Alex Chilton, que tal vez el abuelo se arrepiente de lo que hizo?

Alex se rió con dureza.

—¿Él? Difícilmente.

—¡Eres tan terco! ¿Por qué no puedes dejar de estar tan enfadado con él y ver que se arrepiente de lo que hizo?

—Por lo que hizo, nuestros padres están muertos —espetó Alex —. Papá nunca habría tenido que hacerse a la mar si hubiera estado aquí, en Inglaterra, viviendo la vida para la que fue criado. Y mamá enfermó tanto después de que yo naciera que casi no pudieron tener más hijos. Si el duque la hubiera aceptado como esposa de nuestro padre, habría tenido mejor atención médica. Nunca volvió a estar realmente fuerte después de que tú nacieras, y probablemente eso fue lo que la mató.

—Y yo me siento culpable todos los días por eso —dijo Alis, con la voz entrecortada.

—No es culpa tuya, Alisgie. —Sintiendo dolor por ella, Alex buscó palabras de consuelo—. Sabes lo mucho que ella quería tener hijos. Si quieres culpar a alguien, culpa a ese viejo bastardo egoísta por negarle la vida que debería haber tenido, una vida en la que quizá no se habría puesto tan enferma. En la que ninguno de los dos habría muerto.

—¿Y no crees que *nosotros tenemos* derecho a esa vida? —La voz de Alis se quebró por las lágrimas contenidas—. ¿No crees que

nos la debe? Aunque no puedas creer que lo sienta, Alex, ¿no puedes encontrar alguna forma de aceptar lo que te ofrece?

—Lo siento, Alis, pero no quiero nada de él. Y tampoco quiero que te acerques a él. No soporto verte sufrir.

—¡Tú eres el que me está haciendo sufrir, Alex! —Le lanzó la flor—. Por una vez, quiero algo para mí. ¿Sabías que el abuelo va a presentarme en la corte? ¿Que va a llevarme a Londres y comprarme ropa preciosa y presentarme a condes, príncipes y grandes damas? ¡Yo quiero eso! Nunca he deseado nada tanto en mi vida.

—Maldita sea, Alisgie, *¿por qué*? He intentado darte todo. ¿Qué puedo hacer para que esto mejore?

—Puedes dejarme hacer esto, Alex. —Le dirigió una mirada firme, tan llena de madurez que él se quedó impactado—. Te conozco, y probablemente pensaste que te llevaría un par de días convencerme de que volviera a casa contigo. Y luego, una vez que me llevaras a Boston, apuesto a que nunca me dejarías volver a Inglaterra.

—Yo... —Alex cerró la boca. Ella lo había pillado.

Ella entrecerró los ojos ante su expresión culpable.

—Apuesto a que incluso has enviado a Tim a ocuparse de los negocios mientras esperabas el momento oportuno para hacerme entrar en razón. Bueno, tengo noticias para ti, Alex. *No voy* a salir de Inglaterra hasta que consiga lo que quiero.

Alex se frotó la cara con la mano.

—¿Qué *es lo* que quieres? —preguntó con cansancio.

—Quiero ir a Londres. Quiero que me presenten en la corte. Y quiero que estés allí conmigo.

—¿Yo, en Londres? —resopló él—. ¿Con esos idiotas presumidos y esas mujeres cabeza hueca? ¿Estás loca?

—Sí, tú en Londres, —dijo Alis con un tono de voz tan firme que él no pudo evitar admirarla—. Te compraremos ropa y podrás acompañarme a todas las fiestas.

—¿Ropa otra vez? —refunfuñó él—. ¿Qué tiene de malo cómo voy vestido?

—No es la vestimenta adecuada para un noble inglés. Que es lo que eres, te guste o no. —Se puso las manos en las caderas—. Quiero pasar un tiempo contigo, Alex, y quiero probar lo que mi abuelo te ofrece. Después hablaremos de volver a casa.

Alex permaneció en silencio durante un largo rato. En realidad, ella no le estaba pidiendo mucho. Y una vez que viera lo tontos que podían llegar a ser los nobles ingleses, estaría deseando volver a la sensata sociedad de Boston. Una vez allí, quizá él se plantearía pasar más tiempo en casa y organizar alguna que otra fiesta para ella. A las chicas jóvenes les gustaban esas cosas.

—Está bien —dijo él finalmente—. Iré a Londres, pero no puedo quedarme allí para siempre. Todavía tengo un negocio que dirigir.

—¡Oh, Alex, gracias! —Ella corrió y se arrojó a sus brazos. Él la abrazó con fuerza, disfrutando de ese atisbo de la antigua Alisgie.

—Pero no te cases con ningún maldito inglés —le susurró él al oído.

Ella solo lo abrazó con más fuerza. Por ahora, eso era suficiente.



El maestro de baile se llamaba Monsieur Collineau y, según Alex, parecía una cigüeña vestida con ropa cara. El hombre alto y delgado tenía una nariz picuda y piernas largas y delgadas, y las puntas de la camisa le quedaban tan altas que Alex se sorprendía de que no se sacara un ojo cada vez que giraba la cabeza.

Y si «Monsieur Collineau» hubiera nacido en algún lugar cercano a Francia, Alex se habría comido el sombrero de Tim O'Brien.

Nadie había visto aún a Alex. Se quedó en la puerta de la sala de música y observó cómo Lady Agatha tocaba el pianoforte para Alis, que bailaba con Caroline. La encantadora viuda se había cambiado el vestido por uno de color marrón claro, que se ceñía a su esbelta figura y resaltaba la blancura de su piel. Sus rizos rojizos rebotaban mientras bailaba el vals con Alis, pero una pequeña arruga fruncía la delicada piel entre sus cejas.

—¡No, no, no! —gritó Monsieur Collineau, dando una palmada. Lady Agatha dejó de tocar—. Esto está mal, todo está mal.

Caroline suspiró y se apartó un rizo rebelde del rostro mientras el alto y delgado maestro de baile se paseaba por el suelo de la sala de música.

—Debes ser elegante —declaró Monsieur—, ¡no pisotear como una lechera en un campo embarrado! Intentémoslo de nuevo.

—Esto no va a funcionar, —dijo Alis, cruzando los brazos con obstinación.

—*Debe de* funcionar, milady, —dijo Monsieur Collineau con severidad—. ¡Debe aprender a bailar el vals si quiere tener éxito esta temporada! Vamos, Madame Crawford, vuelva a tomar su lugar.

Caroline dudó.

—Monsieur, quizá la señorita Huntly-Chilton tenga razón. No estoy acostumbrada a hacer el papel de hombre en el vals y me cuesta recordar dónde poner los pies.

—¡Tonterías! ¡Empezad de nuevo! —Le hizo una señal a lady Agatha y luego bajó la mano, con expresión indecisa—. Eh, milady.

Caroline miró a Lady Agatha, cuya cabeza se balanceaba hacia delante sobre su pecho mientras un suave ronquido resonaba en la sala de música.

—Oh, Dios mío, otra vez no —suspiró Caroline.

¿Otra vez? pensó Alex. Recordó la conversación que habían tenido en el salón durante el desayuno y todo encajó rápidamente.

No era de extrañar que el duque hubiera dispuesto que Caroline ayudara a Alis: ¡al parecer, Lady Agatha tenía tendencia a quedarse dormida en cualquier momento!

Caroline se apresuró a acercarse y dio un suave codazo a Lady Agatha, que se despertó con un sonoro

—¿Quién está ahí?

—Monsieur desea volver a intentar el vals, milady —dijo Caroline respetuosamente, permaneciendo cerca hasta que la anciana se recompuso.

—¿Y por qué no lo ha dicho? —preguntó Lady Agatha.

Caroline volvió a su sitio con Alis. Lady Agatha se lanzó a un vigoroso vals y Monsieur Collineau retomó rápidamente el compás.

—Ahora bien... uno, dos, tres, y uno, dos, tres... sonría, señorita Huntly-Chilton... y uno, dos, tres...

Alex se rió entre dientes mientras Caroline daba vueltas vacilante por la sala con Alis. Supo exactamente en qué instante Caroline lo vio de pie en la puerta. Ella abrió mucho los ojos y tropezó.

—¡Ay! —Alis dejó de bailar y cojeó sobre un pie—. Caroline, me has pisado los dedos.

—Lo siento mucho, Alis. —Caroline le dio la espalda a Alex y ayudó a la chica cojeando a llegar hasta una silla cercana.

—¿Quién es este? —preguntó Monsieur Collineau al ver a Alex. El maestro de baile observó la sencilla vestimenta de Alex a través de sus lentes—. ¡Señor, esta es una clase privada!

—No voy a interrumpir. —Con una sonrisa indiferente, Alex se acercó y se sentó en una silla junto al pianoforte, con las largas piernas estiradas delante de él. Asintió a Lady Agatha, luego juntó las manos sobre el estómago y se dispuso a observar la clase.

—¡Qué indigno! —exclamó el maestro de baile irritado.

—No veo ninguna razón por la que mi sobrino no pueda ver la clase de baile de su hermana, ¿verdad, señora Crawford? —preguntó Lady Agatha, y sus palabras detuvieron las protestas del maestro de baile en seco.

—Por supuesto que no, milady —respondió Caroline, con aspecto de desear decir lo contrario. Lanzó una mirada furiosa a Alex y luego se volvió hacia Alis.

El maestro de baile palideció.

—¿Su... eh, sobrino, Lady Agatha?

—Sí, mi sobrino nieto, el marqués de Falcox. Es el hermano de la señorita Huntly-Chilton. Espero que no tenga ninguna objeción, Monsieur Collineau.

Alex levantó las cejas de la forma más arrogante que pudo.

—¿Objeciones? ¡Por supuesto que no! —El maestro de baile carrasqueó la garganta—. Bienvenido, milord. Por favor, quédese todo el tiempo que desee.

Alex mostró los dientes en una sonrisa.

—Gracias, creo que lo haré.

—Ahora, ¿por dónde íbamos? —preguntó Monsieur Collineau, volviéndose hacia Alis y Caroline.

—Me duele el pie y estoy cansada, —se quejó Alis.

Monsieur se apresuró a acercarse a su alumna. Mientras el maestro de baile y Caroline se preocupaban por Alis, Alex se dio cuenta de que Caroline le daba la espalda todo el tiempo. Por supuesto, eso significaba que él tenía una vista muy agradable de su precioso trasero. A pesar de las capas de enaguas y demás que las

damas llevaban debajo de la ropa, podía distinguir claramente las curvas femeninas de sus nalgas y muslos.

¿Qué haría ella si lo pillaba mirándola? Pensó en la mirada que le había lanzado y no pudo evitar esbozar una sonrisa. Ella todavía estaba enfadada con él. Y cuando dirigía toda esa ira apasionada hacia él, lo ponía más caliente que un día de verano en Savannah. Verla inclinarse así le dio algunas ideas que le habrían quemado las enaguas, si ella lo hubiera sabido.

Lady Agatha se inclinó hacia delante y le susurró:

—¿Qué le has dicho a la señora Crawford, joven sinvergüenza?

Sobresaltado por su fantasía lujuriosa, Alex apartó la mirada del precioso trasero de Caroline.

—¿Qué?

—Vamos, ¿qué le has dicho? Está furiosa contigo —le confió la anciana en voz baja—. Es muy guapa. Sé que te gusta.

—Yo... ¿por qué no me iba a gustar?

—¿Has hecho algún avance inapropiado? —preguntó ella, con los ojos oscuros brillando con algo que parecía anticipación.

—¡Por supuesto que no! Al menos, todavía no.

—¿No? —Su tía parecía decepcionada—. Qué pena. Tenía tantas esperanzas puestas en ti.

Antes de que pudiera responder, la voz de Alis se elevó hasta un tono que él sabía que era señal de problemas.

—¡Ya te he dicho que estoy cansada y me duele el pie! ¿Estás sordo? ¿Tengo que decírtelo en francés?

El rostro de Monsieur Collineau se había puesto rojo y sus ojos pálidos se hincharon en su delgado rostro. Se volvió hacia Caroline.

—Madame Crawford —suplicó con voz tensa por la frustración —, ya sabe que no tenemos mucho tiempo. Me esperan en la residencia de los Grendale a las cinco en punto, y no podré volver a dar clase a la señorita Huntly-Chilton hasta el día antes de que se marchen a Londres. Solo nos queda media hora de clase. ¿Podría *por favor razonar con la niña*?

Caroline arqueó las cejas ante el tono airado del señor, pero se volvió hacia Alis de todos modos.

—Alis, quizá...

—No, Caroline —la interrumpió Alis. Volvió su atención hacia el maestro de baile—. *La niña* está aquí sentada y habla inglés, señor

Collineau. *La niña* está cansada y le duelen los pies. *La niña* no puede volver a bailar hasta dentro de quince minutos como mínimo.

—*Mon Dieu!* —exclamó Monsieur, girándose con dramatismo—. ¡Quince minutos! ¡Estamos perdidos!

Incluso Caroline parecía preocupada.

—Alis, sabes que tienes que dominar el vals. Y Monsieur Collineau no puede volver hasta la semana que viene.

—No me importa. —Alis cruzó los brazos, con los ojos azules llenos de lágrimas—. ¿No puedo quedarme a mirar unos minutos?

Caroline suspiró.

—Alis, el vals se baila en pareja.

—Quizá yo pueda ayudar. —Cuando todas las miradas se volvieron hacia él, Alex miró al maestro de baile—. Monsieur, puedo ayudar haciendo una demostración del baile con la señora Crawford mientras mi hermana observa.

—¡*Merveilleux!* —exclamó Monsieur—. ¡Estamos salvados!

—No creo que... —Las palabras de Caroline se desvanecieron cuando Alex se detuvo frente a ella—. ¿Acaso sabe bailar el vals?

—Estoy seguro de que puedo seguir las instrucciones de Monsieur —respondió Alex con una sonrisa, ansioso por tocarla, aunque fuera de una forma tan inocente—. Señora Crawford, espero que me haga el honor.

Capítulo 4

Caroline miró al arrogante demonio que la tentaba a caer en sus brazos. Sus ojos azules brillaban con cálido aprecio y unos hoyuelos se dibujaban en sus mejillas.

—Vamos, Caroline —dijo Alis desde detrás de ella—. Si veo cómo se hace, me ayudará a aprender.

—Venga, señora Crawford —insistió Alex—. Estamos bien acompañados. No tiene nada que temer.

—No le temo a usted, milord. —Con la barbilla alta, Caroline dio un paso adelante y se entregó a sus brazos.

Él arqueó las cejas al oír su título y le lanzó una mirada tan atrevida que le cortó la respiración.

—¡Excelente forma, milord! —exclamó el maestro de baile, revoloteando a su alrededor—. Ahora, descanse su mano aquí, en su

cintura, muy bien, y tome su otra mano entre las suyas... ¡Sí, sí, perfecto!

El peso casual de su mano posándose en su cintura le hizo estremecerse. Dios mío, ¿cuánto tiempo había pasado desde que un hombre la había tocado? Años, sin duda; Mike había dejado de compartir su cama mucho antes de morir. Mientras respiraba el aroma a jabón y a hombre, una emoción inesperada la recorrió.

Se encontró con la mirada de Alex mientras Monsieur ajustaba los dedos del americano que se cerraban sobre los de ella. Las manos de Alex eran grandes y un poco ásperas, pero acunaban la mano de ella con una suave calidez que se hacía eco del calor del interés masculino en sus ojos.

—Milord, usted sabe bailar el vals, ¿verdad? —preguntó Monsieur.

—Me las arreglaré —murmuró Alex.

—Muy bien. Lady Agatha, si es tan amable...

La música comenzó y, con una sonrisa cómplice, Alex arrulló a Caroline en el baile.

El primer giro la dejó dando vueltas. Había esperado tener que pisar con cuidado, para no pisar sus pies inexpertos, pero en cambio

se encontró en los brazos de un hombre que sabía bailar el vals con una gracia que le robó el aliento.

Sus pasos eran seguros, sus brazos fuertes, mientras la hacía girar por la sala. Sus muslos rozaban los de ella de vez en cuando mientras la hacía girar una y otra vez, haciéndola sonrojarse de un placer inesperado.

Su corazón parecía estallar con sentimientos olvidados, emociones que había guardado cuidadosamente bajo llave. Era maravilloso volver a sentirse abrazada, magnífico poder dejar de controlar y confiar en un hombre para que la guiara en ese fugaz momento. Empezó a tararear con la música, cerrando los ojos y esbozando una sonrisa.

Durante ese breve instante, no era la viuda abandonada de Mike Crawford, ni la compañera de Alis, ni la hija del general Patrick Granville. Era simplemente una mujer, una mujer que llevaba demasiado tiempo sin que un hombre la tocara. Oh, las sensaciones eran exquisitas y no quería que el vals terminara nunca.

Alex disfrutaba de la sensación de tenerla entre sus brazos. Hacía casi un año que no abrazaba a una mujer que no fuera su hermana, y estaba disfrutando enormemente de la experiencia. Su

cabeza apenas le llegaba al hombro, lo que hacía que encajaran perfectamente desde el pecho hasta los muslos. Él observó su rostro mientras ella se relajaba en sus brazos, vio el placer extenderse por sus delicados rasgos cuando cerró los ojos y ella comenzó a tararear con la música. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

El deseo se avivó. Su expresión se asemejaba a la de una mujer que acababa de hacer el amor apasionadamente, y de repente pudo imaginarla tumbada en la cama entre sábanas revueltas, con esos rizos color caramelo esparcidos por las almohadas y esa misma sonrisa de satisfacción en los labios.

Oh, sí, y podía imaginar cada caricia, cada beso que haría aparecer esa sonrisa en su rostro. Deslizó la mano con más firmeza alrededor de su cintura, deseando atraerla hacia sí.

Al final, estarían solos. Y entonces... Ir a Londres ya no le parecía tan intolerable con la perspectiva de seducirla y llevarla a su cama.

Caroline abrió los ojos y le dedicó una sincera sonrisa de puro placer. Él no pudo evitar devolverle la sonrisa y la hizo girar en un giro que la hizo reír a carcajadas. Sus ojos brillaban y ella apretó los dedos sobre su hombro mientras él la hacía girar de nuevo.

Dios mío, tenía que poseerla.

Ella debió de ver algo en su rostro, porque su sonrisa se desvaneció. Ella mantuvo la mirada fija en él mientras la tensión aumentaba entre ellos.

Él aminoró el paso, haciendo que cada movimiento fuera una seducción, cada paso una caricia. Le apretó la cintura, observando cómo la conciencia se deslizaba en sus ojos. Ella entreabrió los labios y él la hizo girar de nuevo, presionando su cuerpo contra el de ella durante un instante antes de volver a dejar la distancia adecuada entre ellos.

Caroline sintió como si él le estuviera haciendo el amor a través del vals.

Su expresión decidida, sus ojos azules fijos con tanta intensidad en su rostro, como si quisiera que cayera bajo su hechizo... El breve roce de su cuerpo contra el de ella, tan cuidadosamente orquestado que nadie más que ella era consciente de ello, delataba sus sentimientos.

La deseaba.

Saberlo le hizo latir con fuerza el corazón y le dio vueltas la cabeza. Otros hombres se habían interesado por ella antes, pero era

la primera vez que ella deseaba a uno.

Tenía que controlarse. Tenía que refrenar sus emociones. ¡Esto no podía suceder!

Pero ¿cómo podía resistirse a esos ojos azules, del color de un cielo despejado, que la miraban como si pudieran ver su alma? ¿Cómo podía ignorar el poder seductor de su cuerpo, la facilidad con la que la guiaba en el baile? ¿Cómo no iba a fijarse en esos hombros anchos que parecían capaces de soportar innumerables cargas con una facilidad ridícula? ¿Sus manos, lo suficientemente fuertes como para aplastarle los huesos, pero lo suficientemente delicadas como para sostener a un gatito recién nacido? ¿El aroma limpio de hombre que la tentaba a probar su piel bronceada por el sol?

¿Cómo se supone que una mujer puede resistirse a un hombre que ama a su hermana con tanta intensidad que cruzaría medio mundo para estar con ella?

No podía detener las emociones que la inundaban, el anhelo y el deseo y el puro placer y dolor de *sentir* de nuevo. Él la había devuelto a la vida. De alguna manera, con un baile, este estadounidense de manos ásperas por el trabajo y ojos azules como

el verano había resucitado el espíritu de la mujer que ella había sido una vez.

Lo quería con todas sus fuerzas. Lo deseaba con ansia. Y si hubiera sido cualquier otra mujer en cualquier otra circunstancia, se habría llevado al apuesto estadounidense a la cama, sabiendo que la abandonaría, pero también sabiendo que, de alguna manera, él abriría la prisión en la que su espíritu había residido durante los últimos diez años.

Pero ella era Caroline Crawford, un peón del duque de Wessex, y este hombre era un peligro para su futuro.

De alguna manera tenía que resistirse a él. De alguna manera debía sacar fuerzas para negarse a sí misma la alegría de volver a vivir por fin. Encontrar la fuerza para alejarse de algo que deseaba más que su propio aliento y concentrarse en lo que tenía que ser.

La música llegó a su fin. Con una floritura, Alex la hizo girar una vez más y luego se inclinó, posando los labios en su mano en un gesto cortés que ella no esperaba. El contacto de su cálida boca con su piel le arrancó un suspiro, y él la miró a los ojos con un deseo descarado.

Ella se estremeció ante el poder que él ejercía sobre ella. Gracias a Dios se libraría de él una vez que llegaran a Londres. Si conseguía resistirse una semana más, ella y Alis se irían de Wessex y Alex volvería a Estados Unidos.

En algún lugar encontraría la fuerza para negar sus deseos más íntimos. Si cedía a los avances de Alex, no solo estaría arriesgando su única oportunidad de tener un futuro decente, sino que él sin duda se sentiría decepcionado con ella, igual que Mike.

Era mucho mejor regodearse en silencio por el hecho de que él se sentía atraído por ella que atormentarse preocupándose por lo que no podía ser.

Un estallido de aplausos la devolvió a la realidad con una sacudida.

—¡Ha estado maravilloso! —exclamó Alis, aplaudiendo—. ¡Alex, tienes que bailar conmigo la siguiente!

—¡Espléndido, milord! —trinó Monsieur Collineau—. ¡Absolutamente espléndido!

Caroline se apartó lentamente, deslizando la mano de Alex. Él le soltó la cintura. Ella tuvo que tragar saliva antes de poder hablar.

—Es usted un excelente bailarín, milord.

—En Estados Unidos se baila —respondió él con naturalidad.

Tratando de controlar sus emociones, le dedicó una sonrisa cortés.

—Es que no esperaba que un hombre como usted fuera tan grande... Quiero decir —añadió apresuradamente, con las mejillas en llamas—, no esperaba que un hombre tan grande como usted fuera tan bueno en esto. En el baile, quiero decir. Es usted muy elegante.

—Vaya, gracias. —El movimiento de sus labios indicaba que sabía que sus pensamientos habían derivado hacia lo inapropiado. Su voz tenía matices seductores que solo ella parecía oír cuando dijo —: Espero volver a bailar con usted, señora Crawford.

—Sí, qué pena que no tengamos la oportunidad —dijo ella con frialdad.

—¡Oh, pero la tendrás! —exclamó Alis—. Cuando vayamos a Londres tendrás muchas oportunidades de bailar juntos, ya que Alex va a acompañarnos.

El corazón de Caroline se detuvo.

—¿Qué?

—Alis me ha pedido que la acompañe a Londres —dijo él—. He aceptado ir.

—¡Qué maravilla! —intervino Lady Agatha desde el pianoforte.

—Sí, estupendo —repitió Caroline con voz hueca—. Si me disculpan, capitán, el baile me ha dejado un poco sin aliento.

—¿Seguro que ha sido el baile? —murmuró Alex.

Ignorando su comentario, ella se dirigió con rigidez a la silla junto al pianoforte, mientras Alex volvía a ocupar su lugar con Alis como pareja.

—Simplemente cuenta los pasos y sigue los movimientos de su señoría —le dijo Monsieur a Alis—. Milady, si es tan amable.

Lady Agatha volvió a tocar y Alex se llevó a su hermana a bailar el vals al compás de la cuenta de Monsieur. La risita de placer de Alis resonó sobre las notas bien afinadas del pianoforte.

Caroline se sintió cautivada por la sensual gracia de los movimientos de Alex. Al no llevar chaqueta, se le marcaban claramente los músculos de la espalda y los brazos bajo la camisa blanca. En contra de su voluntad, sus ojos se fijaron en sus muslos bien formados y sus nalgas firmes, que se movían al ritmo de la

música. Una imagen se le pasó por la mente, la de Alex sin ropa, con los músculos marcados mientras la tiraba sobre la cama...

—Es un diablo guapo, ¿verdad? —murmuró Lady Agatha, sin dejar de tocar.

Caroline se tomó un momento para calmar los latidos de su corazón.

—¿Milady?

—Mi sobrino nieto. Es un diablo guapo. —Lady Agatha la miró con sus ojos oscuros brillantes—. Una mujer sería muy afortunada si lograra atraer su atención.

Caroline enderezó la espalda.

—No me interesa su atención —dijo con firmeza—. Alis es mi preocupación. —*Y el duque tiene planes para él,* se recordó a sí misma.

—Alis puede ser tu preocupación —dijo la anciana con una risita—, pero tú acabas de convertirte en la de mi sobrino. Si no te gusta su atención, te sugiero que cierres con llave la puerta de tu dormitorio por la noche.

—¡Milady! —exclamó ella, sorprendida, incluso cuando una oleada de calor la recorrió al pensarlo.

—Puede que sea vieja —dijo lady Agatha con un resoplido—, pero hay cosas que no han cambiado, y esta es una de ellas. En mi opinión, te vendría bien un hombre como él, aunque solo fuera por un tiempo. Y si eres la mujer que creo que eres, sabrás exactamente cómo manejar a mi sobrino.

—Esta conversación es muy impropia —susurró Caroline, sin aliento ante la sola idea de «manejar» a Alex Chilton.

—Cuando llegas a mi edad, la decencia queda en segundo plano. Espero que le des una oportunidad a ese joven diablo.

La idea de Alex Chilton como posible amante siguió rondando la mente de Caroline mientras observaba a Alex llevar a Alis a la pista de baile para bailar un vals.



Tenía que ser suya.

Mientras bailaba con Alis, Alex lanzaba de vez en cuando una rápida mirada a Caroline. Dado el ardor que acababa de ver en sus ojos, ahora sabía la clave para conquistarla. Bajo esa apariencia recatada latía el corazón de una mujer apasionada. En esta situación se requería una seducción implacable, y él estaba ansioso por comenzar.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Caroline no había mentido cuando afirmó que no tenía ningún interés en el duque. Por sus reacciones, dedujo que era una mujer que no había sido tocada en mucho tiempo.

Él se encargaría de remediarlo.

Giró a Alis una última vez y captó la mirada de Caroline. Ella apartó la vista deliberadamente y él sonrió. Pronto convertiría las protestas de Caroline en gemidos de placer.

Muy pronto.

Capítulo 5

Caroline se dirigió a su habitación, habiendo esquivado hábilmente los intentos de Alex de hablar con ella en privado después de la clase de baile. Era muy consciente del brillo lascivo de sus ojos, y sus propias emociones estaban tan agitadas que no se atrevía a quedarse a solas con él. Necesidades que no había sentido en años se habían despertado con fuerza, exigiendo atención inmediata.

No era una chica ingenua que se dejara seducir por un hombre guapo, se reprendió a sí misma. Llevaba diez años casada y sabía cómo era el mundo. Aunque su matrimonio había sido en su mayor parte una farsa, había aprendido mucho sobre las costumbres de los hombres y las mujeres durante ese tiempo, y no había necesidad de ponerse a soñar despierta con unos hombros anchos.

Por mucho que hubiera deseado acariciarlos con las manos.

¡Basta! Era una mujer adulta, perfectamente capaz de cuidar de sí misma. *Entonces, ¿por qué utilizaste deliberadamente a Alis para evitar quedarte a solas con él?* Se había quedado con la joven hasta que él finalmente había desistido de llamar su atención y había subido a vestirse para la cena. Caroline acababa de dejar a Alis para hacer lo mismo.

Cobarde.

—Por sentido común—, argumentó en voz alta. —Ya sabes lo que pasaría. Es mejor que te mantengas alejada de él—.

Pero no podría evadirlo para siempre; no podría evitarlo durante la cena o cuando Alis deseara su compañía. Lo único que podía hacer en esas situaciones era mantener una apariencia de desaprobación cuando él la miraba con esos ojos azules que insinuaban placeres pecaminosos.

Aunque su corazón de mujer se derritiera bajo su fría apariencia, haciéndola desear perderse en el placer prometido por su obsesivo cortejo.

Un hombre vigoroso como él pronto se aburriría de una batalla que no podía ganar y se iría al pueblo en busca de compañía femenina. Y si no... bueno, Londres estaba lleno de mujeres de mala

vida que podrían entretener al americano. Todo lo que Caroline tenía que hacer era mantener su posición de castidad.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Llegó a su habitación y se dispuso a abrir la puerta.

—Señora Crawford.

Ella dio un respingo y soltó un gritito al volverse. Alex estaba apoyado contra la pared frente a su habitación, con los brazos cruzados sobre su impresionante pecho. Su oscuro abrigo se confundía con las sombras, al igual que su cabello negro azabache. Sonrió, mostrando sus dientes blancos en la penumbra, y se apartó de la pared.

—Cálmese, señora Crawford —dijo mientras se acercaba a ella —. ¿O puedo llamarla Caroline?

¿Cuándo se había vuelto tan pequeño el pasillo? Se humedeció los labios secos.

—Puede llamarme señora Crawford —dijo débilmente—. ¿Qué hace aquí, capitán?

—Seguro que ya sabe la respuesta. —Se detuvo a solo unos centímetros de ella y le tomó la mano, luego se la llevó a los labios,

con los ojos insondables en el pasillo tenuemente iluminado.

Debería apartar la mano. Debería responderle con dureza. En cambio, solo susurró:

—No.

—¿No? —Inclinó la cabeza hacia un lado, y su largo cabello le rozó los hombros con un suave susurro.

—¿No sabe la respuesta? ¿O está diciendo no a otra cosa?

—Suélteme la mano.

Ella tiró de ella, pero él no la soltó.

—No debería estar aquí.

—Sabía que vendría. —Dio un paso más hacia ella, soltándole la mano solo para empujarla contra la puerta de su habitación.

—Milord —dijo ella—, por favor, váyase. ¿Y si nos ve alguien?

—Siempre tan correcta, como una dama inglesa, —bromeó él, y se inclinó más hacia ella—. Dime, Caroline, ¿alguna vez has sentido la tentación de dejar de ser una dama perfecta? ¿Nunca has querido despojarte de la decencia y rendirte a tus deseos más íntimos?

Bajó la voz al pronunciar las últimas palabras, que resonaron en ella con el eco de sus deseos inconfesables. Debería estar escandalizada. Debería gritar o abofetearlo o *algo*, pero la imagen de ambos desnudos y despojados de toda inhibición se había apoderado de su imaginación y no la dejaba escapar.

—Es un impertinente —logró decir sin aliento, mientras su cuerpo se inundaba con el calor del deseo largamente reprimido.

—Soy un hombre, —la corrigió él. Extendió la mano y le acarició la mejilla con los dedos—. Y tú, querida, eres muy mujer.

Las rodillas se le doblaron y luchó contra el impulso de presionar sus labios contra la deliciosa boca masculina que se cernía tan cerca de la suya.

—Qué inteligente es al darse cuenta, —susurró—. Ahora que ha terminado la clase de biología, debo cambiarme para la cena.

—Quizás me permitas ayudarte.

Esos dedos fuertes bajaron por su cuello, se detuvieron en el pulso que latía en su garganta y continuaron bajando para trazar un recorrido provocador por su hombro desnudo, a lo largo del borde de su vestido.

Caroline apretó los puños a los lados y se apoyó pesadamente contra la puerta mientras su cuerpo se derretía bajo su tacto.

—Por favor, no puedo —susurró, incapaz ya de mantener ni la más mínima apariencia de resistencia—. Milord, se lo ruego.

—Alex —la corrigió él. Se inclinó e inhaló el aroma de su cabello, con la boca suspendida sobre su oreja—. Te deseo, Caroline.

Ella apretó los ojos cuando su cálido aliento le rozó la oreja.

—No. Es imposible —dijo débilmente.

—No es imposible —respondió él, rodeándole la nuca con su gran mano e inclinando su rostro hacia atrás para que lo mirara—. Somos adultos, tú y yo. Tú eres viuda y yo soy un hombre solo en un país extraño. Quizá podamos hacer que este viaje a Londres sea más interesante para los dos. Quiero ser tu amante, Caroline.

Las palabras directas devastaron cualquier argumento que ella pudiera haber esgrimido. Él bajó la cabeza, dudando por un instante antes de tomar sus labios en un dulce beso impregnado de un inconfundible deseo.

Besaba como hacía todo lo demás, con fuerza y sin disculparse. La empujó contra la puerta con todo el peso de su cuerpo, con la mano aún rodeándole la cabeza mientras devastaba sus defensas

con la boca. Su otra mano descansaba a lo largo de la curva de su cadera, y ella llevó sus propias manos a la cintura de él para encontrar el equilibrio en su mundo tambaleante. Sus labios eran sorprendentemente suaves para un hombre tan grande y fuerte, y ella le abrió la boca de buen grado, rindiéndose al deseo que había entre ellos.

El beso se prolongó y, con cada caricia de su lengua, cada mordisco de sus dientes, la pasión se impuso a su sentido común. Finalmente, él rompió el beso y apoyó la frente contra la de ella, respirando con dificultad. Atrapada entre él y la puerta, ella podía sentir fácilmente su excitación a través de las capas de ropa. Por un instante salvaje, se sintió tentada de abrir la puerta detrás de ella y llevar a Alex a la intimidad de su habitación.

Un paso en el pasillo y la voz de una de las criadas la devolvió a la realidad con una violenta sacudida. ¿En qué estaba pensando? ¡Estaba a punto de poner en peligro todo su futuro por unos momentos de pasión!

Intentó apartar a Alex, pero él era pesado y no tenía intención de moverse.

—Viene alguien —siseó ella.

Él dio un paso atrás a regañadientes, demorándose en acariciar su mejilla con los dedos.

—Vendré a verte esta noche.

—*No* —ella lo empujó, y su sorpresa ante la respuesta la hizo retroceder un paso.

—¿Cómo que no? —exigió él—. ¿Qué hay de...?

—No —repitió ella, abriendo de un empujón la puerta de su habitación. Se escabulló detrás de ella y lo miró a través de la resistente madera—. No quiero un amante, capitán Chilton. Lo que necesito es un marido.

—¡Un marido!

—Sí, un marido. Ahora, por favor, váyase antes de que alguien le vea y empiecen los chismes.

Él dio un golpe en la puerta con la mano, manteniéndola abierta.

—Puede que quieras un marido, señora Crawford —gruñó—, pero lo que *necesitas* es un amante. Y yo soy el hombre perfecto para satisfacerte.

—No soy una sirvienta de taberna con la que pueda jugar a su antojo —espetó Caroline—. Soy una mujer de buena familia y, aquí en Inglaterra, un hombre se casa con una mujer así si la desea.

—No tengo intención de casarme.

—Y yo no tengo intención de ser su amante —replicó ella.

Él le lanzó una mirada abrasadora, mezcla de lujuria e ira.

—Ya lo veremos.

—Ya lo veremos.

Ella le cerró la puerta en las narices y se apoyó contra ella, con el corazón latiéndole con fuerza y el cuerpo vibrando de pasión desenfrenada, hasta que oyó que él se alejaba furioso por el pasillo.

Había ganado esta batalla, pero él volvería. Y ella necesitaba un marido para sobrevivir, por muy tentador que le resultara un amante ahora. Al final, probablemente acabaría decepcionada. Además, el duque tenía planes para casar a Alex con Lady Penélope. Se estremeció al pensar en lo que Su Excelencia podría hacer si ella se interponía en sus planes.

Todo dependía de que mantuviera la cabeza fría. *Debía de* resistirse a la seducción de Alex. Pasara lo que pasara.



¡Un marido!

Debería haberlo sabido, pensó Alex con aire sombrío mientras se dirigía al salón, donde todos se reunían antes de la cena. ¿No había ni una sola mujer en la tierra que pudiera disfrutar sinceramente de la atención de un hombre sin intentar atraparlo?

Le había hecho una propuesta sencilla a Caroline. Ella llevaba más de un año viuda y él había estado en el mar casi el mismo tiempo. Le había parecido una solución clara y agradable.

¡Dejar que ella complicara la situación mencionando el matrimonio!

Alex entró en el salón y se detuvo en la puerta al ver que el único ocupante era su abuelo. ¡Maldita sea! Lo último que necesitaba ahora era una pelea con el duque. El traje negro y los pantalones de Alex, que reservaba para las cenas de negocios, no eran tan formales como la vestimenta británica de noche, pero era todo lo que tenía.

El duque también vestía de negro liso, pero ahí terminaba el parecido. El color austero, solo aliviado por su camisa y corbata blancas como la nieve, acentuaba la dureza de sus rasgos y su cabello canoso. El anciano miraba con tristeza el retrato de su yo más joven, que colgaba de la pared sobre la repisa de la chimenea.

Alex se dispuso a salir de la habitación sin que lo notaran, pero de repente su abuelo levantó la vista.

Por un instante, Alex creyó vislumbrar angustia en los ojos del anciano, pero enseguida volvió a aparecer el orgulloso aristócrata, con la mirada fríamente cortés y una sonrisa insulsa y ensayada, con solo un atisbo de arrogancia.

—Buenas noches, nieto.

Alex asintió secamente, pero no dijo nada. Deshizo los puños, que de algún modo se habían cerrado, y relajó la postura, al darse cuenta de que se había puesto automáticamente de puntillas, como si se preparara para una pelea.

Una sonrisa de auténtico divertimento se dibujó en los labios de su abuelo durante un breve instante.

—Así que —dijo Thaddeus con cortés interés—, me han dicho que has decidido acompañarnos a Londres.

—Sí.

—¡Excelente! ¿Te quedarás con nosotros en Huntly House o prefieres tener tus propias habitaciones?

—Estaré donde esté Alis. —Las palabras eran una advertencia, y las cejas arqueadas del duque indicaron que la había captado.

—Alyson se quedará, naturalmente, en Huntly House —respondió el anciano—. Al igual que mi hermana, aunque ella tiene su propia casa en Londres. Y la señora Crawford, por supuesto.

A Alex se le ocurrió una nueva idea. Dios mío, ¿y si el objetivo de Caroline era *casarse* con el duque y no una simple aventura, como él había supuesto?

—La señora Crawford es una mujer hermosa —comentó con indiferencia.

—Así es.

—Una hermosa viuda que vive en su casa, a pesar de no ser miembro de su familia. —Su tono se elevó al final de la frase, convirtiéndola más en una pregunta.

El duque soltó una risa sorprendida.

—¡Diablos, muchacho! ¿Estás insinuando que es mi amante?

—¿Lo es? —Si Caroline estuviera involucrada con su abuelo, eso explicaría su renuencia a entablar una aventura perfectamente inofensiva con él, especialmente si su objetivo era el matrimonio.

El duque negó con la cabeza, incapaz de disimular su diversión.

—Te agradezco el cumplido, muchacho, pero la señora Crawford es demasiado joven para un anciano como yo. No es más que la hija de un viejo amigo y está enseñando a tu hermana a moverse en sociedad. Eso es todo.

Así que, aunque ella tramara casarse con el anciano, sus planes no llegarían a nada. Bien.

—Me gusta saber quiénes son los jugadores —dijo con un encogimiento de hombros indiferente.

—Una precaución sabia.

—Después de todo —continuó Alex, frunciendo el ceño—, solo porque no sea un hombre joven, no dé por sentado que una mujer no estaría interesada en su compañía. Muchas mujeres buscan la riqueza y la posición más que la apariencia física.

—Ah, sí. —Thaddeus lo miró pensativo—. Sin duda tú mismo has conocido a mujeres así. Tengo entendido que te ha ido muy bien en Estados Unidos. Tienes tu propio negocio y una bonita casa en

Boston. Seguro que había mujeres que encontraban irresistible a un joven con tantos recursos.

—Encontraron irresistibles mis arcas —se burló Alex—. Esa fue una de las razones por las que me hice a la mar. Allí no hay mujeres.

—Me atrevería a decir que en Londres no es mucho mejor —advirtió el duque—. Encontrarás el mismo tipo de mujeres, hambrientas de riquezas y ansiosas por mejorar su posición social. Especialmente ahora que eres el marqués de Falcox.

—No me interesa ese maldito título —espetó Alex—. Voy allí por Alis, y eso es todo.

El duque se irguió y miró a Alex con aire altivo por encima de su nariz aguileña.

—El «maldito título», como tú lo llamas, pertenece a la familia Huntly desde hace seis generaciones. Y mi propio título se remonta al mismísimo Conquistador, hace unos ochocientos años. Mientras estés en Londres, no lo deshonrarás. ¿Me he explicado con claridad?

—No tengo intención de deshonrar su preciado título —replicó Alex—. Simplemente no lo quiero. Alis es la única razón por la que he permanecido bajo su techo.

—No lo has ocultado. Pero recuerda que, independientemente de lo que sientas por mí, tu comportamiento afecta directamente a la reputación de tu hermana.

—Soy consciente de ello.

—Tendremos que conseguirte ropa y un ayuda de cámara adecuado, y me encargaré de que seas miembro de todos los clubes. Estoy seguro de que la señora Crawford estará encantada de enseñarte lo que necesitas saber.

—Sé comer con tenedor y bailar sin pisar a nadie —dijo Alex con tono seco—. La señora Crawford no tiene que enseñarme nada.

—Y creo que le resultará conveniente responder al nombre de «Falcox» mientras esté en Londres —continuó el anciano—. El apellido Huntly tiene más poder en la sociedad londinense de lo que tú crees.

—El único poder que quiero es el mando de mi barco.

Antes de que Thaddeus pudiera responder, Alis entró en la habitación, seguida de Caroline.

—Buenas noches a todos. ¿Llegamos tarde?

—Por supuesto que no, querida —respondió el duque, su expresión suavizándose. Saludó con la cabeza a Caroline—. Buenas noches, señora Crawford.

—Su Excelencia —dijo ella haciendo una reverencia. Miró a Alex—. Buenas noches, capitán.

—Señora Crawford—. Esa noche llevaba un vestido azul Nilo con un escote pronunciado que dejaba al descubierto sus hombros, cuya blancura rivalizaba en belleza con las perlas que adornaban su cuello. Su cabello castaño rizado estaba recogido y entrelazado con una cinta a juego, y sus ojos marrones se abrieron con conciencia al darse cuenta de que él apreciaba abiertamente su aspecto.

El recuerdo de su beso le calentó la sangre, y supo por el rubor que se extendió por las mejillas de ella que también lo recordaba.

—Solo tenemos que esperar a mi hermana y luego podremos pasar a cenar—, dijo Thaddeus.

—Ya estoy aquí, —anunció Lady Agatha, entrando por la puerta. Llevaba varias capas de tul que la hacían parecer un pastel de boda rosa y esponjoso. Un diamante del tamaño del puño de un bebé brillaba en su garganta—. No te quedes ahí parado —ordenó—. ¡Tengo hambre!

—Pues llegas a tiempo —refunfuñó Thaddeus. Le ofreció el brazo a Alis y la acompañó fuera de la habitación, dejando a Alex para que acompañara a las damas restantes al comedor.



Desde el momento en que llegaron al comedor, Caroline supo que estaba en problemas.

Alis se sentó a la derecha del duque, con lady Agatha a su otro lado. Con un gesto de la mano, el duque indicó a Alex que se sentara a su izquierda.

Lo que dejaba a Caroline sentada junto a Alex. El malvado tuvo el descaro de guiñarle un ojo mientras ella se sentaba, pero ella lo ignoró, decidida a tratarlo con una cortesía gélida que dejara claro que no estaba *en absoluto* interesada en sus atenciones.

Quizá incluso se lo creyera ella misma.

Bajo la mesa, él le rozó el pie con el suyo. Ella giró bruscamente la cabeza, dispuesta a soltar una reprimenda mordaz, y

se encontró con la mirada sorprendida de sus ojos azules.

—Disculpe —murmuró él en voz baja, y luego extendió la servilleta sobre su regazo.

Caroline dudó, sin saber si había sido deliberado o no. Cuando él dirigió su atención al criado que entró en la sala con la sopera, se relajó. Quizás había sido inocente, después de todo.

Y quizás a los cerdos les saldrían alas y los llevarían a todos volando a Londres.

Pero a medida que avanzaba la comida y él entablaba una conversación cortés con Alis y Lady Agatha, Caroline empezó a pensar que se había equivocado. Quizá él había aceptado de verdad su negativa a iniciar una aventura con él. Quizá la conversación sobre el matrimonio le había hecho cambiar de opinión.

No cabía duda de que se había acostado con mujeres en todos los puertos del mundo, y ella no necesitaba un amante itinerante que se marcharía a Boston en cuanto pudiera.

Pero al menos tenía el recuerdo de aquel beso.

Mientras comían pollo asado, su mano rozó el brazo de ella al alcanzar su copa de vino. Ella le lanzó una mirada rápida, pero él

parecía completamente absorto en la anécdota que contaba Lady Agatha.

Estamos muy cerca, pensó Caroline. Decidida a ignorar el cosquilleo que le provocaba el recuerdo de su cuerpo presionando el suyo contra la puerta de su habitación, Caroline cogió su copa de vino.

Todos se echaron a reír cuando Lady Agatha terminó su relato. Caroline sonrió y bebió un sorbo de vino, sin haber oído una palabra.

—Alex se unirá a nosotros en Huntly House —anunció el duque —. Confío en que usted le ayudará en todo lo que desee, señora Crawford.

Caroline se atragantó con el vino.

—¿Todo lo que desee?

—Estoy seguro de que la señora Crawford es más que capaz de facilitarme la entrada —comentó Alex, con expresión impasible a pesar del brillo travieso de sus ojos—. Pero no me atrevo a pedirle que cargue con mi peso cuando ya hace tanto por Alis.

Caroline tragó otro sorbo de vino. Las imágenes que le evocaban sus palabras no eran las que una dama solía evocar durante la cena. ¡No eran las que una *dama* evocaba en absoluto!

Pero una mujer que había probado la pasión... ah, eso era otra historia.

Alex le dio un golpecito en la rodilla bajo la mesa y, esta vez, ella supo que había sido a propósito.

Malditos hoyuelos, sabía *perfectamente* lo que estaba haciendo. Alex Chilton estaba jugando con ella y disfrutando enormemente de su incomodidad.

Dos podían jugar a ese juego, pensó imprudentemente.

—Su Agracia —dijo, mirando a Alex por el rabillo del ojo—, estaré encantada de prestarle mi experiencia en este asunto. —Mientras hablaba, acarició con los dedos el tallo de la copa de vino. Luego volvió a bajar. Lentamente. Acariciando. Una y otra vez. La mirada de Alex se fijó en sus dedos provocadores. Con una sonrisa enigmática, continuó—: Tengo mucha experiencia en estas cosas.

Caroline deslizó lánguidamente los dedos por el borde de la copa, luego los acarició por el cáliz y a lo largo del tallo.

—Así que estaré encantada de dar a su nieto cualquier instrucción que necesite.

Alex se atragantó.

—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó ella con solicitud—. Debe tener cuidado al tragar. Es mejor beber a sorbos lentos, para que no se le atragante.

—Estoy bien, —respondió Alex con voz ronca.

—Avíseme cuando necesite mis servicios —dijo Caroline con una sonrisa. Luego tomó el tenedor, pinchó un espárrago y le mordió la punta.

Alex se estremeció.

—Lo haré.

—Uf —dijo Alis desde el otro lado de la mesa—. Odio los espárragos. Toma, Alex. —Levantó el plato y se lo acercó.

Caroline, Lady Agatha y el duque dejaron los cubiertos con un ruido metálico mientras Alex raspaba las verduras en su plato. Empezó a comer los espárragos, pero entonces se dio cuenta del silencio sepulcral. Miró a Lady Agatha, al duque y a Caroline.

—¿Hay algún problema?

—Hay que hacer algo —dijo Lady Agatha, dirigiendo una mirada suplicante al duque.

—En efecto. —El duque frunció el ceño—. Señora Crawford, usted se encargará de ello.

—¿Alguien puede decirme qué está pasando? —preguntó Alex, con el mismo ceño fruncido que su abuelo.

Alis se mordió el labio.

—He hecho algo malo, ¿verdad? Lo siento mucho, abuelo.

—No te preocupes, querida —dijo el duque, acariciándole la mano.

—No debería haber pasado el plato, ¿verdad? Y ahora Alex también está en problemas.

—No pasa nada —aseguró el anciano—. La señora Crawford se encargará de tu hermano, ¿verdad, señora Crawford?

El brillo malicioso de los ojos azules de Alex le cortó la respiración.

—Por supuesto, Su Excelencia —asintió ella—. Me parece que necesita urgentemente una lección.

Alex abrió los ojos con sorpresa y se atragantó con la comida.

Caroline sonrió serenamente, la viva imagen de la feminidad inglesa, mientras ocultaba su satisfacción con un sorbo de vino.

Cuando la conversación se reanudó, Alex tomó su copa de vino y se inclinó hacia ella para susurrarle al oído:

—Primer punto para usted, señora Crawford.

Satisfecha consigo misma, ella levantó un poco su copa en un brindis burlón.

—Por usted, capitán.

Una comisura de los labios de él se curvó en una sonrisa maliciosa que ella encontró increíblemente atractiva.

—Disfruta de tu victoria, Caroline. El juego aún no ha terminado.

Se volvió para hablar con Alis, y Caroline hizo caso omiso de sus palabras. Ganaría esta batalla de ingenio, pensara lo que pensara Alex. Era una superviviente y se resistiría a él sin falta hasta que el capitán Chilton zarpara de Boston.

Capítulo 6

No vino. Cuando el reloj del pasillo dio las dos, Caroline se quedó mirando la puerta cerrada de su dormitorio. Se había quedado vestida, esperando que Alex Chilton fuera a su habitación esa noche, e igual de decidida a no dejar que cruzara el umbral.

Estaba preparada para una seducción total, dado el juego de palabras durante la cena. ¡Y ese beso en el pasillo! No hacía falta decir más.

Sin embargo, pasaron las horas y nadie llamó a la puerta. Obviamente, mover la cómoda delante de ella habría sido innecesario, aunque no habría descartado la idea por temor a los chismes de los criados. Debería sentirse aliviada. Al fin y al cabo, si Alex hubiera ido a su dormitorio como había insinuado, el resultado podría haber sido desastroso.

—Completamente desastroso —se repitió con firmeza.

Suspiró profundamente y se recostó en la silla. Tenía los hombros rígidos por la tensión; la expectación, ¡no, la ansiedad!, le había robado toda la compostura. Seguramente no podría conciliar el sueño esa noche, a menos que hiciera algo para calmar sus nervios destrozados.

La idea se le ocurrió tan inocentemente como un pétalo de rosa que cae al suelo. Su madre siempre había jurado que una gota de jerez podía calmar los ánimos más alterados, aunque esa medida debía reservarse para circunstancias drásticas.

Caroline se puso de pie y abrió la puerta. Un poco de jerez era justo lo que necesitaba. Se escabulliría al salón un momento, mientras la casa aún dormía. Al fin y al cabo, no sería conveniente que los criados cotillearan sobre cómo la señora Crawford bebía alcohol a altas horas de la madrugada.



Alex sonrió con el cigarro apagado entre los dientes mientras subía las escaleras desde las habitaciones de los sirvientes, contando el dinero que le había ganado a los lacayos. Habían dudado en jugar a

las cartas con el loco americano, pero las botellas de whisky de primera calidad que Alex había sacado les hicieron cambiar de opinión rápidamente. Suponía que los lacayos no solían tener acceso a bebidas alcohólicas de tan alta calidad. El whisky también había suavizado cualquier resentimiento por el hecho de que Alex se hubiera llevado la mayor parte de las ganancias.

Tarareó una melodía mientras guardaba el dinero en el bolsillo de su abrigo, que llevaba colgado del brazo. Luego se enderezó el chaleco y se peinó el cabello con los dedos. Después de todo, no quería que Caroline lo rechazara por parecer desaliñado cuando se presentara en su dormitorio.

A pesar de que ella afirmaba que deseaba un marido, él estaba seguro de que solo estaba coqueteando. ¿Por qué si no habría coqueteado con él durante la cena? Cuando pensaba en cómo sus delicados dedos habían acariciado la copa de vino, no podía evitar excitarse.

A algunas mujeres les gustaba que las cortejaran, y Caroline Crawford era aparentemente una de ellas. A él no le importaba seducirla, si ese era el juego al que quería jugar. Siempre y cuando acabara en su cama.

Sin duda, ella había pasado la noche en vela, esperando a que él derribara su puerta. Sonrió mientras subía las escaleras hacia la planta principal de la casa. Si se había quedado dormida, dudaba que le importara que la despertara. Solo esperaba que no estuviera muy enfadada con él por haber tardado tanto en ir a verla.

Se guardó el cigarro en el bolsillo del abrigo y silbó suavemente mientras atravesaba el gran vestíbulo y se dirigía hacia la escalera. Imaginó las cosas que quería hacer y las posiciones en las que quería hacerlas, excitándose aún más. Se detuvo ante la escalera y se ajustó la exigente carne que se tensaba en la parte delantera de sus pantalones. No estaría bien llegar al tocador de la dama tan duro y cachondo como un toro. No tenía intención de precipitarse y quería asegurarse de que ambos disfrutaran plenamente de la noche.

Un sonido, como el de unos vasos chocando al brindar, llamó su atención. Se alejó de las escaleras y miró hacia el pasillo oscuro. Un hilo de luz se colaba por debajo de la puerta del salón. Entonces, una voz de mujer dijo en voz baja:

—¡Maldita sea!

La voz no era la de Alis y sonaba demasiado joven para ser la de Lady Agatha. A menos que una de las criadas se hubiera

dedicado a beber el licor del duque en mitad de la noche, solo quedaba una posibilidad.

Caroline.



Caroline se quedó mirando la pequeña mancha que se extendía por la falda de su vestido de gala favorito. Entre la ansiedad que había sentido antes y el miedo a que la descubrieran, le temblaban tanto las manos que había derramado el jerez. No tenía ni idea de cómo se lo explicaría a su criada. Quizá podría decir que era vino que se había derramado durante la cena. Sí, eso funcionaría.

Cerró los ojos y respiró hondo. ¿De verdad se estaba preocupando por algo tan trivial como explicarle una mancha a su doncella? ¡Dios mío, tenía que controlarse! Toda su vida se estaba desmoronando. Estaba acorralada, y solo cumplir su acuerdo con el duque la sacaría de allí. Eso significaba enseñarle a Alex cómo conquistar a Lady Eleanor Edgerton. Abrió los ojos y se llevó el jerez a los labios.

—Vaya, vaya, señora Crawford. Nunca la habría tomado por el tipo de persona que ahoga sus penas en la bebida.

Su mano se crispó al oír su voz y derramó más jerez sobre su vestido. Apretando con fuerza los dedos alrededor de la pesada copa de cristal, giró lentamente la cabeza para mirarlo.

Alex estaba recostado en la puerta, con la corbata colgando alrededor del cuello y la camisa desabrochada hasta el cuello, dejando entrever un poco de vello negro en el pecho. Todavía llevaba el chaleco, la chaqueta doblada sobre el brazo y los pantalones oscuros, que le quedaban muy bien, resaltaban sus caderas delgadas y sus largas piernas. Tenía el pelo suelto y revuelto, cayéndole sobre los hombros. Él le sonrió, una sonrisa de pirata, con los ojos azules brillando de alegría.

Sus rodillas parecían haberse convertido en gelatina. ¿Por qué insistía ese hombre en ir medio desnudo? ¡Se preguntaba si se había vestido siquiera!

—¿Qué haces aquí? —Su voz pudo haber sonado estridente, pero era difícil saberlo, ya que su corazón latía con fuerza en sus oídos. ¿Por qué, por qué, *por qué* su cuerpo siempre se volvía

lascivo cada vez que lo veía? La infame dignidad de los Granville se desmoronaba en su presencia.

—Investigando un ruido misterioso en mitad de la noche. —Se apartó del marco de la puerta y entró en la habitación con aire despreocupado—. Pensaba encontrar a un ladrón, pero en su lugar te he encontrado a ti.

—No se acerque, capitán, —exigió ella, extendiendo la mano libre como para detenerlo.

Él se detuvo, aún sonriendo. Su mirada apreciativa la recorrió de pies a cabeza y la dejó temblando.

—Lo que la dama desee. —Se sentó con indiferencia en el brazo de un sofá y dejó caer la chaqueta sobre el respaldo.

Ella lo observó con recelo, como si fuera un lobo a punto de saltar, y tomó un sorbo lento y tranquilizador de jerez.

—¿Qué hace levantado a estas horas, capitán?

—Iba a subir arriba. —Su mirada se posó en los labios de ella cuando se lamió una gota de jerez. Dejó la copa y, al darse cuenta de que no sabía qué hacer con las manos, la volvió a coger—. Es muy tarde. No debería impedirle irse a la cama.

—No lo hará, ya que no era a mi cama adonde iba.

Ella balanceó la copa, evitando por poco que el último sorbo de jerez se derramara sobre la alfombra.

—¿Perdón?

—Me dirigía a *tu* cama.

El aire salió de sus pulmones y su corazón se detuvo.

—Seguro que lo sabías. —Se detuvo frente a ella y le acarició suavemente la mejilla, sin que su sonrisa se desvaneciera cuando ella se apartó de su contacto—. Te dije que volvería.

—Te dije que no —chilló ella, recuperando por fin la voz—. Creía que lo habías entendido.

—Te entiendo perfectamente —se encogió de hombros—. A muchas mujeres les gusta que los hombres las persigan. A mí no me importa.

Le acarició la mejilla de nuevo y, esta vez, ella percibió un ligero olor a whisky.

—¡Estás borracho! —exclamó con una mezcla de horror y alivio.

—No exactamente. Solo muy, muy... caliente.

Ella le apartó la mano de un manotazo.

—No me importa lo caliente que estés, *yo* no seré quien te ofrezca alivio.

—Estás temblando —señaló él.

—¿Has oído lo que he dicho? No tengo intención de tener una aventura contigo, capitán.

—¿Tienes frío? —Su mano se deslizó por su hombro y le acarició el pezón. Este se puso inmediatamente erecto y una mirada triunfante iluminó los ojos de él—. Parece que sí.

—¡Capitán! —jadeó ella.

—Déjame calentarte. —Deslizó el brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia él, con la palma aún acariciándole el pecho, y la besó.

El deseo rugió como una bestia liberada de su jaula y ahogó la débil voz de la razón que intentaba hacerse oír por encima las clamorosas exigencias de su cuerpo.

Debería protestar. *Iba a* protestar. En un minuto.

Su boca sedujo la de ella con una ternura tan poderosa como la pasión de su primer beso. Mordisqueó sus labios, la saboreó, se

tomó su tiempo para disfrutar del delicioso entrelazamiento de sus lenguas.

Ella suspiró y se relajó en sus brazos, solo por un momento. Su mano le amasaba el pecho con una presión firme que contrastaba con el suave juego de sus labios, y la oleada de placer le hizo desear quedarse en sus brazos para siempre. Los tirones del deseo la hacían sentirse como una mujer de verdad, atractiva, deseada. Y por primera vez desde Gabriel, ella quería a un hombre de verdad.

La idea la aterrorizó.

Con un empujón enérgico, rompió el beso, echándose hacia atrás cuando él iba a volver a unir sus bocas. La última vez que se había sentido atraída por un hombre, le había arruinado la vida. Había jurado no volver a dejar que el corazón dominara su cabeza. Y aunque quisiera a Alex Chilton, no podía tenerlo.

—Para —susurró—. No podemos.

—Sí que podemos. —Él presionó su erección contra el vientre de ella—. De hecho, apuesto a que puedo más de una vez.

El rostro de ella se sonrojó cuando el deseo recorrió su vientre. ¡Dios mío, ese hombre no tenía vergüenza! Alguien tenía que darle

una lección, y el duque había declarado que ella debía ser esa persona.

—Suéltame, Alex. —Una vez más, se tensó hacia atrás en un esfuerzo por liberarse. ¡Que Dios los ayudara si alguno de los sirvientes los oía y venía a investigar! Empujó su hombro con la mano libre, incómoda al darse cuenta de que él seguía acariciándole el pecho de una forma tan perturbadora y excitante que casi le hacía olvidar al duque, a lady Eleanor y su propio nombre.

Él se inclinó y le dio un beso con la boca abierta en el cuello, ya que no podía alcanzar su boca.

Las rodillas de ella casi se doblaron. Estaba a punto de explotar por la pasión desbordante que había reprimido durante los últimos diez años, y eso solo conduciría al desastre.

Él tiró del corpiño de su vestido, cubriéndole el cuello de besos hasta llegar a...

—¡Basta! —Desesperada, le echó el último sorbo de jerez en la cara y luego lo empujó con fuerza, alejándolo de ella. Tropezó hacia atrás y se golpeó contra el aparador. La jarra de jerez se balanceó peligrosamente, pero ella la atrapó antes de que cayera al suelo.

—¡Argh! Mujer, ¿estás loca? —Alex se quitó el pañuelo arrugado del cuello y se secó los ojos.

—No me estás escuchando, capitán. No tengo ninguna *intención de* compartir tu cama. Ninguna. En absoluto.

Él la miró parpadeando a través del jerez que le goteaba del pelo.

—Lo dices en serio.

—¡Por supuesto que lo digo en serio! —Hizo un gesto amplio con la mano libre—. ¡Llevo toda la noche intentando que lo entiendas!

—Entonces, ¿qué pasó durante la cena? ¿Me imaginé que estaba coqueteando conmigo, señora Crawford?

Ella se sonrojó.

—No sé qué me poseyó para hacer algo así. Me estaba enfadando mucho con tu insistencia.

—Así que estabas coqueteando conmigo.

Ella levantó la barbilla.

—Solo en defensa propia.

—¿Y esto? —Señaló sus pechos, cuyos pezones se marcaban de forma embarazosa bajo el vestido—. ¿Cómo lo explicas?

Sintiendo que le ardía la cara, se cruzó de brazos.

—Hace frío aquí.

Él soltó una risa burlona y se apartó el pelo mojado de la cara.

—Eres una mujer endiablada.

—Ya te dije en el pasillo que estoy buscando marido, capitán, no amante.

Él le lanzó una mirada que hizo que su pulso se acelerara.

—Podría hacerte cambiar de opinión.

Ella se puso rígida.

—Lo dudo mucho.

—¿Es eso un reto? —Se movió rápidamente, empujándola hacia el aparador—. A los estadounidenses nos encantan los retos.

Ella le dio una palmada en el pecho para detener su avance. Su corazón latía con fuerza bajo la palma de la mano de ella.

—Veo que estás demasiado borracho para ser razonable esta noche, capitán. ¿Pretendes obligarme?

Su sonrisa era pura confianza masculina.

—No tengo que obligar a las mujeres, señora Crawford. Vienen a mí *muy* dispuestas.

Esta mujer no. Ella lo miró fijamente, aunque por dentro temblaba.

—Ahora, por favor, retrocede.

Él lo hizo con evidente renuencia, y ella pudo ver la perplejidad en sus ojos.

—Gracias, capitán —dijo ella en voz baja.

—Este ha sido... un día maldito. —Se dio la vuelta y se quedó de espaldas a ella, con los hombros rígidos y los puños apretados. Sonaba como un hombre que había llegado al límite.

—Siento si te he engañado...

—No es solo culpa tuya. Nada ha salido bien desde el día en que me enteré de la muerte de mi madre —la interrumpió con un gesto impaciente de la mano.

El silencio se apoderó de la habitación mientras ella buscaba una respuesta adecuada.

—Siento mucho tu pérdida —comentó finalmente—. Alis me ha dicho que tu madre era una mujer maravillosa.

—Lo era —afirmó él en voz baja. De nuevo, silencio.

Caroline se mordió el labio mientras le miraba la espalda.

—Alis también me dijo que tardó varios meses en llegarte la noticia.

—Sí —respondió él—. Esa maldita carta me siguió durante seis meses antes de que me alcanzara. Como estaba en Ámsterdam, tardé otros cuatro meses en llegar a casa. Pero Alis ya se había ido.

—Y tú fuiste inmediatamente tras ella. —Hizo una pausa, mientras se le ocurría una idea—. No has tenido tiempo de llorar su pérdida, ¿verdad?

Él se volvió y ella vislumbró el tormento en sus ojos.

—Tuve mucho tiempo a bordo del barco.

—No lo creo —indicó ella lentamente, compadeciéndose de él —. Apuesto a que te distrajiste capitaneando tu barco. Y luego volviste a casa y descubriste que Alis se había ido a Inglaterra, y pudiste distraerte de nuevo con tu ira hacia tu abuelo.

—¿Crees que, después de un día de conocernos, me conoces tan bien, señora Crawford? —se burló él.

Sabiendo que estaba reaccionando por el dolor, ella mantuvo la voz tranquila.

—No, pero Alis no ha dejado de hablar de ti desde que llegó aquí.

La ferocidad se desvaneció de su expresión.

—¿Qué ha dicho?

Caroline sonrió.

—Según ella, eres el capitán más valiente del mundo y el más guapo. Las mujeres de todo el mundo están enamoradas de ti y eres el hombre de negocios más astuto del mundo. —Sus labios esbozaron una sonrisa—. Te quiere mucho —susurró.

—Ella es todo lo que me queda —aseguró él en voz baja, relajando los hombros tensos.

—Eso no es necesariamente cierto. Tienes a tu abuelo, a Lady Agatha y a su nieto, el conde de Norbert.

—Alis es mi familia. Y, una vez que haya asistido a esa presentación en la corte y quizá a un baile o dos, me la llevaré a

casa. A Estados Unidos.

—Puede que no quiera irse contigo.

—Lo hará. Sabe que no la dejaré quedarse aquí, en Inglaterra.

Caroline arqueó las cejas.

—Bueno, capitán, uno no siempre consigue lo que quiere.

—Así es. Y más vale que mi abuelo lo recuerde.

Caroline levantó las manos.

—¡Los dos son demasiado parecidos, siempre dando órdenes y esperando que todos los demás las acaten!

—Alis es joven e impresionable —argumentó Alex, ignorando claramente su comentario—. Se deja llevar fácilmente por la ropa bonita y los títulos pomposos, pero ya entrará en razón.

Caroline frunció el ceño.

—Alis me parece una joven muy inteligente e independiente. Aquí, en Inglaterra, muchas de nuestras jóvenes son esposas y madres a su edad.

—Y sin duda tú ves el mismo futuro para Alis —espetó Alex—. Querida señora Crawford, no des por sentado que, solo porque tú

estás desesperada por encontrar marido, mi hermana quiere lo mismo.

—¡Y tú no des por sentado, capitán, que ella no lo quiere! El duque puede ofrecerle una maravillosa oportunidad de casarse muy bien, de modo que pueda vivir cómodamente el resto de sus días.

—¡La veré casada con un mendigo antes de permitir que se case con un inglés!

—La mayoría de las jóvenes matarían por una oportunidad así, ¡y tú se la niegas a tu hermana!

—Con mi último aliento, —juró él

—Y yo la veré casarse bien, con *mi* último aliento, —replicó ella —. Deja que tu ira te impida ver lo que es mejor para ella.

—¿Qué te hace pensar que sabes lo que es mejor para Alis? —exigió él—. Soy su hermano. ¡Yo soy quien sabe lo que es mejor para ella!

Caroline dio un paso adelante.

—Alis dice lo contrario. Ella *quiere* estar aquí, capitán, quiere debutar en Londres.

—No sabe lo que quiere —dijo él con un gesto desdeñoso—. Cuando se haya cansado de tus modales ingleses remilgados, la llevaré de vuelta a Boston, donde pertenece.

Caroline respiró hondo.

—Esto no nos lleva a ninguna parte. Tú estás decidido a que vuelva a Boston y yo estoy igualmente decidida a que se case con un noble inglés. Estamos en un punto muerto.

—Y una mierda estamos. Yo soy su hermano. ¿Quién coño eres tú para tomar esa decisión por ella?

El filo de sus palabras hirió, pero por fuera, Caroline ni siquiera se inmutó.

—Solo estoy cumpliendo los deseos de tu abuelo.

—A mi abuelo le importa un comino Alis —gruñó Alex—. La trajo aquí para poder traerme a mí, ese astuto bastardo.

—Capitán, modere su lenguaje, por favor.

Alex soltó una carcajada.

—Soy un hombre, señora Crawford, no uno de esos ingleses remilgados. Hablo como un hombre y tengo necesidades de hombre.

—¿Ya estamos con lo mismo? —replicó ella—. ¿Por qué, capitán, cada vez que empezamos a hablar de tus sentimientos hacia tu abuelo, intentas distraerme con insinuaciones? ¿De qué tienes miedo?

—Y tú echas en cara a los demás tener miedo. Hay más cosas en la vida que las cuidadosas normas y reglamentos de tu preciosa sociedad, Caroline.

—¡Es fácil decirlo para un hombre que parece no hacer caso a las normas de nadie excepto a las suyas! Y te di permiso para que me tutearas, pero no para que usaras mi nombre de pila, —añadió ella, con la espalda rígida.

—Es difícil seducir a una mujer sin llamarla por su nombre de pila.

—Ya hemos dejado claro que no me interesan tus atenciones, capitán.

—Creo que sí te intereso —replicó él—. Solo que tu preciosa educación no te permite admitirlo.

¿Cómo había perdido el control de la conversación?

—Mi respuesta seguirá siendo la misma, milord, por muy ardiente que sea tu cortejo.

Una sonrisa arrogante se dibujó en sus labios.

—Solo me llamas «milord» cuando intentas rechazarme. He descubierto tu juego.

—Tú eres quien está jugando, capitán, y no me interesan tus juegos.

—¿Ponemos a prueba tu determinación? —Se acercó a ella y ella dio un salto hacia atrás, chocando contra el aparador. La jarra se tambaleó y se estrelló contra el suelo, haciendo un ruido que, en medio del silencio, sonó como un disparo.

Caroline miró con horror la jarra rota. En cualquier momento vendría un sirviente a investigar. Si la pillaban sola en el salón con Alex, ¡todo se echaría a perder!

Huyó, con la risa burlona de Alex persiguiéndola.

Capítulo 7

—Mis sirvientes me dicen —dijo el duque a Alex a la mañana siguiente— que has empezado a beber a altas horas de la madrugada. —En el aparador, Alex se sirvió otra salchicha en el plato. Ya era bastante malo que le latiera la cabeza por el whisky que había consumido la noche anterior. Después de ahogar estúpidamente su dolor por su madre, ¿tenía que ser regañado como si todavía fuera un niño?

Cuando Alex no respondió, Thaddeus continuó.

—Aunque entiendo la necesidad de un hombre de beber alcohol, confío en que serás más discreto una vez que lleguemos a Londres. Por lo general, uno va a un club de caballeros para entregarse a ese tipo de comportamientos.

Alex se puso una tercera salchicha en el plato.

—Lo recordaré.

—La licorera se puede reemplazar fácilmente —dijo Thaddeus —, pero la reputación no. Haz caso a mis palabras.

Alex se volvió hacia la mesa y vio un destello de color fuera de la puerta del comedor. Si no se equivocaba, la encantadora Caroline estaba acechando fuera de la habitación con un vestido amarillo impecable, tratando de no ser vista. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Parece que la reputación lo es todo para los ingleses — comentó Alex, alzando ligeramente la voz—. ¿Y el carácter de un hombre? ¿No cuenta para nada?

—La sociedad no perdona las infracciones del protocolo —dijo el duque—. Una vez que se comete un error de juicio, el estigma dura para siempre.

Hizo una pausa y luego dijo en voz baja:

—Hace tantos años, yo intentaba salvar a tu padre de ese estigma.

Alex apartó la atención de Caroline.

—¿A eso llamas tú echar a un hombre de su casa por casarse con la mujer equivocada?

—Era irlandesa —respondió el duque con serenidad—. La sociedad inglesa tiende a considerar a los irlandeses poco más que campesinos advenedizos. Intentaba ahorrarle dolor a William.

—En cambio, lo perdiste —replicó Alex—. Apuesto a que no te lo esperabas.

Thaddeus suspiró y dio un sorbo a su té.

—No, no lo esperaba. Pero debería haberlo hecho. William tenía más que suficiente del orgullo de los Huntly. —Añadió mirando a Alex por encima del borde de la taza—. Al igual que tú.

Alex ignoró el comentario.

—¿Qué dirá tu preciada sociedad sobre el hecho de que tus nietos sean medio irlandeses? ¿No expulsarán a Alis del palacio o algo así?

—No veo necesidad de insistir en el tema —respondió el duque —. Y le he dejado una fortuna suficiente como para que sea muy codiciada.

—*Yo puedo* proporcionar la dote de mi hermana, no necesita tu dinero. De todos modos, no se va a casar con un maldito inglés.

Los labios del duque esbozaron una pequeña sonrisa sin humor.

—Lo que no pareces entender, Alex, es que no importa si lo necesita o no. Yo he decidido dárselo porque la quiero.

—Te importa tu título y tu apellido —dijo Alex—. ¿Cuál es tu plan? ¿Casar a Alis y que su hijo sea tu heredero?

—Ni hablar —respondió Erasmo con desdén—. Eso sería imposible según la ley de primogenitura. El título solo puede pasar por la línea masculina.

Alex se recostó en la silla.

—Lo que te deja a mí o a nada.

—Así parece.

—Qué pena, ¿eh? —Alex pinchó la salchicha y le dio un mordisco con deleite.

El duque apretó los puños y luego los abrió lentamente.

—Puede que tú no quieras saber nada de tu familia, Alex, pero al menos tu hermana entiende lo que yo puedo darle.

Alex se encogió de hombros.

—Es joven y tú le estás volviendo la cabeza con toda esa ropa elegante y esos títulos snobs. No sabe nada.

—Es obvio que no conoces muy bien a tu hermana.

—¡Y una mierda la conoces tú! —gruñó Alex, golpeando la mesa con los cubiertos—. ¡Prácticamente la crié yo!

—¿Desde el barco? —Cuando Alex se limitó a mirarlo con odio, el duque sonrió y juntó los dedos—. Yo estoy aquí para ella, Alex. Tú no.

—Y una mierda no estoy. Estoy aquí, en la maldita Inglaterra, comiendo en tu maldita mesa. Si eso no es amor, no sé qué es.

—¡Buenos días! —cantó Alis al entrar en la habitación, seguida de Caroline. Alis llevaba un vestido blanco de mañana con rayas azules y el pelo peinado con unos rizos muy artísticos. Se inclinó para besar a Alex en la mejilla y luego hizo lo mismo con Thaddeus.

—Buenos días, querida —saludó el duque, acariciando la mano de Alis con una expresión más suave—. Y buenos días a usted, señora Crawford.

—Buenos días, Su Excelencia —respondió Caroline. Miró a Alex —. Capitán.

—Buenos días, señora Crawford —dijo Alex con una sonrisa—. Vaya, qué guapas están ustedes esta mañana.

Ignorándolo, Caroline se volvió hacia las humeantes bandejas de comida.

—Vamos al pueblo —charló Alis mientras examinaba los manjares dispuestos en el aparador—. Voy a comprar algunos vestidos nuevos para la ciudad.

—¿No tienes ya muchos vestidos nuevos? —preguntó Alex con el ceño fruncido.

—Estos están bien para el campo, pero necesito ropa mucho más elegante para Londres. Solo vamos a comprar una o dos cosas a la costurera del pueblo, ya que voy a visitar a Madame Toulon en Londres.

—¿Quién es Madame Toulon? —preguntó Alex.

Alis llevó su plato lleno a la mesa y se sentó a la derecha del duque.

—Es la mejor modista de Londres. Me hará todos mis vestidos de baile.

Alex solo negó con la cabeza y se concentró en su desayuno.

El silencio se apoderó de la mesa. Caroline picoteó los huevos e intentó no mirar a Alex. Su comportamiento de aquella mañana la confundía aún más. Había oído las palabras del duque sobre la jarra y esperaba que Alex la implicara en el delito. Pero, en cambio, él había asumido toda la culpa.

Aquel hombre no dejaba de sorprenderla. Primero fue su amor incondicional por su hermana. Luego, su inesperada vulnerabilidad de la noche anterior cuando hablaron de la muerte de su madre. Y ahora había salvado su reputación comportándose como un caballero.

Muchos hombres tenían rostros atractivos y caracteres desagradables, y ella podía rechazar fácilmente sus insinuaciones. Pero un hombre con su aspecto y que dejaba entrever un lado más amable... Eso lo hacía peligrosamente atractivo.

Apretó con fuerza los dedos alrededor del tenedor. No importaba que se sintiera atraída por él. Sabía de primera mano el

caos que se desataba cuando uno se dejaba llevar por las emociones, y no tenía intención de volver a hacerlo.

Cuando volviera a casarse, elegiría a un hombre amable y afable, capaz de mantener a una esposa, pero el amor no tendría cabida. Así todo era mucho más fácil.

—¿Vas a volver a la clase de baile, Alex? —preguntó Alis con entusiasmo, interrumpiendo los pensamientos de Caroline—. El señor Collineau volverá dentro de unos días.

Caroline desvió la mirada hacia Alex, mientras recuerdos apasionados de su vals juntos inundaban su mente. Él la miró a los ojos, con los ojos azules ardientes, y sonrió lentamente. El corazón de Caroline comenzó a latir con fuerza.

—Me encantaría, gatita —dijo él finalmente, arrastrando las palabras—, siempre que no interfiera con mi cita con el sastre. Me han asegurado que te avergonzaré si llego a Londres con mi propia ropa, así que espero que aprecies el sacrificio.

Alis le hizo una mueca a su hermano.

—Alex, qué tonto eres. Estarás muy bien con ropa inglesa, ¿verdad, Caroline?

Caroline se humedeció los labios secos.

—Por supuesto que sí, Alis.

Ignorando la sonrisa cómplice de Alex, se concentró en su desayuno.

—También he contratado un ayuda de cámara para ti —anunció el duque—. Se llama Stobbins y vendrá con nosotros a Londres. Llegará en unos días.

—Otro sacrificio más por ti, querida hermana. —Alex se limpió la boca con la servilleta y se levantó de la silla—. Si me disculpan, tengo una cita con un semental.

—El té es a las cuatro, —le recordó el duque.

—¡Bien! —respondió Alex con voz llena de irritación mientras salía del comedor.

Alis se mordió el labio mientras observaba a su hermano alejarse.

—Ay, Dios mío, ahora está de mal humor.

Caroline resopló.

—¡Nunca he visto a tu hermano sin estar de mal humor!

—Oh, es solo que no está contento de estar aquí —respondió Alis, mostrando sus hoyuelos—. A Alex le gusta salirse con la suya

en todo.

—Eso ya me lo imaginaba —dijo Caroline con sequedad.

—Quiero que se lo pase bien mientras esté aquí —continuó Alis, con una arruga de preocupación entre las cejas—. Espero que se comporte delante del sastre.

—Lo hará o se las verá conmigo —declaró el duque.

—Oh, abuelo —rió Alis—. Nadie puede obligar a Alex a hacer nada que no quiera. Me recuerda mucho a ti.

El duque gruñó, pero luego sonrió a Alis.

—Esperemos que tengas razón, querida.

—Vamos, Alis —dijo Caroline, levantándose—. La costurera nos espera.



Alex se despejó el dolor de cabeza montando a Mercury, el semental más veloz de la cuadra del duque. Cabalgó durante horas, cautivado a pesar suyo por la belleza de las tierras de Wessex.

Algún día todo esto podría ser suyo...

No. Apartó sus pensamientos de ese camino peligroso. No caería en esa trampa. Su abuelo era más viejo y frágil de lo que esperaba. Eso no era motivo para olvidar todo lo que había pasado y perdonar al viejo bastardo astuto por lo imperdonable.

Detuvo a Mercurio en lo alto de una colina y se deslizó del lomo del caballo para contemplar las interminables colinas verdes de Wessex. Ni todo el dinero del mundo, ni las tierras fértiles, ni el maldito título podrían compensar la muerte de sus padres.

Había perdido a su padre cuando aún era un niño y, cuando se había enrolado como grumete a los once años, sus compañeros de tripulación habían asumido la tarea de convertir a un niño en un hombre. Y cuando regresaba a casa después de sus viajes, su madre suavizaba los modales rudos que había aprendido a bordo.

—¡No se come con los dedos en mi mesa, hombrecito! —le decía con su acento irlandés, dándole un golpecito en los dedos con una cuchara de madera para que le entrara en la cabeza.

—¿Y desde cuándo un hijo mío es demasiado bueno para ir a la casa del Señor un domingo por la mañana? —le preguntaba cuando se entretenía en ir a la iglesia.

Y lo que más oía, las palabras que se había grabado en el corazón:

—Ahora tú eres el hombre de la casa, Alex, y siempre debes cuidar de tu hermana.

Dios mío, podía oír su voz tan claramente como si estuviera a su lado. Por supuesto, eso era imposible. Nunca volvería a oírla regañarle, con ese acento tan marcado que delataba lo enfadada que estaba con él. No era una mujer alta, pero qué gran corazón albergaba ese cuerpo menudo. Amaba con la ferocidad de un guerrero, y no podía creer que ya no estuviera allí.

Se secó una lágrima que le resbalaba por la mejilla mientras el dolor le embargaba y la herida reciente amenazaba con ahogarlo.

El caballo se movió, como si sintiera su confusión emocional, y Alex le acarició el cuello para calmarlo, tratando de distraerse. Intentó controlar el torrente de dolor que amenazaba con abrumarlo. Reprimió los sentimientos, pero estos siguieron surgiendo, implacables. Un sollozo ronco escapó de sus labios.

Las compuertas se abrieron y, temblando, se rindió a lo inevitable y lloró como un niño, lamentando abiertamente la pérdida de su madre por primera vez.

Ella se había ido y su vida nunca volvería a ser la misma.



Caroline se sentó en el banco de piedra entre los rosales con un suspiro de alivio, robando unos momentos de tranquilidad para contemplar la puesta de sol. Ir a la modista siempre era agitado, y más aún cuando se trataba de una joven. La modista ya tenía las medidas de Alis, así que habían pasado la mayor parte de la tarde mirando estilos y seleccionando telas.

De acuerdo con lo pactado, el duque también había encargado a Caroline algunos vestidos nuevos. Muchos menos que para Alis, pero eran suficientes. Los luciría con orgullo en Londres y quizá atraería a algún pretendiente.

Por desgracia, probablemente también atraería a Gabriel.

La idea de su cuñado amenazaba con arruinarle la hermosa puesta de sol, y luchó por no dejar que eso ocurriera. Pero los recuerdos llegaron de todos modos.

Gabriel era un hombre apuesto y, de joven, Caroline había quedado cautivada por su atractivo rubio y su impresionante pedigrí. Inocente de lo depredadores que podían ser los hombres, él la había atraído al invernadero una noche, donde había intentado seducirla. Sin duda, le habría quitado también su inocencia si su padre no los hubiera sorprendido. Para evitar el escándalo, se había propuesto el matrimonio. Sin embargo, no fue Gabriel con quien se casó Caroline.

Y daba gracias a Dios por ello todos los días.

Ah, qué joven era entonces, y qué ingenua. En los primeros días de su matrimonio con Mike, el hermano de Gabriel, había imaginado que ella y Gabriel eran amantes atormentados y desventurados. Gabriel parecía alimentar sus fantasías con las miradas ardientes que le lanzaba cuando nadie miraba. Al principio pensó que su amor era tan correspondido como el suyo, y que los altos estándares de su padre eran los culpables de sus desafortunadas circunstancias. Pero pronto descubrió la verdad.

Cumpliendo con su deber, había intentado que su matrimonio funcionara, pero tras los primeros meses quedó dolorosamente claro que ella y su nuevo marido no encajaban. De mutuo acuerdo, decidieron vivir sus propias vidas. Mientras Mike se iba con sus

amantes, Caroline cuidaba en silencio los jardines de su casa de campo en Surrey y llenaba su tiempo con eventos sociales locales, atormentada por la certeza de que no poseía ninguna de las cualidades que hacían que los hombres desearan a las mujeres. Entonces Gabriel comenzó a visitarla cada vez que Mike se ausentaba, y durante un breve periodo de tiempo ella creyó que él todavía la amaba.

Qué tonta e ingenua. Gabriel pronto le dejó claro que solo quería acostarse con ella, y ni siquiera porque la deseara especialmente. Solo quería terminar lo que había empezado porque no había conseguido seducirla aquella fatídica noche.

Nunca la había amado. Nunca había tenido intención de casarse con ella.

Desilusionada, Caroline lo había rechazado y siguió rechazándolo durante todo su solitario matrimonio con Mike. Y entonces Mike murió... Dios mío, podía ver la escena como si fuera ayer.

Estaba sentada en su salón, vestida de luto, tambaleándose al saber que Mike había acumulado enormes deudas de juego. Un lord incluso se había atrevido a acercarse a ella en el funeral de su

marido para sugerirle astutamente un método alternativo de pago, en caso de que no tuviera los fondos que Mike le debía.

Aturdida por la conmoción, humillada por los rumores relacionados con la muerte de su marido, ni siquiera había empezado a pensar en cómo pagaría las deudas. ¡Y eran tantas! Docenas de deudas de juego por cantidades astronómicas. Facturas del sastre y del joyero. Y el alquiler de la casa de la amante de su marido estaba atrasado.

Entonces llegó Gabriel, muy guapo con su traje de luto.

—Querida cuñada, —le había dicho con voz melosa, sentándose sin invitación en el sofá—, acabo de recibir la triste noticia de que mi hermano estaba bastante mal cuando murió. Permíteme ayudarte en estos momentos de necesidad.

Ella lo miró con recelo, aunque, según la tradición, un hombre honorable habría intervenido para pagar las deudas de su hermano.

—Se jugó mi pensión de viuda, —dijo con voz apagada—. No tengo nada más que esta casa y las perlas de mi madre.

—Es escandaloso, —asintió Gabriel, sacudiendo la cabeza con solemnidad—. Comprendo tu difícil situación. Y lo pagaré todo, hasta la última moneda, —aseguró, inclinándose para ponerle una mano

en la rodilla—. Todo lo que tienes que hacer es convertirte en mi amante.

—¡¿Qué?! ¿Estás loco? —Se puso en pie de un salto, apartándole la mano—. ¡Tu hermano apenas está bajo tierra y tú intentas seducir a su viuda!

—No es cierto —dijo Gabriel, poniéndose también de pie—. Llevo años intentando seducirte. —Le acarició el hombro, sonriendo cuando ella se apartó bruscamente—. Es un simple acuerdo comercial. Te conviertes en mi amante y yo me encargaré de pagar todas las deudas de Mike. Si no, bueno... —Se encogió de hombros —. Tendrás que encontrar otra forma de pagar los pagarés.

—Yo los pagaré —prometió ella.

—¿Cómo? —Su evidente diversión solo avivó su ira—. ¿Vas a buscar un trabajo en algún sitio y ganarte unas pocas libras al mes? A ese ritmo, acabarás en la Fleet antes de que acabe el año.

—Un hombre de honor pagaría las deudas de su hermano — dijo ella con tono acusador.

—Estás demasiado preocupada por el honor, querida. Este es el mundo real, y así es como se hacen las cosas en el mundo real.

—¡El honor es lo único que me queda! Y lo mantendré pase lo que pase.

—Querida Caroline —dijo Gabriel con voz burlona—, si aceptas mi propuesta, las deudas de Mike quedarán saldadas y vivirás rodeada de lujos hasta que termine nuestra relación.

—Viviré en la más absoluta deshonra —le corrigió ella—. No, gracias, Gabriel. Encontraré otra forma de cumplir con mis obligaciones.

—¿De verdad? —Él cruzó los brazos sobre el pecho y la miró como si fuera una niña entretenida—. Te lo preguntaré de nuevo: ¿qué piensas hacer?

—Podría volver a casarme —dijo ella con orgullo.

—¿En serio? ¿Y quién te querría?

Ella apretó los puños a los lados.

—Aún conservo mi reputación, el apellido de mi familia.

—Veo que esto va a ser muy divertido —comentó él con una risita—. Muy bien, Caroline. Hazlo a tu manera. Pero cuando fracases, recuerda que mi oferta sigue en pie.

—¡Fuera de mi casa! —exclamó ella, señalando la puerta.

—Volveré —advirtió él—. Y te garantizo que te alegrarás de verme.

Se había marchado, dejando a Caroline sola con su determinación de sobrevivir.

Era difícil creer que eso hubiera sucedido solo un año atrás, pensó ahora, contemplando el cielo teñirse de un tono rosado. Desde entonces, Gabriel había hecho todo lo posible por sabotear sus esfuerzos y acorralarla hasta que no tuviera más remedio que convertirse en su amante. Había difundido rumores de que era estéril para disuadir a los posibles pretendientes.

Lo único que no había divulgado era su situación económica, probablemente porque la situación le hacía quedar mal a *él*. Pero ella había logrado frustrarlo una y otra vez, primero vendiendo su casa para pagar algunas de las deudas, y luego aceptando la oferta del duque.

Aún no tenía ni idea de cómo el duque se había enterado de su situación, pero no cuestionaba su suerte. Simplemente aceptó la oferta y dio gracias a Dios por haberla sacado de Wessex y haberla puesto fuera del alcance de Gabriel por un tiempo.

Y, si Dios quería, un matrimonio la sacaría de su alcance para siempre.

El sonido de la puerta del jardín interrumpió sus pensamientos, y Alex se deslizó silenciosamente en el jardín. Había una caída en sus hombros que ella nunca había visto antes, un cansancio en sus pasos que le partía el corazón.

Parecía como si no tuviera un amigo en el mundo.

¿Dónde estaba el encantador sinvergüenza que había llegado a esperar en los últimos días? ¿Qué problema le había sucedido para que pareciera el hombre más solitario del mundo?

La buena educación le dictaba que permaneciera escondida en los rosales, ya que él claramente no deseaba ser visto. Debería dejarlo estar y respetar su intimidad.

Pero cuando él se acercó, vio la expresión de su rostro, sombría y perdida. Se compadeció de él y, antes de poder detenerse, se interpuso en su camino.

—Buenas noches, capitán.

Él levantó la cabeza bruscamente y, por un momento, ella habría jurado que tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

Qué ridículo. Debía de ser un efecto de la luz que se desvanecía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él con tono cortante—. Creía que Alis y tú habíais ido a la modista.

—Eso fue hace horas. —Se acercó a él—. Capitán, ¿te encuentras bien?

Él se puso rígido.

—Estoy bien.

—No lo creo. —Le puso una mano en el brazo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Él bajó la mirada hacia su mano, luego la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa burlona.

—Creo que es la primera vez que me tocas voluntariamente.

Ella retiró la mano bruscamente.

—No hace falta que seas desagradable. ¡Estaré encantada de dejarte con tu miseria!

Se dio la vuelta, rompiendo la paz del jardín, pero él la agarró por el codo.

—Espera —dijo él en voz baja—. Lo siento, Caroline. No estoy en condiciones de estar con gente en este momento.

Su sinceridad calmó sus ánimos y ella no pudo apartarse de la tristeza de sus ojos azules. Se relajó y no protestó cuando él dejó la mano sobre su brazo.

—Solo intento ayudar.

—Lo sé. Es solo que... estoy pasando por un mal momento. Pero te agradezco el gesto.

Sonaba tan desolado que ahora ella podía ver que no era la luz: el enrojecimiento de sus ojos indicaba claramente que había estado llorando.

—A veces, las emociones incapacitan más que las heridas físicas —murmuró ella.

Él la observó en silencio durante tanto tiempo que Caroline empezó a arrepentirse de sus palabras. Pero entonces esbozó una sonrisa ladeada.

—Preferiría una bayoneta en el vientre.

—Estoy segura de que sí.

—No se me dan bien los sentimientos —dijo él—. A menos que sea lujuria.

Ella se rió y él sonrió con ella. El momento los cautivó a ambos. La risa de ella se desvaneció. La sonrisa de él se esfumó.

Él la miró fijamente mientras se inclinaba hacia delante, dándole todas las oportunidades para retroceder. Pero ella no lo hizo. Algo surgió entre ellos, una especie de conexión familiar, y ella se quedó cautivada por su hechizo mientras sus labios buscaban los de ella.

Sus labios se encontraron con suavidad, y él le acarició el rostro con delicadeza. La ternura de aquel gesto derribó sus defensas de un modo que la más ardiente pasión jamás había logrado. Anhelando estrechar aún más el vínculo, Caroline alzó la mano y cubrió la de él contra su mejilla.

Él se apartó despacio y la sostuvo con la mirada durante un largo instante. Luego tomó su mano entre las suyas y la llevó a sus labios en un ademán sencillo, colmado de afecto.

—Gracias —murmuró, apretándole los dedos—. Estaré bien dentro de poco.

—Si necesitas hablar... —empezó ella, deseando que se quedara—. Estoy aquí.

Él asintió apenas y se alejó en dirección a la casa, dejándola sola en el jardín, bajo la luz dorada del ocaso y el eco imborrable de un beso lleno de ternura.

Capítulo 8

Esa noche, Alex pasó mucho tiempo observando a Caroline, primero durante la cena y luego, cuando todos se relajaron en el salón después de la comida.

Había recuperado el control de sus emociones, aunque todavía estaba inquieto por el momento que había compartido con ella en el jardín. ¿Por qué le había hablado de sus *sentimientos*? ¿Qué clase de hombre creía ella que era, para haber llorado prácticamente en su hombro de esa manera?

La sorprendió mirándolo de vez en cuando con preocupación en la mirada, y eso lo hizo sentir muy incómodo. ¿Acaso pensaba ahora que era uno de esos ingleses frágiles y propensos a desmayarse? Tendría que volver a poner las cosas como *él* quería, es decir, perseguir su objetivo de tener a Caroline desnuda en su cama.

Y ella le hizo el juego al enviar a Alis a acostarse con lady Agatha después de que el duque se retirara. Se quedó deliberadamente en el salón después de que los demás se marcharan, aunque, por decoro, dejó la puerta abierta.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja, acercándose a la silla—. Estaba preocupada por ti.

—Agradezco tu preocupación —replicó él, aunque por dentro se estremeció al percibir la compasión en su voz. Maldita sea, ¿acaso pensaba que era una especie de llorón sentimental?

—Imagino que los acontecimientos de los últimos días han sido agotadores para un hombre acostumbrado a estar siempre al mando —continuó ella.

—Así es. —Se puso de pie, incapaz de permanecer sentado un momento más. ¡No era un niño que necesitara consuelo!—. Ahora que lo pienso, me he sentido algo... solo.

Ella retrocedió un paso, con una expresión de recelo en el rostro.

—Puedo recordarte que estás rodeado de tu familia, capitán.

—No es ese tipo de soledad la que he estado sintiendo. —Le dedicó una sonrisa encantadora, avanzando hacia ella incluso

mientras ella seguía retrocediendo—. Un hombre como yo echa de menos, más que nada, el consuelo que se encuentra en los brazos de una mujer.

Ella chocó contra el sofá, y él dio otro paso, reduciendo la distancia entre ambos a apenas unos centímetros.

—Capitán, ya hemos hablado de esto —dijo ella con recato, aunque él percibió claramente cómo tragaba saliva. La muy correcta señora Crawford estaba más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir—. Y la puerta está abierta —añadió.

—¿La cierro?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces volvamos al tema que nos ocupa. Dijiste que estabas preocupada por mí —añadió, apartando ligeramente el rostro cuando él le acarició el lóbulo de la oreja.

—Solo porque la presión de tu situación puede haberse vuelto abrumadora. —Lo miró con firmeza, ignorando deliberadamente sus insinuaciones—. No quieres estar aquí, no te gusta tu abuelo y acabas de perder a tu madre. Imagino que cualquiera se sentiría desbordado en esas circunstancias.

—¿Así que crees saberlo todo sobre mí, Caroline? —Dio un último paso, atrapándola por completo entre su cuerpo y el sofá. Su aroma le provocaba los sentidos, calmando sus emociones a flor de piel. Eso era lo que necesitaba: la suavidad de una mujer para aliviar su corazón herido.

—Esto no va a detener el dolor, lo sabes —murmuró ella, mientras él se inclinaba para rozar su cuello con la nariz.

Él se detuvo y se echó hacia atrás para mirarla, con las cejas arqueadas.

—¿Tan sabia eres, Caroline?

—He perdido más de lo que imaginas —respondió ella con suavidad—. El placer físico no aliviará lo que te duele.

—¿Lo has probado? —Le dedicó una sonrisa pícara.

Ella suspiró, exasperada.

—Ya te he dicho que no me entrego a aventuras sin compromiso, capitán.

—¿Y ahora es cuando se supone que debo pedirte que te cases conmigo?

Ella levantó la barbilla.

—No, Alex. Aunque me pidieras que me casara contigo, no lo haría.

—¿Ah, sí? —Le rozó los pechos con el pecho, sonriendo al sentir cómo ella se estremecía ligeramente. Por fin empezaba a sentir que volvía a tener el control.

—¿Por qué debería casarme con un hombre que odia mi país, odia mi forma de vida y está fuera la mayor parte del año? —exigió Caroline—. Si quiero estar sola, Alex, mejor seguir viuda.

—No odio tu país —la corrigió él, inclinándose de nuevo para depositar suaves besos en su cuello—. De hecho, Inglaterra me está empezando a gustar bastante.

—Podrías haberme engañado. —Ella empujó su pecho, pero no consiguió moverlo ni un centímetro.

Él se rió abiertamente al ver la irritación en su rostro.

—¿Por qué te resistes? —preguntó, rozando con la punta de un dedo su pezón. Su piel respondió, endureciéndose visiblemente bajo el vestido—. Puedes ver lo bien que podemos estar juntos. Este tipo de atracción es poco común y hay que apreciarla.

—Como sin duda tienes más experiencia que yo, capitán, tendré que confiar en tu palabra. —Ella empujó contra su pecho una

vez más—. ¡Déjame ir antes de que nos vean los sirvientes!

—Ven a mi cama esta noche —murmuró él, acariciando su cabello con la cara. La emoción brotó, el deseo se entremezcló con una docena de otros que él no podía nombrar. De alguna manera, sabía que hacer el amor con Caroline aliviaría la oscuridad que envolvía su alma.

—No puedo —susurró ella, con voz entrecortada—. Aunque quisiera, no puedo.

Él se apartó, le tomó el rostro entre las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Pero *¿quieres*? Dime la verdad, Caroline.

Ella intentó apartar la cabeza, pero él la miró fijamente. Sus ojos eran increíbles, revelaban todo lo que pensaba y sentía, aunque su expresión facial permanecía neutra. Él podía ver la confusión, la indecisión. Y podía ver el deseo.

—Dímelo, Caroline —le ordenó.

—Sí. —La palabra escapó de sus labios como un sollozo ahogado—. Sí, estoy tentada. Pero no puedo. ¿No lo entiendes? *No puedo*. ¿Es eso lo que querías oír?

La deseaba casi hasta la obsesión, y estaba decidido a recuperar el control de su relación. Pero ahora la había obligado a admitirlo, y el sufrimiento en su voz le robó cualquier placer que pudiera haber obtenido.

—En realidad, quería oír que vendrías a mi cama esta noche —murmuró, intentando esbozar una sonrisa, procurando insuflar algo de ligereza a la situación, aunque la angustia en sus ojos se mantenía imperturbable

—No puedo.

Su sonrisa se desvaneció.

—Lo sé.

Ella volvió a empujarlo en el pecho y, esta vez, él dio un paso atrás. Ella se alejó rápidamente del sofá y se volvió hacia él.

—Alex, mi... promesa... a tu abuelo es importante para mí. Necesito concentrarme en preparar a Alis para enfrentarse a Londres y, francamente, tener que evitar tus atenciones me distrae de ese objetivo. ¿Quieres que tu hermana haga el ridículo? ¿Que la rechacen por ser una americana incivilizada?

—Por supuesto que no.

—Entonces déjame en paz —le suplicó ella—. Si no es por mí, hazlo por Alis. Ella me necesita ahora mismo.

Sus palabras le hicieron sentir como un canalla.

—¿Cuándo nos vamos a Londres? —preguntó él.

—Dentro de cinco días.

—Está bien. Te doy mi palabra de que no te perseguiré.

Sus hombros se relajaron con alivio.

—Gracias por ser razonable, capitán.

—... hasta que lleguemos a Londres.

—¡¿Qué?!

—En ese momento —continuó él—, todo estará permitido. Sigo teniendo la intención de hacerte el amor antes de marcharme de Inglaterra, Caroline. Será mejor que te acostumbres a la idea.

—Será mejor que te acostumbres a una cama solitaria. —Dándose la vuelta, salió de la habitación.

Alex sonrió, sintiendo como si le hubieran quitado un peso de encima. Las cosas volvían a la normalidad.

Cuatro días más tarde, mientras subía al carruaje para regresar del pueblo, Caroline reflexionaba sobre el asombroso hecho de que Alex hubiera cumplido su palabra.

Monsieur Collineau había regresado esa misma mañana para la última clase de baile de Alis, y la joven parecía haber aprendido por fin los rudimentos del vals. Alex había hecho acto de presencia en la clase, había bailado con Alis mientras ella dominaba los pasos y luego se había marchado, todo ello sin hacer un solo comentario inapropiado.

Asombroso.

Caroline había pasado la tarde en el pueblo con Alis, haciendo los últimos arreglos en la modista y comprando zapatos, sombreros y otros accesorios. La única respuesta a sus planes había sido

—Que lo pasen bien, —antes de irse a montar a caballo.

Sin insinuaciones, sin comentarios despectivos sobre los ingleses, nada.

Su nuevo comportamiento no había pasado desapercibido para Lady Agatha ni para el duque. Ella no parecía sorprendida, pero él atribuyó el cambio a la influencia de Caroline.

Tenía razón, pensó Caroline con una pizca de ironía, aunque no exactamente por los motivos que imaginaba.

Alex había pasado la mayor parte de su tiempo libre en los últimos días cabalgando o visitando la sastrería, e incluso había logrado mantener al mínimo sus desacuerdos con el duque. Ojalá aquello pudiera durar, reflexionó mientras escuchaba la charla animada de Alis durante el camino de regreso a Wessex. Pero la casa partiría hacia Londres al día siguiente y, como la calabaza de Cenicienta, el hechizo se rompería. Una vez en la ciudad, Alex volvería a perseguirla, y a ella le resultaba cada vez más difícil resistirse.

Él seguía lanzándole miradas ardientes cuando nadie los observaba. A veces encontraba pequeñas excusas para tocarla: rozarle la mano, tomarla del brazo al acompañarla a cenar… Nada más atrevido de lo que podría permitirse un caballero inglés. Sin embargo, era ese leve atisbo de vulnerabilidad lo que más la fascinaba.

Así que, mientras sonreía y asentía a la conversación de Alis mientras el carruaje subía por el camino, su mente seguía en Alex y en el beso en el jardín que aún la perseguía.



Tras regresar de un largo y sudoroso viaje, Alex intentó subir a su habitación, pero le costó mucho. Se encontró con tantos sirvientes que iban de un lado a otro, haciendo las maletas para la mudanza a Londres, que era como intentar atravesar las calles principales de Boston solo para llegar al final del pasillo.

—Un día más, —pensó—. Un día más y podré volver a cortejar a Caroline. —El sutil coqueteo que habían mantenido no había hecho más que avivar su deseo por ella.

Por fin llegó a su dormitorio y abrió la puerta, solo para encontrarse a un joven rebuscando en su baúl.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le espetó Alex.

Sobresaltado por el grito de Alex, el joven se enderezó bruscamente, pero Alex ya se había movido. Agarró al muchacho por

el hombro y lo empujó contra la pared con un movimiento rápido. Una mano amenazante alrededor del cuello del joven hizo que el miedo se apoderara de los ojos del muchacho.

—¿Qué diablos hacías en mi baúl? —preguntó Alex de nuevo.

—Yo... yo... —tartamudeó el muchacho. Ahora estaba pálido, con los ojos marrones muy abiertos por el susto. No podía tener más de veinticinco años, aunque su escaso cabello castaño claro y su rostro redondo y lunático lo hacían parecer mayor. Alex le sacaba unos treinta centímetros de altura, y el cuerpo robusto del muchacho parecía más el resultado de la buena cocina inglesa que de la actividad física.

—No te he entendido —dijo, apretando ligeramente los dedos alrededor de la garganta del hombre.

—Sto... Sto... Stobbins —logró decir el intruso, jadeando—. Soy Stobbins, milord.

Oh, Dios, el ayuda de cámara. Alex apartó la mano de la garganta del sirviente.

—Lo siento, Stobbins —se disculpó, dando un paso atrás—. Creía que eras un ladrón. Ahora que pensaba con claridad, Alex se

dio cuenta de que Stobbins vestía ropa limpia y de buen corte, lo que debería haberle hecho dudar antes de atacar al hombre.

Stobbins se tocó la garganta y miró a Alex con recelo.

—Por supuesto que lo hizo, mi señor.

—La primera regla —dijo Alex— es que dejes de llamarme «milord». No me gusta. Si no puedes llamarme por mi nombre, puedes llamarme capitán Chilton.

—¡Nunca me atrevería a llamar a Su Señoría por su nombre! —exclamó Stobbins, sorprendido.

—Entonces quedemos en «Capitán», ¿de acuerdo? —preguntó Alex, dándole una palmada en la espalda—. Dime, Stobbins, ¿qué hace un ayuda de cámara?

—¿Señor? —Los ojos del criado se abrieron como platos, como si no pudiera comprender que alguien *no supiera* lo que hacía un ayuda de cámara.

—Tranquilo, Stobbins. Soy estadounidense. Seguro que te lo han dicho.

El ayuda de cámara pareció relajarse.

—Por supuesto, mi... eh, capitán. Debería haberlo sabido. Un ayuda de cámara se encarga de la ropa de un caballero, le ayuda a vestirse y le asiste en su aseo.

—¿Así que básicamente te encargas de mi ropa y me ayudas a vestirme todos los días?

—Así es, señor. —Stobbins inclinó la cabeza—. Mi padre también es ayuda de cámara de un caballero, de Lord Norbert. Y mi abuelo sirvió al duque durante muchos años antes de morir.

Alex contuvo una sonrisa.

—Estoy seguro de que no te merezco, Stobbins, pero me considero afortunado de contar con un hombre de tu experiencia para ayudarme mientras estemos en Londres.

Stobbins sonrió.

—Por supuesto, señor.

—Dime, ¿qué hacías en mi baúl?

—Empezaba a empaquetar su ropa del armario, capitán, para ir a Londres. Por cierto, han llegado sus nuevas prendas de la sastrería.

—Bien. Me las probaré en cuanto me cambie. Huelo como un caballo.

—Como desee, capitán.

Stobbins extendió la mano para quitarle el abrigo a Alex, pero este se apartó bruscamente.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Stobbins tragó saliva.

—Le estaba ayudando a quitarse el abrigo, señor.

Alex suspiró y se frotó los ojos con una mano.

—No hace falta que me desnudes como si fuera un bebé, Stobbins. Soy bastante competente en ese ámbito.

Stobbins se retorció las manos.

—Entonces, ¿qué hago, señor?

Alex pensó por un momento.

—Puedes llevarte la ropa sucia. —Stobbins volvió a estirar el brazo y Alex dio un paso atrás, aclarando—: *Después de* que me la haya quitado yo mismo.

—Por supuesto, señor. —El ayuda de cámara casi puso morritos.

¿Qué le pasaba a la gente de este país tan loco? ¡Parecía que todos vivían para servir a los demás! Exasperado, Alex se quitó el abrigo y se lo entregó a Stobbins.

—Toma. Esto te alegrará.

El rostro del ayuda de cámara se iluminó al coger la prenda.

—¡Gracias, señor!

Alex se tiró del pañuelo del cuello.

—¿Sabes? Me vendría bien un baño. ¿Eso entra dentro de las obligaciones de un ayuda de cámara?

—Por supuesto, capitán. Lo pediré inmediatamente. —Con un brío en el paso, Stobbins se alejó apresuradamente.

Alex comenzó a quitarse la ropa a toda prisa, no fuera que el hombre volviera para intentar desvestirlo de nuevo.

La única persona que deseaba que lo hiciera era Caroline.

La idea le alegró y empezó a silbar mientras se preparaba para el baño.



—¡Estoy tan cansada! —declaró Alis al entrar en el vestíbulo de Wessex—. ¡No puedo creer que hayamos comprado tanto!

—Solo lo estrictamente necesario, —respondió Caroline con aire despreocupado, contagiada del entusiasmo de la joven.

Un ejército de lacayos entró en la casa detrás de ellas, cargados con cajas de todo tipo. Y algunas de esas cajas eran para *ella*, pensó Caroline con emoción. Por fin tendría ropa adecuada para asistir a los eventos de Londres.

Por supuesto, Gabriel también estaría allí, ya que seguía siendo el niño mimado de la *alta sociedad*, pero ella se negaba a dejar que él le arruinara la emoción. Su plan *tenía que* funcionar. *Iba a* encontrar otro marido y, una vez que el duque saliera deudor de Mike, ya no se vería amenazada por la indigencia.

Solo tenía que encontrar la manera de mantener a Alex a raya.

Como la fila de lacayos no daba señales de disminuir, le dijo a Alis:

—Vamos al salón verde y pidámosle al cocinero que nos traiga algo delicioso para acompañar el té.

—Me vendría muy bien —asintió Alis.

—Stephens —llamó Caroline, atrayendo la atención del mayordomo—. Alis y yo queremos tomar el té en el salón verde, por favor. ¿Podría encargarse usted?

—Muy bien, señora Crawford —asintió Stephens.

—Me encanta cómo lo haces —comentó Alis mientras se quitaban los sombreros y los guantes camino del salón—. Siempre suenas tan elegante, incluso cuando das órdenes a los sirvientes.

—Una dama nunca levanta la voz —replicó Caroline, acomodándose en un sofá verde salvia. Sus pies doloridos se lo agradecieron.

—Yo sí —admitió Alis con un suspiro—. Le grito a Alex todo el tiempo.

Caroline sonrió.

—Bueno, tu hermano es muy testarudo y probablemente necesita que le griten. Al ser capitán de barco, parece incapaz de resistirse a dar órdenes.

—Ojalá no se fuera tan a menudo —murmuró Alis con nostalgia —. Ya no necesita viajar tanto.

—Es capitán de un barco, Alis. Eso suele implicar ir al mar —le recordó Caroline con delicadeza—. Sé que lo echas de menos cuando no está.

—Pero es dueño de toda la empresa naviera, de los seis barcos. ¿Por qué no se queda en Boston y dirige la empresa desde allí? —se quejó Alis.

—¿Tu hermano es dueño de toda la empresa naviera? —repitió Caroline, sorprendida—. Creía que solo era capitán de un barco.

—¡Oh, no! —rió Alis—. Eso lo hacía cuando yo era pequeña, pero ahora ha creado toda una empresa.

—No tenía ni idea. Así que Alex Chilton era un hombre de negocios agresivo. No era precisamente la ocupación más adecuada para el heredero del duque, pero ella sabía por experiencia propia que las circunstancias desesperadas hacían que una persona hiciera cosas que nunca haría en otras circunstancia.

Un ruido fuera de la puerta llamó su atención.

—Oh, bien. El té está aquí.

La puerta se abrió, pero en lugar de un sirviente con una bandeja cubierta, allí estaba Alex.

Caroline se quedó boquiabierta.

Tras un momento de silencio sorprendido, Alis chilló:

—¡Alex, estás maravilloso!

Caroline estaba asombrada. Llevaba un abrigo impecablemente entallado de un verde cazador que resaltaba sus anchos hombros y su gran estatura. Su cabello oscuro estaba recogido en una pulcra coleta. Su chaleco tenía un sutil estampado de rayas doradas y verdes, y una corbata blanca como la nieve, perfectamente anudada, completaba el conjunto. La visión de sus musculosos muslos, claramente delineados por el tejido ceñido de sus pantalones de color beige, le cortó la respiración. Sus botas negras brillaban, resaltando sus largas piernas.

Tenía todo el aspecto de un elegante caballero inglés.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué os parece? Todo el mundo me dice que necesito un traje decente para ir a Londres.

—¡Estás perfecto! —exclamó Alis—. ¿A que sí, Caroline?

Caroline se obligó a hablar.

—Vaya, capitán, está usted muy elegante.

—Stobbins lo ha pasado mal para ponerme este traje. —Miró a Caroline con aire desafiante—. ¿Diría usted que ahora avergonzaría a mi hermana, señora Crawford?

Caroline negó lentamente con la cabeza.

—No, claro que no, capitán. Cualquier dama estaría orgullosa de tenerle como marido.

—¿De verdad?

Él esbozó una sonrisa de pirata y Caroline levantó la barbilla.

—Por supuesto, capitán —dijo con firmeza. Lo último que necesitaba aquel hombre era saber lo atractivo que le encontraba con ropa inglesa.

—¡Podrás acompañarnos a todas partes! —exclamó Alis.

Se oyó un estruendo detrás de él y Alex se hizo a un lado cuando Stephens llegó con la bandeja del té.

—Será mejor que vuelva arriba antes de que Stobbins se desmaye. No confía en mí ni cinco minutos fuera de su vista. No sé qué cree que voy a hacer con esta ropa —bromeó, dirigiéndole una

sonrisa a Alis—. Guárdame un poco de esas tartas, gatita. Volveré enseguida.

Alis soltó una risita y se acomodó en el sofá mientras Alex abandonaba la habitación. Stephens comenzó a colocar en la bandeja las tartaletas de bayas que había traído de la cocina, pero Caroline apenas reparó en ello. Su mirada permanecía fija en la puerta por donde Alex había desaparecido.

Ese era el heredero del duque de Wessex.

Capítulo 9

Londres.

Caroline respiró hondo cuando el carruaje se acercó al baile de Lady Renfrew. Esta era la verdadera prueba. Alis iba a ser presentada ante la sociedad londinense y esperaba que su tutela hubiera sido suficiente.

—¿Por qué diablos tardan tanto? —preguntó Alex desde el asiento frente a ella. Estaba absolutamente deslumbrante con su traje de noche negro, pero su impaciencia prácticamente brillaba a su alrededor.

—Hay un desfile de carruajes delante de nosotros, muchacho —dijo Lady Agatha—. El baile de Lady Renfrew siempre es un auténtico apretujón, ya que es el primer evento de moda de la temporada.

—A mí me parece una pérdida de tiempo.

—Oh, Alex —dijo Alis con un suspiro—. ¿No puedes comportarte, por favor? Alex frunció el ceño y miró por la ventana, pero permaneció en silencio.

Como si no fuera suficiente con que el futuro de Caroline dependiera del éxito de Alis esa noche, ahora tenía que preocuparse por Alex. ¡Esperaba que no ofendiera mortalmente a alguien esa noche con sus modales directos americanos!

Y aunque él aún no lo había mencionado, ella era muy consciente de que su trato había terminado cuando el carruaje había llegado a Huntly House esa tarde.

—Norbert seguramente estará allí —anunció Lady Agatha—. El querido muchacho sabe lo unidas que estamos Aurelia y yo, así que se asegura de asistir a su baile todos los años.

—¿Norbert? —preguntó Alex.

—Mi nieto, el conde de Norbert. Creo que es tu primo segundo —explicó Lady Agatha—. Solo es uno o dos años mayor que tú.

—Un buen chico —intervino el duque—. Un buen acompañante para mostrarte la ciudad, presentarte en los clubes y demás.

—Estoy deseando conocerlo —dijo Alex a Lady Agatha, ignorando el comentario del duque.

—Ya hemos llegado —dijo Caroline cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de los Renfrew.

—Allá vamos —susurró Alis cuando un lacayo abrió la puerta—. ¡Mi primer baile!

Alex extendió la mano y tocó la de Alis.

—Lo harás muy bien, gatita.

Alis le dedicó una sonrisa radiante y bajó del carruaje. Alex miró a Caroline y el corazón de esta dio un vuelco. Sus ojos aún conservaban algo de la dulzura que solía reservar para Alis y, por un instante, ella sintió como si pudiera ver hasta lo más profundo de su alma.

Rompió el contacto, incómoda por los sentimientos que le provocaba su cercanía. No podía permitirse entrar en los juegos coquetos de Alex, necesitaba mantener la cabeza despejada y la mente despierta.

Caroline sonrió y asintió con la cabeza mientras avanzaban por la fila para saludar a los anfitriones. Una vez hecho esto, reunió todo el control que poseía al entrar en el salón de baile. Había llegado el

momento. Ahora tenía que concentrarse en Alis, no en el taciturno estadounidense que se cernía detrás de ella.

—Oh, Dios mío, —susurró Alis con reverencia, mirando a su alrededor las elaboradas decoraciones.

Lady Renfrew había elegido seguir una temática griega para la velada.

—Es todo muy grandioso, —coincidió Caroline.

—Bueno, me parece que toda la sociedad se ha reunido para esta tontería, —dijo el duque—. Veo al viejo Pemberly por allí. Si me disculpan, damas, iré a hablar con él.

—Por supuesto, Su Excelencia, —respondió Caroline.

El duque sonrió a Alis y le tocó la mano.

—No temas, querida. Estás preciosa y conquistarás a la sociedad. Solo escucha lo que te diga la señora Crawford.

—Sí, abuelo —respondió Alis.

El duque miró a Alex.

—Y tú, joven. Espero que también aproveches los consejos de la señora Crawford.

—No tengo intención de avergonzar a mi hermana esta noche, si es eso lo que te preocupa.

—Más te vale —advirtió el duque. Luego se marchó a visitar a su compinche.

—¡Zoquete! —exclmó Lady Agatha, golpeando a Alex en el brazo con su abanico plegado—. No te burles así de tu abuelo. Le molesta mucho.

—Creo que esa era precisamente la intención —replicó Caroline.

—¿Está insinuando que yo molestaría deliberadamente a mi abuelo, señora Crawford? —La cara de Alex era la viva imagen de la inocencia—. Eso no sería propio de un caballero.

Caroline le lanzó una mirada cínica.

—Exacto, capitán. —Las apariencias, por favor —reprendió Lady Agatha.

—Me comportaré si la señora Crawford lo hace —dijo Alex con una sonrisa pícara.

Caroline le dirigió una mirada fría.

—Al menos yo sé cómo comportarme en compañía educada, capitán. Sea tan amable de intentar no arruinarle la experiencia a su hermana.

Sin darse cuenta, los dos habían dado un paso hacia el otro hasta que quedaron prácticamente nariz con nariz, un hecho del que ella se dio cuenta cuando Alis se interpuso entre ellos.

—¿Queréis callaros, por favor? Es como escuchar a dos niños pelearse.

—Exactamente —asintió Lady Agatha—. Cuiden sus modales, Norbert viene hacia aquí.

Algernon Strathwaite, el conde de Norbert, era un hombre alto y delgado, con cabello castaño claro y ojos verdes. Él también tenía la nariz prominente de los Huntly y unas cejas oscuras y marcadas que parecían en desacuerdo con el aire de cordialidad que lo rodeaba. Sus labios carnosos se separaron en una sonrisa sincera mientras se inclinaba sobre la mano de Lady Agatha.

—¡Buenas noches, abuela! Veo que el tío abuelo Thaddeus no ha borrado la sonrisa de tus ojos.

—¡Qué tontería! —respondió Lady Agatha—. Alis, querida, este es mi nieto, Algernon Strathwaite, el conde de Norbert. Algie, esta

es tu prima segunda, la señorita Huntly-Chilton.

Norbert dedicó una sonrisa encantadora a Alis y llevó su mano a los labios.

—Encantado, prima. Veo que tendré que ser diligente en mis deberes con una pariente tan encantadora y ahuyentar a los pretendientes sin escrúpulos que intenten conquistar tu corazón.

—Deja de parlotear, muchacho tonto, y saluda a la señora Crawford antes de que piense que eres un completo zoquete.

—Ah, sí, la señora Crawford —respondió Norbert con una reverencia. Levantó su mano hasta los labios—. Siempre es un placer.

—Y este es el hermano de Lady Alyson, lord Falcox. Thaddeus y yo esperábamos que presentaras al chico, ya que acaba de llegar de Estados Unidos.

—Falcox, encantado de conocerte —saludó Norbert, estrechando con firmeza la mano de Alex.

—Alex, por favor —replicó él con cordialidad.

—¡Tonterías! —protestó Norbert alegremente—. En Londres, uno se llama por su título. Por lo tanto, tú eres Falcox y yo soy

Norbert. ¿Juegas a las cartas?

Alex mostró los dientes en una sonrisa apenas tolerante.

—Un poco.

—¡Excelente! ¿Qué te parece si visitamos las salas de juego después de cumplir con nuestro deber con las damas?

Esta vez la sonrisa de Alex fue sincera.

—Me parece bien.

—Bien. Ahora, prima —dijo Norbert, ofreciendo el brazo a Alis —, ¿me concedes este baile?

Alis sonrió y asintió, y se marchó del brazo de él. Lady Agatha suspiró de satisfacción.

—Alis está a salvo en manos de Norbert, así que ahora vosotros dos también podéis bailar.

Caroline se sobresaltó.

—Ah... no es necesario, señora.

—¡Tonterías! Falcox, muchacho, seguro que no tienes ningún inconveniente en invitar a la señora Crawford a bailar una danza campestre, ¿verdad?

Los ojos azules de Alex brillaron.

—Ninguno en absoluto.

—Me quedaré aquí esperando a Alis, —insistió Caroline, con el pulso acelerado—. No hay necesidad de que Su Señoría se preocupe por mí.

—Pero insisto, —dijo Alex, tomando la mano reacia de Caroline y colocándola en su brazo—. Después de todo, se supone que debe enseñarme todo lo que necesito saber mientras estoy aquí en Londres. ¿Cómo va a juzgar si mi baile necesita mejorar si no baila conmigo?

—Tienes razón, —asintió Lady Agatha—. Váyase ya, Sra. Crawford. Voy a presentar mis respetos a Lady Bowen, al otro lado de la sala, y a ver si consigo una invitación para el baile de presentación de su hija esta semana.

Atrapada, Caroline no tuvo otra opción.

Gracias al cielo que no es un vals, pensó mientras tomaban sus lugares. En un baile campestre ni siquiera se tocarían, excepto por las manos. Podría superar esto.

La música comenzó y ella se movió y giró de memoria, recordando al instante sus lecciones de baile de la infancia, a pesar

de que hacía mucho tiempo que no practicaba los pasos. Finalmente se relajó.

Entonces cometió el error de mirar a los ojos de Alex. Él la observaba como si quisiera devorarla, como si en cualquier momento fuera a agarrarla y llevarla a algún lugar apartado. Emocionada por que le dirigiera una mirada así, se obligó a fruncir el ceño en señal de desaprobación.

Él siguió mirándola de todos modos.

Su siguiente error fue no darse cuenta de cómo la simple presión de su mano alrededor de la de ella la afectaría mientras la guiaba por los movimientos del baile. De alguna manera, ese contacto fugaz era más excitante, más tentador, que si la hubiera tomado en sus brazos y se la hubiera llevado.

Quizás era el atractivo de lo prohibido. Como nieto de un duque y marqués, Alex estaba muy por encima de ella. Aun así, deseaba atreverse a ceder a sus sentimientos.

El baile llegó a su fin y, cuando la música se desvaneció, Alex se inclinó ante ella y llevó su mano a sus labios.

—Todo está en juego —murmuró. Cuando Caroline retiró la mano, él sonrió.

Caroline se dio la vuelta y abandonó la pista de baile, pero podía sentir a Alex pisándole los talones. Norbert se acercó con Alis del brazo. Las mejillas de la joven estaban sonrosadas por el baile.

—Señora Crawford —declaró Norbert—, me atrevo a decir que mi joven prima estará en breve rodeada de pretendientes, ya que baila como un ángel y tiene un rostro a juego.

Como si le hubieran oído, varios jóvenes comenzaron a abrirse paso entre la multitud, con los ojos fijos en Alis. Caroline esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción. Alis estaba en camino de convertirse en un gran éxito.

Entre los dos, Norbert y Caroline se encargaron de presentar a Alis a sus numerosos pretendientes, y Alex ayudó a mantener a raya a los jóvenes con solo una mirada. Alis aceptó bailar con el hijo de un marqués, y Caroline sonrió con indulgencia al ver a la joven ocupar felizmente su lugar para la siguiente ronda.

—Qué fastidio —dijo Norbert, mirando al otro lado de la sala—. La abuela se ha vuelto a quedar dormida. Voy a despertarla y luego tú y yo nos iremos a la sala de juego, ¿eh, Falcox?

—Te esperaré aquí —respondió Alex—. Me gustaría hablar con la señora Crawford.

—Excelente. —Con una sonrisa afable, Norbert se dirigió hacia su abuela, que dormitaba.

—No es necesario que se quede conmigo, milord —dijo Caroline sin mirar a Alex—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—Quizá quería volver a bailar con usted.

—Eso no se hace. Tenga cuidado de no bailar más de una vez con *ninguna* dama, capitán, no sea que se encuentre comprometido por la mañana.

—Debe estar bromeando.

Ella se volvió hacia él.

—No lo estoy. Si baila una vez con una dama, se toma nota. Si baila dos veces con la misma dama, se empiezan a hacer especulaciones. Si baila tres veces con la misma dama, su padre esperará que le haga la corte en el plazo de una semana.

Él hizo una reverencia.

—Gracias por instruirme, señora Crawford. Sabiendo eso, me encargaré de permanecer en la sala de juego con Norbert hasta que usted esté lista para marcharse.

—¡Oh, es usted imposible! —dijo ella, dándole la espalda.

Él se inclinó hacia ella hasta que su aliento le rozó la oreja.

—Me voy, Caroline, pero recuerde... ahora estamos en Londres.

—Soy consciente de dónde estamos —siseó ella—. ¡Probablemente más que usted!

Él se rió entre dientes.

—Esta noche volveremos a casa, a la misma casa. Y sé exactamente dónde está su dormitorio.

—Por favor, váyase —dijo ella entre dientes.

—Como desee —dijo él, con tono burlón. Se dio la vuelta para marcharse, pero una joven chocó contra él, empujándolo contra Caroline.

—¡Lo siento mucho! —exclamó la chica. Lo miró con los ojos entrecerrados—. Por favor, perdóneme, señor. No lo había visto.

—Charlotte, ¿eres tú? —preguntó Caroline.

La chica entrecerró los ojos para mirar a Caroline.

—Oh, buenas tardes, señora Crawford. Qué alegría verla en la ciudad.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —Sutilmente, Caroline dio un golpecito en el antebrazo de Alex, y él soltó las manos con las que aún sujetaba a la joven por los codos.

—Mi madre me ha pedido que le traiga ponche, —respondió Charlotte, apartando tímidamente la mirada de Alex. Era atractiva, dentro de lo normal, aunque su madre insistía en peinarle su cabello castaño en gruesos rizos que solo resaltaban su rostro redondo.

Llevaba un vestido blanco, como correspondía a una joven, aunque, por desgracia, el estilo resaltaba la redondez de su figura.

—Tendré que saludarla —dijo Caroline con una sonrisa—. Mientras tanto, ¿puedo presentarte a Su Señoría? Señorita Charlotte Benton, este es lord Falcox.

Charlotte se sonrojó y se hincó en una reverencia temblorosa.

—Lo siento mucho por mi torpeza, milord —tartamudeó—. Es que... mi madre no me deja llevar las gafas en estos eventos y... ¡Oh, supongo que no debería haber dicho tal cosa!

—Tonterías, señorita Benton —dijo Alex antes de que Caroline pudiera responder—. Yo he sido torpe al cruzarme en su camino. Espero que me perdone y me permita invitarla a bailar.

Charlotte no era la única que miraba a Alex con la boca abierta. Caroline se recuperó rápidamente, a diferencia de la pobre Charlotte, que se sonrojó y tartamudeó mientras acompañaba a Alex a la pista de baile.

Caroline los observó alejarse, con el corazón derritiéndose en su pecho. Podía ver que Alex se esforzaba por cautivar a Charlotte, cuya madre sin duda se pondría eufórica en cuanto se enterara de que su hija había bailado con el nieto del duque de Wessex. Alex pasó por alto amablemente un paso en falso de Charlotte y le sonrió como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

Su amabilidad con la tímida joven traspasó las defensas de Caroline. Su corazón pareció encogerse al ver a Alex reírse de algo que Charlotte había dicho. Dios mío, ¿qué iba a hacer? Cada vez le resultaba más imposible resistirse a él.

—Buenas noches, Caroline —dijo una voz a sus espaldas.

Se puso rígida. Conocía esa voz tan bien como la suya propia, y su sonido le provocó un nudo en el estómago. Lentamente, se volvió para mirar al hombre rubio que sonreía detrás de ella.

—Buenas noches, Gabriel.

Gabriel Crawford, vizconde de Arndale, mantuvo una expresión agradable, sin duda para que cualquiera que mirara en su dirección pensara que el vizconde trataba a su cuñada con afecto cortés. Solo Caroline estaba lo suficientemente cerca como para ver la luz codiciosa en sus pálidos ojos azules mientras recorría con la mirada el cuerpo de ella.

—Estás muy guapa, querida cuñada —ronroneó Gabriel—. De hecho, estás para comerte.

—¿Qué quieres, Gabriel? —preguntó ella, ignorando sus insinuaciones sexuales.

Él se mostró herido y se llevó una mano al corazón. Vestido con un traje de noche completamente negro que resaltaba su atractivo rubio, con un antiguo título y una considerable fortuna a sus espaldas, era el marido perfecto con el que soñaba toda joven.

Pero Caroline solo veía al hombre que la había atormentado durante once largos años.

—Solo venir a presentarte mis respetos, querida —dijo Gabriel —. Después de todo, hace semanas que no te veo.

—Y han sido muy tranquilas —replicó ella—. Te conozco demasiado bien como para creer que te has acercado a mí

simplemente por deber. ¿Qué es lo que realmente quieres, Gabriel?

—Sabes lo que quiero —murmuró él, lo suficientemente bajo como para que solo ella lo oyera—. Quiero lo que he querido durante los últimos once años. A ti, querida Caroline, en mi cama.

La repugnancia la invadió, pero los años de experiencia le permitieron no dejar que se le notara en el rostro.

—Mi respuesta es la misma de siempre. No.

—Vamos, Caroline, sabes que eso no es lo que quiero oír. Él le tomó la mano con fuerza y la colocó sobre su brazo. Para cualquier otra persona, el gesto sin duda parecía fraternal. Solo Caroline sintió la caricia de sus dedos a lo largo de su brazo desnudo mientras él comenzaba a guiarla por el borde de la pista de baile.

Ella caminaba porque no tenía otra opción, pero mantenía los ojos fijos en Alis.

—No puedo alejarme mucho. Estoy aquí con el duque de Wessex, y le prometí a Lady Agatha que cuidaría de su nieta.

Gabriel sonrió a un conocido y murmuró:

—¿Así que crees que has encontrado refugio con el duque? No puedes quedarte allí para siempre, querida. En algún momento

tendrás que enfrentarte a mí.

—Conseguiré el dinero para pagar las deudas de Mik, e— susurró Caroline con frialdad—. *Nunca* compartiré tu lecho, Gabriel. Acéptalo ya y déjame en paz.

—No puedo, —respondió él, saludando con la cabeza a otro conocido—. He soñado con tenerte desde que nos interrumpieron hace tantos años, Caroline. Vi el fuego que hay en ti y quiero que sea mío.

Ella no pudo reprimir un estremecimiento al oír sus palabras. *Nunca*.

—Sabes que no tienes elección —susurró Gabriel—. Es solo cuestión de tiempo que alguien descubra tus dificultades económicas. Ya están hablando de que no tienes hijos.

—Tú empezaste ese rumor —respondió ella con rabia apenas contenida—. Sabes muy bien por qué Mike y yo no tuvimos hijos.

—Cierto —dijo él con una risita—. Un hombre tiene que visitar el lecho de su esposa para concebir un hijo, cosa que Mike no hizo. Sin embargo, lo único que ve la sociedad es a una mujer que lleva diez años casada y no ha tenido descendencia.

El color le subió a las mejillas. Mike no había visitado su lecho después del primer año de matrimonio por mutuo acuerdo. ¿Por qué, oh, por qué Mike le había confiado un secreto tan íntimo a su hermano?

—Déjame en paz, Gabriel —siseó Caroline—. No dejaré que ganes.

Él se rió entre dientes.

—Te tendré, Caroline, de una forma u otra. ¿Quién va a detenerme?

Ella abrió la boca para responder, pero otra voz se unió a la conversación.

—Disculpe, señora Crawford, pero Alis la busca.

Caroline y Gabriel se volvieron y vieron a Alex detrás de ellos, grande e intimidante con su traje negro de noche. Algo ardía en sus ojos azules, una luz posesiva que le secó la boca a Caroline.

—¿Quién eres tú? —preguntó Gabriel con altivez. Caroline casi se rió al darse cuenta de que Gabriel tenía que levantar la vista para mirar a Alex, incluso cuando se mostraba condescendiente con él.

—Soy Falcox —respondió Alex lacónicamente—. Y la señora Crawford es necesaria en otro lugar.

—¿Falcox? —repitió Gabriel, sorprendido.

—Falcox —confirmó Alex. Le ofreció el brazo a Caroline—. Si es tan amable, señora Crawford.

Caroline aceptó encantada.

—Gracias, milord. Gabriel, que pases una buena noche.

Por un instante, el rostro de Gabriel se contorsionó con frustración. Luego, el querido de la *alta sociedad* volvió a aparecer, con una agradable sonrisa en los labios, pero sus ojos prometían venganza.

Mientras Alex se la llevaba, Caroline resistió el impulso de reír de alegría por haber frustrado finalmente a Gabriel, aunque fuera de una manera tan insignificante.

Capítulo 10

Alex controló su ira con dificultad. Caroline había comenzado claramente su búsqueda de un marido, y saberlo lo enfurecía. ¿Por qué buscaba a todos los hombres menos a él?

Alejó a Caroline del rubio inglés impecablemente vestido que la observaba con ojos hambrientos y la condujo hacia las puertas de la terraza, que estaban abiertas para que la brisa de la tarde refrescara el salón de baile, que estaba muy caluroso. Supo en el momento en que ella se dio cuenta de su intención. Ella se plantó con los talones en el suelo en un intento por detener su avance, pero él le dio un buen tirón del brazo que la obligó a alcanzarlo.

—No voy a salir ahí contigo —siseó ella.

Él se detuvo y la miró con ira.

—Tengo cosas que decirte y probablemente prefieras que te las diga en privado. Aunque no tengo ningún problema en expresar mi opinión delante de todo el mundo.

Ella abrió mucho los ojos ante su tono brusco y luego miró a su alrededor, a los entrometidos que los rodeaban. Asintiendo ligeramente, dejó que él la llevara a la terraza.

Una vez que se alejaron de la multitud, ella se soltó de él y se apartó.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —preguntó fríamente, frotándose el brazo donde él la había agarrado—. Alis me estará buscando.

—¿Quién era ese? —exigió él.

—¿Quién era quién?

Él apretó los dientes ante su tono inocente.

—El hombre con el que estabas hablando.

—Ah, él. —Su despreocupada respuesta no lo engañó ni por un instante, sobre todo porque ella no podía mirarlo a los ojos—. Era lord Arndale.

—¿Y quién es él para ti? —Garret se acercó a ella, obligándola a retroceder hasta que tocó la barandilla de piedra—. Dime la verdad, Caroline.

Ella lo miró fijamente.

—Estás siendo ridículo.

Sabía que no debía enfadarse solo porque Caroline hubiera estado hablando con otro hombre. Sabía que realmente no tenía ningún derecho sobre ella.

Pero algo dentro de él se había roto cuando la vio caminando del brazo de aquel inglés rubio perfecto. No le gustaba en absoluto la mirada codiciosa del otro hombre. Algo primitivo dentro de él le había empujado a separarla del rebaño de pretendientes ostentosos que llenaban el salón de baile para recordarle que la deseaba y que tenía intención de poseerla. Y ningún inglés pálido se iba a interponer en su camino.

Se acercó a ella hasta que sus pechos casi se tocaron. Ella lo observaba con esos grandes ojos oscuros, con expresión escandalizada. Sus pechos subían y bajaban rápidamente por encima del escote de su vestido color rosa, haciendo que las perlas que llevaba se movieran de una manera muy interesante.

—Capitán, tenga la amabilidad de mantener la distancia —dijo ella, levantando una mano para empujarlo contra su pecho.

Él no se movió.

—No has respondido a mi pregunta, Caroline. ¿Quién es para ti lord Arndale?

—Es el hermano de mi difunto marido —dijo ella con impaciencia—. ¿Ya estás satisfecho?

—Ni por un instante. —Se negó a moverse, aunque ella empujó contra su pecho—. Aún no he empezado a estar satisfecho contigo.

Ella suspiró exasperada.

—¿Ya estamos con eso otra vez, capitán? ¿No te dejé claro la primera vez que *no* me interesa compartir tu cama?

—Y yo creía haberte dejado claro que solo era cuestión de tiempo —respondió él—. A menos, claro está, que tengas pensado llevarte a tu precioso vizconde a la cama, en cuyo caso tendría que reclamar mis derechos.

Ella jadeó.

—¡Eres un bárbaro!

—Solo soy un hombre —dijo él, acariciándole la mandíbula con el pulgar—. Un hombre que te desea con locura, Caroline. Y he sido muy paciente estos últimos días.

Ella intentó apartarse de él, pero con la espalda apoyada contra la barandilla de piedra, no pudo escapar.

—Capitán, por favor —susurró—. Tengo que volver con tu hermana.

—En un momento. Primero tengo que hacer algo.

Antes de que ella pudiera protestar, él la besó, tomándole la boca con una intensidad destinada a borrar de su mente todo recuerdo del inglés. Cuñado o no, este lord Arndale sentía por Caroline algo más que un interés fraternal.

Alex tenía la intención de ser el único hombre en la vida de Caroline, al menos hasta que se marchara a América.

Caroline gimió suavemente mientras Alex la besaba y luchó contra el abrumador deseo de apretarse contra su fuerte cuerpo y olvidarse de todo lo demás. ¿Cómo podía este hombre romper tan fácilmente sus defensas, incluso cuando estaba furiosa con él?

Su palma encontró su pecho a través de la fina seda de su vestido y ella gimió cuando su cuerpo se sonrojó con el calor. Alis,

Gabriel y todos sus problemas se desvanecieron cuando el poder del tacto de Alex se apoderó de su mente y su alma.

Cuando ella se sintió débil y se aferró a él, él rompió el beso, pero permaneció donde estaba, manteniéndola contra la barandilla de la terraza. Su respiración era entrecortada y ella podía sentir claramente su excitación a través de las capas de ropa que los separaban.

¿Qué clase de mujer era ella para emocionarse al saber que su reacción era por *ella*, que no había sido suficientemente mujer para mantener a su propio marido en la cama? ¿Cómo había podido olvidar años de educación para convertirse en una mujerzuela que se derretía al más mínimo contacto de un hombre?

El contacto del hombre *equivocado*.

Después de todo, si no había sido lo suficientemente buena para el hijo de un conde, desde luego no lo sería para el nieto de un duque.

Pero, oh, cómo la tentaba llevarse a Alex a la cama y experimentar la pasión en toda su intensidad por primera vez.

Él siguió abrazándola, con su aliento rozándole las sienes, y ella quiso cerrar los ojos y aislarse del mundo. En ese momento, tenía

todo lo que siempre había deseado.

La risita de una mujer la devolvió a la realidad. Al darse cuenta de cómo se vería si alguien la viera en los brazos de Alex, empujó su pecho con ambas manos y esta vez logró que diera un paso atrás.

—No nos pueden ver así, milord. Y debo volver con Alis.

—No me llames así —la reprendió Alex con suavidad, acariciándole la mejilla con los dedos—. Sabes que lo detesto. Llámame Alex.

Ella se apartó y se agachó por debajo de su brazo.

—Te llamaste Falcox cuando hablaste con Gabriel. Creía que habías aceptado tu título.

Su voz se tensó.

—Solo utilicé mi título porque sabía que intimidaría a ese canalla... Gabriel, ¿verdad?

El momento de cercanía se había esfumado y ambos retrocedieron a sus rincones como un par de boxeadores.

—Sí —respondió ella.

—Es curioso que puedas llamarlo por su nombre de pila, pero no puedas llamarme por el mío.

Ella no se dejó engañar por su tono seductor.

—Créeme, capitán, —replicó—, no quieres saber cómo llamo yo a ese hombre.

Su repentina inmovilidad le indicó que la había sorprendido. Bien. Alex Chilton tenía que aprender que no sabía tanto como pensaba.

—Supongo que no le tiene mucho cariño a su cuñado.

—Lo detesto —dijo con vehemencia—. No quiero tener nada que ver con él, pero era el hermano de Mike y no puedo alejarlo sin dañar mi propia reputación.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Alex—. ¿Alguna vez le ha hecho daño?

Por un momento, Caroline se sintió tentada de contárselo todo a Alex: cómo Gabriel la había estado persiguiendo durante años, su negativa a hacer lo honorable y pagar las deudas de su hermano, los rumores maliciosos que había difundido sobre su esterilidad para asegurarse de que nunca pudiera conseguir otro marido y liberarse de él. Pero por su actitud agresiva y el brillo de batalla en sus ojos, no estaba segura de lo que haría. Arrastrar a Gabriel fuera del salón de baile y darle una paliza hasta dejarlo irreconocible, tal vez.

Darías las perlas de tu madre por presenciar semejante espectáculo, pero sin duda no beneficiaría en nada la reputación de Alis.

—Nunca me ha hecho daño físico, capitán, —le aseguró ella—. Gabriel es un hombre que ejerce su poder de otras maneras. Llevo años lidiando con él.

—Si vuelve a molestarte, ven a buscarme, —ordenó Alex con tono muy serio.

Una pelea en el baile de Lady Renfrew sería de muy mal gusto, sin duda.

—Tranquilo, capitán, no hay necesidad de que interfiera.

—Prométamelo, —insistió él.

Ella suspiró.

—Muy bien, lo prometo.

Pasó un largo momento de silencio entre ellos, y la tensión creció lentamente, ayudada por el tranquilo chirrido de los insectos y la música que se filtraba desde el salón de baile. Alex la observaba con ojos que no ocultaban nada, y ella no pudo reprimir un escalofrío ante el deseo descarnado de su rostro.

Cómo deseaba que las cosas fueran diferentes y poder caer en sus brazos sin miedo. Sintió el impulso repentino de quedarse a solas con él y mostrarle toda la pasión que había estado acumulando durante los últimos diez años.

Nunca volvería a mirar a otra mujer cuando ella hubiera terminado con él, pensó, humedeciéndose los labios secos.

Debió de ver algo en su rostro, porque dejó escapar un gruñido de deseo y dio un paso hacia ella. En ese momento, Norbert apareció en la puerta con Alis del brazo.

—Ah, aquí estás, Falcox —dijo con su afable sonrisa—. Y usted también, señora Crawford. Falcox y yo nos vamos al salón de juego, si quiere hacerse cargo de mi encantadora prima.

—¿Habéis vuelto a pelearos? —preguntó Alis, mirando con recelo a Alex y a Caroline.

—¿Te extraña? —respondió Caroline con un encogimiento de hombros desdeñoso. De algún modo, obligó a sus débiles piernas a alejarse de Alex y acercarse a Alis—. ¿Has estado bailando, Alis? ¿Te apetece un ponche?

—Ya me he tomado tres vasos de ponche, —respondió Alis—. Si un caballero más me trae un vaso de ponche, no puedo predecir

mi reacción.

Caroline no pudo evitar reírse de la exasperación en el tono de la joven mientras volvían al salón de baile.

—Siempre puedes negarte, ya lo sabes.

—¿Puedo? —Alis se volvió y lanzó una mirada acusadora a Norbert—. Dijiste que tenía que aceptar todos los vasos de ponche o, de lo contrario, ofendería a alguien y Alex tendría que batirse en duelo.

Caroline se quedó boquiabierta.

—¡Milord, no lo habrás hecho! Norbert se echó a reír. —Solo era una broma —explicó—. Alis, no hagas caso a tu primo.

La joven entrecerró los ojos mirando a Norbert.

—No te preocupes, no lo haré.

Él se llevó una mano al corazón.

—Prima, te ruego que me perdones.

—Ni en mis más absurdos delirios, —replicó Alis con falta de delicadeza—. Ya sé que no debo creer en esa sonrisa encantadora tuya, *Algie*.

El joven lord estalló en carcajadas. Caroline sacudió la cabeza y se encontró con la mirada divertida de Alex. La alegría desapareció de su rostro y fue sustituida por algo más ardiente e infinitamente más peligroso.

Deseo.

De repente, el calor del salón de baile se volvió sofocante. ¿O era la intención en los ojos de Alex lo que le impedía respirar? Su cabeza daba vueltas con la necesidad que sentía, y por primera vez, Caroline se preguntó por qué luchaba con tanta fuerza.

¿Por qué no iba a aprovechar la felicidad que se le ofrecía y descubrir qué era la pasión antes de comprometerse en otro matrimonio sin amor? Mientras fueran discretos, a nadie le importaría. Mirando esos infinitos ojos azules, no se le ocurrió ni una sola razón por la que debía resistirse más.

—Ahí estás, muchacho —dijo la voz atronadora del duque, rompiendo el momento—. Caroline apartó la mirada de Alex y le dedicó una sonrisa cortés al duque. Entonces, la sonrisa se congeló en su rostro. Junto al duque se encontraba un modelo de perfección.

La joven que lo acompañaba era la encarnación de la debutante inglesa. Desde la punta de su cabello dorado

perfectamente peinado hasta las puntas de sus delicados zapatos, era una inspiración para todas las jóvenes que acababan de salir de la escuela. Cada rizo estaba en su sitio. Sus ojos eran azules, su tez era de un tono rosado y cremoso. Sus dulces rasgos delataban su excelente linaje, desde sus ojos bien separados y sus delicadas cejas hasta su pequeña nariz recta y su boca en forma de arco de Cupido. Por si fuera poco, un pequeño hoyuelo se dibujó en su mejilla cuando sonrió brevemente a Alex.

No era ni demasiado alta ni demasiado baja, y su excelente figura se veía realzada por su vestido blanco puro. Las perlas adornaban su cuello, como correspondía a una joven soltera, realzando el brillo de su hermosa piel y llamando la atención sobre las suaves curvas de su pecho.

Alex se quedó mirándola. Norbert se quedó mirándola. Era como un accidente de carruaje, pensó Caroline con amargura. Los hombres no podían apartar la mirada.

—Lady Eleanor Edgerton, permítame presentarle a mi nieto, lord Falcox.

La perfecta Eleanor, pensó Caroline con un suspiro mientras Alex hacía una reverencia. Ahí estaba la mejor razón para no

involucrarse con Alex.

—Me llamo Alex Chilton —corrigió Alex, sonriendo a la perfecta Eleanor—. No lord Falcox.

—Huntly-Chilton —intervino Alis.

La impecable frente de Lady Eleanor se frunció con confusión.

—¿Perdón, milord?

—Mi nieto tiene un extraño sentido del humor —dijo el duque, mirando a Alex con ira—. Lady Eleanor, permítame presentarle a mi nieta, la señorita Huntly-Chilton.

—Es un placer conocerla —dijo Alis con una sonrisa.

Lady Eleanor inclinó la cabeza con majestuosidad y luego miró a Caroline.

—Buenas noches, señora Crawford. Es un placer volver a verla.

—Encantada de verla, lady Eleanor.

¿Cómo había podido olvidar, ni siquiera por un instante, los planes del duque para lady Eleanor y Alex?

El duque continuó con las presentaciones.

—Y, por supuesto, ya conoce a mi sobrino, lord Norbert.

—Ah, Perfecta Penélope, —dijo Norbert con un ligero desdén que hizo que Caroline lo mirara con asombro—. Estás muy guapa esta noche, pero supongo que eso ya lo sabes.

El duque, tras un momento de total conmoción, se puso furioso. Alex y Alis miraron a Norbert.

Los rasgos de Lady Eleanor se transformaron en una máscara perfecta de fría cortesía.

—Y usted, lord Norbert, siempre tan bufón.

—Mejor bufón que escultura de hielo.

—Ya basta, Norbert, —espetó el duque.

Norbert apartó la mirada de Penélope y miró a su tío con aire siniestro.

—Me voy al salón de juego. ¿Vienes, Falcox?

Antes de que Alex pudiera responder, el duque intervino:

—Mi nieto estaba a punto de bailar con lady Penélope.

—No puedo imaginar por qué le importaría hacer tal cosa —dijo Norbert—. Pero si es así, entonces te veré más tarde, Falcox.

Por un instante, una expresión de auténtico dolor cruzó el rostro de Lady Eleanor. Al principio, Caroline pensó que era la única

que lo había visto. Luego vio la mirada especulativa en el rostro de Alex y se dio cuenta de que él también lo había visto.

—Por supuesto que quiero bailar con Lady Eleanor —dijo Alex con suavidad—. Será un placer.

Penélope le sonrió y aceptó su brazo mientras él la conducía a la pista de baile. Norbert los miró con ira durante un momento, luego dio media vuelta y se alejó con aire desafiante.

—No sé qué le pasa a ese chico—, refunfuñó el duque, observando la retirada de su sobrino nieto

Nunca le había visto rechazar a nadie así, y mucho menos a una dama. Al menos Alex está haciendo lo correcto, aunque me sorprende verlo.

—Norbert ha herido los sentimientos de Lady Penélope —dijo Alis—. Y por mucho que a Alex parezca gustarle contrariarte, abuelo, nunca lo haría a costa de una dama.

El duque gruñó.

—Al menos el chico tiene algún sentido del honor.

—Por supuesto que sí —respondió Alis—. Solo que también tiene muy mal genio. Creo que lo ha heredado de ti.

El duque soltó una carcajada y le dio una palmadita en el brazo a Alis.

—Eres un tesoro, querida. —Volvió a mirar hacia la pista de baile—. Hacen una pareja estupenda, ¿no cree, señora Crawford?

Caroline asintió, tragándose una explosión de emoción que amenazaba con hacerla llorar. Era incapaz de apartar la mirada de Alex y Lady Eleanor, y no era la única. Como pareja, eran espectaculares. El alto y moreno Alex, vestido de negro, era el complemento perfecto para la pequeña y rubia Eleanor con su vestido blanco. Parecían las dos caras de una misma moneda, grande y pequeño, oscuro y claro, masculino y femenino.

¿Cómo había podido pensar, aunque fuera por un minuto, que podría atraer el afecto de Alex durante más que un momento fugaz?

Sin duda Alex la había perseguido solo por el placer de la caza, no porque realmente la quisiera. Todo lo que podría tener con él eran unas pocas noches de pasión, si es que era suficiente para él en ese sentido.

Oh, no tenía ningún problema con los besos y las caricias. Pero cuando llegaba el momento de dejar que un hombre la penetrara, las cosas cambiaban. El placer se convertía en dolor. La ardiente

pasión se transformaba en fría distancia. Era incapaz de disfrutar del acto sexual.

Incapaz de seguir mirando, se dio la vuelta. Ningún hombre podía resistirse a una belleza tan delicada. Parecía que el duque iba a conseguir lo que deseaba.

Capítulo 11

Había sido una velada espléndida, o eso decían todos. Alex estaba sentado en un cómodo sillón de la biblioteca y miraba con el ceño fruncido su copa de brandy. Apenas podía creerlo, pero había disfrutado de parte de la velada. Aunque no tanto como Alis.

No recordaba la última vez que la había visto reír tanto o pasarlo tan bien, y le molestaba que pareciera encantarle Inglaterra. ¿Y si no quería volver a casa con él?

Esa idea había hecho que el brandy le pareciera una idea excelente.

Se había quitado el abrigo y se había aflojado la corbata, que ahora le colgaba alrededor del cuello. También se había desabrochado uno o dos botones de la camisa.

Sin duda, Stobbins sufriría un infarto si lo viera así.

¿Y qué haría Caroline si lo viera así? Probablemente lo acusaría de andar desnudo otra vez. Tomó un sorbo de brandy. Quizás subiría a su habitación y se lo preguntaría.

La idea de entrar en su dormitorio le excitó al instante. La fantasía de lo que haría una vez dentro le excitaba aún más.

A ella le había gustado tanto aquel beso en la terraza que había olvidado dónde estaba y había pensado en arrastrar a Caroline entre los arbustos para tener un rápido y apasionado encuentro. ¿Qué le habría dicho ella? Probablemente algo como:

—Capitán, ¿cómo ha podido?

Él le habría demostrado cómo podía. Todas las veces que pudiera.

Pero, de alguna manera, antes de que volvieran a casa, ella se había enfriado con él. Durante el trayecto de vuelta en carruaje, apenas le había dirigido la palabra. Él había hecho todo lo posible por hacer tantos comentarios desagradables como pudiera, pero Caroline se había mantenido obstinadamente en silencio. Lo único que había conseguido era empezar una pelea con su abuelo, que parecía inusualmente interesado en lo que Alex pensaba de Lady

Eleanor. Pero *él* solo estaba interesado en cuándo podría estar a solas con Caroline.

Ella lo había eludido subiendo con Alis cuando habían llegado a la casa del duque en la ciudad. Pero no podría evitarlo para siempre. Él la buscaría en cuanto terminara su brandy.

Veinte minutos más tarde, justo cuando se bebía la última gota, Caroline entró en la biblioteca.



Caroline había bajado sigilosamente con la idea de buscar un libro en la biblioteca que la ayudara a dormir. La última vez, una copa de jerez medicinal había resultado ser una mala idea; mejor buscar algún tomo aburrido. Tenía que hacer algo, no fuera a ser que pasara toda la noche dando vueltas en la cama, pensando en Alex.

Lo deseaba, pero no podía tenerlo. Tenía que centrarse en su objetivo práctico e ignorar esas emociones perturbadoras que la mantenían despierta por las noches. Alex Chilton se casaría con Lady Penélope o volvería a Estados Unidos. En cualquier caso, él

desaparecería de su vida y ella necesitaba concentrarse en lo que le sucedería después de que él se fuera.

Aun así, no podía evitar admitir que estaba muy tentada de tomar a Alex Chilton como amante, aunque solo fuera por una noche.

Al entrar en la biblioteca, tardó un momento en darse cuenta de que no estaba sola, y para entonces ya era demasiado tarde para retirarse. Se ajustó la bata alrededor del camisón y levantó la barbilla como si estuviera completamente vestida para la batalla.

—Buenas noches, Caroline —dijo Alex, acariciando la copa de brandy vacía que tenía en la mano. Ella se preguntó cuánto habría bebido.

—Capitán —respondió con un rígido movimiento de cabeza—. Si me disculpas, me marcharé en cuanto haya cogido un libro.

Él se levantó de la silla, con aspecto demacrado y depredador en su desaliñada ropa de noche.

—Déjame ayudarte.

—No es necesario —dijo ella, dirigiéndose hacia la estantería más cercana—. Solo buscaba algo aburrido para conciliar el sueño.

—¿Tienes problemas para dormir, Caroline? —Se detuvo a poca distancia de ella, se inclinó por encima y sacó un libro de los estantes—. Veamos. ¿Qué tal los clásicos? Este es Virgilio. —Abrió el libro, pasó algunas páginas y comenzó a leer:

Así, todas las criaturas, y de todo tipo, encuentran los secretos placeres de la dulce cópula...

—¡Dame eso! —exclamó ella, arrebatándole el libro de las manos. Sus mejillas se sonrojaron. ¡Cópula, claro!

—¿No te gustan los clásicos? Veamos qué más podemos encontrar, —dijo Alex, examinando los estantes.

Mientras él no miraba, Caroline echó un vistazo furtivo al resto del poema erótico y luego cerró el libro de golpe, sintiendo cómo el calor le invadía el cuerpo.

—¿Quizás el Bardo? —Sacó un grueso volumen que contenía las obras de William Shakespeare y hojeó las páginas.

—Aquí está:

Sus pechos como globos de marfil rodeados de azul, un par de mundos vírgenes sin conquistar, salvo por su señor...

—Creo que no, capitán. —Le quitó el volumen de las manos y lo devolvió a la estantería—. Puedo elegir mi propio material de lectura, gracias.

—¿Te parece objetable mi gusto?

—¡Me pareces objetable en todos los sentidos, capitán!

—¿De verdad? —Sacó otro libro de la estantería—. Dudo que pueda llamar desagradable a este. —Lo levantó para que ella pudiera verlo.

—¿La Biblia? —Arqueó las cejas—. Me sorprende que sepas de su existencia.

Él pareció realmente herido.

—Por supuesto que sé de su existencia. Toma —dijo, hojeando las páginas—. Esta parte es una de mis favoritas. —Le tendió el libro.

Ella le lanzó una mirada escéptica, pero, en realidad, ¿qué mal podía hacer leer la Santa Biblia? Centró su atención en la página y comenzó a leer:

Me has robado el corazón, hermana mía, esposa mía; me has robado el corazón con uno de tus ojos, con una cadena de tu cuello.

Jadeando por la sorpresa, le lanzó una mirada acusadora.

—¿Has profanado un libro sagrado?

Él se rió.

—No he profanado nada. Esto es del Cantar de los Cantares. —Extendió la mano y le acarició la mejilla con un dedo—. Los antiguos no negaban su deseo, Caroline. Se regocijaban en él.

Ella se apartó de su contacto, pero las emociones que le provocó resonaron en todo su cuerpo.

—Es escandaloso.

—Es la naturaleza humana —la corrigió él. Le quitó el libro de las manos y lo volvió a colocar en la estantería, luego le tomó el rostro entre las palmas:

Has violado mi corazón, citó en voz baja.

—Tonterías —susurró ella.

—Es la verdad —replicó él—. No puedo sacarte de mi mente.

—Eso es solo porque te he rechazado.

—No, Caroline, —Su voz era seria, sus ojos azules intensos—. Es a ti a quien quiero, aunque no sé por qué no me crees.

—Vamos, capitán, —se burló ella, pero su voz temblaba—. Soy una mujer sensata. Los hombres no desean a mujeres como yo. Soy conveniente, eso es todo.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Quién te ha dicho semejante tontería? ¿Qué idiota te ha hecho esto?

—Nadie me ha hecho nada.

—Desde luego, no de la forma correcta —murmuró con el ceño fruncido—. Caroline, eres una mujer hermosa. Cualquier hombre se sentiría privilegiado de hacerte el amor.

¡Cómo deseaba creerle! Pero hacía años que había aprendido la verdad.

—Gracias por tus amables palabras. Ahora voy a coger mi libro y te dejaré en paz.

—*No*. —La agarró por los hombros cuando ella iba a alejarse y la atrajo hacia él—. Al diablo con las palabras amables, mujer. ¿No ves que te deseo?

La sorpresa dio paso a la excitación cuando él la rodeó con sus brazos y la besó con pasión, con la boca abierta. El calor de sus

manos en la espalda parecía quemar la fina tela de su camisón.

—Dios, te deseo, —murmuró él, acariciándole el cuello con la nariz. El mordisco de sus dientes en su garganta la hizo estremecerse. Cerró los ojos y apretó con fuerza los hombros de él, mientras sus emociones se agitaban como un barco en un mar tempestuoso.

¿Se atrevería a robar ese poco de placer para ella sola?

—Dime que me deseas, —Se apartó para mirarla a los ojos—. Dilo, Caroline. Dilo o me detendré ahora mismo.

Ella lo miró fijamente, con los labios entreabiertos. Qué fácil sería simplemente dejar que él la sedujera, dejar que la arrastrara con su pasión. Pero, ¿más fácil para quién? ¿Más fácil para él? ¿O más fácil para ella, para poder absolverse de culpa por la mañana?

La idea de decir esas palabras, de entregarse a él, la aterrorizaba. Pero aún más aterrador era pensar que ese momento podría no volver a repetirse nunca.

—Por favor, —susurró ella.

Él le acarició la cara con las manos.

—Di que tú también lo deseas, Caroline. No quiero que me acuses de aprovecharme por la mañana.

Ella dudó y luego apoyó la palma de la mano sobre la de él, que le acariciaba la mejilla.

—Te deseo, Alex, —susurró.

Él emitió un gruñido y acercó su cara a la de ella para besarla.

En cuanto sus labios tocaron los de ella, se derritió contra él, la increíble corrección de su tacto la hizo sentir hambrienta. Ella le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con todo su ser.

Una noche, se permitiría una noche para explorar lo que había entre ellos.

Sus brazos la rodeaban con fuerza, como si quisiera grabarla en su propio cuerpo. Una mano grande se deslizó hacia abajo, acariciándole el trasero y haciéndola soltar un gritito. Pero cuando su mano grande empezó a masajear su sensible piel, ella dejó escapar un gemido de rendición.

—¿Qué es lo que tienes… —murmuró él, deslizando la boca desde su oreja hasta su cuello y volviendo a subir— …que no importa cuántas veces me rechaces, Caroline, siempre acabo aquí, suplicando que me toques?

—Oh, Dios mío. —Ella dejó caer la cabeza hacia atrás cuando sus dientes encontraron su cuello—. ¿Quieres que te toque?

—Desesperadamente, —Él rodeó su cabeza con su gran mano y la miró profundamente a los ojos—. Tócame, Caroline. Por favor. —La última palabra salió como un gemido mientras él volvía a mordisquearle el cuello.

—¿Dónde? —susurró ella.

—En cualquier parte, —murmuró él.

¿En cualquier parte? Una emoción la recorrió al pensar en tocar a ese magnífico hombre... en cualquier parte. Era totalmente escandaloso. Deliciosamente escandaloso.

Tímidamente, le acarició los hombros, rozando los músculos con las uñas. Él soltó un gemido ahogado y la besó apasionadamente, haciéndole derretirse las rodillas.

—Más —susurró él.

Ella le besó el cuello y se estremeció cuando él cerró los ojos con un profundo suspiro de deseo. Ella acarició con la nariz el vello del pecho que se veía por encima de los botones abiertos y lamió con audacia su firme piel. Él apretó las manos alrededor de su

cintura. Animada, ella deslizó las palmas por su pecho, deleitándose con los duros músculos que se adivinaban bajo la fina camisa.

Él emitió una especie de ronroneo y se estiró bajo su tacto como un gato al que acarician.

Ella le recorrió el pecho con las uñas, rozando el pezón plano y masculino bajo la tela, y él abrió los ojos de golpe. La miró con tal intensidad que ella se sorprendió de no arder en el acto. Lentamente, sin apartar los ojos de ella, desabrochó los cordones de la camisa y luego tomó la mano de ella y la colocó sobre su pecho desnudo, sobre su corazón. Ella lo acarició, enredando los dedos en el vello oscuro y rizado que salpicaba su piel. Él emitió un suave murmullo de aprobación, luego se inclinó y tiró de los lazos de la bata de ella, deslizándola por los hombros y dejándola vestida solo con su fino camisón.

Ella se tragó su protesta instintiva y clavó los dedos en su pecho cuando los dedos de él le rozaron la punta del pecho. Siempre había sido muy sensible en esa zona, y su tacto hizo que su pulso se acelerara y sus pezones se endurecieran en respuesta.

Él la besó de nuevo y ella cerró los ojos, entregándose a sus manos, confiando en él como nunca había confiado en ningún otro

hombre. Él parecía saber exactamente cómo tocarla, primero amasando su piel, luego deslizando el borde de su pulgar sobre el pezón dolorido.

Nunca había sido tan bueno para ella. Quizás por fin experimentaría el placer del que tanto había oído hablar.

Dejó de tocarla y ella abrió los ojos con un gemido de protesta. Él solo le sonrió y le quitó la mano del pecho para besarle la palma. Luego, tomándola de la mano, la llevó al sofá cercano.

Se sentó con las piernas extendidas delante de él y la guió entre sus muslos abiertos. Con las extremidades temblorosas, ella solo podía permanecer de pie ante él como una ofrenda a una deidad mientras él se acercaba y le desataba el lazo del cuello, y luego le quitaba el camisón.

Ella cerró los ojos, incapaz de mirarlo mientras estaba desnuda ante él.

—Dios mío, eres preciosa, —murmuró él, deslizando una mano por el costado de su pecho, a lo largo de su cintura, hasta posarla en su cadera—. Mírame, Caroline.

Ella abrió los ojos y vio que él la observaba con una sonrisa tierna, ese hombre increíblemente atractivo y excitado. ¿Cómo había

llegado a esto? ¿Se atrevía a continuar?

Él debió de ver el miedo en sus ojos, porque le tomó la mano y se la llevó a la boca, besándole la palma. Luego le puso la mano sobre su pecho.

—Ven, siéntate en mi regazo, Caroline.

Se sonrojó hasta los dedos de los pies, estaba segura.

—No puedo. Soy demasiado grande para hacer algo así.

Él se rió entre dientes, luego tiró de ella y se movió hasta que ella se sentó a horcajadas sobre él.

—No pesas nada.

Ella sabía que tenía la cara roja como un tomate. ¿Cómo había sucedido aquello? ¿Cómo había acabado desnuda en el regazo de Alex Chilton, con las piernas abiertas sobre sus muslos y los pechos desnudos entre sus palmas? ¿Qué locura se había apoderado de ella?

Él inclinó la cabeza y tomó su pezón entre los labios, y de repente ella supo qué locura se había apoderado de ella. La misma locura que enviaba el deseo directamente a sus partes femeninas, la misma locura

que la hacía echar la cabeza hacia atrás, arquear la espalda y dejar escapar un gemido de profundo deseo.

Enredó los dedos en su largo cabello, sujetándole la cabeza mientras él succionaba con fuerza su pecho. Sus pensamientos daban vueltas, desvaneciéndose a medida que la excitación se apoderaba de ella. Su aliento siseó entre sus dientes cuando sus fuertes manos se cerraron sobre sus muslos y le amasaron los músculos, y un gemido se le escapó cuando él recorrió con los dedos la parte interior de sus muslos.

Oh, ahí. Oh, sí, ahí! Él la tocó suavemente entre las piernas, acariciando con cuidado los delicados pliegues. Ella se estremeció en sus brazos, aferrándose a su cabeza mientras él cambiaba de pecho y dejaba de chuparlo, y luego dejó escapar un grito de sorpresa cuando sus dedos rozaron un punto increíblemente sensible.

Él emitió un suave murmullo de aprobación y soltó lentamente el pezón de entre sus labios. Mirándola a los ojos, siguió acariciando sus partes femeninas, haciéndola estremecerse mientras dibujaba círculos con los dedos sobre su piel húmeda y sensible. Ella cambió el agarre a sus hombros y se aferró a ellos, clavando las uñas en los firmes músculos.

—Déjate llevar, Caroline —susurró él—. Déjate llevar.

Ella se estremeció, luego cerró los ojos y gimió cuando él deslizó suavemente un dedo dentro de ella. Era tan extraño y, sin embargo, tan familiar ser tocada de esa manera, y su cuerpo parecía saber cómo moverse, ondulando contra su mano con un ritmo básico. Él acarició con el pulgar ese punto especialmente sensible de nuevo, y ella lo miró con la boca abierta, mientras el placer la recorría.

Dios mío, *¿esto era* por lo que tanto se hablaba?

Otra sacudida la estremeció y, mientras él seguía acariciándola, sintió que algo se acumulaba, una profunda ola de placer que comenzaba donde jugaban sus hábiles dedos y se extendía por todo su cuerpo, cada vez más fuerte, haciéndola temblar y estremecerse. Él inclinó la cabeza hacia delante y tomó su pezón entre los dientes, y ella gritó con el estremecedor éxtasis de su primer orgasmo.

En un momento estaba temblando en sus brazos y al siguiente estaban enredados en el sofá, con las manos de él acariciándole la espalda mientras le murmuraba palabras tranquilizadoras al oído.

Ella seguía temblando y, Dios la ayudara, no podía mirarle a la cara. Jadeaba, sudaba y sentía las extremidades tan pesadas que no

quería moverse. Enterró la cara en su cuello, con lágrimas inexplicables picándole en los ojos.

¿Qué le había hecho aquel hombre?

—¿Estás bien? —le preguntó él, apartándole un mechón de pelo que se había escapado de la trenza que solía llevar para dormir.

Ella no podía hablar, solo asintió con la cabeza.

—Bien. —Él se movió debajo de ella, desabrochándose los pantalones—. Porque aún no he terminado contigo.

Ella levantó la cabeza al oírlo, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Él se rió entre dientes y luego extendió suavemente la mano para secarle una lágrima que se había escapado por el rabillo del ojo.

—No pasa nada —le dijo en voz baja—. Podemos parar si quieres.

Sin decir nada, ella negó con la cabeza y luego se movió lentamente hasta quedar sentada a horcajadas sobre él. Él le puso las manos en los pechos y la miró con curiosidad mientras ella metía la mano en sus prendas desabrochadas y le tocaba suavemente el miembro erecto.

Él dio un respingo y entrecerró los ojos mientras ella exploraba tímidamente su carne masculina. Su reacción la complació y se dio cuenta con vértigo de que tenía el poder de reducirlo a un éxtasis embriagador, tal y como él había hecho con ella.

Saberlo le dio valor.

Le bajó los pantalones y la ropa interior hasta las caderas, lo suficiente para que su erección quedara libre. Tomándolo con ambas manos, exploró su dura longitud, maravillándose de la suavidad sedosa de su piel y preguntándose por la pequeña gota de líquido transparente que apareció en la punta.

—Me estás matando —gimió él. Apretó las manos contra los muslos de ella y dejó escapar un silbido entre los dientes mientras la dejaba explorar.

—¿Te gusta? —preguntó ella, asombrada de su propia descaro.

—¿No lo notas? —Sus caderas se levantaron del sofá cuando ella rodeó tentativamente la punta con el dedo.

—Creo que sí, —murmuró ella—. ¿Qué más te gusta?, —Su ardiente mirada azul se clavó en la de ella—. Quiero estar dentro de ti.

El aire salió de sus pulmones y su cuerpo se estremeció con un deseo renovado.

—Sí, por favor.

Él la empujó hacia adelante hasta que la entrada de su cuerpo quedó directamente sobre su miembro turgente.

—Tómame dentro de ti, Caroline, Tómame como tu amante.

Sus palabras audaces resonaron en su interior y, con una respiración profunda, ella se bajó lentamente, permitiendo que él la guiara. La punta roma de él rozó sus pliegues húmedos y, de repente, él estaba dentro de ella, estirando sus paredes internas con su tamaño inusual. Ella cerró los ojos y dejó escapar un grito ahogado cuando sus cuerpos se fusionaron por completo.

Su cuerpo protestó, poco acostumbrado a tal actividad. Él la sujetó con las manos en sus caderas y, poco a poco, ella pudo sentir cómo se adaptaba. ¡Nunca se había sentido así con un hombre dentro de ella!

Aunque no era precisamente cómodo, el dolor que había sentido antes había desaparecido. Aun así, cuanto más tiempo permanecía en esa posición, mejor parecía estar. Podía sentir las pequeñas pulsaciones de adaptación en lo más profundo de su ser, y

se movió un poco para intentar encajar mejor. Él gimió y ella se dio cuenta de que ese movimiento le daba placer.

Vaya, vaya, vaya.

Se movió de nuevo, apretando músculos internos que no sabía que tenía, y fue recompensada con un sonido ahogado de sorpresa y el apretón de sus dedos en sus caderas.

Tenía los ojos cerrados y el sudor le perlaba la frente. Apretó la mandíbula. Se dio cuenta de que estaba tratando de contener sus movimientos naturales hasta que ella estuviera lista para él, y una ola de ternura la invadió.

—Alex —susurró. Él abrió los ojos, revelando un calor ardiente que la emocionó. Ella extendió la mano para acariciarle la cara.

—Ayúdame. No sé qué hacer.

Sus fosas nasales se dilataron al oír sus palabras y entrecerró los ojos, pero luego tomó la mano que le acariciaba la mejilla y le dio un suave beso en la palma. Colocó la mano de ella sobre su pecho. Luego, sujetándole las caderas, le mostró cómo moverse.

Empezó con un ritmo suave y ella apoyó las manos en su torso, perdida en la increíble sensación de hacer el amor con ese hombre. Ella le acarició el pecho, enredando los dedos en el pelo oscuro y

rizado, rozando sus pezones planos y masculinos. Él se irguió al sentir eso, llenándola hasta el límite, y ella dio un grito de sorpresa seguido de una oleada de deseo. Empezó a experimentar, recorriendo con las manos el cuerpo de él, descubriendo los lugares que le hacían jadear entre dientes y empujar con más fuerza dentro de ella. Cada embestida enérgica la excitaba más y más.

Cuando ella se inclinó hacia delante y le lamió juguetonamente uno de los pezones, él perdió todo el control. Con un gruñido feroz, la atrajo hacia sí para darle un beso apasionado y con la boca abierta. Su otra mano le agarró el trasero, y su grito de sorpresa fue ahogado por la boca de él. La penetraba cada vez más fuerte, con la lengua siguiendo el movimiento y entrelazándose con la de ella.

Un gemido agudo se elevó en la parte posterior de su garganta mientras su cabeza daba vueltas y su clímax se elevaba, golpeándola con una fuerza que la hizo gemir, bajo, fuerte y profundo.

Él la siguió un momento después, empujando hacia arriba dentro de su cuerpo tembloroso, su gemido ronco perdido en su beso.

Minutos más tarde, o tal vez horas, levantó la cabeza de donde la había hundido en su cuello. Besándola suavemente, le susurró:

—Quédate conmigo esta noche.

Solo una noche, pensó ella.

—Está bien.

Luego dejó que él la llevara una vez más por el camino de los placeres sensuales.

Capítulo 12

Qué excelente comienzo para una aventura.

Alex sonrió al recordar la noche anterior. Después de que él y Caroline se hubieran dado cuenta de que la puerta de la biblioteca estaba abierta, se habían escabullido a su habitación para continuar en un entorno más privado. Cuando se despertó temprano esa mañana, ella se había ido, como él esperaba. Si la hubieran descubierto en su cama, su reputación se habría arruinado. Aun así, echaba de menos sentirla entre sus brazos.

Dada la noche que habían pasado, las damas habían dormido hasta pasado el mediodía, luego se habían vestido y habían salido a hacer sus visitas sociales. Alex había esperado el momento oportuno, pero ahora era la hora del té y por fin vería a Caroline.

Quería mirarla a los ojos y compartir con ella una sonrisa secreta sobre la noche que habían pasado juntos.

Se preguntaba de qué tono de rosa se pondría.

Riendo entre dientes, bajó al salón. A pesar de su reticencia inicial, Caroline se había entregado a los placeres carnales con una sensualidad natural que la había sorprendido más a ella que a él. Sus respuestas eran tan inocentes que sospechaba que nunca antes había disfrutado del amor. Era evidente que su marido no había tenido la habilidad necesaria para sacar ese lado de ella.

A diferencia de él, pensó con una sonrisa de satisfacción.

Llegó al salón y allí estaba ella, guapísima con un vestido verde pálido y el pelo peinado con unos rizos que le sentaban muy bien

Alis estaba con ella, entreteniendo alegremente al duque con relatos de sus visitas sociales. El anciano sonrió con indulgencia y dio un sorbo a su té.

—Ah, aquí estás, Falcox —exclamó lady Agatha—. Hemos empezado sin ti, y si no queda ninguna de las tartas de bayas de la cocinera, solo podrás culparte a ti mismo.

—Tienes razón, tía Agatha, pero espero que me hayas guardado un poco. —Sonrió a Caroline, pero ella no le miró. ¿Se

había vuelto tímida ahora, a la luz del día?

—Oh, Alex, quedan muchas —dijo Alis con una risita—. Ven a tomar el té y te contaré todo lo que hemos hecho hoy. Caroline y yo hemos conseguido invitaciones para el baile de debut de Alexandra Bowen. ¡Es la invitación más codiciada de la temporada!

—Me alegro por ti, gatita. —Se sentó y sonrió a Alis, luego volvió su atención a Caroline—. Y estoy seguro de que la señora Crawford también está muy satisfecha consigo misma hoy.

Caroline finalmente lo miró, pero no hubo ninguna chispa de respuesta en sus ojos oscuros.

—En efecto, capitán, estoy muy satisfecha con los logros del día.

—¿Y qué hay de anoche? —preguntó Alex, buscando algún atisbo de reconocimiento—. ¿No te satisfizo el entretenimiento de la noche?

—El baile de Lady Renfrew fue muy agradable —respondió Caroline con frialdad—. Alis tuvo mucho éxito.

—Un éxito rotundo —añadió Thaddeus.

Alex frunció el ceño a Caroline. ¿Qué le pasaba? No hubo ninguna sonrisa de complicidad, ningún brillo cómplice en sus ojos. Debería haber habido *algo*, pero ella actuaba como si no hubiera pasado la noche en sus brazos.

¿Qué demonios estaba pasando?

Alex se pasó el resto del interminable té mirando pensativo a Caroline. Se dio cuenta de que ella se negaba a mirarlo. ¿Se arrepentía de la noche anterior?

Demonios, ¿iba a poner fin a la aventura?

No permitiría que eso sucediera. Nunca había pasado una noche más satisfactoria en los brazos de una mujer. Le había encantado su tacto vacilante, le había derretido su rubor inocente mientras aprendía a complacerlo. Habían hecho el amor tres veces en total, y cada vez ella se había dejado llevar más y más, hasta que había llorado durante su último orgasmo, antes de caer en un sueño profundo en sus brazos.

Nunca había tenido una mujer tan apasionada que llorara en sus brazos. Si Caroline estaba descubriendo ese lado de sí misma, él quería estar allí para descubrir cada nueva faceta. Estaba seguro de que sería un viaje fascinante.

Echó un vistazo a su expresión seria y esperó a que terminara el té. El duque se excusó y las damas lo siguieron. Alex se quedó atrás y puso una mano en el brazo de Caroline justo antes de que ella siguiera a Lady Agatha y Alis fuera de la sala.

—Quiero hablar contigo, Caroline.

Ella se giró para mirarlo y dio un paso atrás para que ya no se tocaran.

—Tu hermana...

—Mi hermana puede prescindir de ti unos momentos.

—Caroline, ¿vienes? —preguntó Alis asomando la cabeza en la sala.

—Quiero hacerle algunas preguntas a la señora Crawford sobre el baile de esta noche —le dijo Alex a Alis—. No quiero avergonzarte, gatita.

—Está bien, te veo arriba, Caroline.

Caroline asintió y, mostrando unos hoyuelos, Alis los dejó solos.

—¿Qué quieres, capitán? —preguntó Caroline, con expresión fría y educada.

Él le tocó suavemente la mejilla y ella se apartó. Él frunció el ceño.

—¿Te hice daño anoche? —preguntó—. ¿Por eso no me miras hoy?

—En absoluto, capitán. —Ella apartó la mirada.

La tomó por los hombros, sujetándola cuando ella intentó zafarse.

—Háblame, Caroline. Anoche fue una de las mejores experiencias de mi vida y me gustaría que siguiera así.

—Entonces lamento decepcionarte, capitán. Lo de anoche ya pasó y no volverá a repetirse.

Alex la miró fijamente. ¿Dónde estaba la mujer apasionada que se había llevado a la cama la noche anterior? Había pensado que ella se había encariñado con él. ¡Diablos, prácticamente se había derretido en sus brazos!

—¿Cómo que no se repetirá? —exigió él—. Creía que éramos amantes.

—¿Quieres bajar la voz? —Alejó la mirada hacia la puerta abierta, sonrojada—. *Fuimos* amantes, solo por una noche. Ahora

ambos debemos seguir con nuestras vidas.

—¿De qué demonios estás hablando? —La atrajo hacia sí y le dio un beso en los labios antes de que ella lo apartara—. ¡Maldita sea, Caroline!

Caroline dio un paso atrás y ocultó sus manos temblorosas cruzando los brazos sobre el pecho. ¿Por qué se lo estaba poniendo tan difícil? ¿No sabía lo mucho que le costaba mirarlo y resistirse a tocarlo y besarlo?

—Alex, no lo hagas más difícil de lo que es —suplicó ella en voz baja.

—¿Qué no lo haga más difícil? Empezamos una aventura y ahora dices que se ha acabado. ¿Por qué?

—No fue una aventura —dijo ella—. Solo fue una noche, un regalo que me hice a mí misma porque te deseaba. Pero no podemos seguir así. No hay futuro para nosotros.

—Claro que hay futuro. ¿Qué hay de todas las noches que nos quedan antes de que me vaya?

—No, Alex. No puedo buscar marido si paso las noches en tu cama.

—¿Por qué te obsesiona tanto lo del marido? ¿No podemos simplemente disfrutar el uno del otro ahora y tú puedes buscar marido después de que me vaya?

—¡Una aventura podría arruinar mis posibilidades de casarme! Oh, ¿por qué no puedes ser razonable?

—¿Por qué no puedes tú? —replicó él—. Maldita sea, mujer, no recuerdo una noche más erótica en toda mi vida, ¡y no tengo intención de renunciar a ello!

—Acostúmbrate a la decepción, —espetó ella, perdiendo finalmente los estribos—. Tú y yo somos de mundos diferentes, capitán. Mi vida está aquí, en un país que odias. La única opción honorable para una dama de buena cuna es el matrimonio. Ya has dicho que no te interesa tener una esposa. —Cruzó los brazos e inclinó la cabeza, entrecerrando los ojos para mirarlo—. Por supuesto, si has cambiado de opinión, entonces quizá tengamos algo que discutir.

—No, no he cambiado de opinión —replicó él—. No deseo tener una esposa que me ate.

—Y yo no deseo un amante ocasional —replicó ella—. Quiero seguridad y compañía, y eso significa matrimonio.

—Te refieres a seguridad económica.

Ella asintió con un movimiento brusco de la cabeza.

—Exactamente.

—No creía que fueras tan mercenaria como otras mujeres, Caroline —dijo con una leve mueca de desprecio—. Debería haberlo sabido.

—No tengo otra opción, Alex. O me caso o me muero de hambre.

—¿Y qué hay de trabajar? —exigió él—. ¿Acaso nadie en este maldito país ha oído hablar de trabajar un día a cambio de un salario diario?

Ella levantó la barbilla con orgullo.

—Ningún Granville se ha dedicado nunca al comercio, capitán. No espero que comprendas el deber hacia el apellido, ya que tú eres incapaz de aceptar tus propias responsabilidades con tu título. Pero haré todo lo que esté en mi mano para no dañar la reputación de mi familia.

—Así que, en lugar de ganarte la vida como cualquier ser humano decente, te casarías con algún hombre desprevenido y te

aprovecharías de su dinero.

Ella palideció.

—Esa es una forma grosera y simplista de verlo. Yo diría que él gana a alguien que se ocupe de su casa y le dé un heredero.

—¿Y qué hay de la pasión, Caroline? —Sus dedos se tensaron sobre los hombros de ella—. ¿Dónde encaja la pasión en tu bonito y ordenado plan?

—Quizá no obtenga pasión —dijo ella, apartándose de él—. Pero la pasión suele desaparecer, mientras que una buena y sólida compañía puede durar para siempre. No busco un matrimonio por amor, capitán.

—Quizá deberías.

Ella se rió con amargura.

—Aprendí la lección hace años, capitán. No soy una chica ingenua que se enamora de palabras bonitas y de una cara guapa. Una mujer en mi posición tiene que ser práctica.

—Hay cosas que no son prácticas, Caroline. —La atrajo hacia él y le dio un beso largo y apasionado. Cuando la soltó, el cuerpo de ella rugió en señal de protesta—. Esto no ha terminado, ni mucho

menos, —la advirtió—. Aún no he tenido suficiente, Caroline Crawford.

Mientras él salía furioso de la habitación, ella se llevó una mano temblorosa a los labios, reconociendo una verdad que no quería afrontar.

Ella tampoco había tenido suficiente de él todavía.



La cena con baile de Lady Westlake era el entretenimiento de la noche, aunque Alex encontraba muy pocos motivos para divertirse. Aparte del evidente deleite de su hermana con sus numerosos compañeros de baile, pasó la velada reflexionando sobre el difícil enigma que era Caroline.

Debería olvidarse de ella y seguir adelante. En una ciudad como Londres, seguro que había un montón de viudas hambrientas o actrices seductoras con las que entretenerse. Mujeres que aceptaban el sexo por lo que era y no insistían en ponerle el precio de su libertad.

Pero ninguna de ellas sería Caroline.

¡Maldita sea! ¿Qué tenía la irritable señora Crawford que le atraía tanto?

Quizá antes de haber probado sus encantos, habría sido capaz de alejarse. Normalmente podía hacerlo, incluso después de seducir a una mujer y llevarla a la cama. Pero había algo en Caroline que le hacía quedarse. En sus brazos, se había convertido de una dama inglesa correcta en una mujer seductora con un apetito voraz por los juegos de cama. La transformación le fascinaba, sobre todo porque hoy había vuelto a ser la tan correcta señora Crawford.

Si la tenía a solas, ¿cuánto tiempo tardaría en convertirla de nuevo en aquella criatura lujuriosa?

Mientras la observaba, reflexionó sobre la idea.



Caroline podía sentir la mirada de Alex sobre ella e intentó prestar atención a lo que decía Lady Agatha. Sin embargo, se distraía cada vez más. Finalmente, le lanzó una mirada de fastidio, pero él se

limitó a esbozar una lenta y ardiente sonrisa que provocó una oleada de deseo en su cuerpo.

Le dio la espalda.

Él le puso la mano en el brazo.

—Señora Crawford, ¿me concede este baile?

—No, capitán, no puede —respondió ella sin volverse.

—Vamos, señora Crawford —instó lady Agatha—. Vaya y baile con el muchacho. Yo cuidaré de Alis.

—¡Buenas noches a todos! —saludó Norbert al unirse al grupo —. Abuela, está usted preciosa esta noche.

—Joven granuja —replicó Lady Agatha con una sonrisa afectuosa—. Me sorprende que no estés en la sala de juego.

—Allí voy —anunció Norbert—. En cuanto recoja a Falcox, que está aquí.

—Sí, milord, ¿por qué no va a la sala de juego? —sugirió Caroline con una dulce sonrisa a Alex.

—Después de bailar —respondió Alex con tranquila determinación.

Antes de que Caroline pudiera negarse, se unió al grupo una mujer gigantesca de cabello gris, con un turbante amarillo oscuro y un vestido de noche igualmente amarillo. Lady Eleanor acompañaba a la formidable viuda.

—¡Agatha, querida! —trinó la anciana—. ¡Qué alegría verte!

—Sophia, estás estupenda —respondió Lady Agatha, devolviéndole un cariñoso abrazo—. Permíteme que te presente a mi sobrino nieto, lord Falcox. Y, por supuesto, ya conoces a mi nieto Norbert. Queridos míos, ella es la condesa de Farvendale, la abuela de Lady Eleanor.

Norbert se inclinó inmediatamente sobre la mano de la condesa.

—Encantado, milady —murmuró con voz suave y arrastrada. Lanzó una mirada menos amable a Penélope—. Lady Penélope, tan encantadora como siempre.

—Milord —respondió ella con un gesto frío de la cabeza.

—Sophia, vamos a charlar un rato —propuso Lady Agatha—. Los jóvenes pueden bailar mientras nosotras hablamos.

—Excelente idea, Agatha —aprobó la condesa—. Bueno, muchachos, ¿quién de ustedes va a bailar con mi Penélope?

Lady Penélope miró a Alex.

Alex le sonrió.

—Me temo que ya le he pedido este baile a la señora Crawford, Lady Penélope. ¿Me concede el siguiente?

Penélope asintió y le dedicó a Alex una tímida sonrisa. Caroline abrió la boca para protestar, pero Lady Agatha se volvió hacia Norbert.

—Bueno, muchacho, ¿a qué esperas?

Norbert parecía haber tragado algo particularmente desagradable.

—Ah... Lady Penélope, ¿me concede este baile?

Lady Eleanor no parecía especialmente emocionada con la idea, pero le tendió la mano a Norbert con elegancia para que la condujera a la pista.

Lady Agatha hizo un gesto a Alex y Caroline para que se marcharan.

—Vayan ustedes, señora Crawford. Ya sabe lo mucho que le gusta bailar el vals.

—Pero Alis...

—No te preocupes por ella, —la tranquilizó Lady Agatha—. Me quedaré aquí sentada con Sophia y la cuidaremos. Ve a disfrutar, querida.

Alex hizo una reverencia a las damas.

—Es usted muy amable, tía.

Caroline no pudo hacer otra cosa que dejar que Alex la invitara a bailar un vals.

Tomaron sus lugares en la pista de baile, con la mano de él ligeramente sobre la cintura de ella y la de ella sobre el hombro de él. Él le tomó la otra mano y, al entrelazar sus dedos con los de ella, Caroline recordó la noche anterior, cuando él había estado dentro de ella y le había inmovilizado las manos a ambos lados de la cabeza y entrelazado sus dedos exactamente de la misma manera que la había llevado a un clímax estremecedor. Ella le lanzó una mirada y pudo ver que él también lo recordaba.

La música comenzó y empezaron a moverse. Como antes, siguieron los pasos al unísono, deslizándose por la pista con un ritmo suave que le resultaba demasiado familiar.

Los duros músculos de su hombro se tensaron bajo su palma mientras él la guiaba por la pista, y su aroma la envolvió,

transportándola a la noche anterior con dolorosa claridad. Instintivamente, le acarició el hombro con la mano y luego se agarró al tejido de su abrigo para contenerse.

Pero, oh, los recuerdos eran irresistibles. ¿Había sido solo anoche cuando él la había abrazado con tanta ternura? ¿Había sido solo anoche cuando ella había descubierto el poder de una mujer y lo embriagador que era acariciar a un hombre y saber que le estaba complaciendo? ¿Era solo anoche cuando ella había hecho que este hombre se estremeciera bajo su tacto?

Parecía que había pasado una eternidad. Parecía que había pasado solo un momento.

Donde se entrelazaban sus dedos, sus palmas parecían arder. Él fijó su mirada en la de ella y le acarició suavemente el pulgar con el suyo. Incapaz de escapar, ella solo pudo responder con un temblor. Él la atrajo ligeramente hacia sí, de modo que sus muslos se rozaron. Su mano se flexionó en la cintura de ella.

Un calor familiar estalló y se extendió. Cuando él la hizo girar, ella se aferró a él. Tenía los labios secos y se los humedeció con la lengua. Los ojos de él se oscurecieron. Dios mío, todavía lo deseaba.

Bailar con él era puro tormento y puro placer. Su cuerpo parecía cobrar vida al contacto con él, y recordó cómo se sentía estar a solas con él en la oscuridad, enredada en las frescas sábanas de su cama. Exhaló un tembloroso suspiro. Sus pezones se habían endurecido y la humedad se acumulaba entre sus muslos. Ahora sabía por qué el vals se consideraba escandaloso; un contacto tan íntimo con un hombre despertaba secretos dormidos en el cuerpo de una mujer.

Secretos que Alex ya conocía íntimamente.

Bailaron cerca del borde más alejado de la pista y, antes de que Caroline supiera lo que iba a hacer, Alex la hizo girar y la llevó a través de una pequeña puerta casi oculta por una palmera en una maceta.

Dentro de la pequeña sala de estar, Alex cerró la puerta detrás de ellos y se apoyó contra ella.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Caroline con urgencia—. ¿Estás loco?

—Quizá.

Sus ojos azules ardían mientras fijaba la mirada en ella. La pasión iluminaba sus rasgos y una respuesta resonó en el cuerpo de

ella.

No podían hacer esto. No debían hacerlo.

—Te deseo —dijo él en voz baja.

—No —susurró ella.

—Oh, sí. —Él sonrió, entrecerrando los ojos con intención seria —. Ven aquí, Caroline.

—Alex, abre la puerta. —Ella dio un paso adelante.

—No. —Él seguía mirándola con esa sonrisa perezosa, y un escalofrío la recorrió, seguido de una punzada de puro deseo sensual. Dios, quería tocarlo de nuevo.

—Bésame, Caroline —le ordenó en un tono que le hizo estremecerse—. Un beso y abriré la puerta.

—¿Qué pensará la gente? —preguntó ella, pero dio otro paso hacia él.

—Nadie sabe que estamos aquí —respondió él—. Un beso y podrás volver al baile sintiéndote mucho mejor que ahora.

El calor le inundó el rostro.

—No sabes cómo me siento.

—¿No?

Sí lo sabía. Ella sabía que lo sabía.

—Un beso, Caroline —insistió él en voz baja—. Calmará el hambre.

Ella se sintió tentada. Miró su apetitosa boca masculina y deseó besarlo. Pero no quería detenerse en su boca.

La noche anterior él se había recostado y le había permitido saborear cada centímetro de su piel. El recuerdo la quemaba, encendiendo sus pasiones apenas controladas y despertando su cuerpo con una llamarada de deseo.

—Dios, ayúdame, —murmuró, y dio un paso adelante hacia sus brazos.

Él la recibió a mitad de camino. Sus bocas se unieron y ella enroscó los brazos alrededor de su cuello. Él se apoyó pesadamente contra la puerta, besándola profundamente con los dientes y la lengua, con las manos ahuecadas en su trasero y atrayéndola hacia él.

Ella podía sentir su dura longitud a través del vestido, y su cuerpo estalló en llamas.

Ella enredó sus manos en su cabello y se entregó al beso con todo lo que tenía. Él gimió y la apretó contra él, sus pechos aplastados contra su pecho, sus manos amasando su trasero.

Ella tiró de los botones de su abrigo, hambrienta por sentir su piel. Con un gruñido sordo, él se dio la vuelta, inmovilizándola contra la puerta y continuando el beso con un hambre lujuriosa que ella igualaba con creces. Ella se aferró a su cuello y él le subió el vestido, empujando sus piernas hacia arriba y sobre sus caderas. Sus dedos rozaron sus muslos desnudos mientras la mantenía en su sitio y se frotaba contra ella.

Demasiada ropa, pensó desesperadamente. Lo quería desnudo y dentro de ella, y lo quería *ahora*. Si tenía que esperar un segundo más por él...

El pomo de la puerta se movió.

Ambos se quedaron paralizados y, de repente, la enormidad de lo que estaba haciendo golpeó a Caroline como un rayo. ¿Dónde estaba su sentido común? ¿Dónde estaba su orgullo? ¿Su dignidad?

¿De verdad estaba a punto de hacer el amor con un hombre en medio de un baile, apoyada contra una puerta como la más barata de las prostitutas?

Al parecer, sí.

El pomo volvió a sonar y se oyeron voces al otro lado de la puerta. Luego oyó pasos, como si las personas que intentaban entrar se hubieran alejado.

—Maldita sea —susurró Alex. Ella se retorció—. ¡Déjame bajar!

Lentamente, él dejó que sus piernas se deslizaran hasta que se puso de pie, y ella se alisó furiosamente el vestido, asegurándose de que no tuviera arrugas.

—Aún no hemos terminado —le advirtió él.

Se alisó los rizos, sorprendida de que su cabello estuviera todavía en su sitio.

—Oh, sí, sí que hemos terminado. —Satisfecha con su aspecto, se dio la vuelta y agarró el pomo de la puerta—. Arréglate el pelo.

Él se pasó los dedos por el cabello, tratando de alisar las partes que ella le había despeinado.

—Esto se ha acabado, capitán. —Lo miró fijamente a los ojos —. Esto no puede *volver a* pasar nunca más.

Abrió la puerta y volvió al salón de baile.

Capítulo 13

Por algún milagro, Alex tuvo la presencia de ánimo de esperar unos minutos antes de salir de la habitación tras ella. Durante un instante, Caroline se quedó hecha un hechizo, observando cómo su alta figura se abría paso entre la multitud hacia Lady Eleanor y Norbert.

¿Qué *le pasaba*? ¿No había aprendido la lección cuando Gabriel casi la arruina? Necesitaba mantener su reputación impecable si quería encontrar un marido decente. Alex Chilton y sus besos embriagadores se irían a América o se casarían con Lady Eleanor muy pronto, y ella se quedaría languideciendo sola si no lograba lo que se había propuesto.

Sin embargo, en ese momento, su necesidad más urgente era volver a sus obligaciones. ¡No podía arriesgarse a enfadar al duque también, no cuando todo lo demás ya se estaba desmoronando!

Encontró a Lady Agatha sentada en un sofá en un rincón. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y roncaba suavemente. La condesa de Farvendale no estaba por ninguna parte.

Tampoco Alis.

Caroline se giró para mirar la pista de baile, buscando desesperadamente entre los rostros de los bailarines. Vio a Alex y a la encantadora Penélope, pero el breve pinchazo de dolor al verlos tan perfectos juntos fue aplastado por el pánico. No veía a Alis. ¿Dónde estaba la chica?

—¿Le apetece dar una vuelta? —le preguntó Norbert, acercándose a ella.

Agradecida por la posible ayuda, Caroline le puso una mano en el brazo.

—Tengo que encontrar a Alis —dijo con urgencia—. Quizá pueda ayudar a su abuela.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección al sofá. Norbert suspiró al ver a Lady Agatha.

—¡Otra vez no! Ah, bueno, no se preocupe, señora Crawford. Iré a reanimar a la abuela enseguida.

—Gracias —respondió ella—. Voy a buscar a Alis.

Se alejó apresuradamente, buscando en los rincones extraños y en los salones ocultos que daban al salón de baile. Aunque parecía tranquila ante cualquiera que la observara, mantenía un paso rápido mientras buscaba metódicamente en todos los lugares a los que un joven enamorado podría haberse escapado con una chica tan encantadora como Alis.

Con cada momento que pasaba, su pánico aumentaba. ¿Estaba Alis enferma? ¿O se había dejado llevar por algún pretendiente ansioso?

Esa parecía la hipótesis más probable y, de ser así, el escándalo era inminente. El duque se pondría furioso si la reputación de Alis quedaba arruinada.

Lo siento mucho, Su Excelencia, pensó mientras se dirigía hacia las puertas de la terraza. *Estaba ocupada levantándome las faldas para su nieto, en lugar de proteger a su nieta del escándalo*.

¡Que Dios la ayudara si no encontraba a la niña!

Al salir al aire fresco de la noche, oyó una risita familiar. El alivio la invadió al volverse hacia el sonido.

Alis estaba allí, en la terraza. Con Gabriel.

El alivio se convirtió en alarma cuando Gabriel se encontró con su mirada por encima de la cabeza de Alis y le sonrió con aire de suficiencia. ¿Qué pretendía ese hombre? ¿Qué maldad había perpetrado ahora?

—Alis —la llamó en voz baja.

Alis se dio la vuelta, con los ojos risueños y los hoyuelos brillando.

—¡Hola, Caroline! ¿Conoces a lord Arndale?

Caroline se dio cuenta de que no tenía ni idea del peligro en el que se encontraba. El rostro de la chica estaba iluminado por una alegría inocente, sin duda gracias a los coqueteos practicados por Gabriel.

—Por supuesto que Caroline me conoce —contestó Gabriel, sin apartar la mirada de Caroline—. Estuvo casada con mi querido hermano, que en paz descanse.

Alis se quedó boquiabierta.

—¡No tenía ni idea! Qué coincidencia tan interesante.

—Muy interesante —respondió Caroline con sequedad—. Alis, sabes que no debes quedarte a solas con un caballero.

La joven se sonrojó.

—Lo siento, Caroline, pero hacía mucho calor allí dentro. Lord Arndale tuvo la amabilidad de acompañarme fuera para que pudiera recuperar el aliento.

—Aun así, ya conoces las normas —replicó Caroline, esforzándose por mantener la voz tranquila—. ¿Cómo se sentiría tu abuelo si se enterara de esto? Y Gabriel, tú ya sabes cómo son estas cosas.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Gracias por tu reprimenda, cuñada. Pero me temo que me dejé llevar por la belleza de la señorita Huntly-Chilton y perdí la cabeza por un momento. —Levantó la mano de Alis hasta sus labios y le dio un beso en los nudillos.

Alis se rió y Caroline apretó los dientes. Por encima de la cabeza de Alis, Gabriel le dedicó a Caroline una sonrisa de satisfacción diabólica.

—Por favor, entra, Alis —pidió Caroline—. Yo iré en un momento. Quiero hablar con lord Arndale.

—Oh, está bien. —Alis hizo una reverencia a Gabriel—. Ha sido un placer conocerlo, milord.

—Y un placer conocerla a usted, señorita Huntly-Chilton —respondió Gabriel con una breve reverencia—. Espero que nos volvamos a ver.

—Estoy segura de que así será. —Con la cabeza bien alta, Alis hizo un esfuerzo por salir con dignidad de la terraza, pero la sonrisa que se dibujaba en su rostro estropeó la imagen. Desapareció en el salón de baile y Caroline se volvió hacia Gabriel.

—¿Qué estás tramando, Gabriel? —le espetó.

Él arqueó las cejas.

—¿A qué te refieres, Caroline?

—Aléjate de Alis —le advirtió Caroline—. Ella no es para alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —La miró con desdén—. Tienes mucho valor, querida, al insinuar que no soy lo suficientemente bueno para la nieta del duque. Mi título y mi fortuna son más que suficientes. *Yo* no soy quien ha sido considerado indigno de la nobleza.

Ella ignoró la pullita.

—Sé perfectamente lo que eres, Gabriel, ¡y no permitiré que deshonres a una inocente como Alis!

—¿Deshonrar? Por favor, Caroline. —Chasqueó la lengua—. ¿Y cómo piensas impedirlo? Me parece una joven encantadora. Sería una excelente vizcondesa.

—No tienes intención de casarte con ella —se burló—. Solo estás jugando con sus emociones.

—Querida Caroline, estás tan segura de todo. —Gabriel se sacudió una pelusa imaginaria de la manga de su chaqueta azul española y le dedicó una sonrisa que le heló los huesos—. Tengo que formar una familia tarde o temprano, ya lo sabes. La joven Alyson sería una novia encantadora.

Él se rió entre dientes.

—¿De verdad crees que el duque rechazaría mi oferta? ¿Especialmente ahora que mi querido padre está aquejado por la enfermedad y sin duda estirará la pata en cualquier momento? Eso me convertiría en conde de Witting, más que digno para la nieta del duque de Wessex.

Caroline se sintió invadida por el pánico al darse cuenta de que hablaba en serio. Estaba considerando seriamente un cortejo formal.

Tendría que advertir a la chica. No podía quedarse de brazos cruzados y ver cómo Alis se casaba con una serpiente como Gabriel; ¡él haría miserable la vida de la chica! Le rompería el corazón y le robaría la inocente alegría de sus ojos. Y eso solo sería el principio de todo el daño que le haría.

—No dejaré que eso ocurra —advirtió—. Iré a ver al duque.

Él se recostó contra la barandilla y cruzó los brazos sobre el pecho, la luz de la luna creando un halo alrededor de su rubia cabeza.

—La honorable señora Mike Crawford diciéndole al duque de Wessex lo que tiene que hacer. Cómo me gustaría estar presente en ese pequeño encuentro.

Ella se mantuvo firme y no dejó que la duda se reflejara en su rostro. Como la mayoría de los depredadores, Gabriel olfateaba la debilidad y se aprovechaba de ella.

—Hay muchas otras novias potenciales entre las que elegir.

—Me temo que la querida Alyson me ha robado el corazón —dijo con tono burlón y un destello de mofa en los ojos.

—Es estadounidense —señaló Caroline, sabiendo lo estricto que era él.

—Eso la hace aún más interesante —dijo con una mirada lasciva—. ¡Una estadounidense salvaje! ¡Qué emocionante será mi lecho matrimonial!

Caroline apretó los labios y volvió a intentarlo.

—Su madre era irlandesa.

Él se encogió de hombros.

—Lamentable, pero el patrocinio del duque es suficiente para que pase por alto ese detalle.

Las palabras se quedaron suspendidas en sus labios, pero se las tragó. Era demasiado dama para decir lo que realmente pensaba de él, ni siquiera a Gabriel. En su lugar, le lanzó una mirada despectiva.

Él se rió.

—¿Tan feroz, Caroline? —Se apartó de la barandilla y se acercó a ella con aire arrogante, confiado en su atractivo—. Quizá podamos discutir el asunto en un entorno más... íntimo.

Se detuvo lo suficientemente cerca como para rozarle el brazo con el dedo. Ella se apartó como si la hubiera tocado un insecto, pero no retrocedió. Hacerlo habría sido mostrar debilidad.

—No has cambiado, Gabriel.

—¿De verdad esperabas que lo hiciera? —Le dedicó una sonrisa encantadora que sin duda había hecho suspirar a muchas señoritas de la alta sociedad.

—Uno siempre espera que el mal se redima.

—¿El mal? —Se rió de nuevo—. Me encanta tu ingenio, Caroline. Siempre me ha encantado.

—¿Por eso no me dejas en paz? —lo desafió ella—. Pensaba que después de todos estos años habrías conocido a alguna otra mujer mucho más divertida que yo.

Él entrecerró los ojos como si estuviera apuntando con una pistola. Ella casi podía oír el sonido de un arma al amartillarse cuando él levantó una mano y le acarició la mejilla. —Nadie ocupará jamás tu lugar, Caroline. Yo *te tendré*, no importa cuánto tiempo me hagas esperar.

—¿Por qué? —gritó ella. El miedo le hizo flaquear las piernas y dio un paso atrás—. ¿Por qué yo? Te has negado a pagar las deudas de Mike como debías. Has difundido rumores falsos de que soy estéril para que no pueda encontrar otro marido. Todo esto para

obligarme a acostarme contigo. Llevo diez años rechazándote, Gabriel. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

—Debo tenerte, Caroline —dijo con voz ronca, el rostro demacrado por el deseo—. No descansaré hasta que terminemos lo que empezamos hace tantos años.

Está loco.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Estaba obsesionado con ella. Nunca se rendiría.

Retrocedió otro paso, observándolo como si fuera una serpiente a punto de atacar. La había acosado durante años, siempre allí, en las sombras, como una pesadilla de la que no podía escapar.

Observándola.

Esperando.

Deseándola con ese brillo aterrador en los ojos. ¿Cómo había podido pensar que lo amaba?

—Eres repugnante —espetó.

La ira le desfiguraba el rostro.

—Te tendré en mi cama —juró—. Siempre has sido un reto, Caroline, y no descansaré hasta haber disfrutado entre tus suaves...

blancos... muslos.

Con cada palabra, se acercaba más, y el azul pálido de sus iris casi desaparecía al dilatarse las pupilas. Al mirarle a los ojos, sintió como si estuviera contemplando las ventanas del infierno.

—Nunca —susurró ella. Retrocedió. Un paso. Dos. Él se quedó donde estaba, con una leve sonrisa de cruel diversión en el rostro. Entonces ella le dio lentamente la espalda y regresó al salón de baile con paso digno.

Mantener la cabeza alta le costó todo su control, un control que casi flaqueó cuando su suave risa la siguió.



Alex siguió los pasos del minueto de memoria, con la mente puesta en la mujer que había tenido en sus brazos solo unos minutos antes.

Lady Eleanor parloteaba sobre algo, moviendo sus labios perfectos. Mientras la miraba, deseaba que su boca fuera más grande, que fuera más alta, que su cabello fuera más oscuro y rizado.

Quería ojos marrones, no azules. Y un cuerpo alto y esbelto, no este pequeño y curvilíneo. Quería una mujer que lo mirara con emoción sincera en los ojos, no con esa expresión de admiración cortés.

Quería a Caroline.

Sonrió y asintió con la cabeza mientras Lady Eleanor continuaba con su charla cortés, y buscó a Caroline por el salón de baile.

Sin duda ella lo evitaría durante el resto de la noche. Lo que casi habían hecho la había conmocionado; demonios, incluso a él lo había conmocionado. No había esperado que la pasión se encendiera tan rápido y con tanta intensidad.

Unos momentos más y habría estado dentro de ella.

Aun así, lo único que lamentaba era no haber tenido tiempo de completar el acto. No deseaba nada más que tener a Caroline debajo de él otra vez, sentir su cuerpo palpitando a su alrededor en el clímax mientras ella emitía esos pequeños gemidos en la garganta.

Le gustaban mucho, mucho esos pequeños gemidos.

Continuó bailando, sonrió de nuevo a Lady Penélope y luego echó un vistazo al salón de baile. ¿Dónde *estaba ella*?

Entonces la vio, entrando por la terraza. El alivio que sintió se convirtió rápidamente en preocupación al notar su rostro pálido y sus ojos muy abiertos.

Algo la había alterado.

¿Seguía angustiada por lo que había pasado entre ellos?

Entonces entró alguien más desde la terraza: el hombre rubio con el que Caroline había estado hablando en el baile de la otra noche, su cuñado. Mientras él observaba, el hombre le dedicó una sonrisa desagradable. Caroline levantó la barbilla y se dio la vuelta, con el rostro pálido y una máscara de indiferencia.

Y su cuñado le miró el trasero mientras se alejaba, con ojos hambrientos.

¿Qué demonios estaba pasando entre esos dos?

Alex casi se detuvo en medio de la pista de baile, y al reducir la velocidad, Lady Penélope le pisó los dedos de los pies.

—¡Lo siento mucho, milord! —exclamó ella, con el rostro encendido por la vergüenza.

—Ha sido culpa mía —dijo él, observando cómo Caroline se dirigía hacia Lady Agatha y Norbert, que estaban con Alis.

—No, ha sido culpa mía. Yo... ¡Oh, qué torpe soy!

La música terminó. Lady Eleanor le hizo una reverencia apresurada y se alejó rápidamente de él. Él frunció el ceño al verla. ¿Acaso eran lágrimas las que brillaban en sus ojos?

Malditas mujeres. ¿Quién podía entenderlas?

Se dirigió hacia Caroline, pero antes de que pudiera alcanzarla, ella se alejó rápidamente, dirigiéndose a uno de los pequeños salones. Él dudó. Sabía lo que pasaría si la seguía a esa pequeña habitación aislada. Lo mismo que casi había pasado hacía un rato.

—Síguela—, le instó su cuerpo.

Reprimió su deseo insatisfecho e intentó pensar con la cabeza. ¿De verdad Caroline necesitaba que él se abalanzara sobre ella cuando estaba claramente alterada? Pero él quería consolarla, lo cual le sorprendió. Nunca antes había sentido algo así por nadie que no fuera de su familia. Era evidente que Caroline estaba empezando a importarle. No sabía muy bien qué pensar al respecto.

Mientras estaba allí debatiéndose consigo mismo, vio a Caroline chocar contra un caballero mayor en su carrera hacia la sala de

estar. Ella se detuvo, sonrojada por la vergüenza. Él pudo ver que balbuceaba una disculpa, y luego levantó la vista y su expresión se iluminó.

Conocía a aquel hombre.

El hombre le dijo algo y, de repente, su rostro se descompuso. Se encogió sobre sí misma y su conocido se apresuró a llevarla detrás de una escultura ornamentada para que tuvieran un momento de intimidad. Su corpulento cuerpo la ocultó de la vista de los bailarines.

Alex solo podía mirar. *Nunca había* visto a Caroline derrumbarse. Jamás. De todos los británicos de labios apretados que había conocido, Caroline parecía la que más controlaba sus emociones.

Ahora parecía una mujer que había llegado al límite de su resistencia.

Comenzó a cruzar el salón de baile. Si ese anciano había herido a Caroline, lo pagaría caro.

—Ya está, muchacha —dijo Sir James Whigby, sacando un pañuelo del bolsillo de su sencillo abrigo negro—. Seguro que no es para tanto.

Avergonzada, Caroline no pudo hacer otra cosa que tomar el pañuelo blanco de su mano y secarse los ojos llorosos. Sin duda estaba horrible con la nariz roja y los ojos enrojecidos. Todos sabrían al instante que Caroline Granville Crawford había perdido su famosa compostura.

—Estás muy bien —aseguró Sir James con una sonrisa, como si le leyera el pensamiento—. Nadie sabrá que has estado llorando, créeme.

—Me gustaría creerlo —dijo ella, sorbiéndose la nariz.

—Es la verdad, tan cierto como que estoy aquí. Te saqué de allí rápidamente, si me permites decirlo. Es bueno saber que todavía puedo moverme tan rápido.

Caroline se rió un poco ante su tono autocrítico.

—Oh, Sir James, no es usted tan mayor.

—Tengo más de cincuenta, muchacha, y he visto muchas cosas en mi vida —señaló él con una sonrisa amable—. ¿Te importaría complacer a un viejo amigo y contarme qué ha pasado?

Caroline volvió a sorber por la nariz y luchó contra el impulso de contárselo todo a este hombre que había sido amigo de su padre. Aunque más de una década separaba a los dos hombres, el general Patrick Granville y Sir James Whigby habían sido amigos íntimos. Sir James y su esposa, Portia, habían visitado a los Granville muchas veces mientras Caroline crecía. Tras la muerte de su esposa, Sir James se había retirado al campo durante mucho tiempo. Era la primera vez que ella lo veía en sociedad en al menos seis años.

Era un hombre amable y aún guapo a pesar de los años. Su cabello, que antes era negro azabache, se había vuelto gris, y su piel mostraba los signos del viento y el sol que le había dejado su trabajo como capitán de la Marina de Su Majestad. Pero sus ojos color avellana aún brillaban con su buen humor innato, y su cuerpo seguía siendo delgado, aunque más por la edad que por los músculos.

Habiendo llegado al límite emocional entre Alex y Gabriel, Caroline no necesitó más que la mención de su padre por parte de Sir James para romper el último hilo de su compostura.

—Siento haberme convertido en un cubo de agua —murmuró, tratando de recuperar los restos de su dignidad—. La velada ha sido bastante agotadora.

—¿Estás aquí con tu marido? —preguntó Sir James.

Caroline negó con la cabeza.

—Mike falleció hace más de un año. Estoy... ayudando al duque de Wessex con su nieta. La niña es de Estados Unidos y necesitaba compañía. —La mentira casi la ahogó. Era muy difícil decirle una falsedad a un viejo amigo de la familia, pero nadie podía saber de sus dificultades económicas ni de su acuerdo con el duque.

—Así que has acogido a la niña bajo tu protección —dijo Sir James con un gesto de asentimiento—. Siempre has sido una joven de buen corazón, Caroline.

No, solo desesperada.

—¿Qué le trae por Londres, Sir James? —preguntó ella, tratando de desviar la conversación hacia temas menos peligrosos.

—La soledad —respondió él con una sonrisa burlona—. La vida no ha sido la misma para mí sin mi querida Portia. Pensé que la alegría de Londres podría aliviar mi corazón.

Ella le puso una mano comprensiva en el brazo.

—Oh, Sir James.

—No pasa nada —respondió él, acariciándole la mano—. Tengo a Roger. Está casado, ya sabes, y tienen dos hijos. Ahora soy abuelo.

—Es demasiado joven para ser abuelo —comentó Caroline con una sonrisa.

Él se rió entre dientes.

—Eres buena conmigo, querida. Es un placer ver una cara conocida en esta enorme ciudad. Te lo juro, ya no conozco a nadie. ¿Te parecería demasiado familiar si te pidiera que me dejases visitarte mañana?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella—. Ha sido un querido amigo de la familia desde que tengo memoria. Estaría encantada de recibirle, Sir James.

Él tomó delicadamente su mano entre las suyas.

—Caroline, querida, no te pido que me recibas como amigo de la familia. He decidido volver a casarme. Y ahora que sé que eres viuda, sería un honor para mí que me permitieras visitarte con un propósito que va más allá de la amistad.

Sorprendida, apenas pudo evitar que se le abriera la boca.

—Pero... por supuesto, Sir James. Como he dicho, siempre será bienvenido.

Él se rió.

—Veo que te he sorprendido, aunque la dignidad de los Granville lo ocultaría a cualquiera que no te conociera desde hace tanto tiempo como yo. No te preocupes, querida, no voy a meter prisa. Solo me gustaría tener la oportunidad de cortejarte.

Le llevó la mano a los labios y ella parpadeó sorprendida.

—Por supuesto, Sir James. Aunque debo admitir que me ha sorprendido.

—Mi querida Caroline —murmuró con una sonrisa—. Me he sorprendido a mí mismo. Puedes recibirme mañana en tu salón.

—Muy bien —respondió ella. Él hizo una reverencia y se alejó, y ella se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

¡Dios mío! Tenía un pretendiente.

Capítulo 14

El vestíbulo olía como una maldita funeraria. Alex se detuvo al bajar las escaleras y contempló las docenas de arreglos florales que cubrían todas las superficies planas del vestíbulo. Como un par de abejas, Caroline y Alis iban de un arreglo a otro, leyendo las tarjetas y parloteando sobre quién había enviado cada uno.

Dios mío, ¿todas esas flores eran para Alis? Frunció el ceño al darse cuenta de que su hermana se había vuelto muy popular entre los inútiles dandis londinenses. Cuanto antes la llevara de vuelta a Boston, mejor.

La idea surgió casi por costumbre y, de repente, se preguntó qué estaba esperando.

Alis ya había hecho su aparición en sociedad y, sin embargo, no sentía ninguna necesidad urgente de meterla en el primer barco y llevarla de vuelta a América.

Desde luego, no era porque le gustara Inglaterra, pensó con vehemencia. Nunca había conocido a un grupo de personas más inútiles, ni uno solo de ellos era capaz de trabajar un solo día en su vida. Y tampoco era por amor a su familia, aunque le caía bien Lady Agatha y disfrutaba de la compañía de Norbert.

No, la razón por la que seguía en Inglaterra estaba justo delante de él, vestida con un vestido rosa y luciendo tan dulce y apetecible como algo en el escaparate de una pastelería. Él y la encantadora Caroline tenían un asunto pendiente, y se negaba a marcharse hasta que estuviera concluido a su satisfacción.

—¡Caroline! —chilló Alis. El tono agudo de su voz resonó en el vestíbulo y le hizo estremecerse—. ¡Caroline, mira! ¡Son para ti!—. La falda de su vestido de rayas verdes giró cuando Alis se volvió hacia Caroline con un elegante ramo de flores primaverales en las manos.

—¿Qué? —exclamó Caroline.

¿Qué demonios?, repitió Alex en silencio.

—¡Son para ti! ¡Ni siquiera sabía que tenías un admirador!

—Yo tampoco —respondió Caroline, que, vacilante, tomó el ramo de Alis y buscó la tarjeta—. Dios mío, es de Sir James.

—¡Caroline, qué astuta! ¿Por qué no me dijiste que tenías un pretendiente? —preguntó Alis con una sonrisa.

—Todo sucedió muy rápido —respondió Caroline, cerrando los ojos, hundiendo el rostro entre las flores e inhalando su aroma. Una sonrisa de placer se dibujó en su rostro.

Alex recordó haber visto esa misma expresión en su rostro cuando ella le había acariciado el cabello dos noches antes en su cama.

¡Maldita sea! ¿Es que no entendía que él tenía prioridad sobre ella? Oh, él había escuchado su conversación con ese Sir James la noche anterior. El tipo tenía cincuenta años como mínimo. ¿Qué podía ofrecerle a una joven apasionada como Caroline?

Aparte del matrimonio respetable que ella ansiaba.

—¿Quién es Sir James? —bromeó Alis—. ¡No te he visto bailar con nadie más que con Alex en los eventos a los que hemos asistido!

Caroline se sonrojó.

—Es un viejo amigo de la familia. Lo vi anoche en el baile.

Alis puso cara de decepción.

—Oh, entonces no es un pretendiente.

Caroline dudó y luego carraspeó.

—En realidad, me pidió que le dejara visitarme y dejó muy claro que no era por amistad.

—¡Oh, qué emoción! —Alis abrazó a Caroline con tanta fuerza que casi aplastó las flores—. Parece que ambas recibiremos hoy la visita de caballeros.

—Al parecer, sí —respondió Caroline con una sonrisa cariñosa a la joven. Levantó la vista y vio a Alex en las escaleras, y su sonrisa se desvaneció.

Alis siguió su mirada.

—¡Alex, ahí estás! ¡Mira todas estas flores! Incluso Caroline ha recibido algunas.

Alex esbozó una sonrisa forzada, con la mirada fija en Caroline mientras bajaba las escaleras.

—Dudo que quede un solo ramillete en todo Londres, gatita.

—¡Voy a decirle a Lady Agatha que venga a verlo! —Alis subió corriendo las escaleras, pasando junto a Alex.

Caroline siguió observando cómo Alex se acercaba lentamente a ella. No le había dirigido la palabra desde su encuentro de la noche anterior y esperaba que se hubiera marchado antes de que llegaran las visitas de la tarde.

Antes de que llegara Sir James.

Él se detuvo frente a ella.

—Qué flores tan bonitas —dijo.

—Sí, lo son.

—¿De un admirador?

Ella levantó la barbilla.

—Sí.

—¿De ese hombre con el que te vi anoche, el mayor, con el pelo gris?

—Sí, capitán. —Arqueó las cejas en señal de pregunta—. ¿Hay algo más que quieras saber?

—¿Puedo leer la tarjeta?

—¡No, no puedes! No es asunto tuyo.

Él entrecerró los ojos.

—*Mi* aventura no está saliendo como había planeado. ¡La mujer con la que tengo una aventura está recibiendo flores de otro hombre!

—¿Quieres callarte? —siseó ella—. Sir James es un hombre encantador y un viejo amigo de la familia.

—Y te desea —añadió Alex—. Estuve allí anoche, Caroline. Oí lo que dijo.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Me estabas *espiando*?

—Vi que estabas alterada. —Hizo un gesto con la mano, como buscando las palabras—. Quería ayudarte.

Ella soltó una risa seca.

—Ya habías hecho suficiente, capitán.

—Alex —corrigió él.

—Capitán —insistió ella.

Se miraron fijamente, sin querer ceder.

—Dos minutos más y habría estado dentro de ti —murmuró él —. Dos minutos más y no habrías visto a ningún otro hombre que no fuera yo.

—Dos minutos más y estaría deshonrada —corrigió ella en voz baja.

—Me deseabas, —insistió él.

—Sí, pero hacer *eso* donde estábamos, descuidar mis responsabilidades y abandonar mi dignidad, me habría destruido.

Un lacayo pasó junto a ellos y ambos se callaron hasta que estuvo fuera del alcance del oído. Entonces Alex se inclinó hacia ella.

—Estás exagerando, Caroline. Solo es sexo.

Ella se puso rígida.

—Exactamente, capitán. No es amor, y no merece la pena sacrificar todo lo que tengo por unos momentos de placer.

—No es eso lo que quería decir. —Apretó los puños—. Este Sir James. Es viejo, Caroline. Tú eres una mujer joven y apasionada. No podrá satisfacerte.

—Oh, pero puede, —respondió ella—. Sus intenciones son honorables, capitán. A diferencia de las tuyas, que son los motivos

más viles.

Él le quitó las flores de las manos y las dejó caer sobre una mesa cercana.

—Si no puedes distinguir entre la lujuria casual y la admiración sincera, entonces tienes mucho que aprender, querida.

—¿Y supongo que te ves a ti mismo como mi maestro? —preguntó ella con frialdad.

Tomándola del brazo, bajó la voz.

—¿Terminamos esto en privado, Caroline, o seguimos aquí, donde los sirvientes pueden escuchar cada palabra?

Ella se dio cuenta de que él lo haría. No tenía nada que perder y los sirvientes estaban acostumbrados a sus modales bárbaros. Pero ella también tenía cosas que decirle.

—Muy bien —dijo ella—. Vamos al salón.

Él hizo una reverencia, indicándole con un gesto que ella debía pasar primero. Ella resopló y entró en el salón delante de él.

Él la siguió y cerró la puerta tras de sí.

—Abre esa puerta —exigió ella.

—No. —Él se apoyó contra ella—. Vamos a aclarar esto, Caroline.

—No hay nada que aclarar, Alex —respondió ella—. Tú y yo hemos estado en desacuerdo desde el principio.

—Creía que habíamos llegado a un acuerdo hace dos noches —murmuró él.

Al ver la expresión de su rostro, Caroline casi gimió. Incluso en ese momento, lo deseaba.

—Nunca he ocultado que necesito un marido, capitán, igual que tú nunca has ocultado que te vas de Inglaterra. Eso nos pone en bandos opuestos.

—No tiene por qué ser así.

—Sí, —insistió ella—. ¿Qué pensarías de un hombre que no quisiera nada de Alis salvo una aventura?

Su rostro se ensombreció.

—Mataría al bastardo. Mi hermana vale más que eso.

—¿Y yo no?

Abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo.

—No es lo mismo, —replicó finalmente.

—Pero lo es, —Ella sonrió con tristeza—. Yo valgo más que unas pocas noches de pasión, Alex. Me has enseñado mucho sobre esa parte de mí misma, y te lo agradezco. Pero mi lugar en la sociedad exige que me case, no que me entregue a aventuras amorosas.

—Respeto tu decisión, Alex, como tú debes respetar la mía. ¿Acaso vengo a rogarte que te cases conmigo? No. Como tú has dicho, somos dos adultos y hemos tenido una relación discreta. Pero mis objetivos son diferentes a los tuyos. Tú no puedes darme lo que quiero, así que debo buscarlo en otra parte.

—Yo aún no tengo lo que quiero —dijo él con un gruñido, con aspecto de devorarla allí mismo.

Ella respiró hondo.

—Lo siento, pero te he dado todo lo que podía darte.

Él se acercó a ella.

—No intentes decirme que no me deseas, Caroline. No me gustaría llamarte mentirosa.

—Sí que te deseo. —Se rió de su expresión de sorpresa—. Soy sincera conmigo misma, al menos, Alex. Puede que no *quiera* desearte, pero mi cuerpo no siempre hace lo que yo quiero.

—¿Qué hay de malo en continuar con nuestra aventura? —insistió él—. Podemos ser tan discretos como quieras.

Ella levantó la barbilla.

—Tengo mis razones, Alex. No lo sabes todo sobre mí. Por favor, acepta que debo hacerlo.

—Si Sir James te pide que te cases con él, dirás que sí, ¿verdad?

Ella asintió.

—Probablemente. Le tengo mucho cariño a Sir James y le conozco de toda la vida. Podría encontrar algo mucho peor.

—¿Querías a tu primer marido?

Ella se puso tensa.

—Prefiero no hablar de mi matrimonio con Mike.

Él arqueó las cejas.

—Entiendo que eso significa que no lo amabas.

Ella se acercó a una mesa y jugueteó con las flores de un jarrón chino.

—Nuestro matrimonio fue arreglado por nuestras familias. Esas cosas se hacen todo el tiempo.

—¿Y lord Arndale? —preguntó él en voz baja—. ¿Dónde encaja él?

Ella se volvió hacia él y lo miró con ira.

—Gabriel es el hermano de Mike. Eso es todo lo que es y todo lo que siempre será para mí.

—Qué vehemencia —comentó él—. ¿Estás enamorada de él?

—¿Qué obsesión tienes con quién amo? —exclamó ella—. Es evidente que tú no me amas, Alex. Creo que eres incapaz de ello.

—Por supuesto que soy capaz de ello.

—Por supuesto. —Ella hizo un gesto de desprecio con la mano —. Por eso has pasado toda tu vida huyendo de tus responsabilidades emocionales.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Estoy hablando de ti. —Se puso las manos en las caderas y lo miró fijamente a los ojos—. Al ser una extraña en esta familia, observo muchas cosas que probablemente se te escapan. Tú, señor, tienes miedo de los enredos emocionales.

—¡Y una mierda!

Ella ni siquiera se inmutó ante su lenguaje soez.

—Sé que quieres a tu hermana.

—Por supuesto que la quiero. Haría cualquier cosa por ella. Caroline asintió. —Cualquier cosa menos estar ahí para ella.

Su rostro se tornó tormentoso.

—Siempre he cuidado de ella y de mi madre. *Siempre*.

—Económicamente, sí. Pero has pasado la mayor parte de la vida de Alis en el mar. No tenías por qué hacerlo, Alex. Eres el dueño de la empresa. Podías haberla dirigido desde Boston, pero en lugar de eso, decidiste separarte de tu familia. Los querías, les enviabas dinero. Pero ellos te querían allí con ellos, y tú no pudiste hacerlo.

—Quizá debería haberlo hecho —espetó él—. Pero ahora estoy aquí, ¿no? He venido hasta la maldita Inglaterra y me he *quedado* aquí por Alis.

—Es un paso en la dirección correcta —admitió Caroline—. Pero mientras has estado aquí, has hecho todo lo posible por mantener tu antagonismo hacia tu abuelo.

—Ya sabes lo que hizo —gruñó Alex—. Destruyó a mi familia.

—Intentaba proteger a tu familia —le corrigió Caroline—. Al hacerlo, cometió un gran error, uno que le costó tanto como a ti. ¿Nunca se te ocurrió que él estaba tan dolido como tú cuando murió tu padre? Tu padre era su hijo. ¿Cómo crees que se sintió al saber que sus acciones habían precipitado la muerte de su hijo?

—No creo que ese viejo bastardo tenga corazón.

Ella se rió.

—Lo mismo podría decirse de ti. Los dos tenéis miedo al amor, miedo a volver a sufrir.

—¿Intentas que me enamore, Caroline? —la desafió él.

—Tengo razones prácticas para hacer lo que hago, razones que no tienen nada que ver con lo que siento por ti, Alex. *Tus* razones provienen del miedo.

—No le tengo miedo a nada —se burló él.

—Tienes miedo de perdonar a tu abuelo.

—Debería haber crecido aquí —respondió con fiereza—. Debería haber conocido la vida que conoció mi padre. —Caminó hacia la ventana y miró las calles de Londres—. Él solía hablar de ello. De lo verde que era Inglaterra, de lo mucho que le gustaba

cabalgar por las tierras que habían pertenecido a sus antepasados. Pero mi abuelo me negó la vida que podría haber tenido.

—Ahora te la está ofreciendo.

—Pero también me gusta Estados Unidos, —declaró, volviéndose hacia ella de nuevo—. La gente es diferente allí. Todos son iguales. Lo echo de menos.

—Es tu hogar. Claro que lo echas de menos. Y este es mi hogar. Amo Inglaterra tanto como tú amas Estados Unidos.

—Supongo que sí, —dijo lentamente.

—Y yo quiero a mi familia tanto como tú, —continuó ella—. Aunque todos han muerto, hay una tradición que debe continuar. Soy la última Granville viva. Debo cumplir con mi deber para con el apellido de mi familia y contraer un matrimonio respetable para poder seguir moviéndome en sociedad. *No* involucrarme en una aventura escandalosa que podría dañar mi reputación y deshonrar el apellido de mi familia.

—Nadie tiene por qué saberlo, —repusó él, pero ella pudo percibir la incertidumbre en su voz.

—Yo lo sabría, —respondió ella.

—Maldita sea, Caroline, —exclamó él, pero no había calor en sus palabras—. No puedo sacarte de mi mente. Te quiero en mis brazos, y la idea de que estés con ese tal Sir James me vuelve loco.

—Lo siento, —susurró ella—. Pero tengo mis razones para hacer lo que hago.

—Dímelas, —exigió él.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo por qué darte explicaciones, Alex.

—Entonces, ¿cómo pretendes que lo entienda? —preguntó él con fiereza—. ¿Te has metido en algún lío, Caroline? ¿Tienes *que* casarte?

Ella suspiró y se dirigió hacia la puerta con paso decidido.

—No voy a seguir hablando de esto, Alex.

—¿Y los hijos, Caroline?

Ella se detuvo, con la mano suspendida en el aire, a punto de alcanzar el pomo de la puerta.

—¿Qué?

—¿Y los hijos? —repitió él—. ¿No quieres tener hijos algún día? Sir James parece un poco mayor para ser padre.

Ella se volvió hacia él, con las manos apretadas a los costados.

—¿No lo has oído, capitán? Se rumorea que no puedo tener hijos, así que no tienes por qué preocuparte por esas cosas. —Para su horror, su voz se quebró al pronunciar las últimas palabras.

—¿Ya volvemos al «capitán»? —musitó él con dulzura. Luego la miró fijamente y ella apretó los labios, negándose a mirarlo a los ojos—. ¿Así que no puedes tener hijos?

Ella se encogió de hombros.

—Eso es lo que dicen.

—No es eso lo que te he preguntado. —Se acercó más, pero ella se apartó de él—. Caroline, dime qué pasa. *¿Estás* metida en algún lío?

—No te preocupes por mí, Alex. —Entonces lo miró y le dedicó una sonrisa forzada—. Preocúpate por tus barcos y por tu hermana. Yo puedo cuidar de mí misma.

—¿De verdad? —la desafió él en voz baja.

Dándole la espalda, abrió la puerta de un tirón.

—No tengo otra opción.

Salió de la habitación, pero no consiguió cerrar la puerta antes de que él respondiera.

—Siempre hay otra opción, Caroline.

Capítulo 15

Siempre hay otra opción, Caroline. Esas palabras la persiguieron todo el día. Alex no sabía de qué estaba hablando, pensó con furia mientras la criada le abrochaba su vestido marrón favorito para dar un paseo por el parque con Sir James. Alex no sabía nada de sus problemas, nada de lo difícil que era aferrarse a algo intangible, como la reputación de su familia, frente a algo tan implacable como la sociedad inglesa.

No sabía nada de la obsesiva persecución de Gabriel, nada de los problemas económicos que la atormentaban cada día, nada de su frágil acuerdo con el duque, que era lo único que podía salvarla.

Alex Chilton era un hombre que controlaba su propia vida. Tenía su propio negocio y hacía lo que quería. A diferencia de una mujer, no tenía que venderse en matrimonio solo para sobrevivir. Su propia amargura la sorprendió.

Había sido educada como una dama inglesa y conocía su deber. Entonces, ¿por qué estaba enfadada por lo que debía hacer para sobrevivir? ¿Por qué estaba pensando en lo maravilloso que sería casarse por amor y no por supervivencia?

Sir James era un buen hombre. Era mayor que ella, sí. Veinticinco años mayor, de hecho. Pero era un hombre amable y ella confiaba en él. No parecía molestarle los rumores que Gabriel había

, y sabía que era un hombre acomodado. Por algún milagro, había regresado a Londres en busca de esposa justo cuando ella buscaba a alguien exactamente como él para casarse. Hacía un mes habría dado gracias a Dios por semejante intervención divina.

Hace un mes, no anhelaba a Alex. Suspiró y salió de la habitación para recibir a Sir James.



Alex entró en el salón y enseguida deseó no haberlo hecho.

—¡Alex, querido muchacho! —lo saludó Lady Agatha—. Ven a conocer a Sir James.

Lo último que Alex esperaba al venir a buscar a Alis era encontrarse con el pretendiente de Caroline. El anciano estaba sentado en un sillón frente al sofá donde descansaban Lady Agatha y Alis. Vestía con sencillez pero con elegancia, con ropa sencilla y bien confeccionada que el propio Alex podría haber elegido. Sir James se levantó cuando Lady Agatha hizo las presentaciones.

—Alex, te presento a Sir James Whigby. Sir James, este es mi sobrino nieto, Alex, lord Falcox. Sir James ha venido a dar un paseo por el parque con la señora Crawford —añadió Lady Agatha con una sonrisa radiante.

—Es un placer —dijo Sir James con una reverencia respetuosa.

—Sir James —respondió Alex, esforzándose por recordar por qué sería una mala idea desafiar a aquel hombre. Tenía que respetar las decisiones de Caroline, tenía que permitirle vivir su vida sin su interferencia. Era lo que esperaría de cualquier otra persona, así que estaba haciendo todo lo posible por concederle esa cortesía.

Por desgracia, su instinto le instaba a advertir al otro hombre que se alejara de la mujer que había reclamado para sí, por muy primitivo que pareciera.

Caroline eligió ese momento para entrar en la habitación. Se detuvo en el umbral al ver a Alex allí de pie, y sus miradas se cruzaron y se mantuvieron fijas durante un largo y tenso instante.

Estaba preciosa con un vestido de paseo de un suave color marrón, más oscuro que su cabello. El color hacía que su tez pareciera cremosa e impecable, y sus ojos de cierva parecían insondables. Su boca parecía suave, rosada y carnosa, una invitación para cualquier hombre que respirara.

—No te vayas, —pensó él.

Su expresión se suavizó y sus ojos oscuros se llenaron de una ternura que le hizo doler el corazón. Ella se preocupaba por él. Lo demostraba cada centímetro de su postura, el anhelo de sus ojos, la curva de su sonrisa.

¿Cómo no se había dado cuenta de que ella sentía algo por él? ¿Por qué no se había dado cuenta?

Había sido un tonto. Caroline no era una mujer que se entregaba a la ligera, y se sintió avergonzado de sí mismo por intentar tratarla así. Ella merecía tanto respeto por su parte como Alis o cualquier otra mujer de su entorno. De algún modo, su deseo

por ella había erradicado sus buenos modales, y no había excusa para ello.

Así que cuando Sir James se levantó de la silla y se acercó a ella, Alex se hizo a un lado. Cuando el anciano tomó su mano y le dio un beso en el dorso, Alex refrenó sus instintos primitivos y no apartó a Caroline de Sir James como tanto deseaba.

Ella se volvió hacia él una vez, mientras Sir James abría la puerta del salón y la acompañaba fuera. Él vio gratitud en sus ojos, y un anhelo que parecía resonar en su interior.

Dios mío, se dio cuenta con sorpresa. ¡Sentía algo por Caroline! Sentimientos que no tenían nada que ver con la lujuria. Sentimientos que le resultaban incómodos y extraños, y sin embargo, de alguna manera, tan correctos.

Sin embargo, solo pudo quedarse allí, conmocionado, mientras ella salía de la habitación del brazo de otro hombre.



Caroline intentó no pensar en el breve destello de emoción que había visto en los ojos de Alex cuando Sir James la ayudó a subir al carruaje. Sir James era el hombre en quien debía pensar, y le dedicó una brillante sonrisa cuando él se subió al asiento junto a ella.

Para su sorpresa, él no le devolvió la sonrisa.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Caroline? —le preguntó en voz baja.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella, sorprendida.

Sir James miró hacia la casa, con expresión sombría.

—No se me escapó la mirada que lanzaste al nieto del duque, Caroline. ¿Quién es él para ti?

—Es... quiero decir...

—Te está mirando desde la ventana.

Caroline giró la cabeza y vio que Alex la estaba mirando desde la ventana del salón. Sus miradas se cruzaron por un instante; luego él desapareció de la ventana.

Ella dejó escapar un pequeño grito de angustia. Sir James le tocó la mano y ella se volvió para mirarlo.

Le acarició la mejilla con delicadeza.

—Perdóname, Caroline. No quería parecer duro. Solo quería saber si debía considerar a lord Falcox como un rival para tu mano.

Ella frunció los labios con amargura.

—En absoluto, sir James.

—¿Así que no? —Sir James tomó las riendas y puso en marcha su pareja de caballos grises hacia Hyde Park—. ¿Te apetece hablar de ello?

Ella dudó.

—Caroline, te conozco desde que eras niña —le recordó él—. Te han pasado muchas cosas desde la muerte de tu padre y me gustaría pensar que puedes confiar en mí. Te aseguro que no te haré menos caso por ello.

La sincera compasión de su voz le hizo brotar las lágrimas, y luchó por controlarse. ¡Cómo deseaba tener a alguien en quien confiar! Pero no se atrevía a hablarle de Alex, sobre todo porque Sir James era un pretendiente.

Pero, ¡cómo quería hacerlo! Ante su silencio, Sir James suspiró.

—Está bien, si no puedes decírmelo directamente, déjame contarte lo que he deducido. Veo que hay algo entre tú y lord Falcox. Es obvio que no se trata de matrimonio, porque has dicho que él no te ha pedido la mano. Y me parece que tú quieres volver a casarte.

—Sí, es cierto —respondió ella, mirándolo por fin. Él siguió con la vista fija en la calzada, pero ella sabía que tenía toda su atención.

Respiró hondo antes de continuar. Tenía que decirle la verdad, porque ¿y si Alex conseguía llevarse a su hermana de vuelta a Boston antes de que Alis pudiera contraer un matrimonio ventajoso? El trato de Caroline con el duque no había tenido en cuenta la terquedad de Alex.

—Debo ser sincera con usted, Sir James, porque nuestras familias son amigas desde hace mucho tiempo. Mi difunto marido dejó algunas deudas importantes.

—Ah —exclamó Sir James, con expresión de comprensión—. ¿Y supongo que sus finanzas actuales no cubren esa cantidad?

—Así es.

—Entonces desea volver a casarse por seguridad económica.

—Es parte de la razón.

Él la miró.

—Y supongo que el joven lord Falcox no tiene ningún deseo de casarse, aunque parece sentir algo por ti.

Ella se sonrojó.

—Algo así.

—Como sospechaba. —Hizo una pausa—. No voy a pedirte detalles. Eres de buena familia, Caroline, y lo que haya entre tú y el marqués es asunto tuyo. Sin embargo, si nos casamos, no toleraré la infidelidad. Quizá sea anticuado, pero es lo que siento.

Avergonzada, Caroline bajó la mirada hacia sus manos.

—Yo no soy así, Sir James. Si nos casamos, seré una esposa fiel.

—Me alegra oírlo. —Giró los caballos hacia Hyde Park—. ¿Lo amas, Caroline?

—¡No! —exclamó ella, horrorizada por la idea.

Tras un momento de silencio, él preguntó:

—¿Crees que podrías llegar a amarme?

—Podría intentarlo —murmuró ella en voz baja.

—Eso es todo lo que un hombre puede pedir. —Asintió con la cabeza a una matrona de la alta sociedad que pasaba en un carruaje —. No volveremos a hablar de esto.



Alex volvió a la ventana, pero el carruaje ya se había marchado, llevándose a Caroline con él.

Apretó los puños mientras miraba sin ver la calle. La confusión se agitaba en su interior, despertando emociones desconocidas. ¿Cómo había podido dejarla marchar con Sir James? ¿Cómo había podido impedirlo?

Flexionó las manos con impotencia, desesperado por agarrarse a algo propio, algo real. Ahora lo había perdido todo. Sus padres habían fallecido y, con cada día que pasaba, Alis se sentía más apegada a Inglaterra. Quizá quisiera quedarse allí para siempre y él la quería demasiado como para negarle nada, por mucho que deseara que volviera a casa con él.

Y había perdido a Caroline.

Eso era lo más doloroso de todo, porque era culpa suya. La había tenido en sus brazos, la había reclamado como suya por un breve instante, pero la había perdido por su terquedad. En cuanto ella se dio cuenta de que él no podía ofrecerle lo que necesitaba, buscó a otro hombre.

¿Y por qué no iba a hacerlo? Frunciendo el ceño, se apartó de la ventana. Lo único que ella quería era casarse. Sí, era reservada sobre sus motivos, pero él tenía que respetarla por mantenerse firme en sus objetivos y no conformarse con menos de lo que se merecía. Caroline era una mujer orgullosa, de buena familia, y no estaba hecha para ser el juguete de un hombre.

Entonces, ¿por qué no se casaba con ella?

La sacudida de aprensión que esperaba nunca llegó. La idea de Caroline como esposa le parecía reconfortante más que alarmante, y tenerla en su cama todas las noches prometía encuentros apasionados incluso en las noches más frías del invierno. La idea de que ella estaría a su lado para hablar y abrazarla durante el resto de su vida le hizo darse cuenta de lo que se había estado

perdiendo todos estos años. Había sido un maldito idiota por esperar tanto tiempo.

¿De qué había tenido miedo? ¿De perderla? ¡Nunca la había tenido! Al no tratarla con honor, prácticamente la había empujado a los brazos de Sir James.

¿Había alguna posibilidad de que ella volviera con él si la cortejaba como un pretendiente? Podrían casarse aquí, en Inglaterra, y luego él la llevaría de vuelta a Boston...La idea lo detuvo en seco. Caroline no tenía ningún deseo de abandonar Inglaterra. Todo lo que había hecho, lo había hecho para poder seguir viviendo en la alta sociedad. ¿Cómo podría convencerla de que se fuera de Inglaterra? ¿Y si se negaba a casarse con él?

—¡Maldita sea! —murmuró, frunciendo el ceño ante un cuadro de un cuenco de fruta que colgaba de la pared.

—Alex, ¿por qué le hablas a ese cuadro? —preguntó Alis.

Había olvidado que no estaba solo en la habitación. Se volvió hacia Alis y Lady Agatha, que lo miraban con expresión desconcertada, pero se salvó de tener que responder cuando entró el duque.

—Tenemos visitas —dijo Thaddeus, justo cuando el mayordomo anunciaba los nombres de los visitantes.

—¡La condesa de Farvendale y Lady Eleanor Edgerton!

—¡Sophia! —exclamó Lady Agatha con alegría cuando la condesa, vestida de un verde brillante de pies a cabeza, entró en el salón. Lady Eleanor, vestida con un suave tono de rosa ruborizado, la siguió a un ritmo más tranquilo. Mientras las mujeres mayores se abrazaban, ella le dedicó a Alex una tímida sonrisa.

Alis se unió al grupo y, mientras Alex observaba cómo todas las mujeres se saludaban, se preguntó cómo podría escapar discretamente. De algún modo, su plan de saludar a las damas y escabullirse de la habitación se vio frustrado, y se encontró sentado junto a Lady Eleanor en el sofá, con Alis a su lado y frente a la condesa y su tía abuela. Por si eso no fuera suficiente, el duque también se había acomodado en un sillón para socializar.

—Háblame de Estados Unidos —le pidió Lady Eleanor a Alex, con los ojos azules muy abiertos—. ¿Es tan salvaje como he oído?

—Somos de Boston —respondió Alis con evidente paciencia. Obviamente, no era la primera vez que le preguntaban eso—. Es una ciudad bastante grande y muy civilizada.

—¿No hay salvajes allí?

—Por supuesto que no —respondió Alex. ¿De verdad era tan tonta que nunca había oído hablar de la gran ciudad de Boston?—. En realidad, se parece mucho a Londres.

—¿De verdad? —Lady Eleanor parecía no creerle, pero los modales le impedían decirlo.

—Alex ha navegado por todo el mundo —señaló Alis, cambiando claramente de tema. Alex la miró con ira y ella le sonrió dulcemente, la pequeña instigadora—. Ha visto muchas ciudades maravillosas y lugares emocionantes. Tiene su propio negocio, ¿sabe?

—¿Se dedica al comercio? —exclamó Lady Eleanor, llamando la atención del duque y de las dos damas mayores. Miró a Alex como si fuera una criatura que nunca hubiera visto antes.

—Eso fue antes de heredar —le aseguró Thaddeus, lanzando una mirada de advertencia a Alex.

—Sigo en el comercio —declaró Alex, ganándose una mirada asesina del duque—. Cuando el Trinity regrese a Inglaterra, volveré a Boston, donde pertenezco.

—Pero creía... ¿Por qué querría volver a América cuando puede tener tanto aquí? —preguntó Lady Eleanor, frunciendo el delicado ceño.

—Porque vivo allí —respondió Alex.

—Oh, Alex, creía que te ibas a quedar toda la temporada —se quejó Alis con un puchero.

—Todo esto es muy inesperado —comentó Lady Farvendale, lanzando una mirada elocuente al duque.

—El chico es un poco testarudo —observó el duque, mirando a Alex con severidad.

—No pertenezco aquí, gatita —manifestó Alex a Alis, ignorando al resto—. Seguro que puedes verlo.

Alis suspiró.

—Si, pero esperaba que te quedaras un tiempo.

—¿Hablas en serio? —exclamó Lady Eleanor—. ¿De verdad no te vas a quedar aquí, en Inglaterra, para reclamar tu título?

—No entiendo nada —espetó la condesa, entrecerrando los ojos—. ¿Estás diciendo que no tienes intención de reclamar tu título ni de quedarte en Inglaterra?

—Así es.

—Ya veo —dijo la condesa entre dientes. Se puso en pie—. Vamos, Eleanor, tenemos otras visitas que hacer.

—Pero abuela...

—Mi querida lady Farvendale, ¿podría hablar con usted? —preguntó el duque.

—Su Excelencia, creo que todo está perfectamente claro —dijo la condesa con un resoplido altivo.

El duque se puso rígido y la miró con desdén.

—Lady Farvendale, ¡necesito hablar con usted inmediatamente!

—No lo creo, Su Excelencia. Para mí está muy claro que las perspectivas aquí para Penélope no son las que me hicieron creer.

Alis gimió.

—Oh, abuelo, ¡no lo has hecho!

—¿Qué perspectivas? —exigió Alex.

Lady Agatha soltó un suave ronquido y su cabeza se inclinó hacia delante.

El duque hizo un gesto con la mano a Alis para que se marchara.

—No te preocupes por esto, Alyson.

—¿Que no me preocupe? —Alis se puso en pie de un salto y se plantó con las manos en las caderas—. ¿Estás intentando vender a mi hermano en matrimonio y esperas que yo no me meta? ¡No soy una niña, abuelo!

—¿Qué ha hecho? —rugió Alex.

Lady Agatha se despertó sobresaltada.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué?

—¡Dios mío! —exclamó Lady Eleanor, llevándose una mano al pecho. Miró a Alex como si le hubieran salido cuernos y una cola—. Milord, ¿tiene que comportarse como un salvaje?

—Sí, debo hacerlo —espetó, mirando al duque con ira—. ¿Qué te ha hecho pensar que puedes decidir mi vida? ¿No has aprendido nada de lo que le pasó a mi padre?

—Solo quiero lo mejor para ti —respondió Thaddeus, levantando la barbilla y mirando fijamente a su nieto.

—¡Solo quieres lo mejor para tu preciado título!

—Lady Eleanor es una excelente pareja —defendió el duque.

—Cierto —asintió Lady Farvendale con un firme movimiento de cabeza.

—De pedigrí impecable, —añadió Lady Agatha. Luego miró a Alis con perplejidad—. ¿Un partido para quién?

—Para Alex —dijo Alis con un resoplido.

—¿Alex? ¿Y Penélope? ¡Por Dios, no! —exclamó Lady Agatha riendo—. Pero si hacen una pareja horrible.

—¡Agatha! —exclamó Lady Farvendale con aire escandalizado, llevándose una mano al amplio pecho.

—Oh, no te pongas estirada, Sophia —dijo Lady Agatha—. Tu nieta es una chica estupenda, la flor y nata. Pero ella y Alex nunca serían una buena pareja.

—Me alegro de que alguien en esta casa tenga sentido común —gruñó Alex.

El mayordomo entró en la habitación.

—El conde de Norbert —anunció.

—¡Hola a todos! —exclamó Norbert al entrar en la sala. Al ver a Lady Eleanor, se detuvo en seco.

—Oh, tú estás aquí.

—La grosería de tu familia no tiene límites, Agatha, —repuso Lady Farvendale con desdén.

—Creo que es bastante grosero arreglar la vida de alguien sin preguntarle primero —replicó Alis, mirando al duque con ira—. Abuelo, más vale que no pienses en arreglarme ningún matrimonio, o volveré a Estados Unidos tan rápido que creerás que mi presencia aquí ha sido solo un sueño.

El duque palideció.

—Alyson, ¡por favor!

—¿Quién se va a casar? —preguntó Norbert, sirviéndose una galleta de la bandeja del té.

—Nadie, milord —respondió lady Eleanor, levantándose del sofá—. Abuela, creo que ya es hora de irnos.

—El abuelo está intentando hacer de casamentero entre lady Eleanor y Alex —le confió Alis a Norbert.

Este se atragantó con una galleta.

—¡¿Qué?!

—Tonterías —soltó Lady Agatha con un gesto de la mano—. No harían buena pareja. Tú, en cambio, serías perfecto para la querida Penélope, nieto mío.

—¡Qué! —exclamaron Norbert y Penélope al unísono.

—Es cierto —opinó Lady Farvendale lentamente, observando a los jóvenes—. Entiendo lo que quieres decir, Agatha.

—Yo tomo mis propias decisiones sobre mi vida —protestó Alex, señalando a su abuelo—. Yo decidiré si me quedo o me voy, y si me caso o no.

—No me hables así —le advirtió el duque.

Alis levantó las manos.

—¡Oh, sois tan parecidos!

—¡No lo somos! —gritaron el duque y Alex al mismo tiempo, y luego se miraron con ira.

—Necesito sentarme —soltó Norbert, dejándose caer en un sillón.

—Absolutamente perfecto —aplaudió Lady Farvendale, dirigiéndose a Lady Agatha.

Lady Agatha asintió con satisfacción.

—Ya están medio enamorados —comentó con una sonrisa cómplice.

—¡No es verdad! —exclamó Penélope.

—¿Puedo al menos fingir que tengo algo que decir en esto? —protestó Norbert.

Las dos ancianas se limitaron a sonreír cuando el mayordomo volvió a entrar en la sala.

—Ah... el señor Tim O'Brien —anunció Stephens.

—Ha vuelto —susurró Alis con tristeza, cuando el marinero entró en la sala.

Alex se adelantó para saludar a su primer oficial.

—Tim, ¿qué tal?

—Bueno, Capitán, hay un problema con el capitán del puerto de Londres y creo que debe ir a verlo usted mismo, —informó Tim. Asintió con la cabeza a Alis—. Buenos días, señorita Alis.

—Hola, Tim, —Se dejó caer en el sofá, con expresión sombría.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó Alex.

—Nos está cobrando demasiado por echar el ancla en el puerto —dijo Tim—. Y uno de los muchachos le oyó alardear de que iba a

fastidiar a los estadounidenses vaciándonos los bolsillos.

—¿Ah, sí? —preguntó Alex en voz baja. Luego le dedicó al hombre una sonrisa depredadora—. Vamos a charlar con el capitán del puerto, señor O'Brien.

—¡No harás tal cosa! —intervino el duque—. Tenemos invitados, Alex.

Alex lanzó una mirada a su abuelo que hizo que la altivez del anciano se tambaleara.

—No, tú tienes invitados. Yo tengo asuntos que atender.

Salió de la habitación, seguido de Tim O'Brien.

Capítulo 16

Caroline regresó de su paseo en carruaje con una cautelosa esperanza. Aparte de la incómoda conversación inicial, todo había ido de maravilla. Tenía todas las esperanzas puestas en que Sir James acabaría declarándose.

Al entrar en la casa del duque, le entregó el sombrero y la pellise al mayordomo.

—¿Dónde está la señorita Huntly-Chilton, Stephens?

—En el salón azul, señora Crawford.

Se dirigió hacia el salón. Cuando abrió la puerta del salón azul, dio un paso dentro de la habitación y se detuvo en seco.

—Buenas tardes, cuñada —saludó Gabriel con una encantadora sonrisa.

Se apoyó en la repisa de la chimenea, la viva imagen del apuesto soltero londinense con su abrigo verde botana perfectamente entallado y su corbata meticulosamente anudada.

—Caroline, me alegro mucho de que hayas vuelto —exclamó Alis, levantándose del sofá. Le lanzó una mirada elocuente a Caroline y luego giró bruscamente la cabeza en dirección a Lady Agatha, que estaba sentada a su lado.

Un suave ronquido resonó en toda la habitación.

Un frío escalofrío se apoderó de Caroline. ¡Dios mío! Alis había estado sola con Gabriel durante quién sabe cuánto tiempo sin la protección de una chaperona. Cruzó la mirada con Gabriel y vio una alegría impenitente en su mirada. Sabía lo que estaba haciendo, esa serpiente.

—Milord —espetó con su voz más fría—, ¿le importaría explicarme qué está pasando aquí?

—Simplemente estoy haciendo una visita a la señorita Huntly-Chilton —alegó Gabriel con total inocencia—. Estábamos bien acompañados hasta hace unos minutos.

—No es culpa de lord Arndale —se apresuró a explicar Alis, claramente preocupada por haber hecho algo mal—. Simplemente...

sucedió.

Caroline recordaba bien cómo solían «suceder» las cosas alrededor de Gabriel. ¡No permitiría que Alis cayera en la misma trampa en la que ella había caído hacía tantos años!

—Da gracias de que el duque no te haya encontrado aquí con su nieta —le dijo a Gabriel mientras se acercaba y se sentaba en un sillón cerca del sofá.

—Pero ahora estás aquí, querida Caroline —respondió Gabriel —. Y la decencia ha vuelto a imponerse.

—Sí —le lanzó una mirada de advertencia—. Y estaré aquí cada vez que Alis te reciba.

—Como debe ser —asintió él, pero ella pudo ver la risa en sus ojos.

Alis soltó un suspiro de alivio y se dejó caer en el sofá, evidentemente contenta de que el incidente no tuviera repercusiones.

—Caroline, el vizconde me estaba hablando de sus propiedades. Suenan preciosas —suspiró.

—Tendrás que verlas alguna vez —comentó Gabriel. —Quizá organice una fiesta en casa en verano.

—Sería estupendo —respondió Alis.

—Dudo que podamos asistir —replicó Caroline al mismo tiempo.

Alis frunció el ceño.

—Eso no lo sabes, Caroline.

—No se preocupe, señorita Huntly-Chilton —dijo Gabriel, con tono burlón—. La señora solo se preocupa por su bienestar.

—¿Por qué todo el mundo cree que soy una tonta? —resopló Alis—. Lo último que quiero es hacer daño a mi abuelo causando algún escándalo, sobre todo después de lo amable que ha sido conmigo.

—Nadie cree que seas una tonta —respondió Caroline, acercándose para tocar la mano de la joven—. Cambiemos de tema.

—Por desgracia, me temo que debo marcharme —dijo Gabriel —, por mucho que me disguste abandonar una compañía tan agradable.

Caroline se levantó rápidamente.

—Le acompaño a la salida, milord.

Él arqueó las cejas ante el evidente deseo de ella de deshacerse de él, pero se tomó su tiempo para inclinarse sobre la mano de Alis.

—Encantadora como siempre, señorita Huntly-Chilton.

Alis se sonrojó.

—Gracias por pasar, lord Arndale. —Rió, y el sonido despertó a lady Agatha.

—¿Qué ha sido eso? —gritó la anciana.

—Lord Arndale se marchaba, tía —respondió Alis.

—¿Arndale? —Lady Agatha entrecerró los ojos para mirar a Gabriel—. Ah, sí. Ha sido un placer, milord. Vuelva a visitarnos.

—Vamos, milord —se dirigió Caroline hacia la puerta.

Gabriel la siguió en silencio hasta que salieron del Salón Azul y llegaron al pasillo.

—¿Tanto deseas estar a solas conmigo, querida? —ronroneó él.

—Te advertí que te mantuvieras alejado de ella —siseó Caroline.

—Mi querida Caroline, dudo que puedas hacer mucho al respecto. Llegaron al vestíbulo, donde Stephens le entregó el sombrero y el bastón. Gabriel se puso el elegante sombrero de castor y le dedicó esa sonrisa encantadora que siempre le helaba la sangre.

—Seguiré cortejándola —murmuró—. A menos, claro está, que quieras llegar a un acuerdo.

Caroline apretó los puños.

—No me gustan tus tratos. —

Entonces no tenemos nada que discutir. Que tengas un buen día, querida cuñada.

La dejó allí plantada sin volverse a mirar atrás.



Alex estaba sentado en la silla de su escritorio a bordo del *Trinity* y escuchaba el sonido de las olas rompiendo suavemente contra el costado del barco, el crujir de las tablas, el chasquido de una vela

sin recortar al viento. Cerró los ojos y dejó que lo calmara como una canción de cuna.

Había pasado la mayor parte de su vida en un barco. Era el único hogar verdadero que había conocido. Lo rodeaban olores familiares: madera, sal y alquitrán. El suave balanceo del barco mientras se mecía anclado en el puerto de Londres casi lo arrullaba hasta dormir.

Sin embargo, algo andaba mal. No era exactamente lo mismo.

Abrió los ojos y miró fijamente el techo de tablones de madera de la cabina. Se sentía inquieto de alguna manera. Nunca se había sentido así a bordo de un barco; estar en el mar siempre había calmado su inquietud.

La culpaba de todo a Caroline.

Ella le había hecho algo. De alguna manera había mirado en lo más profundo de su alma y había visto la soledad que siempre había mantenido oculta. ¿Tenía razón? ¿Temía amar a la gente? ¿Había estado huyendo de sus emociones todos estos años?

Desde luego, eso no le había impedido desarrollar sentimientos por *ella*.

Se oyó un rápido doble golpe en la puerta de su camarote, la señal acordada con Tim. Se incorporó en la silla, cogió una de sus cartas náuticas y la ojeó.

—¡Adelante! —gritó con brusquedad.

Tim abrió la puerta con un chirrido.

—Disculpe, capitán, pero el señor Cuthbert, el capitán del puerto, desea verle.

Alex frunció el ceño.

—Que pase.

El corpulento Sr. Cuthbert entró en la habitación con aire arrogante y una sonrisa de superioridad en el rostro. Miró alrededor de la cabina como si estuviera evaluando su valor.

—¿Sr. Cuthbert? —preguntó Alex, llamando la atención del hombre. Disfrutó enormemente al ver cómo se le abrían los ojos al jefe del puerto al ver su elegante ropa londinense—. Tengo entendido que hay cierta confusión con las tarifas para echar el ancla en el puerto de Londres.

—No hay ninguna confusión —aseguró Cuthbert, recuperándose de su sorpresa inicial—. Las tarifas son las mismas

que le di a su hombre.

—Ya veo. —Alex consultó su reloj de bolsillo—. Sr. Cuthbert, tengo que estar en Almacks esta noche, así que no tengo mucho tiempo para discutir esto. Quizá debería simplemente hacer que lo destituyeran de su cargo y acabar con esto.

—¡¿Qué?! —exclamó el hombre con los ojos desorbitados—. ¡No puede hacer eso!

—Estoy seguro de que puedo. —Le dedicó una sonrisa que dejaba ver todos sus dientes—. Lo siento, se me ha olvidado presentarme. Soy Alex Chilton, capitán de este barco.

—Sé quién es usted, —dijo el hombre con desdén.

—También soy el marqués de Falcox —prosiguió Alex, notando cómo la mueca se desvanecía del rostro del capitán del puerto—. Aunque soy bastante nuevo en Londres y acabo de heredar el título, como bien sabe, estoy seguro de que mi abuelo, el duque de Wessex, tiene contactos que pueden liberarlo de sus obligaciones.

—N…n…no es necesario, milord —tartamudeó Cuthbert—. Debe de haber habido algún error con uno de mis empleados. Estoy seguro de que eso es lo que ha pasado.

Alex arqueó las cejas.

—¿Un error administrativo? Me alegro de oírlo. ¿Cuáles son las tarifas por fondear aquí?

Cuthbert le dio una cifra que era un tercio de lo que le había dicho a Tim.

Alex asintió con aprobación.

—Mucho mejor, señor Cuthbert. Si va con mi compañero, el señor O'Brien, él se encargará de que le paguen la cantidad correcta.

—Gracias, milord. Muchas gracias.

El hombre se inclinó y siguió humildemente a Tim fuera de la habitación.

Tim le guiñó un ojo a Alex antes de cerrar la puerta tras de sí.

Alex se recostó en su silla y esperó a sentir la satisfacción que normalmente le habría invadido al ganarle al capitán del puerto en su propio juego.

Pero no llegó.

Se levantó de un salto de la silla y comenzó a pasearse por su camarote. ¿Qué *le pasaba*? ¿Por qué no se sentía como en casa en el *Trinity*? ¿Y por qué había recurrido a su título para resolver el

asunto? En el pasado, habría utilizado su fuerza de voluntad y su terquedad americana para doblegar a aquel hombre.

Ya no se sentía él mismo. Y no le gustaba nada.

Caroline le había hecho esto. Ella, con su orgullo y su pasión. De alguna manera, le había cambiado con su charla sobre el deber y la lealtad familiar, y ahora ya no estaba contento con su vida.

Su barco, que antes había sido su vía de escape, ahora parecía el caparazón vacío de un sueño que en otro tiempo le había consumido. Solitario y vacío, carente de calidez, desprovisto de compañía. Solo un medio de transporte, no el amigo de toda la vida que había creído que era.

Se dejó caer la cabeza entre las manos y se frotó las palmas por la cara. Caroline le había hecho preocuparse por cosas que nunca antes le habían importado. Había pensado que necesitaba estar a bordo del barco, empezar a planear su viaje de vuelta a casa, calmar la inquietud que le atormentaba.

Se había equivocado.

La necesitaba a *ella*.

Pero tenía la sensación de que ya era demasiado tarde.

Alis estaba claramente enamorada del apuesto vizconde y, dado que el pedigrí de Gabriel lo convertía en un pretendiente totalmente adecuado para la joven, Caroline sabía que solo había una cosa que podía hacer para asegurarse de que esa unión nunca se produjera.

Acudió al duque.

Justo antes de cambiarse para la cena de esa noche, lo encontró solo en su estudio. Llamó con firmeza, pero le temblaba la mano mientras giraba el pomo en respuesta a su seco

—¡Adelante!

El duque estaba sentado detrás de su escritorio.

—Sí, señora Crawford, ¿qué ocurre?

—Perdone que le moleste, Su Excelencia, pero quiero hablar con usted sobre Alis.

—¿Ah, sí? —El duque hizo un gesto con la mano hacia una silla, luego se recostó y juntó los dedos—. Ha hecho usted muy bien, señora Crawford. Se ha convertido en la joven más codiciada del

mercado matrimonial, aunque no es que yo tuviera ninguna duda de que lo sería.

—Gracias, Alteza. Eso es lo que...

—Ojalá estuviera tan satisfecho con el comportamiento de mi nieto. El muchacho me avergonzó profundamente esta tarde cuando me dijo sin rodeos que no se casaría con lady Eleanor. Y lo hizo delante de la propia lady Eleanor y de su abuela, lady Farvendale.

—Oh, no —susurró Caroline. Pero una pequeña parte de su corazón se regocijó al oír la noticia.

—¡En efecto! Agatha tiene la idea descabellada de que Lady Eleanor y Norbert serían una buena pareja, pero yo no puedo imaginar tal cosa.

Caroline podía imaginarlo muy bien, pero no dijo nada.

—En cualquier caso —continuó el duque—, estoy muy satisfecho con la avalancha de jóvenes solteros que han visitado a Alyson esta última semana.

—Lo que nos lleva al tema que quería discutir —interrumpió Caroline.

—No creo que sea prudente permitir que lord Arndale siga visitando a Alis.

—¿Ah, no? —El duque arqueó las cejas—. ¿Le importaría iluminarme sobre sus razones, señora Crawford?

—Conozco al vizconde desde hace mucho tiempo —señaló ella, a pesar de su evidente disgusto—. Creo que no serían una buena pareja.

—¿Por qué no? —preguntó el duque—. Proviene de una familia antigua y respetada, y cuando su padre fallezca, heredará un título antiguo y respetado. Por no mencionar que es rico como Midas y, además, guapo. ¿Qué más podría desear una joven?

—No todo es lo que parece, Su Alteza —replicó ella—. El hecho de que sea guapo físicamente no significa que lo sea por dentro.

—¡Tonterías! —El duque descartó la idea con un gesto aristocrático de la mano—. A menos que pueda darme alguna razón concreta por la que el vizconde no sería adecuado, me temo que no puedo acceder a su petición.

Caroline abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Si le contaba al duque el escándalo en el que había estado a punto de verse envuelta por culpa de aquel hombre, él podría considerarla una

persona inadecuada para Alis. La razón por la que él la había elegido originalmente era su reputación intachable. Si él descubriera la verdad, destruiría cualquier posibilidad que ella tuviera de tener un futuro.

Pero si no le decía nada, él podría permitir el matrimonio entre Gabriel y Alis, lo que acabaría destruyendo a Alis.

—Estoy esperando, señora Crawford.

Indecisa, dijo:

—Su Excelencia, por favor, confíe en mí cuando le digo que Gabriel no siempre ha tratado con honor a las jóvenes.

—Detalles, señora Crawford. —El duque la clavó con su mirada oscura—. Le prometí a mi nieta que podrá casarse con quien quiera, siempre que ese hombre tenga un título o una fortuna, preferiblemente ambos, y que sean dignos de ella.

Y Gabriel tenía ambos.

Respiró hondo para armarse de valor y comenzó.

—Conozco al vizconde desde hace mucho tiempo. Desde antes de casarme con su hermano.

—Sí, sí. —El duque hizo una mueca y respiró hondo, temblorosamente.

Caroline frunció el ceño ante su extraño comportamiento, pero continuó:

—Su Excelencia, lord Arndale ha hecho insinuaciones inapropiadas hacia mí durante los últimos años.

El duque se sonrojó, pero cuando ella se detuvo, le indicó con un gesto impaciente de la mano que continuara.

—Siempre lo he rechazado, pero él insiste. No creo que un hombre así sea un buen marido para Alis, así que...

El duque jadeó, palideció por completo y se agarró el pecho con una mano mientras con la otra se aferraba al cajón de su escritorio.

—¡Su Excelencia! —Caroline se puso en pie de un salto y corrió hacia el anciano. Él seguía jadeando mientras arañaba el cajón de su escritorio. Ella lo abrió de un tirón—. ¿Qué pasa? ¿Qué necesita?

Él la apartó y buscó una pequeña botella. Ella intentó ayudarle con el tapón, pero él volvió a apartarle la mano y consiguió descorcharla él mismo. Luego bebió un sorbo del frasco, respirando con dificultad todo el tiempo.

Poco a poco, en unos minutos que parecieron horas, comenzó a respirar con más facilidad. Su tez volvió lentamente a la normalidad, aunque sus mejillas seguían enrojecidas. Con manos temblorosas, volvió a poner el tapón en la botella y la guardó en el cajón del escritorio. Luego levantó la vista y le lanzó una mirada severa de advertencia.

—No dirá nada de esto —ordenó—. ¿Entendido?

Ella lo miró fijamente.

—Pero, Su Excelencia, ¡está enfermo! Eso era láudano, ¿verdad?

—¡He dicho que no dirá nada de esto! —tronó, y luego estropeó la imagen al caer en un ataque de tos.

Caroline esperó a que se recuperara y luego dijo:

—Quizá podamos discutir el asunto.

—No hay nada que discutir. —El duque la miró con ira—. Tienes que hacer lo que te ordeno.

Caroline dio un paso atrás.

—Muy bien, no diré nada de esto. —El duque gruñó en señal de satisfacción—. *Si* —continuó ella— no permites que Alis se case

con lord Arndale.

—¡Esto es un auténtico chantaje! —espetó él, con una mirada de indignación en sus ojos oscuros—. Señora Crawford, me sorprende.

—Y usted me sorprende a mí —replicó ella—. ¿Por qué no le ha dicho a nadie lo enfermo que está?

—No es asunto de nadie más que mío.

—Es usted el hombre más terco del mundo —indicó ella—. ¡Ahora entiendo de quién lo ha sacado su nieto!

—¡Basta, señora! —rugió él—. Para su información, ese mocoso ha sacado su terquedad de su padre.

—Entonces debe ser cosa de familia —espetó ella.

El duque sacó un pañuelo y se secó el labio superior.

—Señora Crawford, teniendo en cuenta que desea que acceda a su petición, me sorprende que no le preocupe en absoluto que esté a punto de enfadarme.

—Se equivoca, Su Alteza. Estoy *muy* preocupada, sobre todo por Alis. —Respiró hondo para calmarse y juntó las manos delante de ella—. Estoy dispuesta a discutir el asunto.

—No hay nada que discutir —respondió el duque—. Yo decidiré cuáles de sus pretendientes son adecuados para mi nieta, no usted. Y no hablará con nadie sobre mi estado, o se encontrará sola en sociedad, sin la influencia de los Wessex para sostenerla.

O el dinero de los Wessex.

Las palabras quedaron sin pronunciar, pero el significado resonó entre ellos durante un largo y silencioso momento. Ella le lanzó una mirada de desaprobación que hizo que incluso el duque se moviera incómodo en su silla.

—Puede que el asunto ni siquiera llegue a plantearse —aseguró finalmente—. No se preocupe, señora Crawford. Protegeré bien a mi nieta.

Volvió su atención a unos papeles que había sobre su escritorio y, con el corazón encogido, Caroline salió en silencio del estudio.

Se quedó un momento en el vestíbulo, mirando fijamente el dibujo del papel pintado. No le convencía que el duque comprendiera la urgencia del asunto y no quería insistir cuando estaba tan mal. Sin embargo, no podía quedarse de brazos cruzados mientras Gabriel seguía cortejando a Alis. Se preocupaba demasiado por la chica.

De alguna manera, tenía que detener a Gabriel.

Capítulo 17

El duque demostró que no se había rendido cuando Lady Eleanor y su abuela llegaron a cenar esa noche. Sin embargo, Lady Agatha también había invitado a Norbert.

Norbert y Lady Eleanor se miraron con ira desde ambos lados del salón y no intercambiaron ni una palabra, y el duque se pasó toda la velada mirando hacia la puerta, esperando a Alex, que no apareció. Cuando anunciaron la cena, el duque estaba furioso. Caroline lo observaba con atención por si sufría otro ataque.

—¿Dónde está ese chico? —murmuró, ofreciendo su brazo a Lady Farvendale para acompañarla a cenar.

—Está en su barco, abuelo —respondió Alis, con amargura en el tono—. Puede que no lo veamos en días.

Caroline puso una mano en el hombro de Alis para consolarla, pero la chica se la quitó de un tirón.

Caroline suspiró. Tras su enfrentamiento con el duque esa misma tarde, había intentado advertir a Alis que se alejara de Gabriel, pero Alis no había aceptado muy bien el consejo. Al parecer, se estaba enamorando del vizconde, ya que incluso había acusado a Caroline de querer al hombre para sí misma. Caroline no se había molestado en dar más explicaciones. Simplemente tendría que encontrar otra forma de asegurarse de que Alis y Gabriel no se casaran.

Norbert y Lady Eleanor continuaron lanzándose miradas asesinas durante la cena, y Lady Agatha se quedó dormida sobre su plato de carne. Lady Farvendale estaba mortalmente ofendida porque Alex no había acudido a la cena y estaba arremetiendo contra el duque, quien al parecer le había asegurado que Alex había entrado en razón con respecto a Lady Eleanor. El duque echaba chispas por los ojos como un volcán en erupción y lanzaba miradas asesinas a la silla vacía de Alex.

Para cuando llegó el último plato, Caroline tenía un dolor de cabeza punzante.

Consiguió escabullirse mientras las damas esperaban a que los caballeros se unieran a ellas. Sabía que pronto la echarían en falta, así que se limitó a refugiarse en la biblioteca para disfrutar de unos momentos de paz.

En cuanto entró en la habitación, se arrepintió. ¿Por qué no había subido a su habitación o al salón? En lugar de eso, había entrado instintivamente en la habitación donde ella y Alex habían hecho el amor por primera vez. Todo lo que veía le traía recuerdos de aquella noche. El tiempo que habían pasado juntos había sido mágico y aún ahora anhelaba sentir su tacto una vez más.

Pero no iba a ser así. Alex Chilton daría la espalda a su herencia y volvería a Estados Unidos, y ella probablemente se casaría con Sir James y viviría una vida tranquila y refinada. Esa era la vida por la que había luchado y debería alegrarse de que fuera a hacerse realidad.

Solo deseaba, con todo el anhelo de la mujer apasionada que había descubierto que era, poder tener algo más.

Oyó que se abría la puerta detrás de ella y se giró, con el corazón latiendo con fuerza mientras la esperanza se disparaba en

su pecho. Una figura alta entró en la habitación, pero su expectativa se convirtió en decepción cuando vio que era Norbert.

—Señora Crawford —exclamó él con sorpresa—. Lo siento mucho. No me había dado cuenta de que había alguien aquí.

Ella sonrió débilmente.

—Me está dando dolor de cabeza y pensé que unos momentos de silencio me ayudarían.

—No puedo culparla. Lady Farvendale es la peor de las arpías. —Una mirada de complicidad se cruzó entre ellos—. No quiero molestarla.

—No lo hace —le aseguró ella—. De hecho, hay algo que quería preguntarle y, dado que las circunstancias nos han reunido, espero que no le parezca demasiado atrevida.

—Estoy seguro de que no será así —dijo él con un gesto despreocupado de la mano. —Pregunte lo que quiera.

—¿Por qué le desagrada tanto lady Penélope? Él la miró sorprendido. —Eso *sí que es* atrevido.

Ella se sonrojó.

—Entenderé si no desea responder, milord.

—En realidad —dijo él, sentándose con bastante pesadez en una silla—, me apetece hablar de ello.

Caroline frunció el ceño, sorprendida, y se dejó caer en el sofá frente a él.

—Soy toda suya, mi señor —dijo.

—Lady Eleanor es la mujer más hermosa que he visto en mi vida —soltó Norbert—. Es perfecta en todos los sentidos.

—Creo que eso es algo bueno —dijo Caroline, desconcertada.

—¡Es *demasiado* perfecta! —exclamó Norbert—. Siempre está perfecta, actúa de forma perfecta y baila perfectamente. Su conversación es perfecta y sus modales son perfectos. ¡Incluso su nombre es perfecto! Edgerton... Es lo más brillante de mi universo.

—Ay, Dios mío, —susurró Caroline al darse cuenta de lo que quería decir. Él asintió—. Sí, estoy perdidamente enamorado de ella. Pero ¿cómo puede alguien tan perfecto quererme a mí? Soy famoso por llegar tarde y mi ayuda de cámara está desesperado con mi sentido de la moda. ¡Solo gracias a *él* puedo aparecer en público! ¡Y estoy perdiendo el pelo! —Se inclinó hacia delante para mostrarle la coronilla, donde ella pudo ver que, efectivamente, el cabello había empezado a escasear.

Ella carraspeó.

—Tonterías, milord.

Él se rió sin humor.

—Es usted muy educada, señora Crawford, pero yo sé la verdad. ¿Cómo podría pedirle a la perfecta Penélope que fuera la esposa del bufón de Norbert?

—No creo que sea usted un bufón, mi señor —respondió ella—. Y creo que le está haciendo un flaco favor a Lady Penélope.

Él resopló.

—Ella no tiene ningún interés en mí. Quería a Alex hasta que él le dijo a la cara que no tenía intención de casarse con ella.

—Eso he oído. Pero ¿qué le hace pensar que ella quería a Alex? A mí me parece que son su abuela y el duque quienes están presionando para que se casen, no Lady Penélope.

—Pero ella accedió.

Caroline suspiró.

—Mi señor, ¿qué otra cosa podía hacer? Cada vez que la ve, usted es la viva imagen de la grosería.

Él tuvo la delicadeza de parecer avergonzado.

—Lo sé. Pero la veo allí de pie, tan perfecta e intocable, y quiero sacarla un poco de sus casillas. Hacerla parecer humana.

—Quizá debería intentar ejercer su famoso encanto con ella —sugirió Caroline—. Podría sorprenderse a sí mismo.

Él negó con la cabeza.

—No, ahora me odia. Me he encargado de ello.

Por alguna razón, su actitud derrotista la enfureció.

—¿Prefiere no decir nada y ver cómo se casa con otro noble? Sabe que eso es lo que va a pasar, milord.

—Lo sé. —Se pasó una mano por la cara—. Es solo que me sentiría completamente humillado si me rechazara. No quiero correr el riesgo.

—¿Ni siquiera lo va a intentar?

—No lo sé —susurró él.

—¿Qué le pasa? —exclamó ella, poniéndose en pie—. ¡La mujer que ama está a su alcance y no hace nada para conquistarla! ¿No se da cuenta de la suerte que tiene?

Él la miró conmocionado.

—Supongo que no.

Ella levantó las manos.

—Por Dios, Algie, la mayoría de la gente tiene que casarse por obligación, o se enamora de alguien fuera de su clase y se pasa el resto de su vida lamentando eternamente su amor perdido. La mujer que amas *es de* tu clase. Tienes la oportunidad de casarte por amor y cumplir con tu deber, ¡y te quedas aquí sentado lamentándote porque las cosas son *demasiado perfectas* para ti! Deberías dar gracias a Dios de rodillas por haberte dado una oportunidad así.

—Nunca lo había pensado así—, declaró él, poniéndose de pie —. Por Dios, señora Crawford, cuando quiere, es usted toda una hija de general, ¿no?

Caroline se sonrojó.

—Pido perdón por mi impertinencia, milord, pero no por lo que he dicho. Lo digo de corazón.

—Tenía que decirlo; estaba comportándome como un tonto sin sentido. ¿De qué otra manera iba a demostrarme que estaba dejando escapar el amor?

—Sí, ¿de qué otra manera? —repitió ella, pensando en Alex

—Voy a volver allí y seducir a Lady Eleanor —afirmó Norbert con determinación—. Gracias, señora Crawford, por abrirme los ojos.

—De nada, milord. —Ella se sonrojó.

Él se dispuso a marcharse, pero se volvió.

—¿Viene?

Ella negó con la cabeza.

—No creo. Alis está un poco enfadada conmigo en este momento y todavía me duele la cabeza. Creo que me voy a acostar.

—Muy bien, se lo diré. Gracias de nuevo, señora Crawford.

Salió de la habitación y Caroline se frotó las sienes con cansancio. Sus intentos por salvar a Alis de las garras de Gabriel la habían desgastado hasta lo más profundo de su alma. No tenía a nadie más a quien acudir en busca de ayuda, nadie más que la creyera.

Excepto Alex.

No quería acudir a él, no quería oírle hablar de que se marchaba pronto, pero ahora no tenía otra opción. Tendría que enfrentarse a él.

Miró hacia el sofá, recordando lo tierno que había sido con ella aquella noche maravillosa. También había sido discreto. ¿Se atrevería a contarle la verdad sobre su pasado con Gabriel?

Cualquiera se escandalizaría al conocer su pasado, tan cercano al escándalo, hacía tantos años. Y quizá nadie creería sus acusaciones contra Gabriel. El duque, desde luego, no había pestañeado. Pero Alex era estadounidense, no inglés, y quería a su hermana. Se aseguraría de que Gabriel no se casara con Alis, aunque eso significara llevársela de vuelta a Estados Unidos.

Miró a su alrededor en la biblioteca, atormentada por los recuerdos de la experiencia más hermosa de su vida, y se preguntó si Alex seguiría respetándola una vez que le confesara sus pecados del pasado.

Enderezó los hombros con determinación. Que él la respetara o no no era lo importante. La felicidad futura de Alis estaba en juego. Caroline haría lo que fuera necesario para asegurarlo, y Alex también. No había otra opción.

Caroline salió de la biblioteca y subió rápidamente las escaleras. Escribiría una nota a Alex y se la haría llevar a su barco. Estaba segura de que él lo dejaría todo y vendría si se trataba de Alis.

De camino a su dormitorio, casi chocó con Stobbins, que arrastraba por el pasillo el maltrecho baúl de Alex.

—Stobbins, ¿adónde va con eso? —le preguntó—. Debería pedirle a un lacayo que le ayudara.

—Su señoría me ha pedido que lleve su baúl al barco —jadeó Stobbins, sentándose un momento sobre el baúl para descansar—. Creo que puede que se marche de Inglaterra pronto.

Caroline se quedó paralizada.

—¿Ha dicho cuándo?

Stobbins se encogió de hombros.

—Pronto. El carruaje está esperando, así que si me disculpa, señora Crawford...

El ayuda de cámara se levantó y siguió arrastrando el baúl por el pasillo mientras Caroline lo miraba atónita. ¿Alex se iba a marchar sin despedirse?

¡Que se vaya, por fin! Ardiendo de ira, salió furiosa del pasillo. Sin duda, su vida sería mucho más fácil sin ese guapo patán persiguiéndola por todo Londres, intentando seducirla. ¡No lo echaría de menos en absoluto!

Claro que sí.

Caroline se detuvo con la mano en la puerta de su habitación, mientras la tristeza se apoderaba de ella y le hacía encoger los hombros.

Al menos esperaba que se despidiera.

¿Y si acompañaba el baúl hasta el barco de Alex y hablaba con él en persona? Todos pensaban que se había acostado, así que nadie la echaría de menos. Y probablemente tendría más posibilidades de defender su caso cara a cara que a través de una nota.

Era un plan atrevido y, si la descubrían, su reputación se vería afectada. Ninguna dama visitaba a un hombre en su residencia, especialmente si esta se encontraba en los muelles de Londres. Era demasiado arriesgado, demasiado atrevido para una dama inglesa que se preciara.

Fue a buscar su capa.



Alex se recostó en la silla de su escritorio en el camarote de su barco, con los restos de la cena en una bandeja delante de él. El

guiso y las galletas le habían traído recuerdos de su hogar y había disfrutado cada bocado. Sin embargo, ahora que estaba sentado solo con su botella y una copa de brandy, la inquietud volvió a apoderarse de él.

Había pasado el día ocupándose de sus negocios, intentando recuperar la satisfacción que había sentido una vez a bordo del barco.

En cambio, simplemente se sentía solo.

En el pasado, se limitaba a ir a la taberna más cercana en busca de una mujer disponible que le calentase la cama, y se sentía satisfecho. Pero ahora Caroline era la única que podía calmar su alma. Nunca antes había conocido a una mujer que le hiciese cuestionarse la forma en que vivía su vida, sus creencias o sus sueños de futuro. Ningún rollo casual con una camarera de taberna aliviaría este dolor en su corazón. Necesitaba a Caroline, sus modales estirados, su buen sentido común y su valentía. Pero pronto Sir James le pediría matrimonio y ella diría que sí, y entonces la perdería para siempre.

Ser el primero en proponérselo ni siquiera resolvería el problema. Ella ya le había dicho que, aunque lo hiciera, diría que no.

Estaba decidida a vivir una vida social en Inglaterra, por lo que parecía que no había compromiso posible. Ella quería un inglés y él era estadounidense. A pesar de su título, nunca podría darle lo que ella necesitaba.

Lo mejor que podía hacer era zarpar hacia Boston lo antes posible y olvidar que la había conocido.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo.

Tim O'Brien asomó la cabeza.

—Disculpe, capitán, pero hay una señora que desea verlo.

—¿Qué señora, Tim? —preguntó Alex, desconcertado.

La puerta se abrió más, dejando ver una figura encapuchada junto al contramaestre. La mujer entró en la cabina y se quitó la capucha.

Caroline.

Atónito, Alex se puso en pie.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

Él solo podía mirarla. Nunca había esperado que Caroline Crawford entrara en su mundo, pero allí estaba, como un sueño, con un vestido azul pálido y una capa azul medianoche. Llevaba los delicados pendientes y el collar de perlas que le había visto tantas veces, y su cabello rizado había sido domado temporalmente en un recatado moño en la nuca.

Estaba tan hermosa como si hubiera salido de un salón londinense, pero verla allí, rodeada por las tablas de madera de su barco, con los crujidos y gemidos de la embarcación a su alrededor, parecía algo más allá del reino de la fantasía.

—Ah... ¿quieres que le quite la capa a la señora? —preguntó Tim desde la puerta.

Alex apartó la mirada de Caroline con dificultad.

—No, Tim, no hace falta. Por favor, cierra la puerta al salir y asegúrate de que no nos molesten.

—Sí, capitán.

La puerta se cerró detrás del segundo oficial con un suave clic, dejándolos solos.

Caroline parecía estar esperando algo. Finalmente, dijo:

—¿Te importa si me quito la capa?

Él sacudió la cabeza para despejarse, dándose cuenta de que la había estado mirando como un muchacho ingenuo que nunca había visto a una mujer.

—Por supuesto. Perdona mi descortesía, es que me ha sorprendido mucho verte aquí.

—Yo también estoy bastante sorprendida de encontrarme aquí, pero tengo un asunto urgente que discutir. —Se quitó la capa de los hombros y se la entregó a él. Él la cogió y fue a colgarla en un gancho, maravillándose de cómo su aroma se mezclaba con los olores familiares de la madera, el mar y el alquitrán.

—¿Le gustaría tomar algo para refrescarse? —Volvió a su escritorio para mostrarle la botella de brandy—. Acaba de llegar de Francia.

—No, gracias, capitán —dijo ella con un movimiento de cabeza que hizo que la luz de las velas bailara entre su cabello—. No soy muy aficionada a las bebidas alcohólicas.

Él sonrió.

—Creo recordar que te permitiste un poco de jerez una noche.

Ella se sonrojó adorablemente.

—Sí, bueno, hubo circunstancias atenuantes.

—Sí, las hubo —murmuró él, y ella se sonrojó aún más—. ¿Te apetece algo más? Puedo pedirle a Tim que traiga un poco de té.

—No, gracias. —Ella juntó las manos delante de sí y entrelazó los dedos—. ¿Te importa si me siento?

Él se estremeció ante su propia estupidez.

—Por supuesto que no. Por favor, siéntate. Lo siento. —Ella se sentó en una silla cercana y él se hundió en la suya, dando un gran trago al brandy mientras lo hacía—. ¿De qué querías hablar conmigo?

—No has venido a cenar esta noche —señaló ella.

Él arqueó las cejas divertido-

—¿Te ha enviado mi abuelo para reprenderme?

—¡Por supuesto que no! —Respiró hondo y jugueteó con los pliegues de la falda—. Solo era una observación. Lady Farvendale estaba muy molesta con Su Excelencia porque no has venido.

—¿Lady Farvendale? No me digas que ese viejo tonto invitó a Penélope y a su abuela a cenar después de que le dije expresamente

que no me casaría con la chica.

—Me temo que sí —confesó ella—. Pero no te desanimes, capitán. Parece que el nieto de Lady Agatha está interesado en cortejar a Lady Penélope.

—¿Norbert? ¿En serio? Bueno, le deseo suerte. Ella nunca fue mi tipo. Me pregunto en qué estaba pensando mi abuelo.

—Probablemente que quiere que te quedes en Inglaterra.

Él resopló.

—Eso nunca sucederá.

—Lo sé —susurró ella.

Se produjo un silencio incómodo. Alex bebió un sorbo de brandy y la observó, preguntándose cómo habían llegado a esa situación. ¿Cómo habían pasado de ser amantes apasionados a mantener una conversación cortés? La enormidad de lo que había perdido lo carcomía por dentro.

—Entonces —dijo, dándose cuenta demasiado tarde de lo duro que sonaba su tono—. Si no has venido aquí para reprenderme por faltar a la cena, ¿por qué estás aquí? ¿Qué es ese asunto tan urgente?

Ella se mordió el labio.

—Se trata de Alis.

Él dejó la copa y centró toda su atención en ella.

—¿Qué le pasa a Alis?

—Oh, está perfectamente de salud —le aseguró Caroline—. Se trata de otro asunto completamente distinto y, por favor, perdóname, capitán, pero me resulta bastante difícil de explicar.

Él volvió a coger la copa.

—¿Difícil en qué sentido? ¿Porque la historia es complicada o porque te da vergüenza contarla?

—Ambas cosas —admitió ella.

La observó mordisquearse el labio inferior y reprimió el impulso de atraerla hacia sí. Apenas podía creer que ella estuviera allí, en su barco, sin acompañante, y lo único que podía hacer era recordar que era un caballero.

—Nunca hemos tenido problemas para hablar entre nosotros, Caroline —dijo en voz baja.

—Lo sé. Pero es un asunto delicado y... —Suspiró y lo miró a los ojos, con expresión seria—. Nadie más me escucha y estoy

preocupada por Alis.

Dejó la copa y extendió la mano para posarla sobre la de ella, que descansaba en su regazo.

—Yo te escucharé, Caroline.

Ella miró sus manos durante un momento.

—Alex —murmuró ella—, quizá no quieras que tenga ningún contacto con tu hermana una vez que te haya contado mi historia.

—Lo dudo —se burló él—. Eres su amiga más querida y la única persona en quien confío para su seguridad. —Deslizó la mano bajo la de ella y entrelazó sus dedos—. Ahora dime qué te preocupa.

Ella apretó los dedos contra los de él.

—Lord Arndale ha estado cortejando a tu hermana.

—¿El hermano de tu marido? —Ella asintió y él replicó—: Lo he visto por ahí. Nunca he visto a un pavo real más grande. No te preocupes, Alis no tendrá nada que ver con él.

—Me temo que te equivocas —respondió ella—. He intentado decirle a Alis qué tipo de hombre es Gabriel, pero me ha acusado de quererlo para mí. —Sus labios se torcieron con disgusto—. ¡Como si

hubiera eludido sus insinuaciones durante los últimos once años solo para convertirme en su esposa! ¡Uf!

Alex se quedó paralizado y apretó los dedos alrededor de los de ella.

—¿Qué quieres decir con «eludido sus insinuaciones»? —preguntó en voz baja.

Ella negó con la cabeza, sin mirarlo a los ojos.

—Lo siento, debería haber empezado por el principio.

—Caroline. —Alex esperó a que ella lo mirara. Odiaba la desesperación que veía en sus hermosos ojos marrones—. ¿Alguna vez te hizo daño?

—No en el sentido que tú crees. Ha estado intentando llevarme a la cama desde antes de que me casara con su hermano, pero nunca me ha obligado. Al menos, no físicamente.

Alex apretó la mandíbula al oír la naturalidad con la que ella describía años de atenciones no deseadas.

—Caroline, ¿por qué no empiezas por el principio?

Ella suspiró.

—Cuando tenía dieciocho años, creía que estaba enamorada de Gabriel. Mi padre nos encontró abrazados y exigió que Gabriel se casara conmigo. El padre de Gabriel dijo que mis orígenes no eran lo suficientemente impresionantes como para casarse con su heredero, pero como mi padre era un hombre con cierto poder político, el conde ofreció a su hijo menor para acallar el escándalo

—¡Qué cabrón!

Caroline le dedicó una sonrisa secreta que le estremeció el corazón.

—A menudo pensé lo mismo, —confesó—. Pero las damas no dicen esas cosas.

Luego, su expresión se volvió seria.

—Gabriel nunca dejó de intentar seducirme, incluso después de que me casara con su hermano —confesó—. Sabiendo lo que sé ahora de él, creo que me habría arruinado por completo si mi padre no hubiera entrado en el invernadero en ese momento.

—No lo dudo —asintió Alex con rudeza—. ¿Y ese es el canalla que está cortejando a mi hermana? ¡Ese sinvergüenza no la llevará ni cerca del altar!

—Gracias, Alex —respondió ella, apretándole la mano.

—Caroline —musitó él en voz baja—, no ha sido fácil para ti contármelo. Sé lo mucho que te importa tu reputación.

Ella asintió con la cabeza.

Él tomó ambas manos entre las suyas.

—Me honra que hayas decidido confiar en mí.

Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla.

—No tenía a nadie más a quien recurrir —susurró.

Él se puso de pie, la ayudó a levantarse y la atrajo hacia sí. Ella acurrucó la cara en su hombro.

—No pasa nada. Puedes contarme lo que sea, yo siempre te amaré.

Ella levantó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué has dicho?

—Maldita sea —murmuró él al darse cuenta de lo que había admitido—. He dicho que siempre te querré, aunque no quería decírtelo así.

—¿Tú me *quieres*?

—Sí. —Le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarle a los ojos y ver la verdad—. Te amo, Caroline Crawford, con tu pasado manchado y todo.

—Dios mío —susurró ella. Luego lo besó, y él se perdió en el placer de su contacto. Quizás tenían una oportunidad, después de todo.

Capítulo 18

¡Alex estaba enamorado de ella! De repente, el mundo parecía un lugar brillante y hermoso.

—Dios, cómo te he echado de menos —murmuró él, tomando el control del beso y haciéndola perder la cabeza—. He estado aquí sentado soñando con volver a tenerte entre mis brazos.

—Estoy aquí —indicó ella—. Tenía miedo de que me odiaras.

Él se apartó y la miró fijamente.

—¿Por qué? ¿Porque una joven se enamoró del hombre equivocado? ¿Sabes cuántas veces Alis pensó que estaba enamorada de algún granuja? Cuando tenía catorce años, declaró su amor por Tim, y él se marchó a la India hasta que ella recobró el sentido común.

—Un inglés pensaría que estoy deshonrada —dijo ella, acariciándole el hombro.

—Entonces es una suerte que yo no sea inglés. —Su sonrisa se volvió maliciosa y el brillo hambriento de sus ojos le hizo flaquear las rodillas.

—Te deseo, Caroline, —musitó—. Ven a la cama conmigo.

Su corazón latía con fuerza y la sangre le bullía en las venas como melaza caliente. Dudó, insegura sobre su futuro. Pero entonces él le llevó la palma de la mano a la boca y le mordió suavemente la yema del pulgar, y el sentido común se disolvió en una pasión absoluta.

Él la amaba. De alguna manera podrían hacer que funcionara.

—Eres tan hermosa, —declaró, acariciándole el rostro con las manos una vez más. Su beso fue suave como una pluma, y le mordisqueó suavemente los labios, derritiendo su interior como cera caliente—. Ven a la cama, Caroline.

Ella dio un gemido de consentimiento.

Él desabrochó los numerosos botones de su vestido mientras ella le abría la camisa y acariciaba con la nariz el cabello oscuro que salpicaba su pecho. Intentó deslizar el vestido por sus brazos, pero ella había conseguido abrirle completamente la camisa y, cuando presionó la boca contra uno de sus pezones, él respondió con un

siseo, echando la cabeza hacia atrás y apretando con fuerza el vestido entre las manos.

Ella siguió provocando su pezón con los labios y la lengua hasta que él atrajo su boca hacia la suya, besándola profundamente y deslizando la lengua en su boca.

Ella gimió y se arqueó contra él, entrelazando los brazos alrededor de su cuello hasta que el beso se suavizó y él le acarició el rostro con ternura con la palma de la mano.

Su ternura la desarmó. No pudo hacer nada más que aferrarse a él mientras su vestido se amontonaba a sus pies, y él le acariciaba el trasero a través de la fina tela de la camisa, mordisqueándole los labios hasta que ella ansió que la tomara.

—Alex —susurró ella contra su boca.

Él deslizó una mano bajo su muslo, tirando de su pierna sobre su cadera mientras le mordisqueaba suavemente el labio inferior entre los dientes. Ella podía sentirlo, duro y listo, a través de sus pantalones, pero él se tomaba su tiempo, como si ella fuera un licor fino para ser saboreado.

—¿Qué me estás haciendo? —murmuró ella, perdida en la sensación.

—Amarte, —susurró él, tirando de la tira de su camisa y depositando un beso en su hombro—. Quiero pasar toda la noche amándote.

De alguna manera, llegaron a su cama.

Alex cayó hacia atrás, llevándola con él, de modo que ella quedó tumbada sobre él, y su camisa se levantó, dejando al descubierto su trasero al aire fresco. Ella chilló e intentó volver a colocarse la frágil prenda interior, pero él la detuvo con una mano sobre su piel desnuda, acariciándola hasta que ella se olvidó de todo excepto de su tacto.

—Te necesito, —gimió él, deslizando una mano entre sus muslos. Su boca encontró uno de sus pezones a través de la fina camisa y lo chupó con fuerza, mientras sus dedos acariciaban sus pliegues húmedos.

Ella gimió y dejó caer la cabeza hacia adelante. Ya había perdido algunas horquillas, así que se quitó el resto, dejando que la masa rizada de color caramelo cayera a su alrededor.

Él emitió un sonido de aprobación y enredó la otra mano en su cabello, acercando su rostro al de ella para darle un beso ardiente y con la boca abierta. Sus hábiles dedos continuaron jugando entre

sus muslos hasta que ella pensó que se volvería loca. Hambrienta, presionó la palma de su mano contra la parte delantera de sus pantalones.

Él gimió, rompiendo el beso y dejando caer la cabeza hacia atrás contra el colchón mientras ella lo exploraba a través de la tela de su ropa.

Cómo había echado de menos esto, la belleza de su cuerpo y el puro placer de su respuesta hambrienta. ¿Cómo había podido pensar, ni siquiera por un momento, que podría olvidar lo que tenían juntos, dar la espalda a una pasión tan poco común en favor de un matrimonio tibio con Sir James?

Alex era el único hombre que quería, el único hombre que querría jamás.

Se sentó a horcajadas sobre él, esquivando sus dedos inquisitivos cuando estos buscaron de nuevo la humedad entre sus muslos. Le agarró las muñecas y le inmovilizó las manos a ambos lados de la cabeza, sujetándolo allí, aunque sabía que él podría liberarse fácilmente si quisiera.

Permanecieron así durante un largo momento, respirando con dificultad, con los ojos clavados en un combate silencioso mientras el

cabello de ella caía como una cortina de seda a su alrededor.

—Déjame amarte —susurró ella, inclinándose para besarlo suavemente.

La tira de su camisa se deslizó por su hombro y él la agarró entre los dientes y tiró de ella.

—Quítame esto —dijo, dejando que la tela se deslizara entre sus labios—. Y luego tómame, si te atreves.

Su suave orden le provocó una oleada de deseo.

—Me atrevo, —susurró ella, soltándolo para deslizar ambas manos por su pecho. Cuando él se estremeció, ella sonrió con victoria femenina.

Él la alcanzó, le quitó la camisa y la arrojó al suelo. Enganchó un dedo en su collar de perlas.

—¿A que no pareces una dama recatada con tus bonitas perlas?

Soltó el collar y deslizó la mano por su cuerpo, rozando con los dedos sus pechos y la curva de su cadera. Ella se quedó sin aliento.

—Todo el mundo sabe que una dama nunca se quita las perlas —jadeó.

—Y tú eres toda una dama, ¿verdad? —le dijo él, ahuecando ambos pechos con las manos y mirando su cuerpo con descaro. Ella se arqueó al sentir su contacto, gimiendo mientras él acariciaba su suave piel hasta que sus pezones se endurecieron.

—¿Me deseas? —le preguntó él.

Ella asintió, atrapada por la sensación.

—¿Qué quieres? —la incitó él.

—Quiero... que estés dentro de mí, —susurró ella, mirándolo a los ojos sin vacilar.

Él le dedicó una sonrisa de pirata.

—Y yo anhelo estar dentro de ti, mi amor. Mucho. Ahora, ¿por qué no te comportas como una dama y me lo pides con educación?

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué no *tú* me lo pides *a mí* con educación?

Antes de que pudiera pestañear, se encontró tumbada boca arriba debajo de él. Él deslizó el muslo entre las piernas de ella y las separó, presionando contra esa parte de ella que lo deseaba.

—Pídemelo con delicadeza —le ordenó.

—Alex... —suplicó ella.

—Pídemelo con delicadeza —repitió él, inclinando la cabeza para acariciar un pezón erecto. Ella gimió y arqueó la espalda, ofreciéndose a su boca, pero él se apartó, como un demonio. Era evidente que no continuaría hasta conseguir lo que quería.

—Te deseo —susurró ella finalmente, acariciándole la mejilla.

La cabeza le daba vueltas cuando él inclinó la cabeza hacia sus pechos y ella se aferró a él con las extremidades entumecidas por la excitación. De algún modo, él se quitó el resto de la ropa sin apartar la boca de ella. En algún momento lo sintió, duro y caliente contra su muslo. Finalmente se deslizó dentro de ella, con esa primera embestida hambrienta que nunca dejaba de quitarle el aliento.

Ella se aferró a él, envolviéndolo con sus brazos y piernas mientras él se movía con fuerza dentro de ella. Así era como debía ser, un intercambio de almas y cuerpos. Una expresión de emoción que no podía demostrarse de otra manera.

Él la miró a los ojos, con sus ojos azules fijos, completamente concentrados en *ella*. Era todo lo que necesitaba para perderse. Se dejó llevar, con el cuerpo cantando de placer, mientras él le susurraba palabras de aliento al oído.

—Te quiero, —le dijo, y el mundo dejó de girar.



Después, Caroline yacía contenta en los brazos de Alex, el latido de su corazón era un consuelo contra su piel. Una luz de felicidad la inundó, una emoción que no había sentido en mucho tiempo.

Había ocurrido un milagro: Alex la amaba. El futuro ahora tenía más posibilidades. Él sabía que ella no se conformaría con menos que el matrimonio, así que debía estar planeando hacerlo. Quizás eso significaba que por fin estaba listo para olvidar el pasado y arreglar las cosas con su abuelo. Él asumiría su título y se casarían.

Pero ¿y si el duque se oponía? ¿Y si pensaba que ella no era lo suficientemente buena para Alex? Preocupada, se acurrucó más contra Alex y le acarició el pecho desnudo con la mano. Él le cubrió la mano con la suya y entrelazó sus dedos sobre su corazón.

Ella se relajó. Alex no permitiría que el duque se interpusiera entre ellos. Llamaron a la puerta.

Alex se incorporó en la cama.

—Les dije que no nos molestaran. Maldita sea. —Apartó las mantas y cogió los pantalones. Caroline no podía apartar los ojos de su figura delgada y musculosa mientras se ponía la prenda y se dirigía a la puerta, abrochándose los pantalones mientras caminaba.

—¿Qué pasa? —ladró, abriendo la puerta a medias.

—Siento molestarle, capitán —dijo Tim O'Brien disculpándose —. Es solo que tenemos un pequeño problema con el tabernero.

—¿Un problema que no podía esperar hasta mañana? —gruñó Alex, saliendo y cerrando la puerta casi por completo.

Caroline sonrió ante el tono malhumorado de Alex y se acurrucó más bajo las mantas. Era evidente que le había molestado la interrupción, y eso la emocionaba. Mientras se relajaba en la cama, que aún conservaba el aroma de su encuentro amoroso, podía oír la conversación a través de la puerta entreabierta.

—Esto no puede esperar si piensas marcharte dentro de dos días, como has dicho —decía Tim—. El comerciante se está poniendo difícil.

Aún sonriendo, Caroline esperó a oír a Alex decirle a su compañero que los planes habían cambiado.

—Sigo teniendo intención de zarpar dentro de dos días —respondió Alex—. ¡Malditos comerciantes ingleses! Me alegraré de dejar este maldito país.

La sonrisa se borró del rostro de Caroline.

—¿Qué problema tiene ese tipo? —continuó Alex—. Apuesto a que quiere más dinero.

—Eso es —confirmó Tim—. Dice que puede vendérselo a otro por más dinero, así que, si lo queremos, tenemos que pagarle el mismo precio y recogerlo esta noche.

Caroline se incorporó lentamente en la cama.

—Maldito ladrón —gruñó Alex—. Me encargaré de ello inmediatamente.

—Lo siento, capitán —se disculpó Tim—. Sé que tiene compañía.

Caroline se deslizó de la cama y recogió la camisa del suelo. Se la puso mientras escuchaba la respuesta de Alex.

—No pasa nada, Tim —respondió Alex finalmente—. No hay nada que puedas hacer. Esta gente es muy codiciosa.

Caroline respiró hondo y se puso el vestido azul pálido por la cabeza. Él nunca había tenido intención de casarse con ella, ni de quedarse en Inglaterra. Odiaba a los ingleses y siempre los odiaría. El brillante futuro que ella había imaginado se hizo añicos.

Gracias a Dios que no le había dicho que lo amaba.

—Estaré en cubierta en un momento, Tim. Asegúrate de que haya alguien disponible para acompañar a la señora a casa.

—Sí, señor.

Cuando Alex volvió a entrar en la cabina, Caroline había conseguido abrocharse casi todos los botones del vestido. Era difícil sin una doncella que la ayudara, pero al menos estaba presentable.

—Hola —saludó Alex con una sonrisa cariñosa—. Te has vestido muy rápido.

—Voy a volver a la casa del duque —respondió ella sin tono alguno. Era lo único que podía hacer para no echarse a llorar.

—Esperaba que pudiéramos pasar unos minutos más juntos. —Le puso las manos sobre los hombros. El calor que se extendió por su piel era más de lo que podía soportar, y se apartó de él.

—Tengo que irme —espetó, incapaz de ocultar el tono cortante de su voz—. ¿Dónde están mis zapatillas?

—Caroline, ¿qué pasa?

Buscó sus zapatillas, tiradas a ambos lados de la habitación.

—No pasa nada, capitán. Somos exactamente lo que éramos antes, ni más ni menos.

Se sentó en una silla y se puso las zapatillas con mucho cuidado para no tener que mirarlo.

Él se acercó y se arrodilló ante ella, agarrando los brazos de la silla y atrapándola allí.

—¿Qué pasa? ¿Estás llorando?

—No. —Una lágrima resbaló por su mejilla y la delató. Desafiante, se la secó y lo miró a los ojos. Oh, esos hermosos ojos azules. Él la miraba con tanto amor, con tanta ternura.

Una mentira. Una imposibilidad.

Nada había cambiado, y ella era una necia por pensar que sería diferente.

—¿Qué pasa? Te lo advierto, Caroline, no te irás hasta que me lo hayas dicho.

—No me amenaces. —Ella lo agarró de un brazo con ambas manos y lo empujó, luego se levantó de la silla—. No soy una niña como tu hermana, Alex. Soy una mujer adulta y me tratarás como tal.

—Creía que lo estaba haciendo.

Su intento de coqueteo fracasó. Ella solo lo miró, con el corazón helado, a pesar de que algo dentro de ella la empujaba hacia él.

Él se levantó, con preocupación en los ojos.

—Caroline, háblame.

—Quizá deberías hablar tú, Alex —dijo ella en voz baja—. Quizá deberías decirme exactamente qué ha pasado aquí esta noche.

—Ya sabes lo que ha pasado. —Él extendió la mano y le acarició la mejilla—. Hemos hecho el amor.

—¿Sí? —Ella se apartó bruscamente de él.

Él frunció el ceño.

—No juegues conmigo, Caroline. Nunca lo has hecho antes.

—Nunca me había encontrado en esta situación. Nunca había hecho el amor con un hombre, —continuó ella, alzando la voz—, ¡solo para descubrir momentos después que él tiene intención de abandonarme!

—No tengo intención de dejarte.

—Zarpas hacia Boston dentro de dos días, ¡eso me suena a marcharse!

—Ven conmigo. —Le tomó la mano.

Ella lo miró fijamente.

—¿A Estados Unidos?

—Sí, a Estados Unidos. No tienes por qué hacer que parezca que te estoy pidiendo que me acompañes a un viaje al infierno.

—Mi hogar está en Inglaterra —susurró ella.

—Puedes hacer tu nuevo hogar en América. Conmigo.

—Pero yo pertenezco aquí.

—¡Maldita sea, Caroline, eres tan terca! ¿Por qué quieres quedarte en un país que te ha tratado tan mal? —le espetó él—. Si te vienes conmigo, podrás empezar una nueva vida.

Una parte de ella la instaba a irse con él, a seguirlo adondequiera que la llevara. Otra parte, la que la había mantenido en pie durante tanto tiempo, le recordaba que sus objetivos estaban a su alcance. Podría tener todo lo que siempre había deseado si le decía que sí a Sir James.

Pero no todo. No tendría a Alex.

El dolor la hizo estallar.

—¿Me estás llamando terca? ¿Y tú qué? Tú aún no has arreglado las cosas con tu abuelo —lo acusó—. En lugar de eso, vuelves a huir. ¿Por qué te escondes de tus emociones?

Él frunció el ceño.

—¿Cómo puedes decir que me escondo de mis emociones cuando acabo de pasar la última hora demostrándote cuánto te amo?

—Dices las palabras —replicó ella—, y eres un amante increíble. Pero nada ha cambiado realmente en ti, Alex. Sigues teniendo la intención de volver a Estados Unidos sin asumir las responsabilidades de tu título. Sigues teniendo cosas sin resolver con tu abuelo. ¡Y sigues teniendo la intención de llevarte a Alis contigo, a pesar de que ella es muy feliz en Inglaterra!

—¿No me advertiste que Alis no estaba segura aquí? —le espetó él—. Y ahora me dices que la deje aquí.

—Digo que deberías dejarla elegir.

—¿Por qué? Yo te dejé elegir y tú no me elegiste a mí. —La miró fijamente, con los ojos apagados—. No sé qué quieres de mí, Caroline. Has puesto mi mundo patas arriba. Quiero que seas mi esposa, pero no puedo quedarme aquí, en Inglaterra. Tengo un negocio que dirigir en Boston y ya he estado fuera demasiado tiempo.

—¿Quieres casarte conmigo? —susurró ella, con la esperanza creciendo en su pecho.

—¡Por supuesto que quiero casarme contigo! —gritó él—. ¿Creías que quería que vinieras a casa conmigo para hacerte mi amante?

—No lo sabía —replicó ella—. Nunca me has pedido que me case contigo.

—¿Lo harás?

Ella lo miró fijamente, con las emociones en conflicto dentro de sí. Si se casaba con Sir James, sabía cómo sería su vida:

exactamente lo que siempre había deseado. Pero no habría pasión. Afecto, cariño, sí; pero no amor.

Si se casaba con Alex, tendría la pasión y el amor, pero tendría que dejar atrás todo lo que había conocido para una vida que se extendía ante ella en una niebla de incertidumbre.

¿Qué pasaría si las cosas no funcionaban con Alex? Estaría perdida y sola en un país desconocido. Al menos en Inglaterra sabía cuál era su lugar.

No podía precipitarse.

—Te amo —confesó en voz baja, admitiéndolo por primera vez —. No deseo nada más que ser tu esposa. Pero si nos casamos, tienes intención de que vivamos en Estados Unidos.

—Sí. —Le tomó el rostro entre las manos—. Boston se parece mucho a Londres, Caroline, solo que no hay tanto esnobismo social. En Estados Unidos se juzga a un hombre por lo que ha hecho, no por quiénes fueron sus antepasados.

—No sé si podré hacerlo —dijo ella con voz temblorosa—. No sé si podré dejar atrás todo lo que he conocido. Necesito pensarlo.

Él cerró los ojos un momento, con la decepción reflejada en el rostro. Pero luego los volvió a abrir y le sonrió, acariciándole las

mejillas con los pulgares.

—Pero no estás diciendo que no, ¿verdad?

—No estoy diciendo que no —asintió ella—. Pero *tú* también tienes que pensarlo, Alex. Tu abuelo es un anciano. Quizá deberías arreglar las cosas con él antes de que sea demasiado tarde.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Si tú puedes pedirme que deje atrás mi pasado, yo puedo pedirte que dejes atrás el tuyo.

Él apartó las manos de su rostro y dio un paso atrás.

—¿Tan importante es para ti?

—Me cuesta aceptar que te niegues a asumir tus responsabilidades.

—Es solo un título pomposo, —se burló él, haciendo un gesto con la mano en señal de desprecio.

—No, es más que eso, —le explicó ella con sinceridad—. Hay propiedades asociadas a ese título, y personas que viven en esas propiedades que necesitan y merecen un líder responsable. No pueden existir sin él.

—Tienen a mi abuelo.

—¿Por cuánto tiempo? Alex, tu abuelo tiene ochenta y cinco años. ¡Es un milagro que esté tan bien! Pero no podrá seguir con las responsabilidades de la nobleza por mucho más tiempo. Tienes que reclamar tu derecho de nacimiento.

—¿Es eso lo que quieres en un marido, un título inglés elegante para poder jugar a ser la señora de la mansión? —gruñó él.

Ella se estremeció como si la hubieran golpeado.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Te he ofrecido mi nombre y mi vida en Estados Unidos para compartirla —confesó él—. Pero eso no es suficiente para ti.

—Estás tergiversando mis palabras.

—Quizá sería mejor que te casaras con Sir James —replicó él —. Es obvio que mi amor no puede compararse con las fincas lujosas y la aprobación de la sociedad superficial.

Ella se dirigió a la cama y empezó a buscar sus horquillas.

—Si eso es lo que piensas de mí, Alex, entonces no tenemos nada más que discutir.

—Si así lo crees, no hay nada más que añadir.

Se detuvo, apenas podía respirar por el dolor que le causaban sus palabras. Pero era una superviviente. Había soportado la obsesión de Gabriel, un matrimonio sin amor, la desaprobación y la muerte de su padre. Sobreviviría también a Alex Chilton.

Solo que no sabía si después le quedaría corazón.

El silencio se prolongó entre ellos.

—Haré que un hombre te acompañe a casa —dijo Alex finalmente.

—Gracias. —Empezó a recogerse lentamente el pelo en un moño a la nuca, dándole la espalda. Si miraba esos hermosos ojos azules, sabía que rompería a llorar.

Lo oyó acercarse por detrás y sintió el calor de su cuerpo cuando se detuvo a pocos centímetros de ella. Entonces la tocó, acariciándole el hombro desnudo.

—Le he dicho a Alis que me quedaré para su baile de debut mañana por la noche —dijo en voz baja—, pero después me iré a casa. —Sus dedos se apretaron sobre el hombro de ella—. Si decides venir conmigo...

Ella cerró los dedos sobre los de él, incapaz de mirarlo. Incapaz de contener las lágrimas por más tiempo.

—Lo sé.

Él retiró la mano, dejando un rastro helado donde antes estaba el calor de su piel.

—Haré que alguien te acompañe a casa.

Capítulo 19

El baile de debut de la señorita Alyson Huntly-Chilton era el evento más importante de la temporada. Alis parecía una joven diosa con un vestido blanco puro con destellos plateados y perlas adornando su cuello, sus orejas y su cabello. Aún había cierta frialdad entre ella y Caroline, pero Alis estaba tan emocionada por el baile que se celebraba en su honor que prácticamente se olvidó de su enfado cuando empezaron a llegar los invitados.

En poco tiempo, la casa se llenó hasta los topes. El duque llevó a Alis al primer baile y, después, los jóvenes solteros se agolparon alrededor de la joven americana, compitiendo por su atención.

Caroline observaba todo como desde lejos. Si hubiera sido la misma persona que era hace unas semanas, se habría regodeado en este triunfo. Gracias a su tutela, Alis era todo un éxito social. El

duque incluso había llegado a murmurarle un cumplido al respecto. Debería estar eufórica, ya que todos sus planes se estaban haciendo realidad.

En cambio, se sentía como una extraña en su propio mundo. Observaba el baile de los actores sociales como si estuviera entre el público de un teatro.

¿De verdad le importaba lo que pensaran de ella?

Esperó a que la conmocionara esa idea tan rebelde, pero nunca llegó. Asombrada de sí misma, exploró con cautela esas nuevas ideas, totalmente opuestas a lo que había creído durante tantos años.

¿Cuántas vidas se habían arruinado por la desaprobación de la sociedad? ¿Cuántas chicas inocentes habían acabado en matrimonios sin amor por un paso en falso en medio de las complicadas reglas del llamado Mundo Cortés? ¿Cuántas fortunas se habían perdido? ¿Cuántos corazones se habían roto?

Demasiadas.

¿De verdad quería pasar su vida entre esa gente voluble, gente que se volvería contra ella en un instante si pensaran que eso les proporcionaría un jugoso cotilleo con el que entretenerse? Había

luchado mucho y duro para conseguir precisamente eso, y de repente todo le parecía una tontería. ¿Por qué se había aferrado durante tanto tiempo a una forma de vida que le había hecho más mal que bien?

Por su padre, tal vez. Le había fallado al casi provocar un escándalo, y su muerte tan poco después de su matrimonio la había dejado con la sensación de que había asuntos pendientes entre ellos. Ahora se daba cuenta de que nunca recuperaría la aprobación de su padre. Había muerto antes de poder dársela, y tenía que aceptarlo. Quizá la sociedad había ocupado el lugar de su padre en algún lugar de su mente, y por eso se encontraba intentando demostrar su valía a un grupo de personas que no se preocupaban por ella ni la conocían en absoluto.

Debería haber intentado demostrárselo a sí misma.

Sí. Una oleada de certeza la invadió, y fue como si alguien le hubiera quitado un peso de encima. ¿Por qué se había esforzado tanto por ser aceptada? No respondía ante nadie más que ante sí misma y su creador.

Mientras miraba a su alrededor en el opulento salón de baile, se dio cuenta de que los deslumbrantes nobles de Inglaterra no le

proporcionaban la seguridad que necesitaba para ser feliz. Tenía que crear su propio sentimiento de seguridad dentro de sí misma y, para ello, tenía que ser lo suficientemente valiente como para confiar en sí misma y dejar atrás el pasado.

Un movimiento cerca de las puertas del salón de baile llamó su atención y vio a Alex entrar en la sala.

¡Qué diferente era esta entrada de la primera vez que lo había visto! El salvaje bárbaro americano había desaparecido y en su lugar se encontraba un marqués elegante y apuesto que parecía en todo momento el nieto del duque de Wessex.

Alex vestía de negro liso, su color favorito, y la austeridad solo se veía rota por el blanco inmaculado de la camisa y el pañuelo del cuello. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás y recogido en una coleta, lo que resaltaba la noble nariz de los Huntly y las cejas marcadas. Sus ojos azules brillaban como piedras preciosas mientras observaba a la multitud.

Entró en la sala, sin duda buscando a Alis, y Caroline no pudo evitar fijarse en que caminaba con el mismo orgullo con el que lo hacía por la cubierta de su barco.

Para él, eran lo mismo, ni más ni menos.

Giró la cabeza y la vio. Por un momento, dudó. Luego cruzó la sala hacia ella.

Su corazón latía con fuerza mientras él se acercaba, emocionada por su mera presencia. No tenía que decir nada, no tenía que hacer nada. Solo tenía que estar en la misma habitación que ella para que ella reaccionara ante él.

Eso era lo que ella quería. Quería sentirse viva. Quería sentirse hermosa y deseada.

Este hombre la quería, simple y llanamente. Y ella lo quería a él.

De repente, Estados Unidos adquirió un matiz diferente. En lugar de parecer una tierra de oscura incertidumbre, ahora lo veía como una oportunidad brillante y resplandeciente para el descubrimiento.

Y el matrimonio con Alex lo parecía aún más.

—¿Me concede este baile, señora Crawford? —La voz familiar apartó la mirada de Caroline de Alex. Sir James le sonrió, habiéndose acercado sin que ella se diera cuenta. Volvió a mirar a Alex, pero solo vio su espalda mientras se alejaba entre la multitud.

Sus arraigados buenos modales tomaron el control. Incluso mientras tomaba la mano de Sir James para aceptar el baile, se dio cuenta de que su futuro quizá no era tan seguro como había pensado.

Y esa perspectiva no la alarmó en absoluto.



Cuando Alex vio a Sir James acercarse a Caroline, se dio la vuelta y se alejó. En otras circunstancias, habría continuado y habría competido con el otro hombre por la atención de Caroline, y habría ganado. Habría disfrutado desafiando al otro hombre y habría disfrutado de la reacción indignada de Caroline mientras se alejaba triunfante con ella del brazo.

Pero ella tenía que tomar sus propias decisiones, y él tenía que dejarla. Aunque le matara quedarse al margen y verla bailar en brazos de otro hombre.

Se sirvió una copa de champán, deseando que fuera brandy, y observó el espectáculo del baile de debut de Alis.

Alis estaba bailando con un joven pelirrojo de orejas grandes y parecía estar pasándolo muy bien. Parecía que ese era su lugar.

Se le hizo un nudo en el estómago. No quería que ella perteneciera a Inglaterra. Quería que se fuera a casa con él.

¿Y si ella no quería marcharse?

Bebió un sorbo de champán, alejando esos pensamientos dolorosos. No quería contemplar la idea de que pudiera haber perdido todo lo que le importaba.

—Así que te vas mañana, ¿no? —El duque se había acercado a él mientras no miraba. Echó un vistazo al anciano, pero su abuelo estaba observando a Alis, con una suave sonrisa en el rostro.

—Ese es mi plan.

—¿Piensas llevarte a Alyson contigo? —Thaddeus lo miró entonces, con sus ojos oscuros, penetrantes y escrutadores—. ¿Tanto si ella quiere irse como si no?

Una respuesta cortante acudió a Alex, pero se quedó en su boca, sin pronunciarse.

—No lo sé —admitió, sorprendiéndose a sí mismo.

También había sorprendido a su abuelo. Un destello de emoción cruzó el rostro del anciano antes de que pudiera ocultarlo, y Alex se estremeció hasta los huesos.

Soledad. Y esperanza.

El todopoderoso duque de Wessex era tan dolorosamente solitario como solía serlo él mismo, aunque en el caso del duque, aquella soledad era culpa propia.

Quizás eran más parecidos de lo que él pensaba.

La idea hizo que Alex diera otro trago de champán. No quería pensar en su abuelo como un ser humano. No quería mirarlo y darse cuenta de que el monstruo de su infancia no era más que un anciano cansado que sufría los mismos demonios que él.

Las palabras de Caroline le vinieron a la mente:
¿Nunca se te ocurrió que él estaba tan herido como tú cuando murió tu padre? Tu padre era su hijo. ¿Cómo crees que se sintió al saber que sus acciones habían precipitado la muerte de su hijo?

Alex no tenía hijos, pero tenía a Alis, que a veces se había sentido más como su hija que como su hermana. ¿Cómo se sentiría si hiciera algo que provocara la muerte de Alis?

El dolor y el sufrimiento rivalizarían con todos los fuegos del infierno.

—¿Así que has entrado en razón? —lo desafió su abuelo—. ¿Permitirás que Alyson se quede?

En otro tiempo se habría ofendido por el tono quejumbroso del anciano, pero ahora veía la agresividad del duque por lo que era: miedo.

—Alis es una mujer adulta —murmuró con suavidad—. Tomará sus propias decisiones.

La esperanza se encendió en los ojos del duque.

—¿Y tú, muchacho? ¿También te quedarás?

—No puedo. —Su mirada se desvió hacia Caroline.

—Ya veo.

—Tengo un negocio que dirigir —continuó Alex, apartando la vista cuando Caroline salió a la terraza del brazo de Sir James. Se encontró con la mirada del duque—. No espero que lo entiendas, pero hay gente que depende de mí para ganarse la vida. Ya he estado fuera demasiado tiempo.

El duque resopló.

—Nadie lo entendería mejor que yo, muchacho. Tengo a cientos de personas que dependen de mí para lo mismo. —Miró al otro lado de la sala—. Maldita sea, Agatha se ha vuelto a dormir. Será mejor que la despierte.

El anciano se dirigió al otro lado de la sala, dejando a Alex atónito por el hecho de que, después de todo, los dos no eran tan diferentes.



La luna llena brillaba con intensidad, derramando un amplio haz de luz fría sobre el pequeño jardín. Caroline se acercó a la barandilla y contempló los arbustos, las flores y las estatuas de mármol que relucían en aquella noche inquietante bañada por la luz lunar.

Tenía la sensación de saber por qué Sir James había buscado este momento de intimidad con ella y, por primera vez, no estaba segura de querer oír lo que tenía que decirle.

Él le tomó la mano y atrajo su mirada hacia su rostro.

—Querida Caroline...

—Sir James... —comenzó ella al mismo tiempo.

—No, Caroline, por favor, déjame decirlo. —Respiró hondo—. Han pasado muchos años desde que le pedí matrimonio a una mujer, y estoy un poco fuera de práctica.

Caroline se llevó una mano temblorosa al pecho.

—Dios mío —susurró, sin saber si estaba emocionada o aterrorizada.

—Caroline, siempre te he admirado —continuó Sir James—. Tu padre era un amigo muy querido para mí y te he visto crecer y convertirte en una mujer preciosa. Durante todo este tiempo he llegado a apreciar tu compañía y sería un honor para mí que aceptaras ser mi esposa.

Mientras él le sonreía con sus cálidos y amables ojos marrones, la emoción le hizo un nudo en la garganta.

—Veo que estás indecisa —observó Sir James cuando ella no respondió. Ella abrió la boca para hablar, pero él levantó una mano para silenciarla—. No digas nada. Piensa en mi propuesta y volveré el jueves para que me des una respuesta.

—Gracias —respondió ella en voz baja—. Me gustaría tener tiempo para considerar su amable oferta.

—¿Puedo acompañarla dentro? —preguntó él, ofreciéndole galantemente el brazo.

—En realidad, me gustaría estar sola unos momentos —pidió ella, con tono de disculpa—. Para pensar.

—Por supuesto. —Le llevó la mano a los labios—. Quizá pueda bailar un vals conmigo más tarde.

Ella le dedicó una débil sonrisa.

—Quizá.

Él no insistió más. Hizo una breve reverencia y se retiró al salón de baile con una sonrisa en los labios.

La belleza del jardín la atrajo, y bajó los escalones de piedra que conducían al pequeño espacio verde que hacía las veces de jardín. Se dejó caer en un banco de piedra, con las emociones a flor de piel.

Se encontraba en una encrucijada. Podía seguir un camino con Sir James a su lado y vivir una vida cómoda en Inglaterra como miembro respetado de la alta sociedad. O podía seguir el otro camino con Alex, convertirse en su esposa y regresar con él a Estados Unidos. No tenía ni idea de qué esperar, pero con el amor

de Alex para sostenerla, no tenía ninguna duda de que podrían capear cualquier tormenta.

Ambos hombres eran lo suficientemente ricos como para pagar las deudas de Mike, y ambos eran más que suficientes para desanimar la decidida persecución de Gabriel. Pero, ¿a cuál debía elegir?

Sir James la trataría con amabilidad y respeto. A Caroline Whigby le esperaban años de tranquilidad. Si se casaba con Alex, no tenía ninguna duda de que los dos seguirían teniendo discusiones acaloradas. Sin duda, sentiría constantemente el deseo de lanzarle un jarrón a la cabeza cuando se mostrara terco, pero cuando todo hubiera pasado, siempre se sentiría segura de su amor.

Alex la amaba. Sir James le tenía mucho cariño. Realmente no había elección.

Alex era el hombre al que amaba y se casaría con él, aunque eso significara abandonar Inglaterra para siempre. Echaría de menos Inglaterra, pero ¿tan malo podía ser Estados Unidos si Alex deseaba tanto volver allí? Y había cosas que *no echaría* de menos aquí, como el esnobismo de la nobleza inglesa y el miedo constante al

escándalo. En definitiva, quizá incluso le apeteciera ir a Estados Unidos.

—Vaya, vaya, vaya —musitó una voz que destrozó sus pensamientos y le heló la sangre—. Buenas noches, querida Caroline.

Caroline se puso en pie de un salto cuando Gabriel salió de las sombras del jardín detrás de ella.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

—Me han invitado al baile, por supuesto. —La luz de la luna convertía su cabello rubio en plata dorada a medida que se acercaba. Llevaba ropa oscura, por lo que se había mimetizado muy bien con la oscuridad. Ella se negó a retroceder ni un paso, aunque todos los instintos de su cuerpo le instaban a hacerlo.

—El baile es en la casa, Gabriel.

—¿Qué clase de caballero sería si dejara a una dama sola en un jardín apartado? —ronroneó él—. A diferencia de tu pretendiente, jamás se me ocurriría dejarte sola, querida Caroline.

Las palabras contenían una amenaza casual que la paralizó con su sutil amenaza. Él extendió la mano y le acarició la mejilla. Una

oleada de repulsión la sacó de su trance y se apartó bruscamente de él.

—¡Quita tus manos de encima!

Rápido como una serpiente, la agarró por los brazos y la atrajo hacia él.

—Nunca, querida Caroline. He esperado demasiado para tenerte entre mis brazos.

Ella se debatió, pero él era increíblemente fuerte.

—¡Suéltame ahora mismo, Gabriel!

—No eres la paloma que esperaba atrapar esta noche, pero aceptaré la elección del destino.

Ella abrió la boca para gritar, pero él rápidamente la rodeó con un brazo mientras ella se debatía y le cerró la otra mano alrededor del cuello. Ella le lanzó una mirada aterrada, apenas capaz de respirar, y mucho menos de pedir ayuda.

Sus ojos brillaban a la luz de la luna.

—Eres mía, Caroline. ¡Por fin eres mía!

Su visión se llenó de manchas negras y su rostro comenzó a difuminarse. Luchó por respirar, pero parecía incapaz de tomar aire

suficiente. Todo comenzó a desvanecerse...



Alis permanecía inmóvil en las sombras de la terraza, con su oscuro manto ocultándola de cualquiera que pudiera estar observándola.

Conmocionada, observó cómo Gabriel estrangulaba a Caroline hasta dejarla inconsciente y luego cargaba su cuerpo inerte a través de la pequeña puerta del jardín, alejándose de la casa. Ni siquiera podía gritar para pedir ayuda; ni podía correr en busca de auxilio.

El hombre al que amaba se había convertido en un monstruo.

No eres la paloma que esperaba atrapar esta noche.

Con los dedos fríos como el hielo, arrugó la nota que él le había enviado hasta formar una pequeña bola. Si no fuera por un capricho del destino, ahora estaría felizmente de camino a Gretna Green en el carruaje de Gabriel, decidida a convertirse en su esposa.

¡Qué tonta había sido!

Una lágrima le resbaló por la mejilla y se la secó con el dorso de la mano. Nunca debería haber escuchado sus promesas, sus

mentiras. Había acudido a él cuando estaba enfadada con Caroline, le había creído cuando le dijo que Caroline llevaba años persiguiéndole. Mentiras, todo mentiras. Y luego, temiendo que Alex la llevara de vuelta a Estados Unidos en contra de su voluntad, había aceptado sin dudarlo la sugerencia de Gabriel de huir y casarse. Se había convencido a sí misma de que su abuelo lo entendería.

¿Por qué había ignorado los consejos de las personas que la querían? Por su estupidez, Caroline estaba ahora en peligro.

¡Mientras *ella* se quedaba allí, sumida en la autocompasión!

Se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras hacia la casa. Alex sabría qué hacer.

Capítulo 20

Alex hacía todo lo posible por no mirar hacia las puertas de la terraza cuando apareció Alis. Por la expresión de su rostro, supo inmediatamente que algo iba mal. Sin prestar atención a las miradas que atraía, se apresuró a acercarse a él, con los ojos muy abiertos por la angustia.

—Han secuestrado a Caroline —jadeó, agarrándole del brazo.

La alarma endureció su voz.

—Maldito sea Sir James...

—No, él no. Ha sido Gabriel.

Gabriel. El mismo hombre del que Caroline había intentado proteger a Alis. La furia ardió lentamente hasta estallar en llamas.

—Dime qué ha pasado.

El duque se acercó e interrumpió justo cuando ella abría la boca para hablar.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó en un susurro —. Alyson, ¿por qué puesta una capa? ¡Todo el mundo te está mirando!

La culpa inundó el rostro de Alis, la misma expresión que había tenido a los tres años cuando había echado sal en el azucarero. Aunque la urgencia le pisaba los talones, Alex intervino y dijo con calma:

—Ha habido un problema. Quizá deberíamos hablar en privado.

Al ver la expresión decidida de Alex, Thaddeus espetó:

—Muy bien, pasemos a mi estudio. Agatha se encargará de todo aquí.

Unos instantes después, los tres se encontraban a solas en el estudio del duque. Alex cerró la puerta tras de sí y fue directo al grano.

—Lord Arndale ha secuestrado a Caroline.

—Dios mío, ¿estás seguro? —exclamó el duque. Palideció y se dirigió lentamente hacia la silla que había detrás de su escritorio—.

Esa es una acusación muy grave.

—Lo vi, abuelo —intervino Alis—. Estaba en el jardín y vi cómo se la llevaba.

—Quizá se fue de buena gana —sugirió el duque—. Al fin y al cabo, ella estaba buscando marido.

Alis negó con la cabeza y dijo con voz temblorosa:

—Le puso la mano en la garganta y la estranguló hasta que perdió el conocimiento. Puede que incluso esté... muerta.

—No —respondió Alex con un tono más seguro de lo que se sentía, pero no quería pensar en la alternativa—. No está muerta. Si lo estuviera, habría dejado allí el cadáver.

—Dijo algo sobre haber esperado demasiado para ponerle las manos encima; sonaba como un loco —susurró Alis.

—¿Qué hacías en el jardín? —preguntó Thaddeus—. Y, por el amor de Dios, ¿por qué llevas una capa en medio de tu baile de debut?

Alis bajó la mirada al suelo.

—Tenía que reunirme con él —admitió en un hilo de voz—. Íbamos a ir a Escocia a casarnos.

—i¿Qué?! —rugió Alex.

—¿Pero por qué? —espetó el duque, dejándose caer pesadamente en la silla de su escritorio—. ¿Por qué harías algo así?

—Creía que estaba enamorada, —respondió ella en voz baja—. Y no quería volver a América. Pensaba que podría quedarme aquí, en Inglaterra, si me casaba con Gabriel.

—Niña tonta, —murmuró el duque.

—Yo no te habría obligado, gatita —aseguró Alex con voz entrecortada, atónito por la absurda escapada de su hermana—. Pero Caroline me advirtió sobre Gabriel. Dijo que era malvado y que nunca te habría dejado casarte con él.

—A mí también me lo advirtió —murmuró Thaddeus con pesar —. Y como no quería limitar la elección de marido de Alyson y perderla como perdí a tu padre, no le hice caso.

—A mí también intentó advertirme —sollozó Alis—. Pero Gabriel me dijo que Caroline lo quería para ella, y le creí. ¡He sido tan estúpida!

—Lo importante es recuperar a Caroline antes de que Gabriel le haga daño —intervino Alex—. ¿Adónde pueden haber ido? El rastro se enfría mientras estamos aquí parados.

—Íbamos a Gretna Green —explicó Alis, respirando hondo en un claro intento por calmarse—. Mencionó que había hecho arreglos en una posada en el camino.

—Hay varias posadas decentes en la ruta hacia Escocia —comentó el duque—. Pero sus caballos grises son muy característicos, y si quería moverse rápido, lo mejor era usar sus propios caballos de primera.

—Voy a ir tras ella —decidió Alex con firmeza—. Dame indicaciones.

—Eres muy amable, muchacho —comentó el duque con una sonrisa amable.

—Al diablo con la amabilidad —gruñó Alex—. Yo pienso casarme con Caroline.

—Oh —el duque parpadeó, tratando de asimilar semejante confesión.

—¡Oh, Alex! —exclamó Alis, claramente encantada y emocionada.

—Entonces será mejor que te lleves a Norbert contigo —combinó su abuelo—. Él conoce el camino y, de paso, evitará que termines matando a Arndale.

—Puede intentarlo —gruñó Alex, dirigiéndose hacia la puerta.

—Dale una paliza si quieres —le gritó Thaddeus—, pero no lo mates. No permitiré que mi heredero huya del país por librar al mundo de esa alimaña.

—Llevo intentando huir de este país desde que llegué, viejo —respondió Alex con un bufido—. Pero lo haré por mi propia voluntad y no por la de la Corona.

—Es todo lo que puedo pedir —dijo el duque—. Buena suerte, muchacho.

—Es Arndale quien necesita suerte.

Alex abrió la puerta de un tirón y se fue a buscar a Norbert, con la rabia hirviendo en su interior y añadiendo furia a sus pasos.

Gabriel se había llevado a Caroline, pero el inglés no había contado con el temperamento irlandés de Alex ni con la audacia estadounidense. Alex la recuperaría.

Y Gabriel lo pagaría.



Caroline recuperó lentamente el sentido. Al principio pensó que estaba de vuelta en su dormitorio de Huntly House, pero luego se dio cuenta de que la cama era mucho más dura de lo que estaba acostumbrada. Incluso *olía* diferente. No estaba en casa. No estaba en ningún lugar que conociera. Con una sacudida, se despertó por completo y se sentó en la cama.

E inmediatamente deseó no haberlo hecho.

La habitación se tambaleó por un instante, luego se estabilizó, dejándola con una curiosa sensación de mareo. Levantó una mano temblorosa hasta la garganta y tocó la piel sensible con una mueca de dolor.

—No temas, querida Caroline. No te he dejado moretones.

Giró bruscamente la cabeza al oír esa voz familiar y temida, pero al instante se arrepintió de haberlo hecho, ya que la habitación volvió a dar vueltas. Cuando se estabilizó, se encontró mirando a Gabriel.

Estaba sentado en un sillón cercano, sin abrigo ni corbata, y con la camisa parcialmente desabrochada. Sostenía una copa de cristal con brandy y, mientras la hacía girar, el pesado anillo de oro

que llevaba en el dedo reflejaba la luz del fuego cercano. Su cabello brillaba como el oro al parpadear las llamas.

La sonrisa en su rostro era la de un depredador que por fin había acorralado a su presa.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella, con una voz mucho más fuerte de lo que sentía su cuerpo.

—En una posada. —Bebió un sorbo de brandy sin apartar los ojos de ella—. No intentes pedir ayuda. El posadero se mostró muy comprensivo con mi historia sobre mi novia reacia.

—No me casaría contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra, —juró ella.

Sus dedos se tensaron brevemente alrededor de la copa, y luego se relajaron.

—No es que te quiera como esposa, querida. Sin duda, eres buena para ser amante, pero tu linaje no está a la altura de la esposa del conde de Witting.

—Tu padre aún no ha muerto, —le recordó ella.

—Aún se aferra a la vida —admitió Gabriel con indiferencia—. Pero es cuestión de tiempo que reciba su recompensa. Entonces yo

seré el conde.

—¿No te importa nada tu padre? —exclamó Caroline—. ¿Cómo puedes ser tan despiadado?

—No soy despiadado —musitó Gabriel, haciendo un pequeño clic con la lengua—. De hecho, tengo pensado demostrarte lo apasionado que puedo llegar a ser, querida Caroline.

—No te quiero, Gabriel —respondió ella con frialdad.

Él soltó una risa corta.

—Querida, no me importa si me quieres o no. —Depositó la copa sobre una mesita auxiliar y se incorporó, estirándose como un tigre al sol—. He esperado demasiado —añadió, acercándose a ella.

—Quédate donde estás —ordenó ella, levantando una mano.

Él se detuvo y luego se rió.

—Qué feroz suenas, querida. Te tendré ronroneando como una gatita en un santiamén.

Ella puso los ojos en blanco.

—Gabriel, suenas como el villano de una obra mal escrita. ¿No lo has pensado? ¿No crees que alguien vendrá a buscarme?

—Ha sido un impulso fortuito —respondió él con aire despreocupado.

—Entonces, ¿qué hacías en el jardín? —La respuesta le llegó cuando él sonrió—. Alis. ¡Ibas a encontrarte con Alis!

—Sí, la querida señorita Alyson está muy enamorada de mí. Íbamos a Gretna Green.

Se consoló al pensar que, al menos, su captura había salvado a Alis de un destino semejante.

—¿No te echará de menos?

—No, le diré que era demasiado peligroso ir esta noche. Que nuestros planes podrían haber llegado a oídos equivocados. —Se rió mientras se acercaba a la cama—. ¿Quién crees que la convenció de que estabas celosa cuando le advertiste que se alejara de mí? En serio, Caroline, no fue muy bonito por tu parte.

Caroline miró a Gabriel, tratando de pensar con claridad. Alis estaba a salvo. Ahora tenía que encontrar una forma de escapar. Una vez que se hubiera ido, se casaría con Alex y se marcharía a América, lejos del alcance de Gabriel.

Mientras tanto, él estaba demasiado cerca de ella, lo suficiente como para que pudiera oler el brandy en su aliento, y estaba medio

desnudo. ¡No era una buena situación en absoluto! Miró alrededor de la habitación, a cualquier lugar menos a él, y se dio cuenta de que su retícula todavía colgaba de su muñeca. Era un milagro que no hubiera perdido la pequeña retícula cuando él la había llevado en brazos.

Se le ocurrió una idea. Ahora, si pudiera hacer que funcionara...

Preocupada por el duque, había cogido uno de sus frascos de láudano y lo había metido en su bolso por si acaso sufría un ataque durante el baile. Si de alguna manera podía sacar el láudano y echárselo en el brandy de Gabriel, este se quedaría dormido y ella podría escapar.

Sin embargo, había obstáculos, uno de ellos era el propio Gabriel. Le acarició el pelo con la mano y luego dejó que sus dedos rozaran su hombro desnudo mientras ella buscaba frenéticamente una idea que le permitiera levantarse de la cama y alejarse de su tacto.

—No te resistas —murmuró él mientras ella se apartaba de él —. Solo te harás daño.

Ella rodó hacia el otro lado de la cama y se puso de pie antes de que él pudiera pestañear. Se miraron fijamente a través de la cama, Gabriel divertido, Caroline desafiante.

—No quiero hacerte daño —aseguró él—. Solo quiero lo que me has estado prometiendo todos estos años. No es educado burlarse de un hombre, ¿sabes?

—No te he prometido nada —repuso ella acaloradamente—. Puede que me sedujera tu encanto cuando era una niña, pero conozco tu verdadero yo, Gabriel. ¡Preferiría acostarme con un leproso antes que contigo!

Él entrecerró los ojos.

—Ten cuidado con lo que dices, Caroline. Esa boca tuya podría emplearse en cosas mucho más agradables que insultarme.

La repugnancia le revolvió el estómago.

—¿Es que no lo entiendes, Gabriel? Te estoy rechazando.

—¿No *lo entiendes*, Caroline? —Se acercó al extremo de la cama, acechándola hasta que ella retrocedió hasta la cómoda—. No me importa. Esta noche serás mía, y depende de ti lo difícil que quieras ponérmelo.

Caroline tragó saliva cuando él extendió la mano y apoyó la palma sobre la parte superior del escritorio, atrapándola entre sus brazos. Cerró los ojos, se inclinó hacia ella y le rozó el cabello con la nariz, aspirando su aroma con una lentitud estremecedora.

—Hueles deliciosamente —susurró.

El miedo le arrancó un pequeño gemido de la garganta. Gabriel se apartó y la miró, con sus pálidos ojos azules casi compasivos, salvo por la lujuria que los iluminaba.

—¿Qué te pasa, querida Caroline?

Tenía que ser inteligente. Tenía que salir de allí.

—Estoy muy nerviosa. Quizá un poco de brandy...

—Por supuesto. —Le acarició la mejilla—. Sírvete tú misma, querida. Pero no se te ocurra intentar escapar: mi hombre está justo al otro lado de la puerta.

Ella asintió con la cabeza, con las manos temblorosas, mientras él retrocedía y le permitía cruzar la habitación para coger el brandy. Un suave sonido la hizo girar la cabeza. Gabriel sonrió seductoramente mientras se sacaba las colas de la camisa de los pantalones y desabrochaba el último de los botones.

—Date prisa, querida —ronroneó—. Me estoy impacientando.

Ella asintió con la cabeza y se dispuso a coger su retícula.

—¿Qué haces? —ladró él.

Ella dio un respingo.

—Solo me estoy quitando la retícula, Gabriel. —Tiró de los cordones del bolso antes de hacer un gesto teatral al deslizarlo de su muñeca y colocarlo sobre la mesa, junto a la botella de brandy. Mientras lo hacía, volcó el pequeño frasco de láudano en la palma de la mano.

—Está bien —dijo él—. Pero date prisa. Estoy muy ansioso por reclamar lo que es mío.

Ella hizo ademán de descorchar la botella de brandy y volver a llenar la copa, dejando que el tintineo de la botella contra el cristal disimulase el pequeño chasquido del tapón de la botella de láudano. Dejó la botella de brandy y volcó la botella de láudano contra el borde de la copa.

Gabriel la agarró por la muñeca y la giró bruscamente para que quedara frente a él, con la botella de láudano entre sus dedos.

—¿Qué es esto? —exigió—. ¿Estás intentando envenenarme?

La empujó con violencia contra la pared, una mano apretándole la garganta y la otra sujetándole la muñeca. Le arrebató el frasco y, sin vacilar, lo lanzó al fuego. El cristal estalló con un chasquido seco, y las llamas se alzaron al devorar lo que había sido su última esperanza de escapar. Caroline solo pudo mirar cómo se deshacía en cenizas ante sus ojos

—Lo lamentarás —siseó, acercando su rostro al de ella mientras esta luchaba por respirar bajo sus dedos implacables—. No quería que esto fuera difícil, pero tú has tomado la decisión.

Apretó los dedos alrededor de su garganta, aún sensible, y las lágrimas le picaron en los ojos.

Usó la mano libre para acariciar sus pechos, con la mirada fija en ella.

—Ahora escúchame. Te quitarás la ropa, te tumbarás en esa cama y abrirás las piernas para mí, como debe hacer una mujer. Y me tendrás, y harás todo lo que yo quiera hacerte, en silencio, ¿entendido?

Iba a violarla y ella no podía hacer nada para evitarlo. Solo podía esperar salir con vida de aquella situación.

La puerta se abrió de un golpe y se estrelló contra la pared. Alex irrumpió en la habitación con mirada feroz. Norbert lo siguió, pasando con indiferencia por encima del cuerpo del hombre inconsciente que yacía en el pasillo.

—Oye, Falcox —exclamó Norbert—, tendrás que enseñarme cómo haces eso...—. Se detuvo en seco en el umbral al ver a los ocupantes de la habitación—. Dios mío, Arndale, ¿has perdido el juicio?

Gabriel soltó a Caroline y se volvió hacia los dos hombres.

—Caballeros, están interrumpiendo.

—¡Estás manoseando a mi prometida! —gruñó Alex, avanzando con los puños apretados.

—¡Imposible! —soltó Gabriel con una carcajada burlona—. Es mi amante, y lo sabes perfectamente.

—¡Mentiroso! —chilló Caroline, con el rostro crispado por el dolor que le causaba alzar la voz. Aun así, echó a correr hacia Alex, que no dudó en abrir los brazos para recibirla y estrecharla contra su pecho.

—Has secuestrado y abusado de mi futura esposa —le espetó Alex con una voz baja y afilada como una cuchilla—. Dame una

buena razón para no matarte ahora mismo.

—Calumnias —gruñó Gabriel, con una sonrisa torcida—. Esa mujer vino por su propio pie. No es ninguna virgen inocente, sino una viuda ardiente… como sin duda ya has comprobado. —Soltó una risa burlona—. Me rogó que la hiciera mía. Tal vez tu futura esposa no sea tan virtuosa como pretende.

El rugido de Alex fue puro instinto. Se abalanzó sobre él y le estampó un puñetazo directo en la nariz.

Norbert reaccionó al instante, apartando a Caroline justo cuando Gabriel caía como un saco contra la mesa, derribando todo a su paso.

—Falcox, intenta no mancharte de sangre la ropa —le gritó—. Stobbins se enfadaría mucho contigo.

Alex se colocó sobre Gabriel, que se levantó con cautela del suelo, sujetándose la nariz ensangrentada.

—Vamos, bastardo —gruñó—. Aclaremos esto.

Gabriel se enderezó, deteniendo la sangre con el puño de la camisa.

—Quizá en las selvas de América se resuelven estas cosas como salvajes, pero aquí, en Inglaterra, los caballeros resuelven sus desacuerdos de forma honorable.

—No —susurró Caroline con horror, intuyendo lo que él iba a decir.

—¡Nombre a sus padrinos, milord! —exigió Gabriel.

—¿Qué demonios es un padrino? —espetó Alex.

Gabriel se echó a reír.

—Esto no tiene precio —se burló.

Norbert dio un paso al frente.

—Yo seré tu padrino si lo deseas, Falcox. Arndale acaba de retarte a un duelo.

Alex enseñó los dientes en una sonrisa depredadora.

—Acepto, Arndale. ¿Nos encontraremos al amanecer del jueves?

—De acuerdo. —El vizconde le dirigió a Norbert una sonrisa de satisfacción—. Tendrá que instruir a Falcox sobre las reglas de un duelo entre caballeros, milord. También debería elegir el arma.

—Pistolas —anunció Alex, ignorando la pulla.

—Espero que me informe del nombre de su padrino, lord Arndale —replicó Norbert con frialdad—. Me proponía visitarlo mañana por la tarde para ultimar los detalles.

—Por supuesto, Norbert.

—Vamos, Falcox —añadió Norbert, tirando de la manga de Alex —. Llevemos a tu dama a casa. Nos aguarda una jornada intensa.

—Asegúrate de aparecer el jueves por la mañana, Arndale —dijo Alex—, o iré a buscarte.

El vizconde sonrió maliciosamente.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Capítulo 21

—No puedes batirte en duelo —repitió Caroline por tercera vez en el carruaje de vuelta de la posada—. Gabriel es un tirador excelente.

—Yo también. —Alex miró con impaciencia por la ventana hacia la noche. Como hombre de acción, no le sentaba bien dejar al vizconde ileso en la posada. Pero la reputación de Caroline estaba en juego, y él seguiría esas malditas reglas inglesas si eso salvaba el buen nombre de ella.

Además, tenía el agradable recuerdo de la nariz ensangrentada de Arndale para animarse hasta el duelo.

—¿Y qué era todo ese disparate de que yo era tu prometida? —protestó Caroline—. ¡No recuerdo haber aceptado tu propuesta!

—No era ningún disparate, —aseguró Alex, volviéndose hacia ella—. Tengo la intención de casarme contigo, Caroline. Tarde lo que tarde en convencerte, serás mi esposa.

Ella levantó la barbilla desafiante.

—No me obligarás a casarme, capitán.

—¿Capitán, eh? —Perdió los estribos y se abalanzó sobre ella, tirando de ella hasta que cayó en su regazo.

—¡Alex! —gritó ella.

—Disculpa, Norbert —comentó Alex, y besó a Caroline con toda la pasión que lo consumía.

—No hay de qué —respondió Norbert cortésmente.

Tras un momento de resistencia inicial, Caroline se derritió en sus brazos y le rodeó el cuello con los brazos. Se aferró a él y él la atrajo hacia sí. Hoy casi la había perdido.

—Vas a ser mi esposa —murmuró, abrazándola con fuerza.

—Si sobrevives —respondió ella, acurrucándose en sus brazos —, entonces podrás pedírmelo, pero no antes.

—Enhorabuena a los dos, —declaró Norbert con una sonrisa.

Caroline intentó durante todo el miércoles convencer a Alex de que no se batiera en duelo, pero fue en vano. Él parecía decidido a arriesgar su vida por el buen nombre de ella. En otro momento se habría alegrado, pero ahora solo quería que todo acabara.

No quería ser viuda antes incluso de ser novia. Ni prometida, para el caso.

Gabriel había nombrado al barón Chumley como su padrino, un desagradable libertino que era buen amigo suyo desde que habían estudiado juntos en Eton. Norbert había ido a reunirse con Chumley y regresó con la noticia de que, dado que Alex no tenía intención de disculparse por golpear a Gabriel e insultar su buen nombre, el duelo se celebraría según lo acordado el jueves por la mañana al amanecer.

Al oír la noticia mientras tomaban el té, el duque le dijo a Alex:

—Te lo repito. Hierve al tonto si es necesario, pero no lo mates. No permitiré que te arresten por la muerte de ese idiota.

—Ojalá lo cancelaras —suplicó Caroline. Alex, el duque y Norbert la miraron fijamente.

—Es una cuestión de honor —declaró Norbert—. No podemos permitir que se diga que Falcox es un cobarde.

—Y Arndale debe pagar por su comportamiento difamatorio —añadió el duque—. Ha insultado a la futura esposa de mi nieto y se ha comportado como el más vil de los sinvergüenzas. Por mi parte, espero que Alex apunte bien y le dé una lección a ese canalla.

—Todavía no soy su futura esposa —replicó Caroline.

—Tengo que hacerlo —murmuró Alex en voz baja y tranquila—. Yo me ocupo de los míos.

—Olvídalo, Caroline —intervino Alis—. Una vez que ha tomado una decisión, no hay quien le haga cambiar de opinión.

—Entonces recemos para que Arndale abandone el país como el cobarde que es —comentó Agatha con placidez—. ¿Alguien puede pasarme el pastel, por favor?

A la hora de la cena, Caroline estaba al límite de sus nervios. No ayudaba que Alis también estuviera preocupada y dependiera de

Caroline para calmar sus miedos. Alex tenía la mente puesta en el próximo duelo, y él, Norbert y el duque se encerraban periódicamente en el estudio del duque para discutir el asunto, sin duda para no alarmar a las mujeres. Pero Caroline se habría sentido mejor si supiera lo que estaba pasando.

Bueno, tal vez los encantos femeninos convencerían a ese hombre tan obstinado.

Esperó hasta que la casa quedó en silencio. El reloj del vestíbulo acababa de dar la una cuando se deslizó en la habitación de Alex. Él se incorporó en la cama cuando ella entró, y las sábanas cayeron dejando al descubierto su pecho y sus hombros desnudos a la luz titilante de las velas.

—¿Qué haces aquí, amor? —preguntó en voz baja.

Caroline cerró la puerta con llave y se volvió hacia él, con su camisón de seda color marfil susurrando suavemente en el silencio de la habitación. Su cabello rizado caía sobre sus hombros, y se lo había cepillado cien veces para asegurarse de estar perfecta.

Con una sonrisa seductora en los labios, se acercó lentamente a la cama.

—He venido para estar contigo —murmuró, arrodillándose sobre la cama. Se inclinó hacia él, y su cabello cayó hacia adelante como una cortina sedosa, envolviéndolos.

Él respondió a su beso, acariciándole la mejilla con la palma. Luego se apartó ligeramente y la miró a los ojos, oscuros y brillantes bajo la tenue luz.

—Voy a reunirme con Arndale por la mañana—, le dijo.

—Lo sé. —Su sonrisa se tornó triste al oír esas palabras, que le partieron el corazón—. Por eso estoy aquí.

—No cambiarás mi opinión —le advirtió él mientras ella se subía a la cama para arrodillarse a su lado.

—Puedo intentarlo —susurró ella—. O mejor aún, puedo mostrarte lo que arriesgas si sigues adelante con esto.

—Sé lo que me arriesgo —musitó él, tragando saliva con dificultad mientras ella enredaba los dedos en su cabello—. Y también sé lo que arriesgo si no lo hago. Arndale debe recibir una lección.

—¿Esa lección vale más que tu vida? —Le tomó el rostro entre las manos y le dio un suave beso en los labios—. Acabo de encontrarte, mi amor. No quiero perderte tan pronto.

Él colocó las manos a ambos lados de su cintura mientras ella le daba suaves besos en la boca.

—No tienes mucha fe en mí, Caroline.

—No confío en *él* —corrigió ella—. No es un hombre honorable, Alex. Si hay alguna forma de engañar, lo hará. Cree que su posición social le protegerá de cualquier cosa.

Ella suspiró y apoyó la frente contra la de él.

—Todo este tiempo te he estado rogando que aceptaras tu herencia. Ahora, cuando lo único que quiero es al capitán de barco estadounidense, tú decides comportarte como un caballero inglés.

Él se rió entre dientes.

—No cuentes demasiado con eso, mi amor. Solo lo hago por ti.

—¿Por qué? —suplicó ella—. Vamos a vivir en Estados Unidos. ¿A quién le importa lo que piense la sociedad inglesa?

—A mí sí. —Él le tomó las manos entre las suyas—. He estado hablando con mi abuelo. Ha sido una fuente inestimable de conocimiento sobre todo este asunto.

—Me alegro mucho de que tu muerte inminente os haya acercado, —espetó ella.

Él le apretó las manos con ternura y continuó:

—Mi abuelo y yo hemos llegado a una especie de acuerdo. Ahora veo que ser un noble es mucho más que el título y las riquezas que conlleva. Como tú has dicho, el duque es un anciano y ya no puede hacerse cargo de todo lo que implica administrar sus numerosas propiedades. Necesita ayuda.

Ella pensó en la enfermedad del duque, pero decidió no decírselo. El duque se lo contaría a Alex cuando fuera el momento.

—Te necesita.

—Exacto. Me necesita. —Suspiró—. Me guste o no, soy su único heredero. Sé que lamenta lo que pasó con mi padre, y también sé que no puedo culpar completamente a mi abuelo. Mi padre también tuvo parte en ello. No tenía por qué perder todo contacto con Inglaterra, pero era un hombre obstinado.

—Imagínate —murmuró Caroline, ganándose una bofetada juguetona en el trasero.

—Ten un poco de respeto por mi linaje —la reprendió Alex, con una sonrisa en los labios—. Podemos dividir nuestro tiempo entre Estados Unidos e Inglaterra. Podemos volver cada año para la temporada y pasar el resto del tiempo en Estados Unidos.

—*Si* me caso contigo —bromeó ella. Luego se puso seria—. Alex, hay algo que no te he contado. Respiró hondo. —Mi difunto marido acumuló una deuda considerable antes de morir. Por derecho, Gabriel debería haberla pagado. Habría sido lo honorable.

Alex resopló.

—Y todos sabemos lo honorable que es Gabriel.

—Exacto. Se negó a pagar las deudas de Mike a menos que me convirtiera en su amante. Estaba obsesionado con lo que él llamaba nuestro «asunto pendiente» de hacía años.

Alex la atrajo hacia sí.

—Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad —murmuró entre su cabello.

—Logré eludirlo haciendo un trato con tu abuelo —continuó ella, acurrucándose en sus brazos—. Si conseguía introducir a Alis en sociedad y casarla con un pretendiente adecuado, el duque pagaría todas las deudas de Mike. Si no lo conseguía, me las arreglaría yo sola.

—Espera un momento. ¿Has estado *trabajando* para mi abuelo?

Ella le dirigió una mirada altiva.

—Por favor. Los Granville no trabajamos.

—Después de toda esa tontería de que la aristocracia inglesa no trabaja para ganarse la vida, *tú* has estado empleada todo este tiempo por mi abuelo —rió Alex.

—Era un trato que teníamos —corrigió ella—. El duque pagaba mi vestuario y me permitía acompañar a Alis a todos los eventos sociales. Allí, por supuesto, esperaba encontrar marido. Era la única forma de escapar de Gabriel.

Alex negó con la cabeza.

—Y entonces aparecí yo y lo eché todo por tierra al intentar seducirte, ¿no?

—No ayudaste mucho —reconoció ella.

—Pero te vas a casar conmigo y yo pagaré encantado las deudas de Mike por ti.

Caroline se puso seria.

—*Si es que* sobrevives a este estúpido duelo.

—Sobreviviré, mi amor. —Le tomó el rostro entre las manos—. Créelo.

—No sé lo que nos deparará la mañana, —susurró ella—. Pero esta noche me gustaría demostrarte cuánto te quiero. —Ella empujó sus hombros hasta que él se recostó contra las almohadas y luego se subió encima de él. —Por favor, vuelve conmigo.

—Es lo que pretendo.

Él intentó alcanzarla, pero ella apartó sus manos y las colocó sobre la cama a ambos lados de su cuerpo.

—No. Quiero que te tumbes y dejes que te ame. Necesito hacerlo, Alex. Necesito demostrártelo para que, si ocurre lo peor...

Él se inclinó hacia delante y la besó, luego apoyó la frente contra la de ella, con los ojos azules llenos de sinceridad.

—No ocurrirá.

Ella se humedeció los labios, disfrutando de su sabor.

—Túmbate, amor mío. Déjame recordarte por qué tienes que volver.

Él dejó que ella lo empujara contra las almohadas de nuevo. Ella se subió el camisón y se sentó a horcajadas sobre él, con los muslos desnudos a ambos lados de los de él, bajo las sábanas. Él

intentó bajar las mantas, pero ella lo detuvo con las manos sobre las de él y negó con la cabeza.

Él apretó los puños.

—Quiero sentirte.

Ella le sonrió.

—Pronto.

—Me estás castigando, ¿verdad?

—No, te amo. —Se inclinó hacia delante, dejando que sus pechos envueltos en seda rozaran su pecho, y lo besó, profunda y lentamente.

Él emitió un sonido de deseo e intentó tomar el control del beso.

—Para —murmuró ella—. Por una vez, deja que otra persona tenga el control.

—Tirana —bromeó él. Su aliento siseó entre sus dientes mientras ella le cubría el cuello de besos.

—¿Tirana, eh? —Ella lamió el pulso en la base de su garganta y deslizó las manos por su pecho, rozando con los pulgares sus

pezones planos. Él gimió y susurró su nombre. Sus dedos se aferraron a las sábanas.

Ella rió en voz baja, con un deje sensual, sintiéndose la mujer más deseada del mundo.

—¿Me deseas, capitán?

—Sabes cuánto te deseo. —Movió las caderas para enfatizar sus palabras y ella vio claramente su excitación bajo las sábanas.

—Sí, claro que lo sabes, —murmuró ella. Tiró de las sábanas hasta los pies de la cama, dejándolo desnudo ante ella. Rodeó su miembro erecto con las manos y volvió a murmurar—: Claro que lo sabes.

—Dios mío, Caroline, —musitró él, echando la cabeza hacia atrás. Ella siguió acariciándolo y él agarró los bordes de su camisón con los puños y se lo subió por los muslos.

—No estás jugando limpio, —le reprendió ella, inclinándose para pasar la lengua por sus pezones—. Se supone que debes disfrutar de esto.

—Lo estoy disfrutando. Demasiado.

—Pobrecito —canturreó ella—. Quizá esto te ayude... —Se echó hacia atrás, luego se inclinó y acarició con la lengua la punta de su miembro turgente.

—¡Dios mío! —Él la agarró, enredando los dedos en su cabello —. ¿Dónde has aprendido eso?

Ella sonrió y volvió a lamerlo, disfrutando del profundo gemido que brotó de su pecho.

—No te atrevas a parar, —gimió él—. Es increíble.

—Dime si hago algo mal.

—No podrías, —jadeó él, acariciándole la cara y el pelo—. No pares.

—De acuerdo. —Ella siguió acariciándolo con la lengua, rozándolo con los labios, hasta que finalmente lo introdujo por completo en la boca. Él gruñó con la garganta cerrada, con el rostro en éxtasis, y ella aumentó el ritmo, disfrutando de cómo lo desmoronaba una caricia tan simple. De repente, él se apartó de ella, la hizo rodar y la inmovilizó debajo de él.

—No es justo, —protestó ella haciendo un puchero mientras él se cernía sobre ella.

—En el amor todo vale. —Antes de que pudiera pestañear, él le había quitado el camisón.

—Alex, ¿qué...? ¡Oh, Dios mío! —Todos los pensamientos sobre lo que quería decir se desvanecieron de su mente cuando él bajó la cabeza y succionó con fuerza su pezón. Ella lo rodeó con los brazos, arqueando la espalda y frotando su pelvis contra la de él mientras el placer aumentaba como un rayo.

—Tengo que tenerte, —masculló él, pasando al otro pecho.

—¿No te gustaba lo que estaba haciendo? —bromeó ella.

—Si hubieras seguido así, habría terminado demasiado pronto. —Le separó los muslos y se introdujo entre ellos, presionando su erección contra su carne dolorida.

Ella arqueó las caderas en señal de súplica.

Él la penetró y se quedó quieto durante un largo momento.

—Eres mía, —susurró.

Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, haciéndolo entrar más profundamente.

—Tú también eres mío.

Él comenzó a moverse y se unieron en un beso apasionado, con las bocas hambrientas del sabor del otro. Ella se aferró a él y lo abrazó con fuerza, mientras buscaban juntos el éxtasis.



Mucho más tarde, ella se acurrucó en sus brazos, con una mano sobre su corazón, el resplandor del placer aún rodeándolos.

—No puedo hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? —susurró ella.

—No. —Él le besó la frente y la abrazó con más fuerza.

—Está bien. —Ella le acarició el pecho con la mano—. Pero vuelve conmigo.

Él entrelazó sus dedos con los de ella, sobre su corazón.

—Siempre, —prometió.

Capítulo 22

El jueves amaneció gris y lluvioso. Stobbins se enfadaría por sus botas salpicadas de lluvia, pensó Alex, pero, por otra parte, las manchas de sangre serían peor.

Había dejado a Caroline sola en su cama, envuelta en las sábanas y el aroma de su amor. Se habían unido tres veces durante la noche, cada vez más desesperados y hambrientos que la anterior. Finalmente, ella se había quedado dormida, agotada.

Haría cualquier cosa por Caroline, pero no podía permitir que su buen nombre quedara mancillado, y tampoco podía permitir que su agresor saliera ileso.

Norbert y Chumley examinaban las pistolas, y al otro lado del prado estaba Arndale, con aire presumido y confiado, charlando con un conocido.

Aunque los duelos eran ilegales, se había reunido bastante gente. Algunos apostaban por el resultado y otros habían acudido simplemente para ver el espectáculo. Un par de jóvenes que claramente aún no se habían acostado se reían a carcajadas de los chistes de los demás, ajenos a la solemnidad del día.

—Lord Falcox.

Alex levantó la vista y vio que Sir James se acercaba a él. No se molestó en ocultar su sorpresa.

—Sir James, ¿qué hace aquí?

—He oído lo que estaba pasando. ¿Se trata de Caroline?

Alex asintió.

—Arndale la secuestró e intentó violarla, y luego se ofendió cuando le rompí la nariz por ello.

—Bastardo, —escupió Sir James—. ¿Le rompió la nariz? ¿Es eso lo que le pasó a su bonito rostro?

—Culpable de los cargos.

—Bien hecho. Nunca me gustó Arndale. —Hizo una pausa y miró a Alex a los ojos—. El padre de Caroline me contó lo que

Arndale le hizo. No estaba de acuerdo con la solución de Patrick, pero ella no era mi hija. No tenía nada que decir.

Alex asintió.

—Tenga cuidado, Arndale no es un hombre honorable. Si puede, *le engañará*.

—Ya me han avisado.

—Bien. —El anciano le dio una palmada en el hombro—. Buena suerte, entonces. ¿Debo felicitarle?

—Si se refiere al hecho de que pretendo que Caroline sea mi esposa, entonces sí.

—Me alegro por usted —admitió Sir James—, aunque yo mismo le pedí su mano. Pero ella siempre estuvo enamorada de usted. Al menos la he perdido a favor de un hombre que la ama. Cuide de ella, Falcox. —El anciano se dio la vuelta para marcharse.

—Sir James, espere —llamó Alex.

Sir James se volvió, arqueando las cejas en señal de interrogación.

—Si las cosas salen mal hoy —murmuró Alex—, quiero que cuide de Caroline. Necesito saber que estará a salvo si yo no estoy

aquí para protegerla.

El rostro del otro hombre se suavizó en una sonrisa.

—Tengo el presentimiento de que hoy saldrá victorioso, Falcox. Pero si por alguna desgracia ese engendro del diablo consigue meterle una bala, puede estar seguro de que yo me casaré con Caroline y la cuidaré por usted.

—Gracias —dijo Alex, sinceramente agradecido.

—¡Falcox! —gritó Norbert, acercándose rápidamente—. Estamos listos para empezar.

—Buena suerte —repitió Sir James, antes de fundirse entre la multitud.

—Estoy listo —declaró Alex—. Acabemos de una vez.



El carruaje se detuvo bruscamente, casi tirando a Caroline al suelo. Maldiciendo en silencio, se deslizó hasta el extremo del asiento y miró a través de las cortinas de la ventana.

Una gran multitud de caballeros se había reunido en el prado donde Alex y Gabriel iban a batirse en duelo. Ambos hombres y sus padrinos hablaban, mientras un tercero sostenía abierta una caja que contenía dos pistolas de duelo. Gabriel hizo un gesto con la mano y Alex seleccionó una de las pistolas. Gabriel tomó la otra.

La visión de Gabriel con un arma en la mano la hizo estremecerse, pero no tanto como la mirada de malicia que el vizconde lanzó a la espalda del americano cuando Alex se alejó. Retorció los dedos con tanta fuerza que le dolieron los nudillos mientras los dos hombres tomaban posiciones, espalda con espalda.

La multitud se quedó en silencio cuando comenzó la cuenta.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

—Por favor, Dios, déjalo vivir, —susurró, con la mirada clavada en Alex.

—¡Cuatro! ¡Cinco!

¿Cómo había podido ser tan tonta como para rechazar su propuesta de matrimonio en el momento en que se la hizo? A estas alturas podrían estar a medio camino de Estados Unidos...

—¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho!

Sabía que lo hacía por ella. Intentaba preservar su buen nombre en una sociedad que ahora le importaba muy poco. Lo amaba por ese gesto, pero...

—¡Nueve!

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Un disparo rompió el silencio y Caroline gritó cuando su peor pesadilla pareció hacerse realidad ante sus propios ojos. Alex cayó como una piedra, aterrizando boca abajo en el suelo.

—¡Arndale ha disparado antes de tiempo! —exclamó una voz entre la multitud—. ¡Bastardo deshonroso!

Alex no se movía. Parecía tan quieto...

El rugido de la multitud se hizo más fuerte y Gabriel parecía satisfecho consigo mismo. Las manos de Caroline temblaban mientras intentaba abrir la puerta, los sollozos sacudían su cuerpo y las lágrimas corrían por su rostro. No podía estar muerto. ¡No podía ser!

—¡Esperad, se ha levantado! —gritó alguien.

Caroline levantó la cabeza bruscamente y se quedó mirando cómo Alex se levantaba lentamente del suelo. Sus manos se

deslizaron débilmente por el pomo de la puerta y todo su cuerpo se relajó con alivio.

Estaba a salvo. Por algún milagro, estaba a salvo.

Alex se limpió las manos en la parte delantera de su abrigo manchado de barro. *Stobbins lo mataría sin duda,* pensó. Luego se volvió hacia su oponente.

La sonrisa de satisfacción de Gabriel desapareció al ver que Alex estaba ileso.

El vizconde miró de derecha a izquierda, pero nadie se atrevía a cruzarse con su mirada. Se quedó observando a Alex con pánico creciente en el rostro, la pistola vacía aún apretada en la mano flácida que colgaba a su lado.

Alex esperaba que Arndale disparara antes, pero aun así asintió con gratitud a Sir James, que había gritado la advertencia.

—Lord Falcox, aún puede disparar —dijo el hombre que sostenía la caja de la pistola—. Lord Arndale, mantenga su posición.

Merecía la pena el baño de barro por ver el miedo en el rostro de Gabriel. Alex sonrió mientras apuntaba con la pistola a su némesis.

—Dispararé, —gritó—. Y te meteré una bala en tu lamentable carcasa si vuelves a mirar a mi prometida. —Entonces disparó, disfrutando del grito de miedo de Arndale cuando la bala explotó en el suelo entre los dedos de los pies del vizconde.

La multitud rugió de aprobación y el dinero comenzó a cambiar de manos al pagarse las apuestas. Alex permaneció donde estaba, con toda la emoción desapareciendo de su cuerpo.

Norbert se acercó.

—Este pequeño incidente sin duda ha cambiado la opinión de la sociedad. Arndale nunca volverá a disfrutar de la popularidad que tenía en el pasado.

—Bien —Alex le entregó la pistola vacía.

—Va a ser muy aburrido sin ti por aquí —comentó Norbert—. Quizá vaya a visitarte a Estados Unidos.

—Estaremos encantados de recibirte.

—Mientras tanto —añadió Norbert con una risita—, quizá sea mejor que vayas a ver a tu prometida, antes de que salga corriendo de ese carruaje y arruine por completo su buen nombre.

—¿Qué? —Alex se giró y vio el carruaje con el escudo ducal al borde del prado—. ¿Qué diablos hace ella aquí?

—Probablemente quería asegurarse de que no te mataran —dijo Norbert, pero Alex ya se había dirigido hacia Caroline.

Rechazado por los demás hombres, Gabriel abandonó el prado, rodeado solo por sus sirvientes. Cuando el carruaje del vizconde se alejó, Caroline saltó del carruaje del duque.

—¿Qué te ocurre? —le espetó Alex—. ¿No sabes que puedes arruinar tu reputación apareciendo en un duelo?

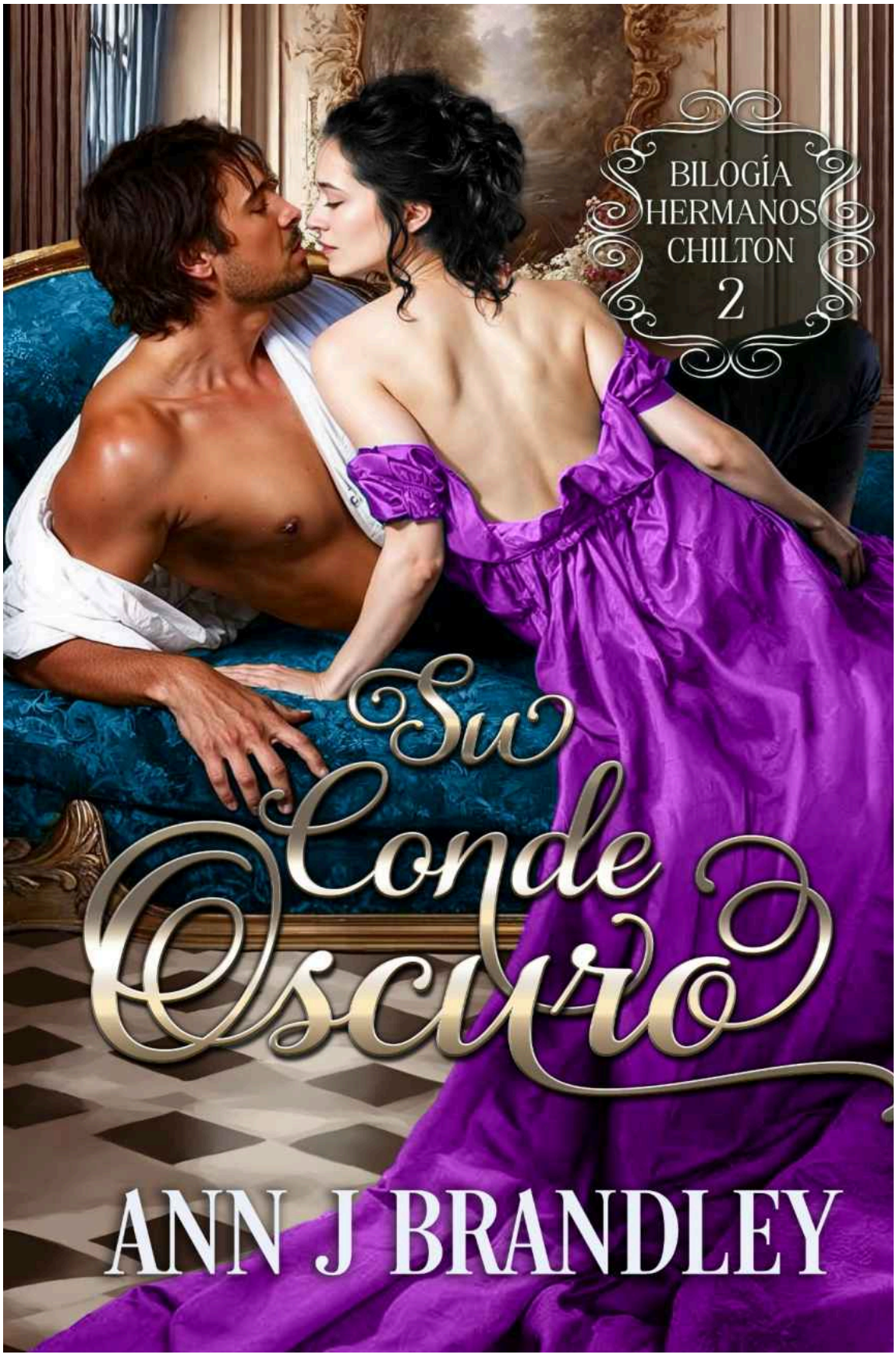
—Entonces tendrás que casarte conmigo y salvar mi reputación. —Se arrojó a sus brazos y se aferró a él—. Gracias a Dios que estás bien.

—Te dije que volvería contigo. —Tomándole el rostro entre las manos, le dio un beso en los labios—. *Ahora*, ¿vendrás conmigo a América y serás mi esposa?

Ella sonrió.

—Pensaba que nunca me lo pedirías.

Segunda parte de la bilogía


BILOGÍA
HERMANOS
CHILTON
2
Su
Conde
Oscuro
ANN J BRANDLEY



Entre la tentación y el escándalo, nace una pasión imposible de resistir.

Un secreto en la sombra

Alis Huntly-Chilton llega a la alta sociedad decidida a vivir la temporada sin compromisos ni ataduras, pero se ve irremediablemente atraída por lord Stanhope, un conde marcado por un oscuro pasado que todos prefieren olvidar. A pesar de su reticencia, no puede negar el magnetismo que emana de él ni la promesa de una pasión prohibida.

Entre rumores y alianzas

Stanhope sabe que un matrimonio con Alis no solo podría limpiar su manchada reputación, sino también asegurar un futuro brillante para Emily, su joven protegida. Sin embargo, convencer a una mujer libre

y testaruda no será tarea fácil, especialmente cuando los fantasmas del pasado acechan en cada esquina. ¿Será el amor lo suficientemente fuerte para vencer las sombras que amenazan con separarlos?

EXTRACTO

Capítulo 1

Norbert Chase, Devon Finales de junio de 1816

El conde de Stanhope acudió a la boda.

Al principio, nadie se fijó en él. Al fin y al cabo, vestía de negro y, con su cabello azabache y la piel morena que había heredado de su madre francesa, prácticamente se fundía con las sombras del fondo de la capilla de la familia Norbert. Sin embargo, cualquiera pensaría que un hombre tan alto y apuesto llamaría la atención en cualquier lugar, pero Stanhope poseía la habilidad de permanecer muy quieto, tan quieto que uno casi olvidaba que estaba allí, salvo cuando aquellos ojos oscuros, muy oscuros, se posaban con intensidad sobre aquello que captara su atención.

Como era de esperar, Stanhope permanecía prácticamente invisible mientras observaba en silencio a su amigo de la infancia.

Era innecesario remarcar que Stanhope resultaba casi invisible mientras observaba en silencio a su amigo de la infancia.

Nadie habría reparado en Stanhope, que se mantenía prácticamente invisible mientras observaba en silencio a su amigo de la infancia, el conde de Norbert, casándose con la encantadora lady Eleanor Edgerton. Lady Farvendale, la abuela de la novia, fue la primera en notarlo, y solo por pura casualidad: la larga pluma rizada de su sombrero le hizo cosquillas en el ojo. Giró la cabeza para recolocarla y entonces distinguió la sombra oscura que era Stanhope, apoyado contra la pared trasera de la capilla.

Un peculiar sonido ahogado escapó de sus labios, atrayendo la atención de quienes la rodeaban. Con una débil sonrisa, fingió toser y volvió su mirada hacia los novios. Sin embargo, apenas unos instantes después, su mirada se desvió de nuevo hacia el fondo.

Lady Agatha Strathwaite, abuela del novio, notó la inquietud de lady Farvendale y siguió su mirada. Frunció el ceño al ver a Stanhope, no con ira, sino con perplejidad. ¿Qué hacía allí? ¿Qué pretendía al asistir a aquella ceremonia?

Una a una, como ondas en un estanque, las cabezas comenzaron a volverse. Casi se habría dicho que la boda había

dejado de celebrarse, con toda la atención concentrada en la figura del fondo.

Pero, claro, no era habitual invitar a un asesino a una boda.

La señorita Alyson Huntly-Chilton, nieta del duque de Wessex y prima del novio, supo que algo andaba mal cuando el reverendo Starks vaciló al recitar los votos. El vicario se enorgullecía de su elocución precisa, y estaba convencida de que había ensayado tantas veces la ceremonia que debía de recitarla incluso en sueños. Pero tropezó, sustituyendo la palabra "vida" por "esposa", y luego fijó una mirada tan intensa hacia el fondo de la capilla que Alis estuvo segura de que el mismísimo Lucifer se había presentado.

Sin embargo, cuando volvió la cabeza, no vio nada que justificara semejante reacción. Solo distinguió a un hombre alto, de cabello oscuro, impecablemente vestido de negro, que contemplaba con notable intensidad a la pareja que tenía delante del altar. Su rostro, largo y delgado, de pómulos marcados y boca sensual, poseía la belleza de un ángel caído, por lo que podía perdonarse al reverendo por creer que el diablo había asistido a la ceremonia. Pero no, solo era un hombre. Rico, a juzgar por su porte, y sin duda

atractivo, aunque ella no quedó impresionada. Había aprendido por las malas que un rostro hermoso no garantizaba un alma noble.

Aunque el rostro sí era hermoso. Reflexionó sobre ello un momento, estudiando aquella faz aristocrática como quien observa una majestuosa obra de arte. Tal vez intuyendo su escrutinio, él la miró, fijando en ella su oscura mirada con la misma intensidad con la que había observado a los novios. Ella no apartó la vista, ni siquiera cuando un escalofrío de atracción le recorrió la espalda. En su lugar, le dedicó una leve sonrisa y asintió cortésmente.

Volvió a centrarse en la ceremonia, pero por el rabillo del ojo percibió la incredulidad que se dibujó en el rostro del desconocido antes de que este tensara sus rasgos en un gesto de enfado.

No le dio importancia. Ya había conocido a hombres como él: tan guapos y carismáticos que atraían a las mujeres como la miel a las moscas. Pero ella no se dejaría deslumbrar. Sin duda, el sujeto esperaba que se sonrojara y tartamudeara al ser notada por alguien de su magnificencia. No iba a suceder.

El hombre que conquistara el corazón de Alis Chilton tendría que demostrar que era mucho más que guapo y bien vestido.

Tendría que poseer principios sólidos y preocuparse más por los demás que por el estado de sus botas.

Excepto por su primo Norbert, aún no había conocido en Inglaterra a un hombre así.

Aun así, mientras los murmullos crecían y la atención de la gente seguía concentrada en el hombre del fondo, se preguntó si lo vería en el banquete de bodas.



Michael Everton, conde de Stanhope, ignoró las miradas. Que mirasen. Que cuchichearan. Lo esperaba.

Los susurros crecieron, como el susurro de las hojas movidas por el viento. La ropa crujía mientras los invitados se volvían para observarlo. Él los enfrentó con impasibilidad. Que pensaran lo que quisieran. Él sabía por qué había venido.

Intentó concentrarse en los novios, pero un movimiento atrajo su atención hacia una joven de cabello oscuro sentada en las primeras filas. Lo miraba como si fuera una mariposa atravesada con

un alfiler. Le inquietaba su escrutinio analítico. Le lanzó su mirada más feroz, la misma que había hecho desmayarse a la señorita Prudence Gunn en la única velada a la que había asistido desde su regreso a Inglaterra. Pero aquella muchacha no se desmayó. Tampoco se sonrojó, ni rió tontamente, ni coqueteó.

Le sonrió.

No habría podido estar más perplejo si ella hubiese sacado una pistola y le hubiese disparado. Y tras sonreírle, tuvo la osadía de volver su atención a la boda, como si ya lo hubiera olvidado.

Frunció el ceño, sintiendo cómo una irritación irracional se apoderaba de él. ¿Estaba loca? ¿O simplemente era una necia? Tenía que haber algo defectuoso en ella, algo que explicara semejante atrevimiento. ¿Acaso no le importaba su reputación? ¿No sabía quién era él?

No le quitó ojo mientras intentaba comprenderla, tan absorto en sus pensamientos que apenas notó cómo los murmullos aumentaban, convirtiéndose en un murmullo persistente. El reverendo alzó la voz para pronunciar las palabras que sellarían la unión.

Y de pronto, la ceremonia terminó. Norbert se volvió para presentar a su flamante esposa, y Stanhope supo con exactitud en qué momento su amigo lo vio. La sonrisa de puro placer que iluminó el rostro del novio fue inconfundible.

Maldita sea. Estaba atrapado.

Ya no podía marcharse. Tendría que quedarse para asistir al banquete. Solo entonces podría escabullirse en silencio hacia el anonimato, que era, al fin y al cabo, donde la sociedad prefería mantenerlo, y proseguir su imposible búsqueda.

Malditos chismosos, pensó, clavando una mirada fulminante en los curiosos. Y maldita esa mocosa de cabello negro, que lo había entretenido hasta hacerlo perder la oportunidad de escabullirse.



El champán y los buenos deseos fluyeron con igual abundancia durante el banquete. Lady Norbert se sonrojaba y miraba con adoración a su nuevo marido. Norbert parecía tan orgulloso que casi se le saltaban los botones de la chaqueta. Stanhope se mantenía

apartado, en un rincón, con el rostro distante y una copa de champán olvidada entre los dedos.

Nadie se le acercó.

No lo esperaba. Permanecería el tiempo justo para cumplir con las convenciones y luego se marcharía. No es que le importaran lo más mínimo, pero no deseaba que se dijera que el conde oscuro «como la sociedad gustaba de llamarlo ahora» había arruinado la boda de su amigo. Por hoy, se ataría al decoro.

Observó a los presentes: terratenientes rurales, bien alimentados y vestidos con sus mejores galas; jóvenes de la alta sociedad, antiguos camaradas suyos, que fingían no verlo; matronas que lo escudriñaban con el rostro pétreo y vírgenes casaderas que se sonrojaban, reían tontamente o fingían ignorarlo...

Todas salvo una.

Allí estaba ella, la muchacha de la iglesia, sentada al borde del jardín, charlando con la abuela del novio. Parecía ajena a la atención que atraía, aunque no podía pasar desapercibida: no con aquel vestido color lila claro que resaltaba su piel clara y su cabello oscuro.

Todas menos una.

Allí estaba ella, la muchacha de la iglesia, sentada al borde del jardín, charlando con la abuela del novio. Parecía ajena a la atención que atraía, aunque no podía pasar desapercibida: no con aquel vestido color lila claro que realzaba su piel nívea y su cabello oscuro.

No se percató de que la observaba. O tal vez sí. Tal vez lo ignoraba deliberadamente, lo cual resultaba tan inusual que Stanhope no sabía cómo interpretarlo.

En cambio, le hizo un gesto con la cabeza y su expresión pasó de la concentración a la determinación. Empezó a abrirse paso hacia él.

Estaba loca. Tenía que estarlo. Solo una insensata se atrevería a acercarse al conde de Stanhope a la vista de toda la sociedad.

Pero si estaba loca, era una loca hermosa.

Se movía entre la multitud como un cisne en un lago, toda gracia y esbelta belleza. Su piel, de un blanco perlado, contrastaba con el azabache de su cabello, aunque un suave rubor de buena salud adornaba sus mejillas. El vestido azul pálido realzaba ese contraste inusual, así como su figura de curvas dulces. Stanhope se

sorprendió con la mirada fija en sus pechos, un poco más generosos de lo que cabría esperar en una joven tan delgada... antes de alzarla de nuevo hacia su rostro. Cuando ella llegó a su lado, reparó en que sus ojos tenían el mismo tono azul que un lago en un día claro de verano, y que, al sonreír, dos hoyuelos encantadores se dibujaban en sus mejillas.

Sus propios pensamientos lo desconcertaron. Por todos los cielos, ¿la soledad lo había convertido en un poeta sentimental? No era más que una joven… y, además, atrevida.

—Hola —saludó ella al llegar junto a él—. Soy Alyson Huntly-Chilton, la prima del novio. ¿Y usted es...?

Su acento la delataba. No era una insensata: era estadounidense.

—Stanhope —respondió tras una breve pausa. Luego aguardó.

Ella no se paralizó por el miedo. No huyó de la sala ni rompió a gritar. Le sostuvo la mirada… y volvió a sonreír.

—¿Ese es su título? —preguntó—. He observado que la mayoría de los caballeros ingleses prefieren ser llamados por él.

—Sí —respondió él, mirándola con curiosidad. Aquellos inocentes ojos azules denotaban inteligencia, pero era evidente que poseía el instinto de supervivencia de un bebé.

Aun así, al menos le estaba hablando. Quedarse apartado como un paria no era la mejor manera de evitar que las lenguas viperinas empañaran el día de la boda de Norbert.

Bebió un sorbo de champán y aguardó el momento oportuno. Sin duda, alguien vendría a buscar a la joven en cualquier instante, en cuanto se dieran cuenta de con quién estaba conversando.

—Es estadounidense, ¿verdad?

—Supongo que mi acento me ha delatado —repuso con una risa suave.

—Tiene razón.

Su risa resultó más baja de lo que él habría anticipado, más ronca. Sensual.

—¿Cuánto tiempo lleva en Inglaterra?

—Desde el comienzo de la temporada —respondió ella, parpadeando con aquellos preciosos ojos y sonriendo con sus característicos hoyuelos—. No recuerdo haberle visto por aquí.

—He estado fuera del país.

—¡Qué emocionante! Me encanta viajar, aunque hasta ahora solo he estado aquí, en Inglaterra, y, por supuesto, en Estados Unidos.

—Por supuesto.

Él recorrió la sala con la mirada. No había ni madres escandalizadas, ni maridos furiosos ni hermanos protectores a la vista.

—¿Y dice que es prima de Norbert?

—Prima segunda. ¿O tercera? —Se encogió de hombros con desenfado, y los rizos oscuros danzaron sobre sus hombros—. Nunca consigo recordar esas cosas, pero todos los ingleses que conozco pueden recitar su árbol genealógico hasta el Conquistador.

Ella lo observó en silencio un instante, frunciendo apenas los labios.

—¿Puedo hacerle una pregunta muy grosera?

—Por supuesto —concedió él, intrigado a su pesar.

—¿Quién es? Me he fijado en que nadie más se ha acercado a hablar con usted. ¿Ha estado tanto tiempo fuera que ya nadie le

recuerda?

Una sonrisa sombría curvó los labios de Stanhope.

—Oh, me recuerdan.

—Debe de ser por su aspecto —musitó ella, dando golpecitos con el dedo contra el vaso de limonada—. Tiene un aire muy feroz, ¿sabe?

—¿Sí? —replicó, llevándose la copa de champán a los labios mientras lanzaba una ojeada fugaz a su alrededor.

Aun así, nadie vino a buscarla.

—Estoy segura de que lo sabe. Sus ojos son tan oscuros que casi parecen negros.

Como su corazón, si había que creer a la sociedad.

—Mi madre era francesa —se limitó a decir.

—La mía, irlandesa —repuso ella—. Me pregunto si ganaré.

Él la miró con curiosidad, y su sonrisa pícara le arrancó otra en respuesta.

—¿Ganar qué?

—Ganar el premio a la más deshonrosa. Muchos caballeros me han asegurado que estarían dispuestos a pasar por alto mi desafortunada ascendencia irlandesa si les concediera el gran honor de casarme con ellos. Sin duda, la dote que me ha dejado mi abuelo compensaría con creces ese defecto en mi aceptabilidad. Pero, dada la reciente guerra, quizá ser mitad francesa sea incluso peor que ser mitad irlandesa. ¿Qué opina?

La miró fijamente durante un largo instante, y luego se echó a reír, con tal fuerza que atrajo las miradas de todos los presentes en la sala.

Ningún padre furioso corrió a separarlos. Ningún pretendiente indignado exigió una satisfacción a primera hora de la mañana. Tan solo vio que Norbert les dirigía una rápida mirada y esbozaba una sonrisa. Nada más.

Y se alegró de ello.

Volvió a mirar a Alyson. ¿Quién era esa muchacha? ¿Cómo podía conversar tan tranquilamente con un hombre condenado por la sociedad sin manchar su propia reputación? O bien era un modelo de virtud incuestionable, o bien había cometido un pecado aún mayor que el suyo.

Se inclinó hacia la primera opción.

Cautivado, preguntó:

—¿De dónde viene una mujer como usted?

—De América —respondió ella, y sus ojos brillaron con traviesa alegría.

Él volvió a reír.

Alis sonrió, complacida. Su risa resonó con tal fuerza que parecía que no lo hubiera hecho en mucho tiempo, y se alegró de haberle provocado ese momento de ligereza. Había en él algo que la atraía, una soledad que le resultaba dolorosamente familiar.

Lo observó con atención. No dejaba de mirar en derredor, como si esperase que alguien acudiera a arrastrarla lejos. Era evidente que no gozaba del favor de la alta sociedad. Se preguntó si sería un recién llegado. O tal vez pobre. O, Dios no lo quisiera, comerciante.

Cuando él volvió a lanzar una ojeada por encima de su hombro, ya no pudo contenerse.

—Si está buscando a mi chaperona —anunció—, solo tiene que buscar al novio.

Él alzó las cejas, genuinamente sorprendido.

—¿Norbert es su dama de compañía?

—Por el momento. —Bajó la mirada a su copa, y una fugaz sombra de preocupación surcó su rostro—. Mi abuelo está muy enfermo y no ha podido acompañarme. Y lady Agatha, que suele hacerlo, ha sufrido un mareo y ha subido a descansar. No es tan joven como cree.

—Lamento que su abuelo esté enfermo. Y su chaperona —añadió, con una calidez en la voz que suavizó la opresión en su pecho.

Ella suspiró.

—El abuelo parecía estar bien al comienzo de la temporada, cuando Alex vino, pero después de que se casara con Caroline y regresara a Estados Unidos, su salud decayó gravemente. No ha salido de Wessex Abbey desde entonces.

Stanhope se quedó muy quieto.

—¿Quién es su abuelo, señorita Huntly-Chilton?

—El duque de Wessex —respondió ella—. Lady Agatha, su hermana, es...

—...La abuela de Norbert —concluyó él por ella.

—Por eso somos primos.

—¿Y quién es Alex?

—Mi hermano. Se casó con Caroline Crawford y se fueron a Estados Unidos. Volverán en marzo para la temporada.

Stanhope dejó la copa sobre una mesa cercana.

—Señorita Huntly-Chilton, no debería hablar conmigo.

—Tonterías —replicó ella con un gesto desdeñoso—. Sé que, en la mayoría de los casos, las mujeres solteras no hablan a solas con caballeros, pero no estamos solos: hay toda una sala llena de gente.

—No lo entiende. —Titubeó—. No soy el tipo de hombre con el que su abuelo querría que hablara.

—Si es tan terrible, ¿cómo le invitaron a la boda? —lo desafió.

—Norbert y yo somos amigos desde la infancia. Mi finca linda con la suya.

—¿Es un libertino? —inquirió ella con una media sonrisa—. ¿Un cazafortunas?

—Por supuesto que no. —La irritación se coló en su voz.

—Señorita Huntly-Chilton, por favor, créame cuando le digo que pone en peligro su buen nombre al dejarse ver conmigo.

—Señorita Huntly-Chilton es muy largo —puntualizó—, Alis estará bien. Y mientras no pretenda romperme el corazón ni robarme la fortuna, mi abuelo no tendrá nada que objetar a que converse con usted.

—Quizá se lleve una sorpresa.

Antes de que pudiera contestar, un sirviente se acercó con una nota.

—Disculpen. Lord Stanhope, acaba de llegar esto para usted. —Con una reverencia, el criado se retiró.

Stanhope desdobló el papel. Una sombra de preocupación cruzó su rostro y Alis tuvo que contenerse para no asomarse por encima del hombro. Cuando volvió a alzar la vista, su expresión era impasible, cortés.

—¿Son malas noticias?

—Emily, mi pupila, se ha fugado. —Apretó la nota con fuerza hasta arrugarla—. Si me disculpa, debo despedirme de los novios.

Su angustia era palpable, por más que intentase disimularla. Ella apoyó una mano en su brazo.

—Espero que la encuentre pronto.

—Yo también. —Hizo una leve reverencia antes de dirigirse a Norbert y Eleanor. Cumplido su deber, no volvió a mirarla al salir de la sala.

Alis se mordió el labio inferior mientras lo observaba alejarse. Qué hombre tan fascinante. Y esos ojos oscuros... Dios mío, su corazón seguía latiendo con fuerza, aunque él ya no estaba presente. ¿Quién era exactamente? ¿Y por qué un caballero tan guapo y encantador era rechazado de forma tan tajante por la sociedad?

—Por Dios, señorita Huntly-Chilton, ¿se encuentra bien? —Lady Farvendale, vestida de pies a cabeza con su inconfundible tono favorito de morado, se acercó apresuradamente—. ¿Le ha dicho algo ese hombre que la haya molestado?

—Por supuesto que no —repuso Alis, ocultando su irritación tras un sorbo de limonada—. Lord Stanhope fue muy agradable.

—Más le vale que se haya comportado. —La viuda se llevó una mano cargada de anillos a su amplio pecho—. No sé qué se le

ha pasado por la cabeza a lord Norbert para invitar a alguien así a la boda de mi querida Eleanor. Apenas pude evitar desmayarme cuando lo vi en la capilla.

—¿Por qué? —preguntó Alis con fingida ligereza—. ¿Se dedica al comercio?

—No, querida. —Lady Farvendale la miró con severidad—. Es un asesino.

—Ah. —Alis parpadeó—. Bueno, supongo que al final él gana.

Capítulo 2

Stanhope Hall, Devon Dos semanas más tarde

Emily Everton estaba encorvada en su silla, con una postura que era la viva imagen de la juventud incomprendida. Su cabello castaño claro estaba revuelto, la cinta torcida y el dobladillo del vestido roto y sucio. Sus delicados zapatos, cubiertos de barro, parecían haber perdido toda gracia. Y si esos ojos azules fueran armas, lo habrían abatido en el acto.

Stanhope no se atrevió a mostrar debilidad ante aquel desafío. Recordaba a Emily como una niña dulce, de rizos al viento, cuya risa había calentado las frías estancias de Stanhope Hall. Mucho había cambiado en los seis años de su exilio. De algún modo, aquella adorable ahijada se había convertido en la mujer rebelde que tenía delante.

Su misión parecía clara: volverlo loco.

—Emily, ya te he advertido que tienes prohibido salir del palacio sin una escolta adecuada —la reprendió, manteniendo un semblante imperturbable. Dios sabía que la niña tenía el don de torcer cada una de sus palabras y gestos—. Podría ocurrirte algo, y nadie se enteraría hasta que fuera demasiado tarde.

—No me pasará nada —replicó ella—. Llevo recorriendo la finca desde que era un bebé.

—Lo sé —cedió Stanhope, tratando de imponer la sensatez, aunque le ardían las ganas de estrangularla al oír ese tono tan altanero—. Pero los tiempos han cambiado. Ahora eres una señorita, no una niña pequeña. Debes comportarte como tal.

—¿Para qué? ¿Para casarme y deshacerte de mí? —Saltó de la silla—. ¡Jamás me casaré! ¡No puedes obligarme!

Él se estremeció ante la estridencia en su voz.

—Siéntate, jovencita.

Ella cruzó los brazos sobre el vestido embarrado.

—Prefiero estar de pie.

—Muy bien. Entonces yo también me quedaré de pie. —Se incorporó, y su altura de más de metro ochenta lo hacía aún más

imponente frente a ella—. A partir de ahora, si quieres montar, llevarás contigo a un mozo de cuadra.

—¿O qué? —Alzó la barbilla con desafío.

—O no se te permitirá montar jamás.

Ella abrió la boca, sorprendida.

—¡No puedes impedirlo! ¡Guinevere es mi yegua y la montaré cuando me plazca!

Él arqueó las cejas.

—En realidad, Stanhope Hall y todas sus tierras me pertenecen a mí.

Emily lo miró con los ojos entrecerrados.

—Te odio.

—No eres la primera —su voz reflejó cansancio, y al parecer, Emily lo percibió. Por un instante, su expresión rebelde se suavizó, y él creyó entrever un destello de cariño en sus ojos. Anheló acercarse, tocar el corazón de aquella niña alegre que fue. Mas no se atrevió. Solo le quedaba la responsabilidad de educarla y moldearla en la dama que había nacido para ser. Nada podía interferir en eso.

—Ahora vete a tu habitación hasta que sea hora de cenar —ordenó, y observó cómo el brillo de calidez se desvanecía de su rostro.

Emily lo contempló con ira durante un largo instante, sus ojos azules reducidos a dos rendijas malévolas sobre aquella adorable nariz pecosa. Luego alzó la punta de la nariz, dio media vuelta y salió de la estancia con una dignidad indignada que cualquier mártir habría envidiado.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, Stanhope se desplomó en su silla y se frotó el rostro con gesto fatigado. Prefería mil veces enfrentarse al desprecio de las matronas más severas de la alta sociedad que lidiar con los constantes altibajos emocionales de aquella criatura femenina, tan parecida a la querida ahijada que una vez había conocido.

Dos semanas atrás lo había aterrorizado al escaparse de casa. Había abandonado la boda de Norbert y logró interceptarla justo antes de que abordara la diligencia con destino a Londres. En las últimas semanas había espantado a cinco institutrices con sus travesuras salvajes y ahora creía que podía montar a caballo por toda la finca sin informar a nadie. Y si alguien se atrevía a

reprenderla, especialmente él, respondía con acciones aún más escandalosas.

En otro tiempo la había adorado. Entonces no deseaba más que pasar cada instante a su lado. Cómo añoraba aquellos días.

Su relación con Emily era otra víctima más del asesinato de Ophelia.

Apoyó la cabeza hacia atrás, exhausto. A veces estaba harto de todo. ¿Cuánto debía pagar un hombre por un crimen, sobre todo si no lo había cometido? A falta de pruebas, no se le había acusado formalmente del asesinato de Ophelia, pero su familia lo expulsó de Inglaterra para sofocar el escándalo. Fuera inocente o culpable, poco importaba. La sociedad lo consideraba responsable, y esa sentencia bastaba.

Durante seis años vagó por el mundo sin poder regresar a las verdes colinas inglesas. Y con la guerra en marcha, ni siquiera podía refugiarse en la tierra natal de su madre. Así que recorrió otros lugares: India, África, las Indias Occidentales, América. Y prosperó. Pero siempre añoró volver a Inglaterra.

Levantó la vista hacia el retrato del anterior conde que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Su tío, Alfred Everton, había

creído firmemente en su culpabilidad. Igual que el hijo y heredero de Alfred, Desmond. Tras la muerte de su prometida, Desmond se alegró enormemente cuando lo desterraron. Stanhope solía preguntarse cómo Desmond, un hombre tan cruel, podía tener una hija tan dulce como Emily. Pero últimamente había empezado a notar un parecido familiar.

Hace poco más de un año, cuando su tío y su primo murieron en un incendio al regresar de cazar urogallos en Escocia, él heredó el título y la tutela de la joven Emily. Regresó ansioso a Inglaterra y a Stanhope Hall, solo para descubrir que la dulce niña de seis años se había convertido en una pequeña de doce, malhumorada e intratable, y que la sociedad no había olvidado ni perdonado.

Oh, había intentado ignorar los rumores. Cuando llegó la primera invitación, acudió con entusiasmo, esperando que sus anfitriones hicieran caso omiso de las habladurías y confiaran en su inocencia.

Qué necio.

Lo habían invitado por simple curiosidad, para mirarlo de reojo y cuchichear a sus espaldas. Las jóvenes se desmayaban al cruzarse con él, las matronas lo contemplaban como si fuera el

mismísimo diablo, y los hombres lo escrutaban con recelo, como si en cualquier momento pudiera estrangular al primero que se acercara solo por diversión. No aceptó ninguna invitación hasta que Norbert le rogó que asistiera a su boda. Y acudió solo por la lealtad que le profesaba a su amigo en medio del escándalo. él nunca creyó en su culpabilidad, bendita sea su alma risueña.

Pero la alta sociedad sí lo consideraba un asesino. Y Desmond y el tío Alfred fallecieron creyendo en su culpa. Apretó las manos con fuerza. ¿Cómo podían albergar tal pensamiento? Se reprochó en silencio. ¿Acaso su sangre francesa era un anatema para sus propios parientes, quienes preferían la especulación antes que confiar en su palabra? Tío Alfred... Desmond... ¿acaso no me conocíais de verdad?

Con esfuerzo, apartó aquel dolor. Ahora debía pensar en Emily. ¿Qué futuro podría tener la niña bajo la tutela de un presunto asesino? Nadie, salvo los cazafortunas más desesperados, querría desposarla, y ella merecía algo mejor. Aunque en ese instante le estaba haciendo la vida imposible, sabía que, en algún lugar dentro de aquella joven malhumorada, seguía habitando la niña dulce que tanto había amado. Y él haría lo justo por ella.

Pero antes debía demostrar su inocencia.



Abadía de Wessex, Hampshire. Mismo día.

Alis contempló a su abuelo con consternación.

—Pero quiero ir contigo.

El viejo duque negó con lentitud, y Alis se desesperó al ver la fragilidad de aquel gesto. Apenas unos meses atrás, su abuelo recorría los pasillos de la abadía de Wessex dando órdenes a los sirvientes y enfrascándose en acaloradas disputas con su hermano Alex. Pero en pocas semanas, la enfermedad que había ocultado durante tanto tiempo se volvió devastadora, y parecía haber envejecido de golpe sus ochenta y cinco años.

—Eres joven, Alyson —murmuró con voz áspera—. Has cuidado de mí desde que terminó la temporada. Deberías salir a la sociedad, bailar y relacionarte con gente de tu edad.

—Fui a la boda de Algie —replicó ella—. Conocí a mucha gente joven. Ahora quiero ir a Bath contigo y con la tía Agatha. Allí hay personas de mi edad.

El duque volvió a negar con la cabeza.

—Has rechazado muchas invitaciones para cuidar de un anciano, Alyson, y aunque mi corazón agradece tu atención, no puedo ser egoísta. —Tosió y permaneció quieto, jadeando un momento antes de continuar—. Voy a Bath a tomar las aguas por mi salud, no para socializar. Tú te quedarás en Devon, en casa de Norbert Chase, y visitarás a tu primo y a su esposa, ahora que han vuelto de su viaje de novios. Lady Eleanor te cuidará.

—¿Y tú? —insistió ella—. Agatha puede ocuparse de mí.

—Pero...

—¡No quiero que me veas así, hija! —rugió con fuerza, mientras sus ojos, casi negros, brillaban con un destello de aquella antigua arrogancia que aún permanecía en su rostro pálido y demacrado—. Por favor, haz lo que te pido. Ve a Norbert Chase. Pasa un mes más o menos asistiendo a fiestas en casas y eventos locales con Lady Eleanor. Me reconfortará saber que disfrutas de tu juventud en vez de encerrarte con un anciano enfermo como yo. —Se inclinó hacia ella—. Hazlo por mí, Alyson.

Ella no pudo resistir aquella súplica.

—¿Estás seguro, abuelo?

—Eres una niña encantadora por querer ayudar —respondió —, pero mi decisión está tomada.

—Entonces haré lo que me pides. —Se acercó y le besó la frágil mejilla—. Pero te echaré mucho de menos.

Él acarició su mano con ternura.

—Y yo a ti, querida. Pero es lo mejor. Ahora vete. Seguro que tienes mucho que preparar para tus vacaciones.

Al ver su cansancio, Alis obedeció y salió del estudio, aunque se detuvo justo al traspasar el umbral. Las lágrimas le ardían en los ojos. Lo estaba perdiendo. Día tras día, el duque de Wessex se debilitaba más. Temía que algún día fuese a buscarlo y descubriera que había fallecido. Apenas había llegado a conocerlo en estos últimos meses; no estaba preparada para perderlo tan pronto.

Un lacayo pasó junto a ella y Alis se secó rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano. Apartando la mirada del personal, avanzó con paso ágil por el pasillo y se deslizó dentro de la biblioteca.

La habitación olía a libros antiguos y a cera de abejas. Se acercó a la ventana que daba al espléndido jardín de rosas de Wessex y se quedó mirando sin ver realmente, perdida en el luminoso día de verano. La belleza de Inglaterra nunca dejaba de asombrarla, y sin embargo, a veces un dolor punzante la invadía al pensar en los muelles familiares de Boston. Echaba de menos a su hermano Alex y también a su nueva cuñada, Caroline. Aunque su vida en Boston había distado mucho de ser perfecta, seguía siendo su hogar.

Y al menos allí no estaría condenada a quedarse sentada, impotente, viendo cómo su abuelo se consumía poco a poco.

Vivir como la nieta debutante del duque de Wessex resultaba mucho más restrictivo que hacerlo como la hermana del capitán Alex Chilton. Al principio, los vestidos elegantes y los grandes bailes le parecían emocionantes, pero pronto aquella emoción se fue desvaneciendo. A veces sentía que, si un caballero más le hacía un cumplido sobre el color de sus ojos, acabaría gritando.

Aunque su abuelo había asegurado en alguna ocasión que adoraba ese color en ellos.

Tenía que superar todo eso. Reprimiendo con firmeza su pesar, se obligó a pensar en otra cosa, cualquier otra cosa. Pero todo lo que venía a su mente le parecía trivial en comparación.

Si al menos pudiera ayudar...

Con un suspiro, se dejó caer en un sofá cercano y observó distraída a un gorrión que saltaba entre las ramas de los arbustos justo frente a la ventana. Todos a su alrededor parecían tener un lugar y un propósito. Su abuelo, el duque, tenía su título. Su hermano, Alex, su negocio naviero y el honorífico título de heredero. Caroline, su papel como esposa de Alex. Norbert, Eleanor, incluso Lady Agatha, todos poseían su lugar en el mundo.

Pero ella no tenía ninguno.

Había intentado contribuir cuidando de su abuelo, pero cada vez que trataba de ayudar, alguien la apartaba. Ahora la enviaban a Devon para quedarse con Algie y Eleanor en lugar de permitirle cumplir con su deber. ¿Bailes? ¿Fiestas? ¿Cómo se suponía que iba a marcharse a divertirse mientras su abuelo se consumía en la enfermedad? ¿De verdad la consideraban tan superficial? ¿Solo un adorno? ¿Una joven guapa e inútil?

Inaceptable. Debía existir algo significativo que pudiera hacer con su vida. Algo que fuera exclusivamente suyo. Algo a lo que aferrarse cuando la realidad se volviera demasiado sofocante.

Le había gustado Boston, pero si regresaba, su hermano controlaría cada uno de sus pasos como si fuera una niña pequeña. No sería más que la hermana de Alex Chilton, sin identidad propia, relegada al margen del feliz matrimonio de él y Caroline.

Le gustaba Inglaterra, pero si permanecía allí, su abuelo esperaría que se casara con algún noble inglés.

Y aunque lo quería mucho, haría lo que él pidiera. Pero, aunque anhelaba tener algún día marido e hijos, siempre había imaginado enamorarse de verdad. Lo último que deseaba era un esposo inglés, sin duda poco acostumbrado a las mujeres americanas con ideas liberales. Por ley, un marido inglés controlaría su dinero y su cuerpo, y nadie podría impedirle abusar de ninguno de los dos.

Lo había visto una y otra vez durante su estancia: un esposo inglés la abandonaría a marchitarse en alguna finca rural mientras él se divertía con amantes en Londres. Una vez más, se quedaría sin nada, salvo la soledad que la ahogaría.

De alguna manera, tenía que encontrar su propio camino.

—¿Alyson, estás aquí? —La puerta se abrió con un clic, y Alis se apresuró a borrar los últimos rastros de angustia de sus mejillas cuando su tía abuela, Lady Agatha Strathwaite, entró en la estancia. Lady Agatha era una mujer menuda y regordeta, con el cabello blanco como la nieve, y poseía una peculiar afición por vestir colores poco convencionales, un hábito lamentable que, sin embargo, no empañaba su indiscutible prestigio social. Aquella mañana llevaba un vestido de un extraño tono amarillo mostaza, adornado con tres hileras de perlas rosas, una combinación que hacía a Alis pensar en un cuenco de fruta, todo peras y uvas.

—Ahí estás, niña —comentó Lady Agatha—. ¿Qué haces en esta biblioteca tan mal ventilada en un día tan hermoso?

—Solo estaba pensando —contestó Alis, deseando creer que había logrado ocultar su preocupación, aunque Lady Agatha tenía una vista tan aguda como la de cualquier mujer de ochenta y siete años. Se sentó junto a ella en el sofá y le acarició la mano.

—Vamos, querida. Has ido a ver a mi hermano, ¿verdad?

Alis asintió y las lágrimas regresaron a sus ojos pese a sus esfuerzos.

—No soporto verlo así —murmuró.

—La vejez no es agradable —convino Lady Agatha con un suspiro resignado—. Y, Dios sabe, tampoco es maravillosa. Pero es una realidad inevitable, cariño. Como el nacimiento. Como la muerte.

—¡No menciones la muerte! No quiero que muera el abuelo, ¡ahora que apenas acabo de encontrarlo!

Lady Agatha soltó una risa suave.

—No planifiques todavía el funeral, Alyson. Mi hermano es muy testarudo. Es un rasgo de la familia Huntly. Si hay manera de burlar a la muerte, Thaddeus la encontrará. Ojalá me permitiera acompañarte a Bath. Detesto quedarme atrás.

—Sabes que tu abuelo odia que lo vean tan enfermo. Es mejor que pases estas semanas con mi nieto y su esposa.

—¡Solo quiero ayudar! —Alis se levantó y se acercó a la ventana—. Tía Agatha, no pude hacer nada por mi madre cuando estaba muriendo, solo verla apagarse poco a poco. Y ahora que apenas conozco al abuelo, está tan enfermo... Ya soy una mujer adulta. Siento que si pudiera hacer algo, cambiar las cosas de alguna forma... —Sus palabras se perdieron cuando la emoción la dejó sin voz.

—No hay nada que puedas hacer —respondió Lady Agatha con dulzura—, salvo cumplir con lo que él te pida.

Alis negó con la cabeza.

—No puedo seguir con mi vida alegremente, asistiendo a fiestas y cosas por el estilo, sabiendo lo enfermo que está. Aunque me quede con Algie y Eleanor, no dejaré de preocuparme por él.

—Alyson, escúchame. —El tono firme de Lady Agatha hizo que Alis la mirara sorprendida—. No puedes permitir que perciba tu preocupación. Es un hombre orgulloso. Quiere lo mejor para ti. Si deseas hacerlo feliz, cásate bien y quédate aquí, en Inglaterra, para criar a tus hijos.

—¿Casarme? —exclamó Alis, con los ojos abiertos de par en par—. ¡Como si pudiera pensar en el amor en un momento como este!

Lady Agatha soltó una risa contenida.

—Nadie ha mencionado el amor, querida.

—Ni siquiera podría concebir casarme con un hombre a quien no amo. Así no se hacen las cosas en Estados Unidos.

—Pero así se hacen a menudo en Inglaterra —replicó Lady Agatha—. El deber de una joven hacia su familia es asegurarse un buen matrimonio.

—¿Y el deber de una muchacha para consigo misma? Tía Agatha, si me caso, Alis Chilton dejará de existir. Desaparecerá para convertirse en una esposa más de la alta sociedad.

La anciana negó con suavidad.

—No necesariamente. El matrimonio otorga poder, querida. Y más libertad de la que imaginas.

Alis hizo oídos sordos a sus palabras.

—Quiero hacer algo con mi vida, algo que solo yo pueda lograr y nadie más.

—El matrimonio puede ser muy satisfactorio para ambas partes. Un hombre necesita una esposa para tener hijos. Una mujer, un marido que la sostenga. Así todos obtienen lo que desean.

—Eso no es lo que yo anhelo —respondió Alis, apretando los puños—.

—Aspiro a ser más que la sombra de un hombre. Más que una posesión. Debe existir algo más que pueda hacer, algo que dé

sentido a mi existencia.

—Piensa en el matrimonio —repuso Lady Agatha, levantándose del sofá—. Al final, es la elección de la mayoría de las jóvenes.

Alis observó cómo la anciana se retiraba.

—Pero yo no soy como la mayoría, —susurró—. Eso es lo que nadie comprende.

Capítulo 3

Devon

Una semana más tarde

El baile de verano de Lady Denniston era uno de los acontecimientos más esperados de Devon. Siempre se celebraba a mediados de julio, con la intención de aliviar el tedio estival con un toque de sofisticación. Todos los que eran alguien recibían invitación al evento, que prometía ser un auténtico tumulto. Y a nadie se le ocurría rechazarla.

Alis llevaba apenas una hora en el baile y ya se encontraba aburrida. Había bailado con varios caballeros solteros, pero ninguno se interesaba en mantener una conversación más profunda que el color exacto de sus ojos o la posibilidad de que el calor aumentase al día siguiente. Cuando pensaba que podría estar en Bath ayudando

a su abuelo, las ganas de gritar por la frustración se apoderaban de ella.

En lugar de eso, permanecía de pie en un salón abarrotado y tan caluroso que dos jóvenes ya se habían desvanecido, observando a los bailarines tomar sus posiciones para una nueva ronda. Entre ellos estaban Norbert y su novia, Lady Eleanor.

Durante su presentación en sociedad, Eleanor había sido apodada «Eleanor Perfecta» gracias a su impecable belleza rubia y modales inmaculados. Que fuera hija de un conde y poseyera una dote considerable no hacía sino reforzar la imagen de la debutante inglesa ideal.

Norbert también era rubio, aunque con un tono mucho más oscuro que el de Eleanor. Había heredado las cejas marcadas y la nariz prominente de su abuelo y hermano, pero sus ojos verdes y carácter jovial provenían de la familia paterna.

Como recién casados, Algie y Eleanor estaban perdidamente enamorados. A menudo, como ahora, se miraban fijamente y se olvidaban de la presencia de los demás. Alis casi había aprendido a aceptarlo, aunque tenía que reconocer que se sentía como una

rueda de repuesto en un carruaje de cuatro ruedas desde que llegó a Norbert Chase dos días atrás.

Por supuesto, los recién casados no tenían intención de excluirla. Pero a veces se perdían en su mutua adoración y olvidaban que Alis existía. Otras veces desaparecían juntos durante largos ratos, dejándola sola. Incluso esa noche, mientras avanzaban para saludar a los anfitriones, Norbert y Eleanor entraron al salón sin ella. Por suerte, se acordaron en el último instante y la esperaron, lo que les permitió llegar los tres juntos.

Alis no guardaba rencor por estar tan absortos el uno en el otro. Eran recién casados y además se amaban, así que era comprensible. Sin embargo, la experiencia solo reforzaba su determinación de encontrar algo que llenara su tiempo. No podía pasar la vida colgando de los márgenes familiares como un hilo suelto en una camisa preferida.

—¡Señorita Huntly-Chilton! —la llamó una voz masculina y juvenil.

Se sobresaltó. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no advirtió la presencia del señor Edward Barrington, su pareja para la siguiente pieza. Barrington resultaba inofensivo. De hecho, cuando

hizo una reverencia exagerada, le pareció que sus grandes orejas y su pelo desordenado lo asemejaban a un cachorro entusiasta y torpe.

—Buenas noches, señor Barrington —respondió, esbozando una sonrisa forzada.

—Esta es nuestra pieza, señorita Huntly-Chilton —le dijo él con entusiasmo—. Y, si me permite decirlo, ese vestido realza sus ojos. Son como zafiros.

Alis contuvo con esfuerzo la tentación de poner los ojos en blanco. Su rostro sonrojado y la mirada demasiado brillante la hicieron preguntarse si habría bebido demasiado champán. De repente, supo que no podría seguir bailando con él. No podía soportar otra conversación social vacía mientras forzaba una sonrisa que le dolía en el rostro.

No sin perder la razón.

—Por favor, disculpe, señor Barrington —dijo con la mayor dulzura posible—, pero hace tanto calor aquí que temo desmayarme si intento bailar. ¿Sería tan amable de traerme una copa de ponche?

Los ojos marrones del joven se agrandaron.

—¿Quiere que le traiga ponche? ¡Por supuesto! Lo haré de inmediato y luego me sentaré con usted mientras lo bebe. —Tras otra reverencia exagerada, salió apresurado hacia la ponchera.

Alis, aliviada, se dirigió a la terraza y se deslizó por las puertas francesas con un suspiro de liberación.

Probablemente no debería haber acudido.

Stanhope entró en el salón de baile sin prestar atención al silencio momentáneo que su nombre provocó. Con habilidad, tomó una copa de champán de la bandeja que portaba un criado y se apartó hacia un rincón para buscar entre la multitud al hombre que había venido a encontrar. En un principio no tenía intención de asistir al baile de Lady Denniston, pero supo que Lord y Lady Aggerly estarían presentes.

Ambos habían formado parte de la fiesta celebrada en aquella casa seis años atrás, cuando Ophelia murió.

Había recopilado durante sus años de exilio todo lo que pudo sobre los invitados de aquella velada, y sus pesquisas le revelaron un dato intrigante: solo tres personas carecían de coartada sólida para el momento de la muerte de Ophelia.

Entre ellas se encontraba lord Aggerly.

Stanhope deseaba plantear algunas preguntas al arrogante conde, y esa era la única razón que lo llevaba a la fiesta de Lady Denniston.

La anfitriona estuvo a punto de desmayarse cuando apareció en su puerta. Aunque lo había invitado, claramente no esperaba su presencia. No obstante, mantuvo la compostura y le dio la bienvenida, permitiéndole vagar por los márgenes del salón, intentando localizar al viejo Aggerly y a su esposa entre el mar de cuerpos que llenaban la estancia.

Quince minutos después, había constatado dos cosas: Aggerly aún no había llegado y nadie deseaba acercarse al conde oscuro.

Agobiado por las miradas y las conversaciones que cesaban cuando se aproximaba, se volvió y salió a la terraza. Quizás allí podría esperar en paz.

Al salir, alzó el rostro para disfrutar del fresco aire nocturno, que contrastaba con el sofocante calor del salón. La noche estaba limpia y clara; las estrellas salpicaban el cielo como gotas de tinta, y una luna creciente pendía, semejante a un colgante, sobre el firmamento.

Un ruido metálico proveniente de la parte baja de la terraza captó su atención.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz baja.

—Yo. —La voz susurrada se acompañó de la aparición de una joven entre las sombras. Su cabello oscuro caía en elegantes rizos sobre sus hombros níveos, y él alcanzó a distinguir sus ojos claros antes de que ella bajara la cabeza—. Perdone, milord. Voy a volver al interior.

—Espere un instante —la detuvo Stanhope cuando ella se disponía a pasar apresurada a su lado—. La conozco. Coincidimos en la boda de Norbert.

—Sí, así es. —Por algún motivo, evitaba mirarlo a los ojos. Juntó las manos ante sí y entrelazó los dedos—. Ahora, si me disculpa...

—No recordaba que fuera tan tímida —comentó frunciendo el ceño—. Señorita Huntly-Chilton, ¿verdad?

Ella se tensó.

—En efecto, milord.

El ceño de Stanhope se marcó con mayor intensidad. La recordaba como una morena simpática y locuaz, con un sentido del humor mordaz. ¿Qué le ocurría para mostrarse ahora tan retraída?

—Acérquese —exigió, y la mezcla de desconcierto y hastío impregnó su voz, tornándola más áspera de lo deseado.

Dudó apenas un instante, pero dio un paso vacilante hacia él. Su timidez solo agravó el mal humor que ya lo consumía.

—Por piedad, milady, no pretendo devorarla.

Ella alzó el rostro y entonces él pudo ver con claridad aquellos ojos.

Miedo.

Aquella revelación le golpeó como un puñetazo en el estómago. La joven que tres semanas atrás fue la única que se atrevió a acercarse y conversar con él en la boda de Norbert ahora le temía.

Algo se quebró dentro de él. ¿Cuánto podía soportar un hombre? El rechazo social, la rebelión de Emily, la impotencia de no poder limpiar su honor... Lo había resistido todo con estoicismo. Pero aquello, que la única mujer que había iluminado su vida ahora se apartara aterrada, le rompía el corazón.

¿En qué momento se creyó capaz de lograr algo? ¿Resolver un asesinato de hace seis años? ¿Criar a una niña para que se convirtiera en mujer? ¿Estaba realmente loco?

No podía sostener la mirada de aquellos hermosos ojos azules que se habían reído con él solo semanas atrás y que ahora reflejaban una desconfianza que apenas lograba soportar.

Dándole la espalda, murmuró:

—No importa. Será mejor que vuelva dentro. —Se preparó para escuchar el eco de sus pasos alejándose.



Alis había reconocido al conde de Stanhope nada más asomarse a la terraza. A la luz de la luna, su porte era imponente, con rasgos tallados en mármol helado y unos ojos oscuros que escrutaban sin tregua. Cuando lo conoció en la boda de Norbert, su imponente presencia le pareció menos temible, pues creyó que aquel hombre necesitaba una amiga. Sin embargo, ahora no podía evitar la imagen

de un Lucifer liberado: salvajemente hermoso, pero con un aura que desafiaba la virtud misma.

Su piel oscura, sus facciones cinceladas y el traje negro que vestía alimentaban la imaginación morbosa de Alis, especialmente al recordar los rumores que le rodeaban.

Un asesino. Nunca probado, pero considerado peligroso. Y ella sola con él en la terraza.

Pensó que si se comportaba como un ratón, él la dejaría pasar. Y su plan había funcionado. Solo le ordenó que volviera adentro... pero el pesar en su voz la retuvo.

¿Podría ser cierto aquello? Nadie había presentado pruebas. Y ella no podía olvidar la preocupación que aquel hombre mostró el día que lo conoció, cuando supo que su pupila había huido. ¿Un asesino tendría ese cariño por un niño?

Alis se quedó contemplando la espalda rígida del conde. A pesar de todo, no tenía motivo para temerlo. Ningún indicio que confirmase su culpabilidad, solo habladurías. Además, seguía siendo invitado a eventos, lo que indicaba que no estaba del todo relegado. Y Algie le había pedido que asistiera a la boda.

—Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Habré ofendido a un hombre inocente? —se preguntó, aclarándose la garganta mientras se acercaba con cautela.

—¿Cómo está su pupila, milord? —inquirió con voz temblorosa.

Él se giró, sorprendido.

—¿Qué ha dicho?

—Le pregunté por su pupila —dijo, tragando saliva mientras su corazón palpitaba con fuerza—. La última vez que nos vimos tuvo que marcharse de prisa porque su pupila se había escapado.

—Sí... —la palabra flotó entre ellos. Inclinó la cabeza y la miró con interés, sus ojos insondables—. Mi pupila. Sí, la encontramos. Está sana y salva en casa.

—Me alegra saberlo. Estaba preocupada —confesó, llevándose la mano al pecho y dando un paso más cerca.

—¿Sucede algo? —la voz grave vibró cerca, provocándole un escalofrío. Era un hombre hermoso, y esa mezcla de peligro y misterio que lo rodeaba la atraía sin remedio.

—Solo es el calor del salón de baile —sonrió con cortesía, aunque su pulso se aceleraba. Al recibir su sonrisa, el corazón le dio otro vuelco.

—Contén tus nervios, Alis.

—Hace un calor insoportable dentro, ¿no le parece? Aquí afuera se está mucho mejor.

—Así es. Pero, milord, ¿tenemos que hablar del clima?

Se percató de que lo había tomado por sorpresa.

—En absoluto. ¿De qué desea hablar?

Respiró hondo.

—He oído rumores sobre usted, milord. ¿Son ciertos?

Él se quedó inmóvil, sin siquiera pestañear. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella con una intensidad que la desarmó.

—Esa —musitó con voz grave— es una pregunta atrevida, señorita Huntly-Chilton.

—Quizá —tragó saliva—. Pero no me gusta fiarme de habladurías. Me dijeron que usted mató a alguien. ¿Es verdad?

Guardó silencio largo rato. Los grillos cantaban en el jardín y, dentro, la orquesta iniciaba una danza campestre.

Ella permaneció firme, a pesar del miedo. No entendía qué la impulsaba a tal audacia, ni por qué sentía una certeza tan extraña de que él no la dañaría.

—No —respondió finalmente—. No he matado a nadie. ¿Sabe? Creo que usted es la primera persona de la alta sociedad que me pregunta si soy inocente o culpable.

—¿Cómo es posible? —se extrañó ella—. Seguro hubo una investigación.

—Por supuesto —respondió seco, volviendo la mirada hacia la noche—. Llamaron al magistrado, pero no había pruebas. Al parecer, la señora se cayó por las escaleras en mitad de la noche.

—¿Una mujer? —exclamó, atraída por la tristeza que emanaba de él, uniéndose a su lado en la balaustrada.

—¿Fue una mujer la que murió?

Él la miró fijamente.

—Creía que había oído las historias.

Ella negó con la cabeza.

—No, solo sabía que alguien había muerto. Pensé que tal vez fue un duelo por honor o algo parecido.

Él rió, un sonido grave que se acomodaba a la oscuridad que los rodeaba.

—Vaya, qué imaginación tiene, señorita Huntly-Chilton.

—Oh, deje de llamarme así —replicó ella con una sonrisa—. Me llamo Alis.

Él arqueó una ceja, divertido.

—No sería nada apropiado que me dirigiera a usted por su nombre de pila.

—Tampoco es apropiado que esté aquí sola con usted —replicó Alis—, pero aquí estoy. Por favor, esta es la conversación más interesante que he tenido en toda la noche.

—Me halaga.

—Usted es interesante —corrigió ella—. Y no ha mencionado ni una sola vez el color de mis ojos. Le estaré eternamente agradecida por ello.

Él volvió a reír y sus hombros parecieron perder algo de rigidez.

—Esta es la chica intrépida que recuerdo de la boda —comentó con una sonrisa sesgada—. ¿Quién era esa criatura tímida

que intentó escabullirse hace un momento?

Ella puso los ojos en blanco con exasperación.

—Milord, me habían asegurado que usted era un asesino, y me encontré sola con usted en una terraza oscura. ¿Qué esperaba que hiciera?

—Entiendo lo que quiere decir. —Se volvió hacia ella y apoyó un codo en la barandilla—. Sin embargo, sigue estando sola conmigo en una terraza oscura.

—Es cierto —dijo ella, encogiéndose de hombros y apoyándose también en la barandilla—. Pero ya sé que me respeta, milord. Recuerdo cómo intentó preservar mi reputación en la boda de mi primo.

Él guardó silencio un instante y luego musitó, con voz baja:

—No me confunda con un perro faldero, milady. Soy tan hombre como cualquiera, y usted es una mujer muy hermosa.

Alis percibió la advertencia en su tono, pero la ignoró con imprudencia. El aire parecía cargado de una energía que hacía vibrar su piel. Se sentía viva. Dejó caer la cabeza hacia atrás y contempló el cielo nocturno.

—¿No es una noche preciosa?

—¿Me está escuchando?

Ella lo miró de reojo.

—Por supuesto. Volveré dentro en un minuto.

—No me está escuchando —murmuró él—. ¿Cree que soy inofensivo solo porque he dicho que soy inocente?

Se movió y, de repente, se cernió sobre ella, presionando su cuerpo contra la barandilla y rodeándole la cintura con las manos. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella a pocos centímetros.

—¿Qué está haciendo? —Intentó que sus palabras sonaran a orden, pero salieron como una súplica.

—Dulce Alis —susurró él, rozándole el cuello con la nariz. Su aliento rozó la parte superior de los pechos que el escote de su vestido de baile dejaba al descubierto. Al instante, sus pezones se endurecieron y ella dejó escapar un pequeño grito de sorpresa cuando algo crudo y primitivo se apretó en lo más profundo de su vientre.

—Dulce Alis —repitió—. ¿No sabe que todos los acusados de asesinato se declaran inocentes?

Antes de que ella pudiera responder, su boca se encontró con la de él.

No tenía nada que ver con los castos besos que le habían dado sus pretendientes en Boston; ese era el beso de un hombre.

Sus labios se separaron y entrelazó su lengua con la de ella. Otra sacudida la atravesó, calentándole las entrañas y haciéndola doler. Cuando su lengua acarició el paladar de Alis, un gemido escapó de su garganta. Las rodillas le flaquearon y apretó los dedos contra la chaqueta de él.

En cuanto a besos, aquel estaba muy, muy lejos de su ámbito de experiencia.

Él apartó la boca de la de ella con una lentitud que permitió que sus labios se aferraran un instante antes de separarse. Aun así, no se alejó.

—Confías demasiado —advirtió, clavándole los ojos—. Si quisiera, podría hacerte cualquier cosa y nadie lo sabría jamás. Recuérdalo la próxima vez que le hagas preguntas atrevidas a un hombre en la oscuridad.

Se apartó y se adentró en el salón de baile, dejándola temblorosa, dolorida y sola en la noche.



Stanhope no sabía a quién debía dirigir con más furia su ira: ¿a sí mismo o a la confiada joven a la que acababa de dejar en la terraza?

¿Qué demonios la había poseído para interrogar a un hombre conocido por ser un asesino sobre si había cometido el crimen? Y encima, hacerlo estando solos en la oscuridad, era la cúspide de la imprudencia.

Sin embargo, a nadie más se le había ocurrido plantear tal cuestión. Le parecía extraordinario que fuera una muchacha tan delicada quien osara cuestionar los rumores que todos los demás habían aceptado como verdad.

Pero luego ella le creyó y lo descartó como amenaza potencial, y eso, de algún modo, le irritaba más que la propia acusación.

Era un hombre, maldita sea, no una mascota domesticada. Y tan susceptible a los encantos de una mujer hermosa como cualquier otro. La señorita Alyson Huntly-Chilton bien haría en

aprender a estar en guardia con los hombres antes de verse comprometida por el primer insensato impetuoso que la atrapara a solas a la luz de la luna.

Pero ella no era la única responsable.

¿Por qué la había besado? Podía justificarse diciéndose que solo intentaba darle una lección, pero la verdad era que lo había deseado con todas sus fuerzas. Era hermosa, inteligente y encantadora, y le recordaba cosas que ya no podía tener. Su precioso cuerpo y mente ágil despertaban en él necesidades que había reprimido durante meses en Inglaterra. La deseaba. Tan simple como eso. Tan imposible como eso. Ella era una chica inocente.

Y él era el conde oscuro.

Frunció el ceño ante un joven que lo observaba boquiabierto, y luego se burló al ver cómo aquel jadeó y se apartó de su camino. A lo lejos, distinguió al lord Aggerly hablando con otro caballero. La esposa de Aggerly estaba a su lado, con aire aburrido. Acababan de llegar.

La gente se apartó mientras Stanhope avanzaba hacia su objetivo. El caballero con quien charlaba Aggerly se retiró y, al

levantar la vista, Aggerly lo vio acercarse. El corpulento caballero palideció. La esposa de Aggerly siguió la mirada de su marido justo cuando Stanhope alcanzaba a la pareja. Por un instante, ella lo miró directamente a los ojos.

Luego, con un gesto ostensible, le dio la espalda y tiró de su marido en dirección contraria.

Los transeúntes soltaron exclamaciones de sorpresa y Stanhope quedó paralizado. ¡Lady Aggerly acababa de desairearlo!

La rabia lo sacudió. Contempló la espalda de Lady Aggerly, que se alejaba, su voluptuosa figura vestida de seda azul nublándole la vista mientras luchaba por controlar su temperamento. Le llegaron unas risitas. Miró hacia el sonido y varios espectadores apartaron la mirada con rapidez.

La humillación le quemaba como una bola de fuego en las entrañas, pero se negó a mostrarlo. En otra época, cuando no era más que el sobrino empobrecido del conde de Stanhope, habría salido de la sala avergonzado. Pero ahora...

Ahora era el conde oscuro. Lanzó una mirada gélida a los espectadores reunidos, quienes, al notar su furia, bajaron la cabeza y se escabulleron entre la multitud. Desdeñoso, despreció con un

gesto arrogante a quienes lo observaban y aceleró el paso; en tres zancadas interceptó a los Aggerly.

—Lord Aggerly —se presentó con elegancia, plantándose en el camino de la pareja—. ¿Podemos hablar?

Las cejas gris acero de Aggerly se arquearon con confusión.

—Stanhope —musitó, sorprendido—. No esperaba encontrarle aquí.

—Estoy seguro —replicó con frialdad.

Lady Aggerly, de mejillas sonrojadas, lo miró boquiabierta, sin saber bien cómo reaccionar ante semejante falta de etiqueta.

Aggerly carraspeó.

—Disculpa, Stanhope, pero tenemos conocidos que nos aguardan en otro evento...

Stanhope depositó una mano firme sobre el hombro del corpulento caballero, quien se estremeció al contacto.

—Creo que puede concederme un momento antes de marcharse.

Lady Aggerly se irguió, lanzándole una mirada cargada de desdén por encima de la nariz respingona.

—Lord Stanhope, hemos llegado demasiado tarde.

Él arqueó una ceja.

—¿Demasiado tarde para mostrar buenos modales? Pero, querida lady Aggerly, si no la hubiera detenido, todos habrían malinterpretado su... eh... prisa... como una afrenta hacia mí.

—Qué pena habría sido —contestó ella, levantando el mentón con desafío.

Stanhope esbozó una sonrisa que mostraba los dientes. La hostilidad de Lady Aggerly vaciló y se tornó en incertidumbre. Dio un paso atrás.

—Mi asunto con su marido no durará más que un instante, milady —dijo con un tono que contenía apenas un dejo amenazador —. Quizá prefiera despedirse de nuestra anfitriona mientras converso con lord Aggerly.

Lady Aggerly abrió la boca, pero se quedó muda.

Lord Aggerly hinchó el pecho con evidente indignación.

—Ya ve usted, Stanhope...

—O —murmuró con estudiada cortesía—, podemos resolver ahora mismo ese asunto pendiente… con la encantadora presencia

de su esposa.

La arrogancia de Aggerly se desinfló como vela al viento.

—Haz lo que dice milord, Eloisa.

—Pero...

—Vete —le espetó—. Despídete de Lady Denniston. Mi conversación con lord Stanhope será breve.

—Está bien. —Visiblemente molesta, Lady Aggerly se alejó con paso firme.

Lord Aggerly fijó la mirada en Stanhope.

—¿Qué desea de mí, Stanhope?

—Salga a dar un paseo conmigo.

Muy satisfecho con el giro de los acontecimientos, Stanhope se dirigió hacia las puertas de la terraza, seguido a regañadientes por Aggerly.



Alis había regresado al interior y se reunió con Norbert y Eleanor justo a tiempo para ver cómo Lady Aggerly ignoraba a Stanhope.

Alis y Eleanor permanecieron boquiabiertas junto al resto de invitados, mientras Norbert soltaba un taco, su rostro marcado por la ira.

—Esa víbora insoportable —gruñó—. ¿Qué se cree que está haciendo?

—Le ha dado plantón, Algernon —susurró Eleanor, angustiada.

—Maldita sea —murmuró él, observando a Stanhope avanzar para enfrentarse a los Aggerly—. ¿Por qué la gente concede tanta importancia a los chismes?

—¿Entonces es inocente? —preguntó Alis.

Norbert asintió con solemnidad.

—Lo juro por mi vida. Conozco a Michael desde niños. Es tan inocente como yo.

—¿Estás seguro?

Algie la miró con dureza.

—Tan seguro como que estoy aquí. Michael Everton no es un asesino, y algún día los que lo acusan lo sabrán también. Se arrepentirán de cómo lo trataron.

Alis observó con curiosidad cómo Stanhope intercambiaba unas palabras con la pareja. Entonces, Lady Aggerly se marchó furiosa, mientras Stanhope y lord Aggerly salían hacia la calle. Esperaba que nadie saliera herido.

Eleanor tiró suavemente de la manga de Norbert.

—Vamos a casa, Algernon. Me duele la cabeza.

—Por supuesto, querida. Además, este lugar ya no me agrada —respondió él, guiando a Eleanor hacia las puertas del salón de baile, seguida por Alis, cuya mente bullía en mil pensamientos.

No podía desechar por completo la opinión de Algie acerca de Stanhope, a pesar del escandaloso comportamiento del conde en la terraza. Solo por lo que le había confesado Algie, se sentía inclinada a creer en la inocencia de Stanhope.

Pero, ¿por qué la habría besado?

Sumida en sus reflexiones, no advirtió la presencia de Lady Aggerly junto a la anfitriona, cerca de la puerta, hasta que estuvieron casi encima.

—¡Lord Norbert! —exclamó Lady Aggerly con fingida alegría —. Permítame felicitarle por su reciente enlace.

Norbert pasó junto a ella como si fuera invisible.

—Ven, querida —le susurró a Eleanor en voz alta—. Creo que nos encontraremos con mi buen amigo Lord Stanhope en la fiesta de los Hattersley.

Un murmullo se extendió entre los invitados al notar que Lady Aggerly había sido ignorada por los poderosos lord y lady Norbert. Alis se apresuró a seguir a su primo y a su novia, pero se detuvo un instante para saborear la expresión de sorpresa y desconcierto en el rostro de Lady Aggerly.

Solo deseaba que Stanhope estuviera allí para contemplarlo.



Nadie más se había refugiado en la fresca penumbra de la terraza. Aggerly se volvió hostil hacia Stanhope en cuanto salieron.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió con dureza.

—La verdad.

—Tú deberías saberla mejor que nadie —respondió Aggerly con desprecio.

—Quizá —replicó Stanhope con una leve sonrisa—. Yo conozco la verdad sobre tu amante, esa espía bonapartista. Y sobre los dos hijos que le engendraste. Tengo entendido que le diste a elegir entre ser tu amante o morir como traidora. Eligió la casita donde la tienes recluida en el sur de Francia. —Se acarició pensativo la barbilla—. Me pregunto qué diría la sociedad al respecto.

—Baja la voz —advirtió Aggerly, sonrojado, echando una mirada furtiva hacia el abarrotado salón de baile—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Tuve tiempo para viajar durante mi exilio. La señorita Rondelle es encantadora —espetó Stanhope con sorna—. Por fortuna, tus hijos se parecen a su madre y no a su pobre excusa de padre.

—Te mataré si pronuncias una palabra de esto a alguien —siseó Aggerly.

—¿Eso le dijiste a Ophelia?

Los rasgos de Aggerly se tensaron.

—Así que ese es tu juego. Crees que puedes culparme de la muerte de esa chica. No va a funcionar, Stanhope. Yo no lo hice.

—Entonces, ¿dónde estabas aquella noche? Desde luego, no dormías plácidamente en tu lecho, como afirmas.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Stanhope sonrió al notar el pánico en la voz del hombre.

—Tu ayuda de cámara entró en tu habitación esa noche. Tu cama estaba vacía.

Aggerly retrocedió.

—Aléjate de mí, Stanhope. No quiero tener nada que ver con tus teorías descabelladas.

—Oh, es un hecho —susurró Stanhope, cautivado por la preocupación que inundaba los ojos de Aggerly—. Encontré a tu antiguo ayuda de cámara y firmó una declaración que confirma todo. Deberías cuidar mejor a tus sirvientes, Aggerly.

—Que te den —gruñó Aggerly—. No pienso seguir tu juego. Y si oigo una sola palabra sobre la ciudad de Presque-à-Mer, lo lamentarás, Stanhope. —Con sus palabras cargadas de ira, se dio media vuelta y regresó furioso al salón.

—Uno de los dos lo lamentará —murmuró Stanhope en la oscuridad—, pero dudo que sea yo.

Con una pequeña sonrisa de satisfacción, giró y caminó por la terraza hacia una de las puertas menos concurridas. Había cumplido su misión; ya no tenía motivo para soportar más las burlas de la sociedad. Sin decir palabra, abandonó la casa de Lady Denniston con un rayo de esperanza en el alma.

Lord Aggerly ocultaba algo. Quizás un asesinato.

Capítulo 4

¿Por qué no podía quitarse ese beso de la cabeza?

Alis estaba sentada en un banco de piedra del jardín, la mañana siguiente al baile de Lady Denniston, jugando con Pudding, el pequeño perro blanco de Eleanor, mientras trataba desesperadamente de olvidar su encuentro con lord Stanhope la noche anterior. Aquél beso en la terraza había burlado por completo sus cuidadosas defensas. Era demasiado emocionante, demasiado tentador para su paz interior.

Algie y Eleanor se hallaban frente a ella, en otro banco, completamente absortos el uno en el otro, como era habitual. Sus suaves murmullos y miradas adoradoras dificultaban mucho que Alis apartara a lord Stanhope de sus pensamientos. ¿Cómo sería que alguien la mirara como si tuviera el mundo en sus manos?

¿Cómo sería que lord Stanhope la mirara así?

Apartó esa idea peligrosa de su mente. Lo último que necesitaba ahora era un romance con un inglés cualquiera, y mucho menos con uno sospechoso de asesinato. Stanhope era un hombre envuelto en oscuros secretos, incluso contando con la palabra de Algie sobre su inocencia.

Pero besaba como el pecado.

En un instante, su recuerdo la arrastró de nuevo a la terraza, a sus brazos. Dios mío, su tacto había derretido todas sus defensas como si nunca hubieran existido. Estuvo tentada a desoír su educación y quedarse allí para siempre, para descubrir los dulces placeres y la oscura sensualidad que ocultaba.

Sí, sin duda, lord Stanhope era un hombre muy peligroso, y no por su reputación.

Antes de perderse más en sus fantasías, Pudding le dio un codazo en la mano, con un trozo de tela colgando de la boca, aquel juguete con el que le gustaba jugar. Agradecida por la distracción, tomó la tela y observó divertida cómo el perro tiraba de ella, echando todo su peso hacia atrás, gruñendo y ladrando como si intentara arrebatarle su posesión.

Norbert y su dama no levantaron la vista, ni siquiera cuando el cachorro tiró tan fuerte que la tela se rompió en dos, y su pequeño cuerpo cayó hacia atrás. Alis rió ante las travesuras del cachorro y miró a la pareja, esperando que compartieran su alegría, pero estaban absortos en su propio mundo.

De repente, Norbert se levantó y tendió la mano a su novia. Eleanor aceptó la ayuda, y ambos se dirigieron hacia la casa, con la mirada fija en los ojos del otro. Entonces Norbert miró por casualidad y vio a Alis. Se detuvo bruscamente, haciendo que Eleanor chocara con él.

—Prima —dijo Norbert, un poco más alto de lo debido, pensó Alis.

—Prima, milady y yo vamos a entrar para… eh… ver el invernadero. Sí, eso es exactamente adonde vamos. ¿Estarás bien aquí sola en los jardines?

—Por supuesto —respondió ella, fijándose en el rubor de Eleanor y en la mirada furtiva y ardiente que Norbert le lanzó a su esposa. ¡El invernadero, claro!

Reprimiendo una sonrisa, cedió a un impulso travieso y dijo:

—Quizá debería acompañaros. Siempre he querido ver un

invernadero.

—¡No! —respondió Eleanor con rapidez—. Es que... el querido Pudding necesita hacer ejercicio. Te aburrirías muchísimo en el huerto...

—Invernadero —murmuró Algie.

—...en el invernadero —prosiguió Eleanor con una suavidad que Alis no pudo evitar admirar—. Quédate aquí afuera, al sol, con Pudding, mientras Algernon y yo nos ocupamos de nuestras tediosas tareas.

Alis se mordió el interior del labio para no reírse.

—Si estáis seguros de que no necesitáis ayuda —dijo solemnemente.

—¡En absoluto! —se apresuró a asegurar Norbert—. Lady Eleanor y yo tenemos todo bajo control.

—O lo tendremos pronto —susurró Eleanor al oído de su marido.

Él se sonrojó y le lanzó una mirada ardiente, y Alis fingió no haber escuchado el comentario.

—Muy bien, entonces. ¿Nos vemos esta tarde?

—¡Sí! —Norbert le dedicó a Alis su sonrisa más encantadora, aunque ella sabía que sus pensamientos estaban muy lejos. Quizás en el invernadero—. Esta tarde. Exacto. Hasta entonces.

Norbert tomó la mano de Eleanor y se dirigió hacia la casa con paso acelerado.

—Que disfrutes la mañana —se despidió Eleanor, casi corriendo para seguir el paso impaciente de su marido.

Cuando se hubieron marchado, Alis soltó una carcajada.

—¡El invernadero! —exclamó, dirigiéndose a Pudding—. ¿Te lo imaginas? Solo quieren estar a solas, pero, claro, no esperan que yo sepa por qué. Ninguna chica inglesa lo sabría, eso seguro.

El perrito ladró y movió el rabo como si estuviera de acuerdo. Recogió el pequeño trozo de tela que había quedado de su juego y se lo llevó a ella, empujándole la mano.

—Supongo que serás mi única compañía hoy —musitó Alis—. Apuesto a que te vendría bien un paseo.

Se puso en pie y comenzó a caminar por el sendero, contenta de que el animal la siguiera. No pudo evitar reírse de sus travesuras mientras avanzaban, observándolo olfatear los arbustos y ladrar a

las mariposas. En un momento, asustó a una bandada de pájaros, que salieron volando en pánico con sus ladridos emocionados.

—Hasta el maldito perro sabe cuál es su lugar —pensó con nostalgia—. Pero, ¿cuál es el mío?

Tenía una oportunidad única, una que no había considerado entre la angustia por la enfermedad de su abuelo. Con Alex en Estados Unidos y su abuelo y su tía Agatha en Bath, nadie vigilaba cada uno de sus movimientos. Algie y Eleanor estaban demasiado ocupados el uno con el otro para prestar mucha atención a lo que ella hacía, lo que le permitía explorar sus opciones a su antojo.

No era tonta. Sabía que algún día tendría que casarse; así eran las cosas, así sobrevivían las mujeres en aquel mundo. Pero antes, aprovecharía ese tiempo para hallar algo propio, alguna causa o afición a la que entregarse, para redescubrirse a sí misma cuando las obligaciones comenzaran a abrumarla.

Quizás la jardinería. Siempre le habían gustado las flores, en especial las rosas. O mejor aún, la botánica. Una vez que su abuelo regresara, se vería limitada a las actividades propias de una dama. Más valía comenzar la búsqueda por ahí.

Su abuelo la quería y deseaba que se casara y permaneciera en Inglaterra. Aunque estaba harta de hacer de debutante, no quería que el duque lo notara. Ya estaba bastante enfermo como para preocuparse por ella. Así que seguía entreteniendo a sus pretendientes, aunque ninguno le interesaba en realidad.

Hasta ahora, el único hombre que le había acelerado el corazón era considerado un asesino por la sociedad. Claro que Algie respondía por su inocencia.

Pero, ¿y si Algie se equivocaba?

Algie conocía a Stanhope desde niños y era extremadamente leal a sus amigos. ¿Y si la larga amistad lo cegaba y no veía la verdadera naturaleza de Stanhope?

Su corazón latía con fuerza al pensar en esa posibilidad. Su instinto le decía que lord Stanhope no era un asesino, pero aquel mismo instinto le había fallado antes. Se había equivocado con Gabriel, y eso casi le arruinó la vida.

Incluso ahora, se estremecía al recordar lo cerca que había estado de una existencia infeliz. La temporada anterior, Gabriel, vizconde de Arndale, la había seducido para fugarse con él a Gretna Green, pero antes de que pudiera reunirse con él, secuestró a su

amiga Caroline y mostró su verdadera cara. Solo había usado a Alis para llegar hasta Caroline.

Todo había salido bien, pues el hermano de Alis, Alex, estaba enamorado de Caroline y la había rescatado. Más tarde, se casaron, y Alex demostró al mundo lo deshonroso que era Arndale cuando el vizconde intentó hacer trampa en un duelo de honor.

Todos habían reconocido a lord Arndale como el embustero que era… excepto Alis. ¿Cómo podía confiar ahora en su instinto, después de haberse equivocado tanto?

Su destino con Arndale habría sido el matrimonio, aunque su vida a su lado habría sido una infelicidad constante. Y si ahora se equivocaba con lord Stanhope, el precio podría ser su propia vida.

Todo era un desastre.

Llegó a la verja de hierro que daba al jardín. La finca de los Norbert se extendía hasta donde alcanzaba la vista: un vasto campo verde coronado por el cielo azul, con la sombra oscura del bosque en el horizonte.

—Es precioso —le dijo al perro—, pero no siento que sea mi hogar.

Él ladró y movió la cola, los ojos oscuros brillando bajo su peludo hocico. Asomó la cabeza por la verja, miró hacia el campo, y de repente se apretó entre los barrotes, pasando al otro lado.

—¡Pudding! —exclamó Alis—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Al otro lado, el animal se dio la vuelta y ladró, como animándola a seguirlo.

—No, no voy a salir ahí fuera. Vuelve antes de perderte.

El perro ladeó la cabeza.

—No te hagas el tonto, que sé perfectamente de lo que hablo —le advirtió. Lentamente, abrió el pestillo de la verja y la empujó de par en par—. Ven, Pudding —llamó, palmoteándose la pierna en señal de invitación—. Vamos, vamos.

El perro ladró, movió la cola, pero no avanzó. La miró expectante, con la lengua fuera.

—¡Pudding, ven aquí!

Él dio un paso atrás y volvió a ladrar.

Alis soltó un suspiro frustrado y cruzó la puerta.

—Entonces te cogeré en brazos, animal tonto.

Pudding le ladró dos veces, esperando mientras ella se acercaba. Pero justo cuando iba a atraparlo, el perro giró sobre sus patas y salió corriendo por el campo, hacia el bosque.

—¡Pudding! ¡Vuelve aquí! —gritó, agarrándose la falda mientras lo perseguía, segura de poder alcanzarlo. Después de todo, solo era un perro pequeño.

Un perro pequeño y rápido, se corrigió al rato, jadeando mientras la mancha blanca que era Pudding se alejaba hacia los árboles. Eleanor quería mucho a ese perro, y ella no podía permitir que le pasara nada.

Se detuvo para recuperar el aliento y miró hacia la casa. Quizás debería buscar ayuda para atrapar al animal.

Pero justo entonces, Pudding se detuvo al borde del bosque, ladrándole y correteando en círculos, como si todo fuera un juego tonto. Si volvía a la casa, seguramente perdería al perro, y Eleanor quedaría desconsolada.

El destino le sonrió en forma del hijo del jardinero, que apareció de repente junto a la verja.

—¡Detente! —gritó Alis. El chico se sobresaltó y se protegió los ojos con la mano para mirarla—. ¿Podrías llamar a un lacayo? El

perro de lady Eleanor se ha escapado.

Él dudó, pero asintió, dejó caer las herramientas y corrió hacia la casa.

—Perfecto —dijo Alis con satisfacción—. Esperaré aquí al lacayo.

Entonces, Pudding se internó de nuevo en el bosque y desapareció de su vista.

—Maldito perro —murmuró—. Muy bien, vamos al bosque.

Levantó las faldas hasta los tobillos y se internó entre los árboles tras el canino fugitivo.



Stanhope no sabía qué le inquietaba más: si la osadía de Lady Aggerly al rechazarlo públicamente la noche anterior, o la insistente presencia de Alis en sus pensamientos.

Sentado frente al escritorio de su estudio, contemplaba los dibujos que la luz del sol proyectaba sobre el suelo, mientras ignoraba las páginas llenas de notas que yacían ante él. Aquella

negativa social le había revelado lo arduo que resultaría limpiar su nombre.

Cuanto más se mostraba en sociedad, más cómoda parecía esta para despreciarlo. Pero para demostrar su inocencia, necesitaba respeto. Quizá incluso que le temieran.

Debía convertirse en el conde oscuro en su versión más temible.

Nada tenía que perder. Su honor estaba mancillado y, dado el trato que recibía de la pequeña nobleza, como Lady Aggerly, poco podía empeorar su reputación. Encontraría la verdad, malditos todos ellos. Hallaría la manera de prevalecer.

Si lograba expulsar de su mente a la señorita Alyson Huntly-Chilton.

El beso de la noche anterior aún lo atormentaba. Estaba tan cerca ahora que no podía permitirse distraerse de su búsqueda. Pero cada vez que trataba de concentrarse, la imagen de Alis acudía a su memoria: sus inquietantes ojos azules, el cabello oscuro, la piel de marfil...

Su boca deliciosa.

Esa boca, dulce y sensual.

Había cedido a la tentación y besado aquellos labios rosados… y, para su sorpresa, le había gustado. Hacía demasiado que no disfrutaba la suavidad femenina. Pero no debía haberlo hecho. No importaba que ella lo hubiera provocado. Él era un caballero, por Dios, aunque pareciera el único en saberlo, y los caballeros no robaban besos a doncellas inocentes bajo la luz de la luna.

A pesar de lamentar su falta de honor, no se arrepentía del beso. Había sido demasiado dulce, demasiado inocentemente apasionado. Néctar para un hombre hambriento. Pero ya había concluido y debía relegarlo a un rincón apartado de su mente, un recuerdo agradable para evocar en la soledad y tras algunas copas. No podía ser más.

Ella no podía ser más. Solo un delicioso interludio en una noche de verano.

Con renovada determinación, volvió a las páginas ante él. Durante los años de su exilio, había empleado los fondos que le legó su tío para invertir. Sus negocios prosperaron, dejándolo en una posición económica cómoda y capaz de investigar a las catorce personas que asistieron a aquella fatídica fiesta donde Ophelia

murió. Como sabía que él no era culpable, era lógico que alguno de ellos guardara secretos.

Repasó los nombres: anotó los suyos, junto con los de su tío Alfred y Desmond, ambos fallecidos. Sir Charles Wraxton, soltero, había sido el compañero de caza favorito de su tío.

Lord Tilton y Lord Aggerly, vecinos y amigos del tío Alfred. Laertes, Lord Fenton, hermano de Ophelia y antiguo compañero de colegio de Desmond.

Entre las damas, Lady Tilton y Lady Aggerly habían asistido con sus esposos, y Lady Tilton llevó consigo a su hija, Catherine.

Catherine se había casado desde entonces con lord Nussburton. Estaba también la señora Imogene Pelton, el amor actual del tío Alfred. Lady Alston, viuda desde hacía poco, había sido objeto del afecto de sir Charles. La señorita Eugenia Minor, tía soltera de lord Fenton, había servido como dama de compañía de Ophelia.

Y, por supuesto, la propia Ophelia.

La bella y ambiciosa Ophelia. Hermana de lord Fenton y prometida de Desmond. De cabellos y ojos oscuros, no muy alta, pero de figura exuberante y curvas pronunciadas. Cada paso que

daba y cada palabra que pronunciaba eran un susurro de seducción. No resultaba difícil entender por qué Desmond la deseaba.



A primera hora de aquel fatídico martes, una criada encontró a Ophelia al pie de la escalera, con el cuello quebrado. Todo habría debido descartarse como un accidente trágico.

Si no la hubieran hallado muerta tan cerca de su dormitorio. Si Desmond no hubiese sido tan celoso. Tan sospechoso.

Stanhope suspiró y se frotó las manos sobre el rostro. Ophelia no ocultaba que sentía cierta atracción por él, y Desmond había creído lo peor. Intentó calmarlo asegurándole que no tenía interés en robarle a su prometida, pero su primo no le prestó atención. Desmond siempre había envidiado el atractivo físico de Michael y su habilidad con las mujeres, a pesar de que él era el heredero del título y Michael, un pariente humilde. Orgulloso de haber conquistado a Ophelia como esposa, le volvía loco que ella pareciese preferir a Michael antes que a él. No es que ella pensara romper el compromiso. Oh, no.

Ophelia tenía claro que llegaría a ser condesa. Solo pensaba disfrutar de su título coqueteando con el primo de su marido.

Tras el incidente, Desmond fue el más vehemente entre sus acusadores, recordaba Stanhope. Su convencimiento de que Michael tenía algo que ver en la muerte de Ophelia desató rumores que mancharon a la familia Everton. La angustia de Desmond llevó al tío Alfred a desterrar a Michael de Inglaterra, una deshonra para el linaje.

¿Quién hubiera imaginado que regresaría para heredar el título del hombre que lo expulsó? En algún lugar, el destino se reía.

Con esfuerzo, Stanhope volvió a concentrarse en sus notas. Durante la investigación, se localizó a todos los sirvientes, pero tres de los catorce invitados ofrecieron coartadas que no pudieron ser verificadas: lord Aggerly, lord Fenton y la señora Pelton.

Durante su exilio, Stanhope había aprovechado para indagar en las excusas de todos. A través de una red compleja de contactos, entrevistó a criados, familiares, socios comerciales y antiguos amantes.

La noche del suceso, lord Aggerly afirmó que dormía en su habitación. Sin embargo, su antiguo ayuda de cámara entró en

mitad de la noche y lo halló ausente. La pesquisa reveló que la amante bonapartista de Aggerly y sus hijos vivían tranquilamente en el sur de Francia, un dato que Stanhope no dudó en emplear en su búsqueda de la verdad.

Lord Fenton declaró haber estado en la terraza fumando un cigarro al momento de la muerte de su hermana. Como padecía insomnio, aquello no resultaba extraño. Las pesquisas posteriores no encontraron nada relevante sobre él. Es cierto que la familia Fenton atravesaba problemas económicos, pero aquello no era nada fuera de lo común. El dinero era la razón por la que Ophelia se casaba con Desmond, y nunca fue un secreto.

Incluso si Fenton fuera capaz de acabar con su propia hermana, algo que a Stanhope le costaba imaginar, jamás haría nada que pudiera arruinar la alianza con la familia Everton. De hecho, tras la muerte de Ophelia, Fenton había sufrido graves reveses económicos, hasta que el tío Alfred, arrepentido por aquel matrimonio que nunca se celebró, le entregó una suma de dinero.

Eso dejaba a la señora Imogene Pelton. Stanhope la conocía bien: en más de una ocasión había intentado seducirlo. En los seis años transcurridos desde la muerte de Ophelia, la antigua amante

del difunto conde se había casado y enviudado por cuarta vez. Ahora se hacía llamar señora Imogene Warington y aseguraba haber estado presente cuando Ophelia exhaló su último aliento.

Sin embargo, el tío Alfred era propenso a los Alisrim, y Stanhope sabía por su ayuda de cámara que esa noche el conde había tomado su tónico habitual, un brebaje que solía dejarlo inconsciente. Si bien la señora Warington había estado en su compañía al principio, el criado entró justo antes del asesinato y encontró al conde roncando, sin rastro de la señora.

Tanto Aggerly como la señora Warington tenían motivos para odiar a Ophelia: ella había rechazado a Aggerly y se había ganado la ira de la señora Warington al coquetear con el viejo conde. Ophelia y la señora Warington incluso llegaron a las manos, y el conde junto con Desmond tuvieron que intervenir para separarlas. Stanhope pensó que ambos podrían haber estado involucrados. Y la viuda Warington, voraz en sus deseos, era la siguiente en su lista de sospechosos.

Un golpe en la puerta lo arrancó de sus pensamientos.

—Adelante —espetó, molesto por no haber conseguido concentrarse plenamente.

Grimm, su mayordomo, asomó la cabeza. El anciano tenía un rostro alargado, semejante al de un burro, cabello canoso y ralo, y unos ojos azul pálido que parecían no perderse nada.

—Disculpe, milord —anunció el viejo sirviente.

—¿Otra vez? —exhaló Stanhope, recostándose en su silla y fijando la mirada en Grimm, que mostraba un semblante serio—. ¿Qué ha sucedido esta vez?

—Creo que la señorita Emily descubrió que ya no se le permitía montar a caballo. Eso fue lo que se le ordenó, ¿verdad, milord? —Grimm arqueó sus pobladas cejas.

—No hace falta que me mires así, Grimm —respondió Stanhope, que conocía al mayordomo desde niño y se sentía más como si dialogara con un tío excéntrico que con un sirviente—. Emily debe comprender que ya no puede correr libre por la finca. Ha llegado el momento de comportarse como una señorita.

—Por supuesto, milord. Sin embargo, la «señorita» se ha escapado al bosque. ¿Desea que envíe a un lacayo en su búsqueda?

Stanhope suspiró y se puso en pie.

—Por supuesto que no, Grimm. Iré yo mismo a buscarla.

Una leve expresión de ternura cruzó el rostro del mayordomo antes de que recuperara su habitual estoicismo.

—Muy bien, milord.



Rodeada de árboles y sin rastro de Pudding, Alis empezó a perder el ánimo. Su pálido vestido azul de tarde no era, precisamente, la prenda idónea para adentrarse en el bosque. Las ramas se enredaban en la falda y, en un par de ocasiones, una piedra le rasguñó la planta del pie a través del fino tejido de sus zapatillas. A pesar de todo, siguió adelante, llamando al perro y atenta a cualquier sonido que indicara que avanzaba entre la maleza o, mejor aún, que algún lacayo la seguía de cerca. Pero lo único que llegaba a sus oídos era el viento entre los árboles y el canto esporádico de los pájaros.

A medida que se internaba en el bosque, el suave murmullo de un arroyo se hizo perceptible. Y, sobre ese delicado goteo, emergió el sonido de alguien sollozando.

—Hola —llamó Alis, guiándose por el sonido.

Se oyó el crujir de ramas y luego un ladrido emocionado. ¡Pudding! Alis se abrió paso entre la maleza y encontró al pequeño perro blanco lamiendo las lágrimas del rostro de una niña sentada junto al arroyo. La niña reía entre sollozos y abrazaba con fuerza al cachorro.

—Hola —saludó Alis. La niña levantó la cabeza, la miró con recelo y guardó silencio—. Me llamo Alis. ¿Estás bien?

—Vete —murmuró la niña, ocultando el rostro en el pelaje del perro.

—No puedo dejarte sola en el bosque —replicó Alis—. Aunque, en realidad, no estás sola, ¿verdad? Pudding te hace compañía.

Al oír su nombre, el perro ladró e inclinó la cabeza, como diciendo:

—¿Me hablabas a mí?

La niña apretó los brazos alrededor de Pudding y entrecerró los ojos para mirar a Alis.

—¿Es tu perro?

—Es de una amiga mía —contestó Alis, sentándose con cautela en una roca cercana, temerosa de manchar su vestido pero aún más preocupada por asustar a la niña—. Se pondrá muy triste cuando descubra que ha desaparecido. Pero puedo esperar a que termines con él antes de llevarlo a casa.

—Aún no he terminado con él.

Alis se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, esperaré.

—Podría tardar mucho —advirtió la niña—. Quizá horas.

—Espero que no —respondió Alis con serenidad—. Imagino que tendremos hambre. Al final, querrás ir a casa a cenar.

—¡No volveré nunca a casa!

La vehemencia de la afirmación sorprendió a Alis, aunque disimuló su desconcierto. En cambio, replicó con calma:

—Estoy segura de que tus padres te extrañarían.

—No tengo padres —contestó la niña, abrazando con más fuerza a Pudding, y una lágrima resbaló por su mejilla—. Murieron.

Dios mío. Alis cerró los ojos un instante, invadida por la compasión. Sabía cuánto dolía perder a los padres; ella ya era adulta

cuando murió su madre. ¡Pobre niña!

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Emily.

—Emily, ¿quién te cuida ahora?

—Mi padrino. Lo odio —respondió la niña, bajando la cabeza y mostrándose muy interesada en rascar las orejas de Pudding—. Nunca me deja hacer nada.

—Seguro que no es tan malo.

La niña levantó la cabeza y miró a Alis con los ojos azules, llenos de lágrimas.

—Antes me quería, pero luego se fue durante mucho tiempo y ahora ha vuelto y no deja de decirme lo que tengo que hacer, ¡como si fuera mi padre!

—Seguro que él hace todo lo posible por cuidarte.

—Tú no sabes nada —replicó Emily—. Es muy malo. ¿Sabes que ni siquiera me deja montar a caballo? ¡Mi caballo!

—Recuerdo lo enfadada que me ponía con mi hermano —comentó Alis, asintiendo con simpatía—. Mi padre murió cuando yo

tenía solo tres años y mi hermano decidió actuar como mi padre, solo porque era ocho años mayor que yo.

—¿Te decía lo que tenías que hacer todo el tiempo? —Emily se secó las lágrimas con la mano.

—Todo el tiempo —respondió Alis—. ¿Y sabes qué era lo peor? Siempre se iba al mar y nos dejaba solas a mi madre y a mí. Nunca comprendió que deseábamos que se quedara con nosotras.

—Recuerdo cuando el primo Michael, que es mi padrino, estaba siempre por aquí. Jugaba conmigo y me llevaba a hombros —su rostro juvenil se entristeció—. Luego se marchó durante años y años, y no volvió hasta que papá murió.

—¿Acaso estuvo en el ejército?

La niña negó con la cabeza.

—No. Recuerdo que pasó algo malo y, un día, se marchó.

—¿Y ahora que ha regresado, está distinto?

La joven asintió con énfasis.

—Ya no quiere jugar conmigo. Siempre está encerrado en su estudio, trabajando.

—Bueno, ya no puede llevarte a hombros —Alis sonrió.

—No, soy demasiado grande —rió Emily.

—Y sería muy indecoroso —añadió Alis—. Quizás tu primo está abrumado por los asuntos de la herencia. Normalmente hay mucho alboroto con esas cosas.

—Bueno, no tiene por qué ser tan malo —la niña jugueteaba con la oreja de Pudding, pensativa.

—Quizá solo necesita tiempo para resolver sus asuntos —dijo Alis—. Estoy segura de que te quiere mucho.

Emily guardó silencio, aunque su ceño fruncido delataba sus dudas.

Permanecieron en calma junto al arroyo; Emily acariciaba al perro mientras Alis la observaba con atención. La niña vestía ropas elegantes y, por su modo de hablar, Alis supuso que pertenecía a una buena familia. Su cabello castaño claro estaba peinado en rizos gruesos entrelazados con una cinta, aunque el paseo por el bosque lo había dejado algo despeinado. Su mejilla mostraba manchas de barro y polvo mezclados con lágrimas.

No quiso dejar sola a Emily, y dado que Pudding estaba seguro, decidió esperar hasta que el lacayo de Norbert Chase las encontrara. Además, la niña parecía necesitar la paz del bosque y el

consuelo que el perro le proporcionaba. No tenía intención de separarlos tan pronto.

Se sentaron entonces junto al arroyo, contemplando los pájaros que saltaban de rama en rama. La luz del sol brillaba sobre el agua y el murmullo suave del arroyo calmaba sus inquietudes. Poco a poco, Emily cesó de llorar, y sus sollozos se hicieron más leves mientras se aferraba a Pudding.

De repente, el crujido de pasos entre la maleza quebró la quietud. Alis suspiró aliviada, aunque Emily giró la cabeza hacia el ruido.

—No temas, Emily —sonrió Alis—. Seguro que solo es un criado que viene a buscarnos a Pudding y a mí.

La niña le lanzó una mirada recelosa.

—Quizá —respondió con voz dubitativa.

—¡Estamos aquí! —exclamó Alis. Los pasos vacilaron un instante y luego avanzaron hacia ellas.

—¿Por qué hiciste eso? —jadeó Emily—. ¡No quiero que me encuentren!

Alis se levantó y se sacudió la parte trasera del vestido mientras se acercaba a la niña.

—Tonterías. Yo ya te he encontrado. El lacayo nos acompañará a casa de mi primo y, después de devolver a Pudding, me aseguraré de que llegues sana y salva a tu hogar.

Emily frunció el ceño.

—Creía que te caía bien.

—Me caes bien, pero nadie ha resuelto un problema huyendo de él —Alis se agachó y apartó un mechón de cabello de la frente de la niña—. ¿Quieres que hable con tu tutor? ¿Que le explique lo que ha pasado?

Emily dudó un instante y luego asintió.

—Pero probablemente no me escuchará —murmuró—. Probablemente me gritará.

—Dudo que me grite a mí.

—Él le grita a todo el mundo —respondió la niña con tristeza —. Ya lo verás.

El crujir de los pasos cesó de repente y un hombre apareció en el claro cubierto de hierba. No era el lacayo que Alis esperaba. Se

incorporó lentamente cuando lord Stanhope emergió a la vista.

Él, al parecer, era el «primo Michael» de Emily.

Sus miradas se cruzaron en un instante cargado de tensión. El recuerdo de su beso se encendió entre ellos y ella entreabrió los labios en respuesta. Por un momento, pareció que él daría un paso hacia ella, pero su atención volvió a Emily. Su expresión se endureció.

—¡Emily! —ladró—. ¿Tienes idea del problema que has causado? ¿Acaso careces de sentido común?

Su voz retumbó por todo el claro. Emily miró de reojo a Alis.

—Te dije que gritaría.

—Así es —respondió Alis, con las manos en la cintura—. Milord, ninguna de las dos es sorda, así que le agradecería que bajara el tono.

Emily y Stanhope la miraron atónitos, pero pronto el lord recuperó la voz.

—Señorita Huntly-Chilton, ¿acostumbra usted a dar órdenes a los miembros de la nobleza?

—Creo que sí, milord —replicó ella—. Mi hermano es marqués y mi abuelo, duque, y les digo lo que pienso constantemente.

—Mi más sentido pésame para ambos.

—¡Y mi más sentido pésame para su familia si les grita como nos ha gritado a nosotras!

Pudding ladró en señal de apoyo.

Stanhope la observó con el ceño fruncido, y aunque la expresión de su rostro era desagradable, Alis no pudo evitar pensar en lo guapo que era. Lástima que su actitud no estuviera a la altura de su atractivo.

—Emily —musitó, apartándose de Alis con desdén—, ya sabes las consecuencias de escaparte sin compañía.

Emily alzó la barbilla.

—Ya me has impedido montar a Guinevere. ¿Qué vas a hacer ahora, encerrarme en los calabozos?

—Stanhope no tiene calabozos —espetó él con impaciencia—. No, muchacha, estás confinada a tu habitación hasta nuevo aviso.

—¡No puedes hacerme eso! —El llanto de Emily se alzó a la par que el grito de su tutor, y Alis se estremeció. Pudding ladró y

corrió en círculos.

—Puedo y lo haré. Te advertí lo que pasaría si volvías a salir sin acompañante.

—¡Te odio! —Emily apretó los puños, con lágrimas brillando en los ojos, y luego se apartó de él, quedándose mirando fijamente hacia el bosque. Sus delgados hombros temblaban por el esfuerzo de contenerse.

Una mirada de dolor e impotencia cruzó el rostro de Stanhope al contemplar a su pupila. Después dirigió la mirada a Alis y volvió a ser el arrogante lord Stanhope.

—Mis disculpas por este espectáculo, señorita Huntly-Chilton —pronunció con voz tensa.

—¡Por el amor de Dios! ¿No puede relajarse un momento y comprender que está confundida y sufriendo? —Alis se acercó a Emily y la abrazó—. Ya está, Emily. Estoy segura de que milord no quería gritarte. Sin duda estaba preocupado por tu seguridad.

—Lo odio —sollozó Emily, acogiendo el abrazo de Alis.

—No, no es verdad —replicó Alis—. Solo deseas que tu padre estuviera aquí, ¿verdad?

Alis cruzó la mirada con Stanhope mientras Emily lloraba desconsolada.

—Perdí a mi padre cuando tenía tres años, milord —murmuró ella—. Pero perder a un progenitor a esta edad tan confusa debe ser muy difícil para su pupila.

—No me escucha —respondió él, aunque el fuego había desaparecido de su voz. En su rostro solo vio cansancio—. ¿Cómo puedo protegerla si no me presta atención?

—Intente hablar con ella, milord. A ella —subrayó.

—He intentado hablar con ella, pero se niega a ser razonable.

—Yo también lo haría si me hablara así.

Él la observó fijamente, con la arrogancia tallada en el rostro como si fuera parte de él.

—Señorita Huntly-Chilton, le agradezco su ayuda, pero ahora me haré cargo de mi pupila —anunció, dirigiéndose hacia Emily.

—No lo creo, milord —lo detuvo Alis—. Está demasiado enfadado para tratar con compasión a Emily en este momento, que es justo lo que necesita.

—¿Cómo dice? —Habría reído ante el asombro en su voz, si la situación no fuera tan grave—. No puedo permitir que se lleve a esta chica a casa con usted en ese estado. Le sugiero que vuelva conmigo a Norbert Chase. Tomaremos un té, todos se calmarán y luego podrá llevarse a Emily a casa.

—¡No quiero ningún maldito té!

—Pues yo sí. Y apuesto a que Emily también.

—Me encantaría, señorita Huntly-Chilton —aceptó Emily, sorbiendo por la nariz—. ¿Podemos llevarnos a Pudding?

—Por supuesto —contestó Alis, cogiendo al perro con cuidado para evitar sus patas embarradas, y lo puso en brazos de un sorprendido Stanhope. Pudding apoyó de inmediato sus dos patas delanteras sucias sobre el pecho de Stanhope, manchando de barro la fina tela de su abrigo de alta costura—. Sujete bien a Pudding, milord, que tiende a escaparse.

Ignorando la expresión de asombro en el rostro de Stanhope, Alis se dio la vuelta y tomó la mano de Emily. Se detuvo al borde del claro y miró hacia atrás.

—¿Viene, milord?

Con el semblante tormentoso, Stanhope se puso en marcha tras ellas, con el perro retorciéndose entre sus brazos.